

HUGH LOFTING
LA OFICINA DE
CORREOS DEL
DOCTOR DOLITTLE
ILUSTRACIONES DEL AUTOR



El doctor Dolittle está de vacaciones en África con sus inseparables amigos. Para ayudar al rey Koko y al jefe Nyam-Nyam inventa el correo de las golondrinas y un original sistema de búsqueda de perlas.

Organiza para los animales clases de garabateo y cursos por correspondencia para facilitarles la comunicación entre ellos.

También se enfrentará a las temibles amazonas y al emir de Elebubu viviendo emocionantes y

arriesgadas aventuras de las que siempre los animales le ayudarán a salir airoso.



Hugh Lofting

**La oficina de
correos del
doctor Dolittle**

ePub r1.0

Prpikachu 08.09.13

Título original: *Doctor Dolittle's Post Office*

Hugh Lofting, 1923

Traducción: Amalia Martín-Gamero

Diseño de portada: Hugh Lofting

Editor digital: Prpikachu

ePub base r1.0



PRÓLOGO

Casi toda la historia del servicio de correos del doctor Dolittle tuvo lugar cuando volvía de un viaje al África occidental. Por tanto, voy a comenzarla (una vez que haya explicado el motivo de ese viaje) en el momento en que dio la vuelta al barco y se hizo a la vela rumbo a Puddleby-on-the-Marsh.

Algún tiempo antes, el testadoble que ya llevaba mucho tiempo en Inglaterra, empezó a tener un poco de nostalgia de África. Y como quería mucho al doctor y no tenía, ni mucho

menos, la intención de separarse de él definitivamente, un día de invierno que hacía un tiempo especialmente frío y desagradable, le preguntó si no te gustaría pasar una o dos semanas de vacaciones en África.

Al doctor le pareció muy buena la idea, pues llevaba mucho tiempo sin hacer ningún viaje, y pensó que también a él le vendría bien el cambio después del frío mes de diciembre inglés.

Así que partió. Además del testadoble^[1] se llevó a Dab-Dab, el pato; a Yip, el perro; a Gub-Gub, el cerdo; a Tu-Tu, la lechuga y al

ratoncito blanco, que eran los mismos fieles compañeros que iban con él durante el accidentado viaje de vuelta del País de los Monos^[2]. Para esta travesía el doctor compró un pequeño barco velero muy viejo, muy estropeado y usado, pero que era una embarcación muy sólida para el mal tiempo.

Navegaron hasta la costa meridional del golfo de Benin. Allí visitaron muchos reinos africanos y tribus extrañas. Y mientras estaban en tierra, el testadoble deambulaba libremente por las praderas, que conoció antaño, así que disfrutó mucho durante sus vacaciones.

Una mañana el doctor tuvo la satisfacción de ver a sus viejas amigas las golondrinas reunirse de nuevo en torno al barco, que estaba anclado. Las golondrinas, hacían su vuelo anual a Inglaterra y le preguntaron si también volvía él, porque de ser así, dijeron, le acompañarían como habían hecho cuando huía del reino de Yoliyinki^[3].

PRIMERA PARTE

1

Zuzana

UNA mañana, durante la primera semana de la travesía de vuelta, cuando el doctor Dolittle y sus animales estaban todos sentados desayunando alrededor de la gran mesa del camarote, bajó una de las golondrinas y dijo que quería hablar con el doctor.

John Dolittle se levantó inmediatamente y salió al pasillo, donde encontró a la golondrina jefa en persona, que era un pajarillo pulcro y aseado con unas alas muy, muy largas y unos ojos

negros agudos e inteligentes. Se llamaba Rauda la ligera, un nombre muy famoso en todo el mundo de las aves. Era la campeona de caza de moscas y acrobacia aérea de Europa, África, Asia y América. Desde hacía muchos años ganaba todos los veranos las carreras de vuelo, habiendo batido su propia marca el año anterior al cruzar el Atlántico en once horas y media, a una velocidad de más de trescientos kilómetros por hora.

—Bueno, Rauda —dijo John Dolittle—. ¿Qué pasa?

—Doctor —dijo el pajarillo en tono muy bajo y con mucho misterio—, hemos divisado una canoa, a una milla

por delante del barco y un poco hacia el este, en la que no va más que una mujer negra llorando amargamente, pero sin remar. Está a varios kilómetros de tierra, yo diría que a quince por lo menos, pues en este momento estamos cruzando la bahía de Fantippo y apenas vemos la costa de África. Está realmente en una situación peligrosa, en un barco tan sumamente pequeño y tan adentro en el mar. Pero esto no parece importarle. Va sentada en el fondo de la canoa llorando como si no le preocupase lo que pueda sucederle. Me gustaría que fuese usted a hablar con ella, pues nos parece que está muy acongojada.

—Está bien —dijo el doctor—. Id volando despacio hacia donde está la canoa y yo os seguiré con el barco.

Así que John Dolittle subió a cubierta y, guiando el barco en la dirección que le indicaban las golondrinas, vio al poco rato una pequeña canoa oscura que bajaba y subía a merced de las olas. Parecía tan pequeña sobre la blanca superficie del mar que podría haberse pensado que era un leño o un palo. Por supuesto, también podía haberse pasado sin verla en absoluto, a no ser que se estuviese muy cerca. En la canoa iba sentada una mujer con la cabeza inclinada sobre las

rodillas.

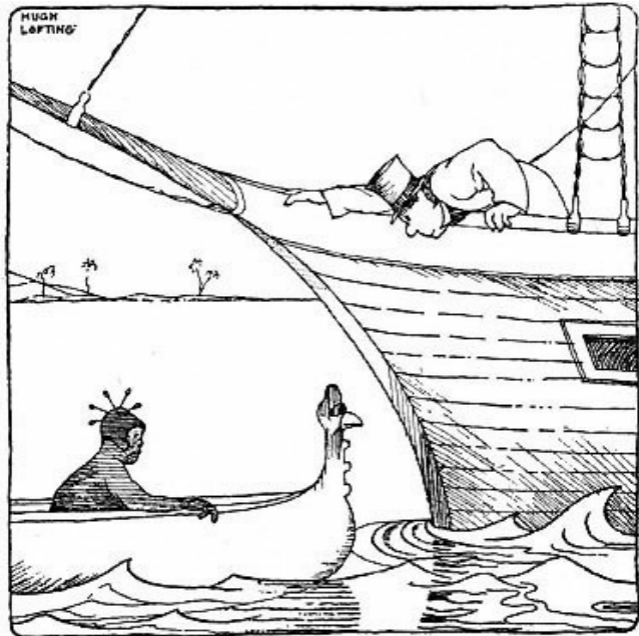
—¿Qué le pasa? —gritó el doctor tan pronto como estuvo lo suficientemente cerca para que le oyese —. ¿Por qué se ha alejado tanto de tierra? ¿No sabe que estaría en gran peligro, si estallase una tormenta?

Lentamente, la mujer levantó la cabeza.

—Márchese —dijo— y déjeme con mi pena. ¿No me han hecho ya, ustedes los hombres blancos, bastante daño?

John Dolittle acercó más el barco y continuó hablando muy amablemente a la mujer, que durante un buen rato siguió desconfiando de él, al parecer porque

era un hombre blanco. Poco a poco, sin embargo, el doctor fue ganando su confianza y, finalmente, aunque seguía llorando amargamente le contó su historia.



John Dolittle se puso a hablar con la mujer de la canoa

Hay que tener en cuenta que eran los días en que se estaba aboliendo la

esclavitud. El capturar, comprar o vender esclavos estaba, en realidad, rigurosamente prohibido por la mayoría de los gobiernos. Pero algunos hombres malvados seguían yendo a la costa occidental de África, y capturaban o compraban esclavos en secreto, y se los llevaban a otras tierras para que trabajasen en las plantaciones de algodón y de tabaco. Algunos reyes africanos vendían los prisioneros de guerra a esos hombres y de esa manera ganaban mucho dinero.

Bueno, pues esta mujer de la canoa pertenecía a una tribu que había estado en guerra con el rey de Fantippo —un

reino africano situado en la costa, cerca de donde las golondrinas habían visto la canoa.

Y en esta guerra el rey de Fantippo había hecho muchos prisioneros entre los que se encontraba el marido de la mujer. Poco después de terminar la guerra había hecho escala en el reino de Fantippo un barco en el que iban unos hombres blancos que querían comprar esclavos para las plantaciones de tabaco. Y cuando el rey supo la cantidad de dinero que estaban dispuestos a pagar por los esclavos negros, decidió venderles los prisioneros que habían cogido en la guerra.

Esta mujer se llamaba Zuzana y su marido era un hombre muy fuerte y muy guapo. El rey de Fantippo se hubiese quedado con el marido de Zuzana por esta razón, pues le gustaba tener hombres fuertes en su corte. Pero los traficantes de esclavos también querían hombres fuertes, ya que trabajaban mejor en las plantaciones, y ofrecieron al rey un precio especialmente alto por el marido de Zuzana. Y el rey le había vendido.

Zuzana contó al doctor que, con la canoa, había seguido durante mucho trecho al barco de los hombres blancos, implorándoles que le devolviesen a su

marido. Pero no habían hecho más que reírse de ella y habían seguido su camino. Y Zuzana pronto había perdido de vista el barco.

Dijo que era por eso por lo que odiaba a todos los blancos y por lo que no había querido hablar con el doctor cuando la había llamado.

El doctor se puso furioso cuando oyó el relato y preguntó a Zuzana cuánto tiempo hacía que se había marchado el barco que llevaba a su marido.

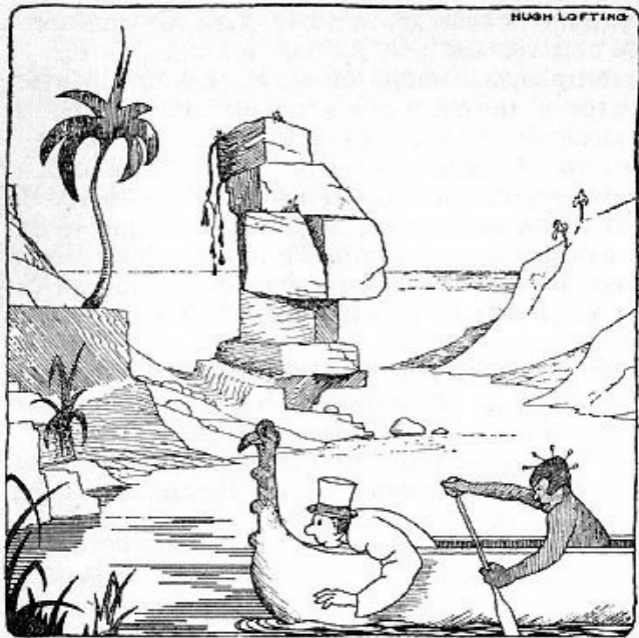
Le dijo que hacía media hora. Sin su marido, dijo, la vida no tenía sentido para ella, y cuando el barco se había perdido de vista, rumbo al norte a lo

largo de la costa, había roto a llorar dejando la canoa a la deriva, sin tener ni siquiera ánimos para remar y volver a tierra.

El doctor dijo a la mujer que iba a ayudarla, costase lo que costase, y que estaba decidido a acelerar su nave y a salir en busca del barco de esclavos inmediatamente. Pero Dab-Dab le advirtió que su embarcación era muy lenta, y que los negreros podían ver las velas fácilmente, por lo que no le dejarían acercarse de ninguna manera.

Así que el doctor echó el ancla y, dejando el barco donde estaba, se subió a la canoa de la mujer. Entonces,

después de llamar a las golondrinas para que le guiasen, se encaminó hacia el norte a lo largo de la costa, buscando en todas las bahías y detrás de todas las islas el barco de esclavos en que se habían llevado al marido de Zuzana.



El doctor buscó el barco por toda la costa

Pero después de muchas horas de búsqueda infructuosa empezó a caer la

noche, y a las golondrinas que hacían de guías ya no les era posible ver a gran distancia, pues no había luna.

La pobre Zuzana empezó a llorar otra vez cuando el doctor dijo que tendría que dejarlo durante la noche.

—Para mañana —dijo— el barco de los malvados negreros estará a muchos kilómetros de distancia y jamás conseguiré que mi marido vuelva. ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!

El doctor trató de consolarla de la mejor manera posible, y le dijo que si él fracasaba le buscaría otro marido igualmente bueno. Pero a ella no pareció gustarle la idea y siguió gimiendo:

—¡Ay de mí! ¡Ay de mí!

Armaba tanto ruido que el doctor, al no poder dormirse, en el fondo de la canoa, que en cualquier caso no era muy cómoda, siguió sentado escuchando. Algunas golondrinas seguían con él, pues se habían posado en el borde de la canoa, donde también se encontraba la jefa, la famosa Rauda la ligera. Cuando estaban hablando con el doctor sobre lo que podían hacer, la ligera dijo repentinamente.

—¡Sss! ¡Mire! —y señaló hacia occidente por encima del negro y ondulante mar.

Incluso Zuzana dejó de gimotear y se

volvió para mirar. Y allí, a lo lejos, en el oscuro y desdibujado confín del océano vieron una lucecita.

—¡Un barco! —exclamó el doctor.

—Sí —dijo Rauda—, eso es un barco con toda seguridad. A ver si es otro barco negrero.

—Bueno, si es un barco de esclavos no es el que estamos buscando —dijo el doctor—, porque va en dirección contraria. El que buscamos va rumbo al norte.

—Escuche doctor —dijo Rauda la ligera—, ¿le parece que vaya volando y vea qué tipo de barco es y luego vuelva y se lo diga? ¿Quién sabe? A lo mejor

nos puede ayudar.

—Muy bien, Rauda. Gracias —dijo el doctor.

Así que la ligera se adentró a gran velocidad en la oscuridad en dirección a la lucecita que se divisaba a lo lejos en el mar, mientras el doctor se puso a pensar cómo le iría a su barco, que había dejado anclado a algunas millas más al sur de la costa.

Al cabo de veinte minutos John Dolittle empezó a preocuparse porque con lo rápida que era, la ligera debería haber tenido tiempo de llegar hasta allí y volver hacía mucho rato.

Pero, muy pronto, la famosa jefa

hizo revolotear sus alas y, dando una primorosa vuelta en la oscuridad, se dejó caer, suave como una pluma, en la rodilla del doctor.

—Bueno —dijo John Dolittle—, ¿qué clase de barco era?

—Es un barco muy grande —dijo la ligera jadeando—, con mástiles muy altos y me parece muy rápido. Pero viene en esta dirección y navega con mucho cuidado porque debe de tener miedo de los bajíos y de los bancos de arena. Es un barco muy limpio, muy elegante y todo él parece nuevo. Lleva unos magníficos cañones de gran tamaño que sobresalen por unas puertecitas que

tiene en los lados. Los hombres que van en él están todos muy bien vestidos también, llevan unos trajes azules muy elegantes, no se parecen para nada a los marineros corrientes. Y en el casco del barco hay unas letras, el nombre, supongo, pero, naturalmente, no he sabido leerlo. Sin embargo, recuerdo cómo eran. Déme la mano y se las enseñaré.

Entonces la ligera empezó a trazar unas letras en la palma de la mano del doctor con una de sus patas. Antes de que hubiese avanzado mucho, John Dolittle dio un salto, con lo que casi hizo volcar la canoa.

—¡H. M. S.! —gritó—. Eso quiere decir *Her Majesty's Ship*^[4]. Es un buque de guerra, un navío de la Marina británica. ¡Justo lo que necesitamos para ocuparnos de los negreros!

2

El recibimiento del doctor a bordo del buque de guerra

ENTONCES el doctor y Zuzana empezaron a remar con todas sus fuerzas hacia la luz. La noche estaba en calma pero el oleaje del océano empujaba la canoa arriba y abajo, como un columpio, y Zuzana tenía que poner a prueba toda su pericia para mantenerla en línea recta.

Al cabo de una hora el doctor

observó que el barco al que trataban de llegar ya no venía hacia ellos, sino que parecía haberse parado. Y cuando, al fin, llegó a él —que desde abajo y en la oscuridad resultaba imponente por su altura— comprendió la razón: el buque de guerra había chocado con su propio barco, que había dejado anclado sin luces. Sin embargo, el navío de la marina, afortunadamente, había ido avanzando con tanto cuidado que no parecía que ninguno de los dos barcos tuviese ningún desperfecto importante.

John Dolittle encontró una escala de cuerda que colgaba de un flanco del buque de guerra, y por ella subió a

bordo, con Zuzana, para ver al capitán.

Encontró al capitán pavoneándose por el alcázar y hablando entre dientes.

—Buenas noches —dijo el doctor cortésmente—. Qué buen tiempo tenemos.

El capitán se le acercó y le amenazó con el puño.

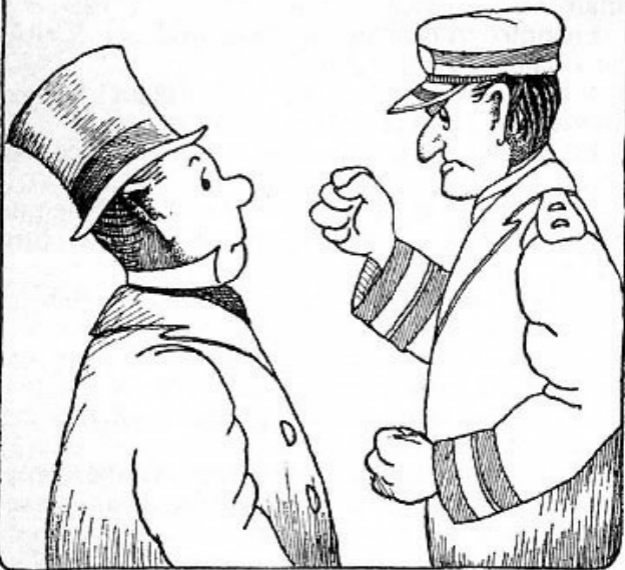
—¿Es usted el dueño de esa Arca de Noé que hay ahí? —dijo enfurecido, señalando el otro barco.

—Bue... no, sí, por el momento —dijo el doctor—. ¿Por qué?

—Pues querría usted decirme —gruñó el capitán, con la cara descompuesta por la indignación—,

¿qué demonios se propone dejando ese viejo trasto anclado sin luz una noche oscura? ¿Qué clase de marinero es usted? Vengo con el más moderno crucero de Su Majestad para perseguir al negrero Yimi Huesos, al que llevo buscando muchas semanas y, como si la maldita costa no fuese lo suficientemente difícil, choco contra un barco anclado sin luces. Afortunadamente iba despacio, sondeando, pues de no haber ido así, nos podíamos haber hundido todos. Grito a su barco y no recibo respuesta, así que me traslado a él, con las pistolas preparadas, pensando que podía ser un barco negrero que trataba

de hacerme una jugarreta, recorro todo el barco y no me tropiezo con nadie. Finalmente, en la cabina me encuentro, ¡con un cerdo *dormido en una butaca!* ¿Deja usted normalmente su barco a cargo de un cerdo con la orden de que se duerma? ¿Si el barco es suyo, porque no está usted a bordo? ¿Dónde estaba usted?



¿Dónde ha estado usted?

—Estaba en una canoa con una señora —dijo el doctor, y sonrió

animosamente a Zuzana que empezaba a llorar de nuevo.

—*¿En una canoa con una señora?*

—balbuceó el capitán—. Bueno, me...

—Sí —respondió el doctor—.

Permítame que se la presente. Esta es Zuzana, el capitán...

Pero el capitán le interrumpió llamando a un marinero que estaba allí cerca.

—Ya le enseñaré yo a que deje usted el Arca de Noé anclada en alta mar para que la armada choque contra ella... ¡Vaya tenorio de alta mar! ¿Cree usted que las leyes de la navegación están para tomarlas a broma? Venga —se

volvió al marinero que había acudido a su llamada—. Patrón, arreste a este hombre.

—Ya, ya, señor —dijo el patrón. Y antes de que el doctor se hubiese dado cuenta, le habían puesto unas esposas fuertemente sujetas a las muñecas.

—Pero es que esta señora estaba en un apuro —dijo el doctor—. Tenía tanta prisa que me olvidé de encender las luces del barco. En realidad, es que todavía no había oscurecido cuando me fui del barco.

—¡Bajarle! —rugió el capitán—. ¡Bajarle antes de que le mate!

Y el pobre doctor fue arrastrado por

el patrón hacia una escalera que conducía a las cubiertas inferiores. Pero en la parte superior de la escalera se agarró al pasamanos y permaneció el tiempo suficiente para contestar al capitán:

—Si quisiese podría decirle dónde está Yimi Huesos.

—¿Qué es eso? —refunfuñó el capitán—. Vamos, ¡volverle a traer! ¿Qué es lo que ha dicho?

—He dicho —murmuró el doctor sacando el pañuelo y sonándose la nariz con las manos esposadas—, que si quisiese podría decirle dónde está Yimi Huesos.

—¿Yimi Huesos, el negrero? —gritó el capitán—. Ése es el hombre que el gobierno me ha ordenado que busque. ¿Dónde está?

—La memoria no me funciona muy bien mientras tengo las manos atadas —dijo el doctor tranquilamente, haciendo un gesto con la cabeza hacia las esposas—. Si me quitase esto, acaso pudiese recordarlo.

—Oh, perdone —dijo el capitán cambiando inmediatamente de actitud—. Patrón, suelte al prisionero.

—Sí, sí, mi capitán —dijo el marinero, quitando las esposas de las muñecas del doctor y dándose la vuelta

para marcharse.

—Ah, y a propósito —le gritó el capitán—, suba una silla a cubierta, que nuestro visitante quizá esté cansado.

Entonces, John Dolittle le contó al capitán la historia de Zuzana y todas sus peripecias. Y los demás oficiales del barco se reunieron en torno a él para escucharle.

—Y no me cabe la menor duda —concluyó el doctor—, que ese negrero que se llevó al marido de esta mujer era Yimi Huesos, el hombre que buscáis.

—Desde luego —dijo el capitán—. Sé que está en algún sitio por esta costa. ¿Pero dónde está ahora? Es un pez

difícil de pescar.

—Ha ido rumbo al norte —dijo el doctor—. Pero este barco es rápido y debería poder alcanzarle. Si se esconde en alguna de estas bahías o ensenadas tengo aquí conmigo varios pájaros que, en cuanto sea de día, pueden buscarle y decirnos dónde está.

El capitán miró sorprendido la cara de los oficiales que estaban escuchando, todos los cuales sonrieron incrédulos.

—¿Qué quiere decir con lo de pájaros? —preguntó el capitán—. ¿Palomas, canarios amaestrados o algo así?

—No —respondió el doctor—. Me

refiero a las golondrinas que regresan a Inglaterra para pasar el verano. Muy amablemente se han ofrecido a guiar mi barco para volver a casa. Son amigas mías, sabe usted.

Esta vez los oficiales soltaron todos la carcajada mientras se golpeaban la frente como para indicar que sabían que el doctor estaba chiflado. Y el capitán, creyendo que le estaba tomando el pelo, se puso furioso de nuevo y se dispuso a arrestar al doctor otra vez.

Pero el oficial que estaba de segundo a bordo susurró al capitán al oído:

—Mi capitán, ¿por qué no llevamos

a este individuo y le dejamos que pruebe? Nosotros íbamos rumbo al norte de todas maneras. Me parece recordar que, cuando estaba destinado en Inglaterra, oí hablar en las provincias occidentales de un individuo que tenía un extraño poder sobre los animales y las aves. No me cabe duda de que es éste. Se llamaba Dolittle. Parece bastante inofensivo y existe la posibilidad de que nos pueda ser útil. Los indígenas evidentemente se fían de él, si no esa mujer no le hubiese acompañado. Ya sabe usted el miedo que tienen de salir a la mar con un hombre blanco.

Después de pensarlo un momento el capitán se volvió otra vez hacia el doctor.

—A mí me parece que está usted rematadamente loco, buen hombre. Pero si puede facilitarme el atrapar a Yimi Huesos el negrero, me da lo mismo por qué medio lo consigue. Tan pronto como amanezca nos pondremos en camino. Pero si lo que está haciendo es divertirse a costa de la Marina de Su Majestad, le advierto que será el peor día de su vida. Ahora vaya y encienda las luces en su arcón para indicar que está anclado, y dígame al cerdo que si deja que se apaguen, le convertiremos

en lonchas de jamón para la comida de los oficiales.

Hubo muchas risotadas y bromas cuando el doctor se descolgó por el flanco del barco y volvió al suyo para encender las luces. Pero a la mañana siguiente cuando retornó al buque de guerra acompañado de mil golondrinas, los oficiales de la Marina de Su Majestad ya no estaban tan dispuestos a burlarse de él.

El sol empezaba a salir por la lejana costa de África, y era la mañana más bonita que pueda imaginarse.

Durante la noche Rauda la ligera había hecho planes con el doctor. Y

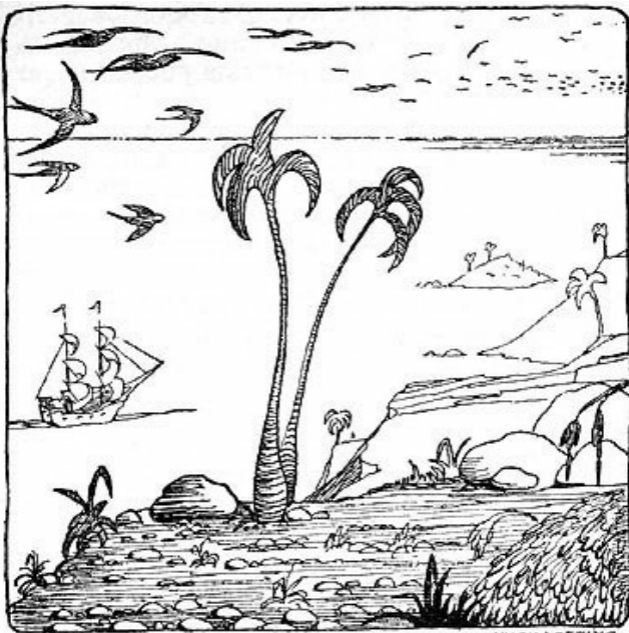
mucho antes de que el gran barco de guerra levase el ancla y se diese la vuelta para continuar su ruta, la golondrina jefa estaba ya a muchas millas por delante, con una bandada de cazadoras escogidas, explorando las ensenadas y examinando todos los resquicios de la costa donde el traficante de esclavos pudiese estar escondido.

Rauda había acordado con el doctor una especie de sistema telegráfico aéreo que pondrían en práctica las golondrinas. Tan pronto como se hubieron dispersado a lo largo de la costa los millones de pajarillos, que

moteaban el cielo hasta donde alcanzaba la vista, las golondrinas empezaron a pasarse mensajes, silbándose unas a otras, desde las exploradoras que iban delante hasta el doctor que estaba en el barco de guerra, a fin de dar noticias sobre cómo iba la búsqueda.

Y hacia el mediodía llegó la noticia de que el barco negrero de Huesos había sido divisado detrás de un largo y elevado cabo. Hay que tomar muchas precauciones, decía el mensaje, porque el barco está preparado para partir en cualquier momento. Los negreros no se han parado más que para aprovisionarse de agua y han colocado vigías para

avisarles que vuelvan inmediatamente,
si es necesario.



Los pajarillos se dispersaron por la costa

Cuando el doctor contó esto al capitán, el buque de guerra cambió el rumbo, dirigiéndose hacia tierra, a fin de mantenerse oculto detrás del largo cabo. Se advirtió entonces a todos los marineros que se mantuviesen muy callados de manera que el barco de la marina pudiese coger desprevenidos a los negreros.

Y como el capitán esperaba que el negrero presentase lucha, dio también la orden de que tuviesen preparados los cañones. Y, justo cuando estaban doblando el cabo, uno de los estúpidos cañoneros disparó un cañón sin darse cuenta.

¡*Buuuum!*...

El disparo salió retumbando con gran estrépito sobre el silencioso mar como un trueno furioso.

Al minuto llegó el aviso por la línea telegráfica de las golondrinas de que los negreros estaban advertidos y huían. Y efectivamente, cuando el barco de guerra dobló finalmente el cabo vieron el barco negrero, que zarpaba con todas las velas desplegadas, a más de quince kilómetros de distancia por delante del barco de guerra.

3

Un gran artillero

ENTONCES empezó una emocionantísima carrera marítima. Ya eran las dos de la tarde y no quedaban muchas horas de luz.

El capitán, después de haber insultado al estúpido artillero que había disparado el cañón sin querer, se dio cuenta de que si no alcanzaba al negrero antes del anochecer probablemente le perdería del todo. Pues este Yimi Huesos era un bribón muy astuto y listo que conocía muy bien la parte de la

costa occidental de África (que se conoce hasta nuestros días por el nombre de *Costa de los Esclavos*). Después de hacerse de noche, si navegaba sin luces, podría encontrar fácilmente algún escondrijo o rincón donde ocultarse, o volver hacia atrás y estar a muchas millas de distancia antes de que llegase la mañana.

Así que el capitán dio la orden de avanzar a la mayor velocidad posible. Esta era la época en que se empezaba a utilizar el vapor en los barcos. Pero, al principio se usaba al mismo tiempo que las velas, para ayudar a la fuerza del viento. De este barco, el H. M. S.

Violeta, el capitán se sentía muy orgulloso. Y tenía enorme interés en que el *Violeta* tuviese el honor de atrapar a Huesos, el negrero que llevaba tanto tiempo desafiando a la marina, ya que continuaba con el tráfico de esclavos después de haber sido prohibido. Por lo tanto, los motores del *Violeta* empezaron a funcionar a su máximo rendimiento. Un espeso humo negro salía por las chimeneas oscureciendo el mar azul y embadurnando las bellas velas blancas que zumbaban al chocar con el viento.

Entonces, el maquinista, deseoso también de que su barco tuviese el honor de capturar a Huesos, ató la válvula de

seguridad al motor de vapor, para que fuese más deprisa, y luego subió a cubierta para presenciar el espectáculo. Y pronto, naturalmente, una caldera completamente nueva explotó con un terrible estrépito produciendo una enorme confusión en la sala de máquinas.

Pero, como era un buque perfectamente aparejado, el *Violeta* era también un velero muy rápido. Así que continuó surcando con furia las olas y ganando lentamente terreno al barco negrero.

Sin embargo, el astuto Huesos, como llevaba tanta ventaja, no resultaba fácil

de alcanzar. Además pronto empezó a ponerse el sol, y el capitán, que sabía que con la oscuridad el enemigo estaría a salvo, fruncía el ceño y golpeaba el suelo con los pies.

Abajo, entre la tripulación, el hombre que había disparado el cañón sin querer lo estaba pasando muy mal. Todos sus compañeros se metían con él y le atacaban por haber sido tan estúpido como para avisar a Huesos, que ahora seguramente se escaparía. La distancia que les separaba del negrero era todavía demasiado grande como para utilizar el tipo de cañones que tenían en aquella época. Pero cuando el

capitán vio que la oscuridad se cernía sobre el mar, y que su enemigo escapaba, ordenó que, de todas formas, los hombres acudiesen a los cañones, aunque no tenían la menor esperanza de que los disparos pudiesen alcanzar al traficante a esa distancia.

Tan pronto como empezó la carrera, Rauda la ligera se había venido al barco de guerra para descansar, y casualmente estaba hablando con el doctor cuando llegó la orden del capitán de preparar los cañones. Entonces Rauda y el doctor bajaron para ver cómo disparaban.

Allí se encontraron con un ambiente tranquilo pero cargado de emoción.

Cada artillero estaba inclinado sobre su cañón, apuntándolo y observando al barco enemigo a distancia, mientras esperaban la orden de disparar. El pobre hombre con el que se habían metido sus compañeros estaba todavía casi llorando por su estúpido error.

Súbitamente un oficial gritó:

—¡*Fuego!*

Y, con un estrépito que sacudió el barco de popa a proa, ocho grandes balas de cañón salieron silbando por encima del agua.

Pero ni una dio al barco de esclavos. ¡*Pum!* ¡*Pum!* ¡*Pum!* Todas cayeron inofensivamente al mar.

—¡No hay buena luz! —gruñeron los artilleros—. ¿Quién podría dar a algo a dos millas de distancia con esta luz tan infecta?

Entonces Rauda susurró al oído del doctor:

—Dícales que me dejen disparar un cañón. Tengo mejor vista que ellos cuando no hay mucha luz.

Pero justo en ese momento vino la siguiente orden del capitán:

—*¡Cesen el fuego!* —y los hombres abandonaron sus puestos.

Tan pronto como se volvieron de espaldas, Rauda saltó a lo alto de uno de los cañones, y separando sus cortitas

patas blancas, dirigió los vivarachos ojitos negros hacia el punto de mira.

Luego, con las alas, fue indicando al doctor, que estaba detrás, la dirección en que había de hacer oscilar el cañón, de manera que apuntase en el sentido que ella quería.

—¡Fuego! —exclamó Rauda.

Y el doctor disparó.

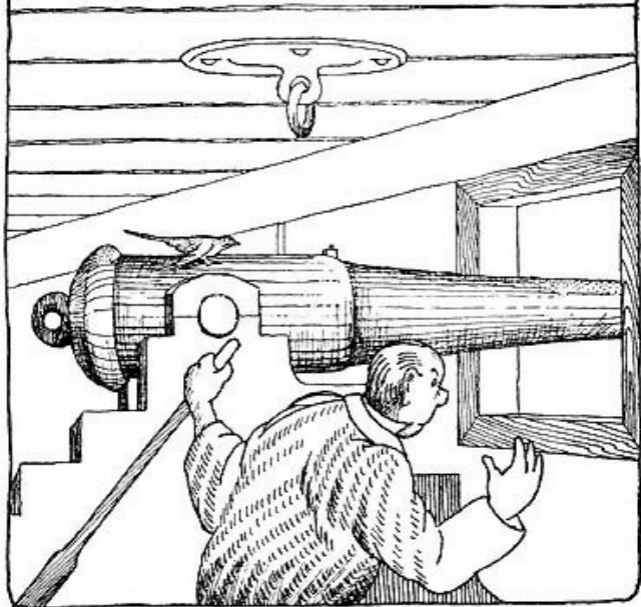
—¿Qué demonios es esto? —rugió el capitán desde el alcázar al sonar el disparo—. ¿Acaso no he dado orden de que cese el fuego?

Pero el segundo de a bordo le tiró de la manga y señaló a través del agua. El cañonazo de Rauda había partido

limpiamente en dos el mástil principal del barco de esclavos, con lo que las velas habían caído amontonadas sobre la cubierta.

—¡Santo cielo! —gritó el capitán—, ¡le hemos pegado! Mirad, Huesos está izando la bandera de rendición.

Entonces el capitán que, un momento antes pretendía castigar al hombre que había disparado sin permiso, quiso saber quién había apuntado tan bien aquel tiro como para conseguir que el barco negrero se detuviese. Y cuando el doctor le iba a decir que había sido Rauda, ésta le susurró al oído:



¡Fuego!, exclamó Rauda

—No se moleste, doctor. En todo caso, nunca le creería. Ha sido el cañón

del hombre que cometió el error el que hemos disparado. Que él se lleve el honor. Probablemente le darán una medalla y entonces se sentirá mejor.

A bordo del *Violeta* empezó a reinar una gran emoción al acercarse al barco de esclavos que yacía averiado en el mar. El capitán Huesos, junto con su tripulación, formada por otros once rufianes, fue hecho prisionero y encerrado en la celda del buque de guerra. Luego, el doctor con Zuzana, algunos marineros y un oficial, se trasladaron al barco negrero. Al entrar en la bodega la encontraron atiborrada de esclavos con cadenas.

Y Zuzana reconoció inmediatamente a su marido y lloró de alegría apoyada en él.

A los negros les soltaron inmediatamente las cadenas y les llevaron al buque de guerra. Entonces el barco negrero fue remolcado por el *Violeta*. Y ese fue el final del tráfico de esclavos del señor Huesos.

Mientras tanto a bordo del buque de guerra reinaba una gran alegría y todos se daban las manos y se felicitaban. Y se preparó una gran comida para los esclavos en la cubierta principal. Pero a John Dolittle, a Zuzana y a su marido les invitaron en el comedor de los oficiales,

donde brindaron por ellos con vino de Oporto, y también hubo discursos a cargo del capitán y del doctor.

Al día siguiente, tan pronto como fue de día, zarpó el barco de guerra y volvió a bordear la costa desembarcando a los negros en sus diferentes países.

Esto duró bastante tiempo porque Huesos, al parecer, había reunido gente de muchas tribus muy diferentes. Y no fue hasta pasado el mediodía cuando el doctor, Zuzana y su marido llegaron al pequeño barco de John Dolittle, que seguía con las luces fielmente encendidas en pleno día.

Entonces el capitán estrechó la mano

del doctor y le dio las gracias por la ayuda que había prestado a la Marina de su Majestad, y le pidió sus señas de Inglaterra para hablar de él al gobierno, pues la reina seguramente querría darle un título de caballero, o darle una medalla, o algo parecido. Pero el doctor le dijo que prefería que le diese un kilo de té. No lo había probado desde hacía varios meses y el que tenían en el comedor de los oficiales era muy bueno.

Así que el capitán le regaló cinco kilos del mejor té chino y volvió a darle las gracias en nombre de la reina y del Gobierno.

Entonces el *Violeta* dio la vuelta a su

gran proa rumbo al norte otra vez, y zarpó hacia Inglaterra mientras los marineros se agolpaban en la barandilla. Desde allí vitorearon por tres veces al doctor, con tanto entusiasmo que sus voces resonaron a través del mar.



Los marineros se agolpaban ante la barandilla del barco

Luego Yip, Dab-Dab, Gub-Gub, Tu-Tu y los demás rodearon a John Dolittle

porque querían que les contase todas sus aventuras. Y llegó la hora del té sin haber terminado de contarles todo, así que el doctor invitó a Zuzana y a su marido a que lo tomaran con él antes de volver a tierra.

Lo aceptaron con sumo gusto y el doctor hizo el té él mismo y resultó excelente. Mientras tomaban el té Zuzana y su marido (que se llamaba Begwe) hablaron del reino de Fantippo.

—Yo no creo que debamos volver allí —dijo Begwe.

—No me importa ser soldado en el ejército de Fantippo pero ¿y si viene otro negrero?, quizá volviese a

venderme el rey. ¿Enviaste esa carta a nuestro primo?

—Sí —contestó Zuzana—, pero no creo que le haya llegado porque no ha habido respuesta.

El doctor preguntó a Zuzana cómo había enviado la carta y ella le explicó que, cuando Huesos ofreció un precio muy alto por Begwe y el rey había tenido la tentación de venderle, ella le había dicho al rey que le entregaría doce bueyes y treinta cabras, de un primo muy rico de su país, si hacía el favor de esperar a que le escribiese. Y como al rey de Fantippo le gustaban mucho los bueyes y las cabras, pues el ganado

valía tanto como el dinero en esa tierra, le prometió a Zuzana que, si conseguía los doce bueyes y las treinta cabras en dos días, le daría la libertad a su marido, en vez de venderle a los negreros.

Así que Zuzana se había precipitado a un escribano profesional (porque la gente corriente de esas tribus no sabía escribir) y había escrito una carta a su primo rogándole que enviase sin demora los bueyes y las cabras al rey. Luego había llevado la carta a la oficina de correos de Fantippo y la había mandado.

Pero pasaron los dos días y no tuvo respuesta ni recibió el ganado. Entonces

el pobre Begwe había sido vendido a los hombres de Huesos.

4

El servicio de Correos de Fantippo

A HORA bien, el servicio de correos de Fantippo, del que Zuzana había hablado al doctor, era un poco especial. Por de pronto no era nada común que hubiese un servicio de correos regular en un reino de África. Y las cosas habían sucedido de la forma siguiente:

Algunos años antes de este viaje del doctor, en la mayoría de los países

civilizados del mundo, se había empezado a hablar de los servicios de correos y de lo que debería costar el enviar una carta de un sitio a otro. En Inglaterra un hombre llamado Rowland Hill^[5] había ideado lo que allí se llamaba «el franqueo de un penique», y se había acordado que un penique fuese la tarifa normal para mandar una carta de una parte de las islas Británicas a otra. Evidentemente, para cartas muy pesadas había que pagar más. Entonces se hicieron los sellos, de un penique, de dos peniques, de dos peniques y medio, de seis peniques y de un chelín. Cada uno era de un color diferente y todos

estaban muy bellamente grabados, en su mayoría con la efigie de la reina, en unos con la corona puesta y en otros sin ella.

Y Francia y los Estados Unidos y todos los demás países empezaron a hacer lo mismo, con la diferencia de que sus sellos tenían el valor de sus respectivas monedas, como es natural, y en ellos figuraban diferentes reyes y reinas o presidentes.

Hasta aquí, todo muy bien. Pero un buen día llegó un barco a la costa occidental de África y dejó una carta para Koko, el rey de Fantippo. El rey Koko no había visto nunca un sello y

mandó llamar a un comerciante blanco, que vivía en la ciudad para preguntarle de qué reina era la cara del sello que llevaba la carta.

Entonces el mercader le explicó en qué consistía lo del franqueo, y cómo funcionaban los servicios de correos gubernamentales. Y le dijo que en Inglaterra, cuando se quería enviar una carta a cualquier parte del mundo, no había más que poner un sello con la cabeza de la reina en el sobre y echarla en un buzón de los que había en las esquinas de las calles, y la carta era transportada al lugar a que iba dirigida.

—¡Ah, ja, ja! —dijo el rey—. Es un

tipo de magia nueva. Lo comprendo. Muy bien. El noble reino de Fantippo tendrá su propio servicio de correos y *mi* bella y serena faz aparecerá en todos los sellos, y mis cartas viajarán por un sistema mágico más rápido que el de ningún otro país.



Un sello de Fantippo que se hizo muy raro

Entonces el rey Koko de Fantippo, que era un hombre muy vanidoso, mandó hacer gran cantidad de sellos con su efigie, unos con la corona y otros sin ella; unos sonriendo, otros con el ceño fruncido; unos montando a caballo, otros en bicicleta. Pero el sello del que se sentía más orgulloso era el de diez peniques, en el que aparecía jugando al golf, un juego que le acababan de enseñar unos escoceses que estaban buscando oro en su reino.

Y mandó hacer buzones, exactamente como el mercader blanco le había explicado que eran los de Inglaterra, y los mandó colocar en las esquinas de las

calles y dijo a sus gentes que no tenían más que poner uno de sus sellos en las cartas, echarlas en esas cajas, y serían transportadas al rincón de la tierra que quisiesen.

Pero poco después la gente empezó a quejarse de que les habían estafado. Habían pagado bastante dinero por los sellos, decían, confiando en sus poderes mágicos, y habían echado las cartas en los buzones que había en las esquinas de las calles, como les habían dicho, pero, un buen día, una vaca se había frotado el cuello contra uno de los buzones hasta hacerlo reventar y había resultado que dentro estaban todas las cartas que la

gente había echado y que no se habían movido ni un centímetro de donde las habían dejado.

Ante esto el rey se puso furioso y llamó al comerciante blanco y le dijo:

—Habéis engañado a Mi Majestad. Estos sellos de que habláis no tienen el más mínimo poder mágico. ¡Exijo una explicación!

El comerciante le dijo entonces que no era por arte de magia, de los sellos o de los buzones, por lo que las cartas viajaban, sino que los servicios de correos de verdad tenían funcionarios de correos o carteros que recogían las cartas de los buzones. Y continuó

explicando al rey todas las demás obligaciones de un servicio de correos, y por qué llegaban las cartas.

Entonces el rey, que era un hombre muy tenaz, dijo que de cualquier modo Fantippo tendría su correo, y mandó que le trajesen de Inglaterra cientos de uniformes y gorras de cartero. Y cuando llegaron vistió con ellos a muchos negros y les puso a trabajar de carteros.

Pero los negros encontraban que los pesados uniformes daban mucho calor para el clima de Fantippo, donde la gente no lleva más vestimenta que un collar, y se quitaron los uniformes y no se pusieron más que la gorra. Así es

como el uniforme de cartero se convirtió en Fantippo en una gorra muy elegante, un collar y una saca de correos.

Fue entonces, al tener ya el rey Koko sus funcionarios de correos, cuando empezó realmente a funcionar el servicio postal de Fantippo. Las cartas se recogían de los buzones que había en las esquinas de las calles y se enviaban cuando hacía escala un barco. Y el correo que llegaba se repartía a las puertas de las casas de Fantippo tres veces al día. La oficina de correos se convirtió así en el lugar más concurrido de la ciudad.

Ahora bien, los pueblos de África

occidental tienen un gusto muy especial para vestir. Les gustan los colorines. Y a algún elegante de Fantippo se le ocurrió la idea de utilizar los sellos usados de las cartas para hacerse trajes. Éstos resultaban muy vistosos y elegantes y un traje de este tipo, hecho de sellos, se convirtió en algo de mucho valor entre los indígenas.

Por entonces, también en los países civilizados del mundo tuvo sus consecuencias este asunto de los sellos, y fue la locura la afición de coleccionarlos. En Inglaterra, en América y en otros países, la gente empezó a comprar álbumes y a pegar

sellos en ellos. Y un sello raro se convirtió en algo de mucho valor.

Y sucedió que un día llegaron a Fantippo en un barco dos hombres aficionados a coleccionar sellos. El sello que los dos tenían más interés por conseguir para su colección era el «rojo de dos peniques y medio de Fantippo», un sello que el rey había dejado de imprimir porque en la efigie de ese sello no resultaba nada guapo. Y como había dejado de imprimirlo se hizo muy raro.

Tan pronto como los dos hombres pusieron pie en Fantippo, se les acercó un mozo para llevarles las maletas. Y justo en medio del pecho del mozo los

coleccionistas descubrieron el sello rojo de dos peniques. Entonces los dos coleccionistas quisieron comprar el sello. Y como ambos tenían mucho interés en obtenerlo para sus respectivas colecciones, empezaron enseguida a ofrecer precios muy altos por él pujando uno contra otro.

Al rey Koko le llegaron noticias de esto e hizo llamar a uno de estos coleccionistas para preguntarle por qué se ofrecían precios tan altos por un sello viejo y usado. Y el hombre blanco le explicó la nueva locura de coleccionar sellos que estaba invadiendo el mundo civilizado.

Aunque pensó que el mundo civilizado debía estar loco, el rey Koko decidió que sería una buena idea dedicarse a vender sellos para colecciones, pues sería mucho mejor negocio que venderlos en la oficina de correos para las cartas. Y después de esto, siempre que hacía escala un barco en el puerto de Fantippo enviaba al director general de Correos —un hombre muy importante que usaba *dos* collares, una gorra de cartero, pero que no llevaba cartera— al barco con sellos para colecciones.

Fue tan tremendo el negocio que se hizo de esta manera que el rey mandó

que las prensas para imprimir sellos se pusiesen a funcionar con la máxima actividad, a fin de tener preparada para la venta toda una nueva serie de sellos de Fantippo cuando el mismo barco volviese a hacer escala en su travesía de vuelta a Inglaterra.

Pero con este nuevo negocio de vender sellos para colecciones, y no para el correo, se descuidó el servicio postal de Fantippo y se hizo muy deficiente.

Ahora bien, cuando Zuzana estaba hablando, mientras tomaba el té, sobre la carta que había enviado a su primo — y a la cual no había tenido respuesta—

el doctor Dolittle se acordó repentinamente de algo. Durante uno de sus anteriores viajes, el barco de pasajeros en el que iba había fondeado fuera de este mismo puerto de Fantippo, aunque no había desembarcado ningún pasajero. Pero había subido a bordo un cartero para vender todo un montón de sellos nuevos muy elegantes verdes y de color violeta. El doctor, que por aquel entonces era un gran coleccionista de sellos, había adquirido tres series completas.

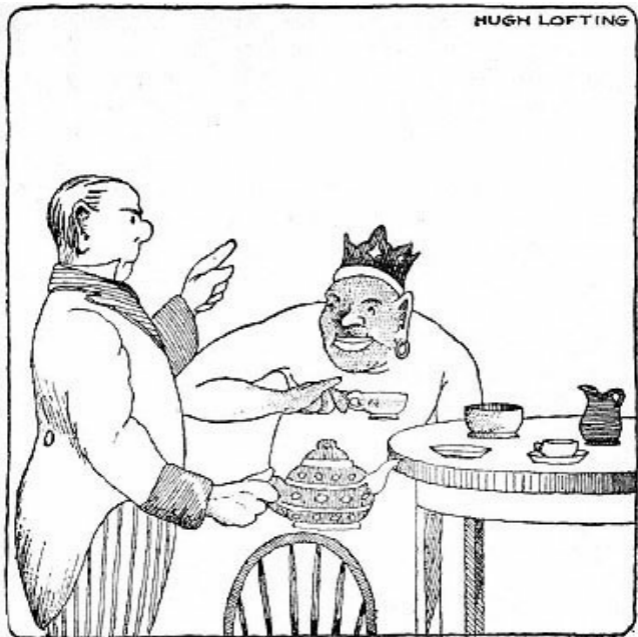
Y ahora, mientras escuchaba a Zuzana, cayó en la cuenta de lo que pasaba con el servicio de correos de

Fantippo, y por qué ella no había recibido respuesta a su carta, con lo que habría librado a su marido de la esclavitud.

Cuando Zuzana y su marido se levantaron para marcharse, pues empezaba a oscurecer, el doctor advirtió que de la orilla salía una canoa hacia su barco. Y cuando estuvo cerca vio en ella al rey Koko en persona que venía hacia el barco del hombre blanco con sellos para vender.

Así que el doctor se puso a hablar con el rey y le dijo, sin rodeos, que debería sentirse avergonzado de su servicio de correos. Entonces, mientras

le servía una taza de té chino, le explicó que la carta de Zuzana probablemente no se la habían llegado a enviar a su primo.



El doctor sirvió al rey un taza de té chino

El rey le escuchó atentamente y comprendió que su correo había tenido

la culpa, por lo que invitó al doctor a trasladarse a tierra con Zuzana y Begwe para organizarle el servicio y ponerlo en condiciones de que funcionase como era debido.

Se retrasa el viaje

DESPUÉS de hacerse rogar un poco, el doctor accedió a esta propuesta, pues pensó que quizá pudiese hacer algo beneficioso. ¡Qué poco se daba cuenta del enorme trabajo que se echaba encima y de las extrañas aventuras que le iban a suceder, cuando se embarcó en la canoa de remo con el rey, Begwe y Zuzana, para trasladarse a la ciudad de Fantippo!

Encontró este lugar muy diferente a las demás ciudades y pueblos africanos

que había visitado hasta entonces. Era bastante grande, casi una ciudad. Era de aspecto animado y alegre, y los habitantes, como su rey, parecían todos amables y joviales.

Al doctor le presentaron todos los hombres importantes del reino de Fantippo, y más tarde, le llevaron a visitar la oficina de correos.

Ésta la encontró en una situación terrible. Había cartas por todas partes: en el suelo, en viejos cajones, rodando por las mesas, e incluso tiradas en la acera a la puerta de la oficina. El doctor explicó al rey que esto no podía ser, que en los servicios de correos bien

llevados las cartas que tenían sello se trataban con respeto y cuidado. No era de extrañar, dijo, que la carta de Zuzana no hubiese llegado a su primo si ésta era la forma en que cuidaban de la correspondencia.

El rey Koko le rogó de nuevo que se hiciese cargo del servicio y que tratase de hacerlo funcionar con orden. Y el doctor dijo que vería lo que podía hacer. Entonces entró en la oficina, se quitó la chaqueta y se puso a trabajar.

Pero después de muchas horas de esforzado trabajo, tratando de distribuir las cartas y ordenar la oficina, John Dolittle comprendió que una tarea tan

ardua como organizar el servicio de correos de Fantippo no iba a ser cosa de un día o dos. Tardaría por lo menos varias semanas. Y así se lo dijo al rey. Entonces llevaron el barco del doctor al puerto, lo anclaron en lugar seguro y desembarcaron a todos los animales. Y cedieron al doctor una casa nueva en la calle principal, para albergarle a él y a sus animales mientras durase el trabajo de poner en orden el servicio de correos de Fantippo.

Bueno, pues a los diez días John Dolittle tenía organizado lo que se llama el *Correo Nacional*. El correo nacional es el encargado de llevar las cartas de

una parte del país a otra del mismo país, o de una parte de una ciudad a otra de la misma ciudad. El servicio que lleva las cartas fuera del país, a tierras extranjeras, se llama *Correo Extranjero*. El doctor se encontró con que conseguir un servicio bueno y regular con el exterior en Fantippo era un problema muy difícil pues los barcos correo, que podían llevar las cartas al extranjero, no venían con mucha frecuencia a este puerto. Aunque el rey Koko estaba muy orgulloso de su país, las naciones civilizadas no consideraban que Fantippo fuese muy importante, y allí no hacían escala más que dos o tres barcos

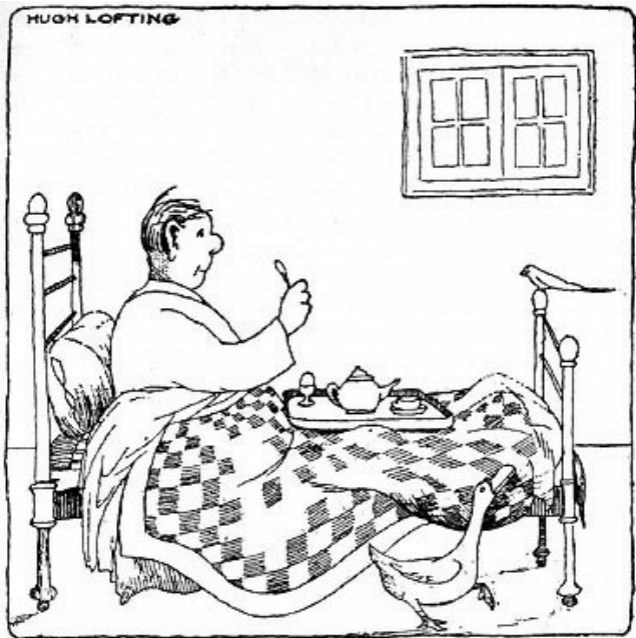
al año.

Pero un día, por la mañana muy temprano, cuando el doctor estaba en la cama meditando sobre lo que podría hacer para organizar el correo extranjero, Dab-Dab y Yip le llevaron el desayuno en una bandeja y le dijeron que afuera había una golondrina que quería darle un recado de parte de Rauda la ligera. John Dolittle dijo que hiciesen pasar a la golondrina, y el pajarillo se posó a los pies de la cama mientras el doctor desayunaba.

—Buenos días —dijo el doctor mientras rompía la cáscara de un huevo duro—. ¿En qué puedo servirte?

—Rauda quisiera saber cuánto tiempo espera quedarse en este país —dijo la golondrina—. No es que se queje, tampoco nos quejamos ninguna de nosotras, pero este viaje de usted está durando más de lo que creíamos. Como sabe, ya hubo un retraso mientras perseguíamos a Huesos el negrero y ahora parece probable que esto del servicio de correos le vaya a tener a usted ocupado todavía durante algunas semanas. Normalmente ya estaríamos en Inglaterra hace tiempo, preparando los nidos para las crías de la nueva estación. No podemos retrasar la época de la nidada. Claro que usted se dará

cuenta de que no es que nos estemos quejando, ¿verdad?, pero es que este retraso nos está complicando mucho las cosas.



Buenos dias. ¿En qué puedo servirte?

—Ah, claro, claro. Lo comprendo perfectamente —respondió el doctor

mientras echaba sal al huevo con una cuchara de hueso—. Lo siento horrores. ¿Pero por qué no me trajo Rauda misma el recado?

—Supongo que no quiso porque pensó que usted podía ofenderse — respondió la golondrina.

—Oh, en absoluto —dijo el doctor—. Vosotras habéis sido de lo más útiles. Dile a Rauda que iré a verla en cuanto me haya puesto los pantalones y hablaremos sobre ello. Podremos arreglarlo, no me cabe la menor duda.

—Muy bien doctor —dijo la golondrina dando la vuelta para marcharse—. Comunicaré a Rauda lo

que usted me ha dicho.

—A propósito —dijo John Dolittle—, he estado tratando de recordar de qué te conozco. ¿Has construido tu nido alguna vez en mi establo en Puddleby?

—No —contestó el pájaro—. Pero soy la golondrina que le llevó el mensaje de los monos cuando estaban enfermos.

—Oh, claro, naturalmente —exclamó el doctor—. Ya sabía que ésta no era la primera vez que te veía. Yo no me olvido nunca de las caras. Debió ser muy duro para ti venir a Inglaterra en invierno, con el suelo cubierto de nieve y todas esas cosas. Fuiste muy valiente

al emprender ese viaje.

—Sí, fue un viaje muy duro —dijo la golondrina—. Más de una vez estuve a punto de morirme de frío. Volar entre las fauces de aquel viento gélido era horrible. Pero había que hacer algo. Los monos probablemente habrían quedado aniquilados si no le hubiésemos tenido a usted.

—¿Cómo es que te eligieron a ti para llevar el mensaje? —preguntó el doctor.

—Bueno —contestó—. Rauda estaba empeñada en llevarlo ella misma. Ya sabe usted, es tremendamente valiente y tan rápida como el relámpago.

Pero las otras golondrinas no se lo permitieron. Dijeron que era demasiado valiosa como jefa. Era una aventura arriesgada y si hubiese perecido a causa del frío no hubiésemos vuelto a encontrar otra jefa como ella. Porque, además de ser valiente y rápida, es la jefa más inteligente que hemos tenido. Siempre que las golondrinas tienen alguna dificultad se le ocurre alguna forma de vencerla. Es una jefa nata. Vuela deprisa y piensa deprisa.

—¡Vaya! ¡Vaya! —murmuró el doctor mientras quitaba de las sábanas pensativamente las migas de las tostadas —. Pero ¿por qué te eligieron a ti para

llevar el mensaje?

—No me eligieron —dijo la golondrina—. Casi todas nos ofrecimos voluntarias para la tarea a fin de que Rauda no arriesgase su vida. Pero la ligera dijo que lo justo era que echásemos a suertes. Así que cogimos un montón de hojas pequeñas y les quitamos el tallo a todas menos a una. Pusimos las hojas en una vieja cáscara de coco y las revolvimos. Luego, con los ojos cerrados, empezamos a coger una cada una. La golondrina que cogiese la hoja con tallo sería la encargada de llevar el mensaje a Inglaterra. Y yo fui quien la cogió. Antes de emprender el

viaje me despedí de mi familia besándoles a todos, pues en realidad, no esperaba volver viva. Sin embargo, me alegro de que me tocase la suerte.

—¿Por qué? —preguntó el doctor, quitándose la bandeja del desayuno de las rodillas y sacudiendo las almohadas.

—Bueno, pues vea —dijo la golondrina levantando la pata derecha y enseñándole una cinta diminuta de seda roja que llevaba atada al tobillo—. Gané esto por aquello.

—¿Qué es eso? —preguntó el doctor.

—Es la señal de haber hecho algo arriesgado y especial —dijo la

golondrina con modestia.

—Ah, ya veo —dijo el doctor—. ¿Es como una condecoración, verdad?

—Sí. Me llamo *Aguda*. Antes era sencillamente *Aguda*, pero ahora me llamo *Aguda la recadera* —añadió el pajarillo, mirándose con orgullo la chaparreta pata blanca.

—Estupendo, *Aguda* —comentó el doctor—. Te felicito. Ahora es preciso que me levante. Tengo muchísimo trabajo. No te olvides de decir a *Rauda* que nos encontraremos en el barco a las diez. ¡Adiós! Oh, ¿harías el favor de decir a *Dab-Dab* cuando salgas que venga a recoger las cosas del desayuno?

Me alegro de que hayas venido. Me has dado una idea. ¡Adiós!

Y cuando Dab-Dab y Yip vinieron para llevarse la bandeja encontraron al doctor afeitándose. Se estaba mirando en un espejo agarrándose la punta de la nariz y hablando consigo mismo.



Encontraron al doctor afeitándose

—*Eso es, para el correo extranjero de Fantippo. Cómo no se me habrá*

ocurrido antes. Tendré el correo extranjero más rápido que jamás se haya conocido en el mundo. ¡Pues, claro! Eso es. *El Correo de las Golondrinas.*

La Tierra de Nadie

TAN pronto como se hubo vestido y afeitado, bajó el doctor a su barco para reunirse con la ligera.

—Rauda, siento muchísimo cuán grande ha sido el trastorno que os he ocasionado por retrasarme aquí —dijo—. Pero, realmente, me parece que hay que ocuparse del asunto del correo, sabes. Está en una situación deplorable, de verdad que lo está.

—Ya lo sé —dijo Rauda—. Y de haber sido posible habríamos anidado

aquí, en este país, para complacerle, y no nos hubiésemos molestado en ir a Inglaterra este año. No hubiese importado mucho el perdernos un verano en el norte. Pero, sabe usted, nosotras no podemos anidar muy bien en los árboles. Nos gusta anidar en las casas, en los graneros y en los edificios.

—¿No os servirían las casas de Fantippo? —preguntó el doctor.

—No muy bien —respondió Rauda—. Son muy pequeñas y ruidosas, con los niños indígenas que se pasan el día jugando en torno a ellas. Los huevos y las crías no estarían seguros ni un minuto. Y además, no están bien

construidas para nosotras. En su mayoría están hechas de hierba, los tejados están inclinados para el lado contrario y tienen los aleros demasiado cerca del suelo, y todo eso. Lo que nos gusta son los sólidos edificios ingleses, donde la gente ni chilla, ni da alaridos, ni se pasa todo el día tocando el tambor: los edificios tranquilos, como los graneros y los establos viejos donde, si es que viene alguien lo hace de manera educada y digna, y la gente llega y se va a horas fijas. Nos gustan los seres humanos, pero en su sitio, comprende. Pues las madres que están empollando tienen que tener silencio.

—¡Ah, ya! Lo comprendo —dijo el doctor—. Claro que a mí, personalmente, me divierte mucho la alegría de los fantippones. Sin embargo comprendo tu punto de vista. Pero, a propósito, ¿no serviría mi barco? Debería resultar lo suficientemente tranquilo para vosotras. No hay nadie viviendo en él. Y mira, tiene montones de grietas y agujeros y rincones donde podríais construir vuestros nidos. ¿Qué te parece?

—Eso sería maravilloso —dijo Rauda—; si cree que no va a necesitar el barco durante algunas semanas. Pues, naturalmente, no serviría si, después de

construir los nidos y poner los huevos, tuviese usted que levar el ancla y zarpar, ya que las crías se marearían.

—No, claro que no —contestó el doctor—. No hay cuidado de que me marche por ahora. Podríais tener el barco para vosotras solas y nadie os molestaría.

—Muy bien —dijo Rauda—. Les diré a las golondrinas que se pongan a construir los nidos inmediatamente. Pero, claro, nos iremos a Inglaterra con usted cuando esté dispuesto a ello a fin de mostrarle el camino, y también para enseñar a los pequeños cómo se va, porque, sabe, todos los años, los pájaros

recién nacidos hacen el primer viaje de Inglaterra a África con nosotras, las mayores. Tienen que hacer la primera travesía guiadas por nosotras.

—Muy bien —dijo el doctor—. Entonces esto resuelve la cuestión. Ahora tengo que volver a la oficina de correos. El barco es vuestro. Pero tan pronto como se haya terminado la nidada, ven a decírmelo porque se me ha ocurrido una idea muy especial que quiero contarte.

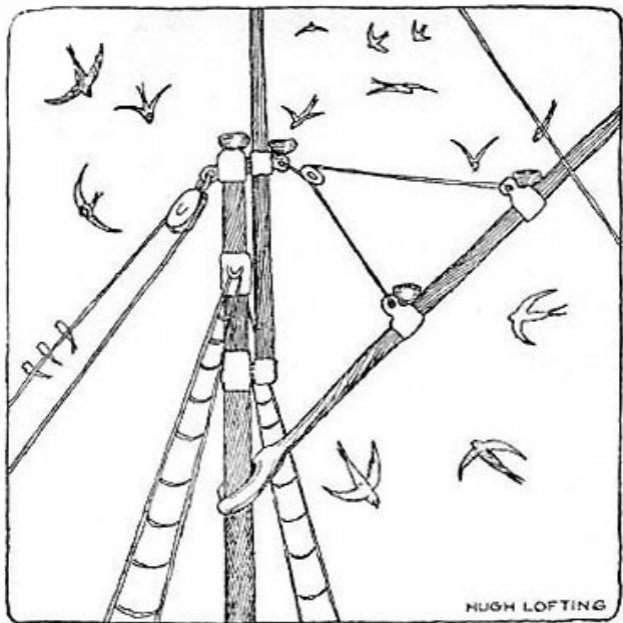
Así que el barco del doctor se convirtió en un lugar para que anidasen las golondrinas. Permaneció anclado tranquilamente en las calmas aguas de

Fantippo mientras miles y miles de golondrinas construían los nidos en las jarcias, en los ventiladores, en las portillas y en todas las grietas y rincones.

Nadie se acercaba y las golondrinas lo disfrutaban ellas solas. Y después, todas estuvieron de acuerdo en que era el mejor sitio para anidar que jamás habían encontrado.

En muy poco tiempo el barco se convirtió en un espectáculo insólito y asombroso, pues había nidos de barro pegados por todas partes, y miles de pájaros que volaban en torno a los mástiles, yendo y viniendo,

construyendo viviendas y dando de comer a las crías.



Miles de golondrinas construyeron sus nidos en las jarcias del barco

Y ese año los campesinos ingleses dijeron que el invierno iba a ser muy

duro porque las golondrinas habían anidado en el extranjero, antes de llegar, y no habían pasado más que unas pocas semanas del otoño en el norte.

Más tarde, después que hubo terminado la nidada, había, por supuesto, más del doble de pájaros que antes. Y sencillamente no se podía subir al barco a causa de las toneladas y toneladas de barro que había en él.

Pero, tan pronto como los pájaros pequeños supieron volar, los padres les pusieron a trabajar para limpiar lo que habían ensuciado. Y quitaron todo ese barro y lo tiraron al puerto pedazo a pedazo. Y el barco del doctor quedó

más limpio que nunca.

Ahora bien, un día en que el doctor acudió a correos, como siempre, a las nueve de la mañana (tenía que ir a esa hora pues, de no hacerlo, los carteros no empezaban a trabajar), se encontró a Yip royendo un hueso en la acera, a la puerta de la oficina. Al doctor, que por ser naturalista entendía mucho de huesos, le pareció que el hueso era algo curioso y le pidió a Yip que se lo dejase ver.

—¡Cómo! ¡Pero si es extraordinario!
—exclamó, examinando el hueso con gran atención—. No sabía que en África pudiesen encontrarse todavía esta clase de animales. ¿Dónde encontraste ese

hueso, Yip?

—En la Tierra de Nadie —contestó Yip—. Allí hay muchos huesos.

—¿Y dónde está la Tierra de Nadie? —preguntó John Dolittle.

—La Tierra de Nadie es esa isla redonda que está justo fuera del puerto. Ya sabe, la que parece una tarta —dijo Yip.

—Ah, sí —asintió el doctor—. Ya sé qué isla quieres decir. Está a muy poca distancia de tierra firme. Pero no sabía que se llamase así. Vaya..., si me dejas ese hueso un rato, Yip, me parece que voy a ir a hablar de ello con el rey.

Así que John Dolittle cogió el hueso

y se fue a ver al rey Koko. Yip le preguntó si podía acompañarle. Encontraron al rey sentado a la puerta del palacio chupando un pirulí, porque, como todos los fantippones, era muy aficionado a los caramelos.

—Buenos días Majestad —dijo el doctor—. ¿Sabéis por casualidad a qué clase de animal pertenece este hueso?

El rey lo examinó y sacudió la cabeza. No entendía mucho de huesos.

—Quizá sea un hueso de vaca —respondió.

—Oh, seguro que no —dijo John Dolittle—. Las vacas nunca han tenido huesos como éste. Es una mandíbula,

pero no de una vaca. Escuchad, Majestad, ¿os importaría prestarme una canoa y algunos remeros? Quiero visitar la Tierra de Nadie.

Ante el asombro del doctor el rey se atragantó con el pirulí, y estuvo a punto de caerse de la silla hacia atrás. Luego entró corriendo en el palacio y cerró la puerta.

—¡Qué raro! —exclamó John Dolittle, totalmente desconcertado—. ¿Qué le pasa a este hombre?

—Oh, será alguna tontería —refunfuñó Yip—. Estos indígenas son muy supersticiosos. Vamos al puerto, doctor, y tratemos de alquilar una canoa

para que nos lleve.

Fueron entonces al puerto y pidieron a varios barqueros que les llevaran a la Tierra de Nadie. Pero a todo el que se lo pedían se asustaba mucho y se negaba a hablar cuando el doctor le decía dónde quería ir. Ni siquiera le querían prestar sus canoas para ir solo.

Finalmente encontraron a un barquero tan charlatán que, aunque se asustó mucho cuando John Dolittle mencionó la Tierra de Nadie, acabó contando al doctor la razón de este comportamiento tan extraño:

—Esa isla —dijo—, ni siquiera mencionamos su nombre a ser posible,

es la tierra de la Magia Diabólica. Se llama (el anciano lo susurró tan bajito que el doctor apenas pudo oírle) la Tierra de Nadie, porque en ella no vive ningún ser humano. A ella no va nunca nadie.

—Pero ¿por qué? —preguntó el doctor.

—*¡En ella viven dragones!* —dijo el viejo barquero, con los ojos muy abiertos y mirando fijamente—. Unos dragones enormes, con cuernos, que escupen fuego y se comen a los hombres. Si aprecia la vida no se acerque nunca a esa isla maldita.

—Pero ¿cómo sabe todo esto si

nadie ha ido nunca para ver si es verdad o no? —preguntó el doctor.

—Hace mil años —explicó el anciano—, cuando el rey Kakabuchi reinaba en esta tierra, llevó a su suegra a vivir en esa isla, porque no paraba de hablar y no podía soportarla en palacio. Dispuso que todas las semanas le llevaran comida, pero la primera vez que los hombres se trasladaron allí en canoas no encontraron ni rastro de ella. Mientras la buscaban por la isla, entre los arbustos, salió un dragón rugiendo y les atacó. Se escaparon por los pelos de la isla y volvieron a Fantippo y se lo contaron al rey Kakabuchi. Se consultó

entonces a un famoso brujo y dijo que debía haber sido la misma suegra del rey que, por algún hechizo mágico, había sido transformada en dragón. Desde entonces ha tenido muchos hijos y la isla está poblada de dragones que *se alimentan de hombres*. Pues siempre que una canoa se acerca, los dragones bajan a las orillas exhalando llamas y destrucción. Pero desde hace cientos de años ningún hombre ha puesto el pie allí. Por eso se llama... bueno ya sabe usted.

Después de haber contado esta historia, el anciano se dio la vuelta y se puso a trabajar en su canoa como si

temiese que el doctor le fuese a pedir de nuevo que le llevase a la isla.

—Mira, Yip —dijo el doctor— me dijiste que habías cogido ese hueso en la Tierra de Nadie, ¿viste algún dragón?

—No —dijo Yip—. Fui nadando hasta allí, para refrescarme. Ayer hizo mucho calor. Pero, en realidad, no me adentré mucho en la isla. Encontré muchos huesos en la playa, y como éste me olía bien, lo cogí y volví nadando con él. La verdad es que me interesaban más el hueso y el baño que la isla.

—Esta leyenda sobre la isla es extraordinaria —murmuró el doctor—. Ahora me apetece más que nunca ir allí.

Y ese hueso también me interesa muchísimo. No he visto más que otro igual, y eso fue en un museo de historia natural. ¿Te importa que me lo quede Yip? Me gustaría ponerlo en mi museo cuando vuelva a Puddleby.

—No, nada —dijo Yip—. Mire, doctor, si no podemos conseguir una canoa, ¿por qué no vamos usted y yo nadando a la isla? No está más que a un par de kilómetros y los dos somos buenos nadadores.

—No es mala idea, Yip —dijo el doctor—. Podemos ir nadando por la costa hasta que nos encontremos enfrente de la isla y así no tendremos que nadar

tanto.

Así que partieron. Y cuando llegaron al mejor sitio de la costa el doctor se desnudó, hizo un hatillo con la ropa, y se lo sujetó a la cabeza, poniendo encima la muy apreciada chistera. Luego fue andando por el agua mientras hacía pie, con Yip a su lado, y después empezó a nadar hacia la isla.

Sin embargo, el trecho de agua que trataban de cruzar era muy mal sitio para nadar. Y al cabo de alrededor de un cuarto de hora, Yip y el doctor advirtieron que una fuerte corriente les llevaba mar adentro. Hicieron todo lo posible por llegar a la isla, pero sin

éxito.



Vuélvete, Yip, dijo el doctor con voz entrecortada

—Déjese llevar, doctor —dijo Yip jadeando—. No gaste sus fuerzas por luchar contra la corriente. Déjese llevar. Incluso si nos lleva más allá de la isla hacia el mar, podemos llegar a tierra más abajo en la costa, donde la corriente no es tan fuerte.

Pero el doctor no contestó. Y por la cara que tenía Yip se dio cuenta de que estaba agotado y que apenas respiraba.

Entonces Yip se puso a ladrar con todas sus fuerzas esperando que Dab-Dab a lo mejor le oía desde tierra y que, en ese caso acudiría volando para traer ayuda. Pero, naturalmente, estaban demasiado lejos de la ciudad para que

les oyesen.

—Vuélvete Yip —dijo el doctor con voz entrecortada—. No te preocupes de mí. No me pasa nada. Vuélvete y trata de alcanzar la orilla.

Pero Yip no estaba dispuesto a volverse y dejar al doctor que se ahogase. Aunque no veía ninguna posibilidad de salvarle.

Al poco rato al doctor se le llenó la boca de agua, y empezó a balbucear y a gorgotear y Yip se asustó de verdad. Sin embargo, justo cuando el doctor había cerrado los ojos y parecía demasiado cansado como para dar ni una brazada más, ocurrió algo muy curioso. Yip notó

que subía algo de debajo del agua, exactamente bajo sus patas, que les levantaba a él y al doctor y les sacaba del mar, como si fuese la cubierta de un submarino al elevarse. Era algo que les iba alzando más y más hasta levantarles del todo por encima del agua. Y jadeando, tumbado uno al lado del otro, se miraron llenos del más absoluto asombro.

—¿Qué es, doctor? —dijo Yip, mirando la extraña cosa que había dejado de elevarse y que les llevaba como un barco, a través de la fuerte corriente, en dirección a la isla.

—No ten... go la ma, ma, más re...

mo... ta i... i... idea —dijo jadeante John Dolittle—. ¿No será una ballena? Pero, no, porque no tiene la piel de una ballena. Esto es pelo —dijo, dando un tirón a la cosa sobre la que estaba sentado.

—Bueno, pues es algún tipo animal, ¿no le parece? —dijo Yip.

—Pero ¿dónde tiene la cabeza? —y dirigió la vista por el largo e inclinado lomo, de más de veinticinco metros de longitud, que se extendía ante ellos horizontalmente formando una curva.

—Tiene la cabeza debajo del agua —dijo el doctor—. Ahí tiene la cola, mira, detrás de nosotros.

Y al volverse, Yip vio la cola más larga que jamás tuviera ningún animal viviente, azotando el agua y llevándoles hacia la isla.

—¡Ya lo comprendo! —gritó Yip—. ¡Es el dragón! ¡Estamos sentados sobre la suegra del rey Kakabuchi!

—Bueno, en todo caso, gracias a Dios que se levantó a tiempo —exclamó el doctor sacándose el agua de los oídos—. Nunca he estado tan a punto de ahogarme. Me parece que me voy a arreglar un poco para resultar más presentable antes de que saque la cabeza del agua.

Y quitándose la ropa de la cabeza, el

doctor alisó la chistera y se vistió mientras el extraño ser que les había salvado la vida les conducía, sin detenerse y con energía, hacia la isla misteriosa.

El paraíso de los animales

FINALMENTE, el extraordinario animal que había acudido a salvarles llegó a la isla, y con Yip y el doctor agarrados todavía a su vasto lomo, salió del agua arrastrándoles hasta la playa.

Entonces el doctor, al ver la cabeza por primera vez, exclamó muy emocionado.

—¡Yip, es un quiffenodochus, estoy

completamente seguro!

—¿Un quiffeno qué? —preguntó Yip.

—Un quiffenodochus —dijo el doctor—. Un animal prehistórico. Los naturalistas creen que está extinguido, que ya no queda ninguno vivo en la tierra. Hoy es un gran día, Yip, me alegro mucho de haber venido aquí.

El enorme animal, que los fantippones habían llamado dragón, había subido a la playa y al aparecer por entero, resultaba muy extraño. A primera vista parecía una curiosa mezcla entre un cocodrilo y una jirafa. Tenía las patas cortas y separadas pero la cola y el

cuello eran enormemente largos. En la cabeza tenía dos pequeños cuernos achaparrados.

Tan pronto como Yip y el doctor descendieron de su espalda, volvió la cabeza que remataba su enorme cuello, y dijo al doctor:

—¿Se encuentra bien ahora?

—Sí, muchas gracias —respondió John Dolittle.

—Temí que no iba a llegar a tiempo para salvarles la vida —dijo el animal—. Fue mi hermano quien los vio primero. Pensamos que era un indígena y nos estábamos preparando para hacerle nuestro aterrador recibimiento de

siempre. Pero mientras mirábamos desde detrás de los árboles, mi hermano exclamó repentinamente: «¡Cielo santo! Es el doctor Dolittle, y se está ahogando. ¡Mira cómo mueve los brazos! Hay que salvarle como sea. ¡En mil años no ha nacido un solo hombre como él! ¡Vamos a buscarle rápidamente!».

Entonces corrió la voz por la isla de que John Dolittle, el gran médico, se estaba ahogando en el estrecho. Naturalmente todos habíamos oído hablar de usted. Y después de bajar rápidamente a una ensenada secreta que tenemos del otro lado de la isla, nos metimos precipitadamente en el mar y

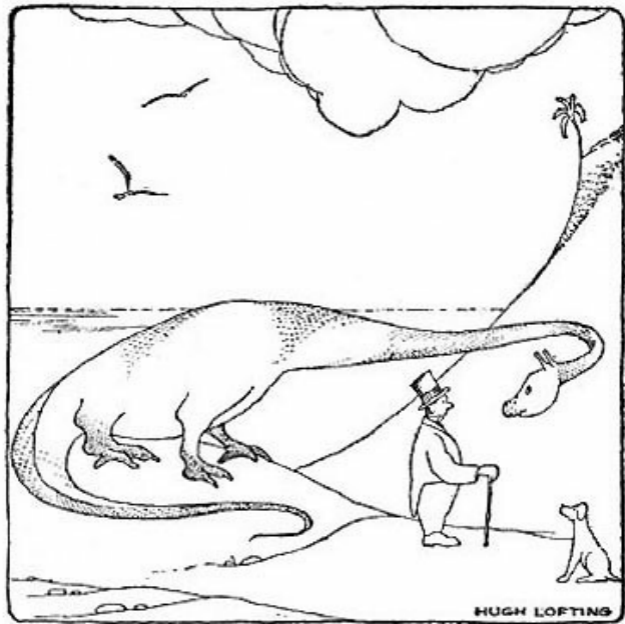
fuimos nadando hacia usted bajo el agua. Yo soy el mejor nadador, y llegué el primero adonde usted estaba. Me alegro muchísimo de haber llegado a tiempo. ¿Está seguro de que se encuentra bien?

—Oh, sí —dijo el doctor—. Gracias. ¿Pero, por qué fuiste nadando debajo del agua?

—No queríamos que los indígenas nos vieran —dijo el extraño animal—. Creen que somos dragones y les dejamos que sigan creyéndolo. Porque así no se acercan a la isla y tenemos esta tierra para nosotros solos.

El animal estiró aún más su largo cuello y susurró al doctor al oído:

—¡Creen que nos comemos a los hombres y que echamos fuego por la boca! Aunque, en realidad, lo único que comemos son plátanos. Sin embargo, cuando alguien trata de acercarse aquí, bajamos a un agujero que hay en el centro de la isla y sorbemos la bruma, la niebla, que hay siempre por allí. Luego volvemos a la playa, y rugimos y corremos alocados, y expulsamos la niebla por los agujeros de la nariz y creen que es humo. Esa es la forma en que hemos conservado esta isla para nosotros solos desde hace mil años. Y éste es el único lugar de la tierra donde quedamos, donde podemos vivir en paz.



No comemos más que plátanos

—¡Qué interesante! —exclamó el doctor—. Los naturalistas creen que

vuestra especie animal ya no existe, ¿lo sabías? Vosotros sois quiffenodochus, ¿no es cierto?

—Oh, no —repuso el animal—. ¡Los quiffenodochus desaparecieron hace mucho tiempo! Nosotros somos piffilosauros. Tenemos seis dedos en las patas traseras, mientras que nuestros primos los quiffenodochus no tienen más que cinco. Se extinguieron hace unos dos mil años.

—¿Pero, dónde están los demás? —preguntó el doctor—. Me parece que dijiste que muchos de vosotros habíais salido nadando para salvarnos.

—Así es —respondió el piffilosauro

—, pero permanecieron escondidos bajo el agua para que los indígenas no les viesen y fuesen a descubrir que el viejo cuento del dragón de la suegra no era verdad. Mientras yo le traía aquí, iban nadando en torno a usted, bajo el agua, dispuestos a ayudar si yo los necesitaba. Ahora han dado la vuelta hacia la ensenada secreta para salir a tierra sin que se les vea. Mejor será que nosotros vayamos ahora también. Pase lo que pase, hay que evitar que nos vean desde la orilla y que vengan aquí los indígenas. Si eso llegase a ocurrir sería nuestro fin, porque, dicho sea entre nosotros, aunque nos creen tan

peligrosos, en realidad, somos más inofensivos que las ovejas.

—¿Viven otros animales aquí? —preguntó el doctor.

—Oh, sí, por supuesto —dijo el piffilosauo—. Esta isla está totalmente habitada por animales inofensivos que se alimentan de vegetales. Si hubiese de los otros no duraríamos mucho. Pero, venga, voy a enseñarle la isla. Subamos en silencio por ese valle, de manera que no se nos vea, hasta que estemos a cubierto en los bosques.

Entonces el piffilosauo llevó a John Dolittle y a Yip por toda la isla de la Tierra de Nadie.

El doctor dijo después que nunca había pasado un día tan divertido e instructivo. Todas las costas de la isla eran altas y escarpadas, lo que le daba el aspecto que Yip había dicho, es decir, de una tarta. Pero en el centro, en lo alto, había una profunda y agradable hondonada, que no se veía desde el mar, y que estaba protegida contra los vientos. En este gran cuenco, de unos cuarenta kilómetros de diámetro, los piffilosauros llevaban mil años viviendo en paz, alimentándose de plátanos maduros y holgando al sol.

Abajo, junto a las orillas de los riachuelos, le enseñaron al doctor

grandes rebaños de hipopótamos que se alimentaban de los suculentos carrizos que crecían al borde del agua. En los extensos campos de altas hierbas pacían elefantes y rinocerontes. En las laderas, donde los bosques no eran muy densos, vieron jirafas de cuello largo mordisqueando los árboles. Abundaban los monos y los ciervos de todas las especies. Y había multitud de aves por todas partes. En realidad, allí, en aquella tierra donde abundaban los alimentos vegetales y el paso perturbador del hombre no se oía nunca, convivían pacífica y felizmente animales de todas las especies que no son

carnívoras.

Apostado en lo alto de la colina, al lado de Yip y del piffilosauo, el doctor contempló la vasta hondonada llena de placentera vida animal y exhaló un suspiro.

—Esta hermosa tierra podía haberse llamado también el «paraíso de los animales» —murmuró—. ¡Que lo disfruten mucho tiempo! ¡Que esto sea por siempre la *Tierra de Nadie*!

—Usted, doctor —dijo la voz profunda del piffilosauo a la altura de su codo—, es el primer ser humano que, desde hace mil años, ha puesto el pie aquí. El último fue la suegra del rey

Kakabuchi.

—A propósito, ¿qué fue de ella? — preguntó el doctor—. Ya sabes que los indígenas creen que se convirtió en un dragón.

—La casamos —dijo el extraño animal, mordisqueando ociosamente el tronco de un lilo—. No podíamos aguantarla, como no pudo aguantarla el rey. No ha habido nunca nadie que hablase tanto. Sí, una noche oscura La llevamos por mar hacia abajo, por la costa de África, y la dejamos a la puerta del palacio de un rey sordo que reinaba en un pequeño país, al sur del río Congo. Se casó con ella. Como era

sordo, naturalmente no le importaba su incesante cháchara.

Y entonces, durante varios días, el doctor se olvidó totalmente de su trabajo en la oficina de correos y del rey Koko y de su barco anclado, y de todo lo demás, pues estuvo francamente muy ocupado, desde la mañana a la noche, recibiendo a todos los animales que querían consultarle sobre diferentes cosas.

Muchas jirafas tenían las pezuñas escocidas y él les indicó dónde encontrar una raíz especial que, echándola en el agua al lavarse los pies, producía una mejora inmediata. Los rinocerontes tenían los cuernos

demasiado largos y John Dolittle les explicó que, frotándolos contra cierto tipo de piedra, comiendo menos hierba y más bayas, podían evitar que les creciese tanto. Un tipo especial de nogal, que era muy del gusto de los ciervos, escaseaba mucho, y casi había desaparecido, a fuerza de mordisquearlo constantemente y el doctor enseñó a los jefes de los venados que, si cogían unas pocas nueces y las enterraban en tierra blanda con las pezuñas antes de que llegase la estación de las lluvias, podían conseguir que saliesen árboles nuevos y aumentar así la producción.

Un día, cuando con la cadena del

reloj estaba sacándole un diente que se le movía a un hipopótamo pequeño, apareció Rauda la ligera bastante enfadada.

—Bueno —dijo el pajarillo posándose en el suelo a sus pies—, al fin le he encontrado, doctor. Le he estado buscando por toda la tierra.

—Ah, hola, Rauda —dijo el doctor—. Me alegro de verte. ¿Me necesitas para algo?

—Pues, claro —replicó Rauda—. Terminamos la nidada hace dos días y usted me dijo que quería verme para un asunto especial tan pronto como acabase. Fui a su casa, pero Dab-Dab no

tenía ni idea de dónde podía estar. Empecé a buscarle por todas partes. Finalmente oí decir a unos barqueros, que estaban chismorreando en el puerto, que usted había venido a esta isla hacía cinco días y que no había vuelto. Todos los fantippones le dan por desaparecido. Dicen que seguramente le han comido los dragones que viven aquí. Yo me llevé un gran susto, aunque, como es natural, no me creía del todo la historia de los dragones. Sin embargo, hacía tanto tiempo que se había ido usted que no sabía qué pensar. La oficina de correos, como puede suponer, está más revuelta que nunca.



Sacando un diente a un hipopótamo pequeño

—¡Vaya! —dijo el doctor, que ya había sacado el diente que se movía y

que estaba enseñando al pequeño hipopótamo a enjuagarse la boca en el río—. Lo siento. Quizá debiera haberte enviado un recado, pero he estado terriblemente ocupado. Subamos a la sombra de aquellas palmeras y sentémonos. Era del correo de lo que quería hablarte.

8

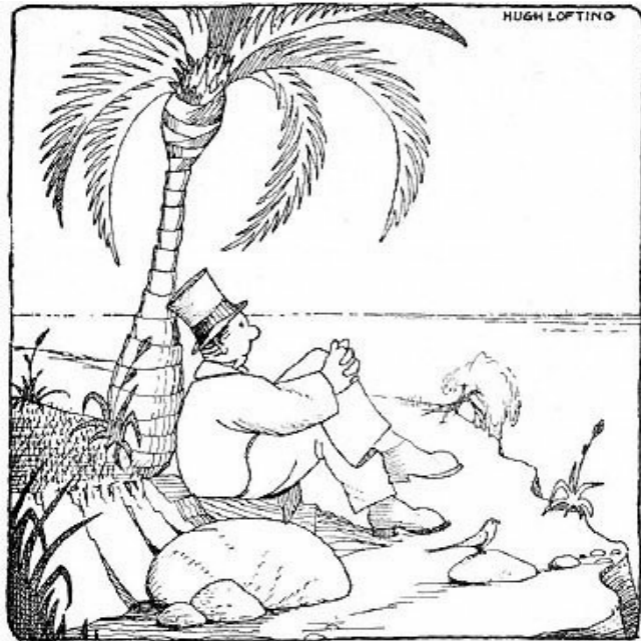
El correo más rápido del mundo

ENTONCES el doctor, Yip, y Rauda la ligera se sentaron a la sombra de las palmeras, y por primera vez discutieron los planes de ese gran servicio que iba a conocerse con el nombre de «Correo de las golondrinas».

—Pues bien, mi idea es ésta, Rauda —comenzó el doctor—. El organizar en Fantippo un correo regular con el extranjero es difícil porque, como son

muy pocos los barcos que hacen escala allí, no hay manera de llevarlo y traerlo. Pero ¿podrías vosotras las golondrinas transportar las cartas?

—Bueno —dijo Rauda—. Eso sería posible. Pero, claro solamente podríamos hacerlo durante algunos meses del año, cuando estuviésemos en África. Y, además, únicamente podríamos llevar las cartas a los países templados o a los cálidos. Nos congelaríamos si tuviésemos que llevar el correo durante el invierno.



*El doctor y la golondrina se sentaron a la sombra
de las palmeras*

—Ah, por supuesto que yo no

pensaba que hicieseis eso —contestó el doctor—. Pero había pensado que quizá consiguiésemos que nos ayudasen las otras aves: las de climas fríos, las de climas calientes y las de climas templados. Y si algunos viajes fuesen demasiado largos o duros para cierto tipo de aves, podríamos enviar el correo haciendo diferentes etapas. Es decir que, por ejemplo, una carta desde aquí al Polo Norte podrían llevarla las golondrinas hasta el norte de África. Desde allí la llevarían los tordos hasta lo alto de Escocia. Allí se la cogerían a los tordos las gaviotas, y la transportarían hasta Groenlandia, y

desde allí los pingüinos hasta el Polo Norte. ¿Qué te parece?

—Creo que podría resultar bien —contestó la ligera— si las otras aves están de acuerdo con nuestra idea.

—Bueno, verás —dijo John Dolittle—, creo que sí les parecerá bien, pues podríamos utilizar el servicio de correos, no solamente para los fantippones, sino para que las mismas aves y los demás animales, también envíen sus cartas.

—Pero doctor, los pájaros y los animales no envían cartas —respondió Rauda.

—Ya lo sé —dijo el doctor—, pero

no hay razón para que no empiecen a hacerlo. Antaño tampoco escribían ni enviaban cartas los seres humanos. Sin embargo, tan pronto como empezaron a hacerlo lo encontraron muy útil y conveniente. Y lo mismo ocurría con las aves y con los animales. Podríamos tener la oficina principal aquí, en esta bella isla, en este paraíso de los animales. Mira, mi idea es, en primer lugar, tener un sistema de correos para educar y mejorar el reino animal y, en segundo, para que los fantippones puedan comunicarse con el extranjero. ¿Crees que podríamos encontrar la manera de que las aves escribiesen

cartas?

—Oh, sí, creo que sí —contestó Rauda—. Nosotras, las golondrinas, por ejemplo, siempre dejamos señales en las casas donde hemos anidado, que son avisos para las que vengan después. Mire —Rauda trazó en la arena, a los pies del doctor, unas cruces y unos signos—, esto quiere decir «No hagáis nidos en esta casa. ¡Hay un gato!», y esto —la ligera hizo cuatro signos más en la arena—, esto quiere decir: «Buena casa. Moscas abundantes. Personas tranquilas. Hay barro para la construcción detrás del establo».

—Maravilloso —exclamó el doctor

— Es una especie de taquigrafía. Con cuatro signos se dice toda una frase.

—Y casi todas las otras especies de aves tienen su propio lenguaje de signos —continuó la golondrina—. Por ejemplo, los martín pescadores tienen un sistema para marcar los árboles a lo largo de los ríos, a fin de indicar dónde puede encontrarse buena pesca. Y los tordos también tienen sus signos, uno que he visto con frecuencia en las piedras quiere decir: «Casca aquí los caparzones de los caracoles». Esto es para que no vayan tirándolos por todas partes y los caracoles vivos se asusten y se oculten.

—Pues claro —dijo el doctor—, siempre pensé que vosotras las aves teníais por lo menos los rudimentos de un lenguaje escrito, si no, no podíais ser tan listas. Ahora no tenemos más que construir, basándonos en esos signos, un sistema apropiado de escritura avícola. Y no me cabe la menor duda de que con los otros animales podemos hacer lo mismo. Entonces pondremos en marcha el Correo de las Golondrinas y los animales y las aves de toda la tierra se escribirán cartas unos a otros, y a los seres humanos, también, si quieren.

—Me temo —dijo Rauda— que se va a encontrar con que la mayoría de las

cartas se las van a escribir a usted, doctor. Yo he conocido aves por toda la creación que querían saber qué aspecto tiene, lo que desayuna, y toda clase de tonterías sobre usted.

—Bueno —respondió el doctor— eso no me importa. Mi idea es ante todo educativa. Si cuentan con su propio servicio de correos tengo la impresión de que mejorará la situación de las aves y de los animales. Hoy mismo, por ejemplo, me preguntaron unos ciervos de esta isla qué se podía hacer con los nogales, pues se los habían comido casi por completo. Les enseñé inmediatamente a plantar semillas y

conseguir más árboles. Sabe Dios cuánto tiempo llevaba escaseando ese alimento. Pero si hubiesen podido escribirme se lo hubiese explicado hace mucho por medio del Correo de las Golondrinas.

Luego, el doctor y Yip volvieron a Fantippo, transportados por los piffilosauros, que les llevaron a la orilla protegidos por la oscuridad de la noche para que nadie los viese. Y por la mañana John Dolittle fue de nuevo a visitar al rey.

—Majestad, ya tengo un plan para establecer en vuestro país un excelente correo con el extranjero, si estáis de

acuerdo con lo que os voy a proponer.

—Muy bien —dijo el rey—. Mi Majestad está escuchando. Continúe. Permítame que le ofrezca un pirulí.

El doctor cogió uno, de color verde, de la caja que el rey le ofrecía. El rey Koko estaba muy orgulloso de la calidad de sus pirulís fabricados en la Real Cocina para Caramelos. A él nunca le faltaban y siempre llevaba uno colgado del cuello en una cinta. Y cuando no lo chupaba, solía levantarlo hasta la altura de los ojos y miraba al trasluz a sus cortesanos. Había visto que algunos hombres blancos llevaban impertinentes y hacía que le fabricasen los pirulís muy

delgados y transparentes para utilizarlos de esa elegante manera. Pero el constante consumo de pirulís le había estropeado el tipo, pues había engordado mucho. Sin embargo, como en Fantippo se consideraba la gordura como una señal de opulencia, no le importaba.

—Mi plan es éste —dijo el doctor—. El correo interior de Fantippo pueden repartirlo vuestros súbditos después de que yo aleccione un poco más a los carteros. Pero el manejar el correo extranjero, además del interior, es demasiado para ellos. Además, hay muy pocos barcos que hagan escala en el

puerto. Así que propongo construir una oficina flotante para el correo extranjero que estará anclada cerca de la isla llamada... —(el doctor se calló justo en el momento en que iba a pronunciar la palabra temida)—... ce... e... rca de la isla de la que le hablé el otro día.

—Eso no me gusta —dijo el rey frunciendo las cejas.

—Su Majestad no tiene nada que temer —declaró rápidamente el doctor—. Ninguno de vuestros súbditos tendrá jamás que desembarcar allí. La oficina para el correo extranjero será una casa flotante que estará anclada a poca distancia de la costa, y no voy a

necesitar que trabaje en ella ningún fantippón. Al contrario, pongo como condición que la... a... isla de la que estamos hablando continúe como está para siempre. Yo voy a organizar el correo extranjero a mi manera, con mis propios carteros. Cuando los fantippones quieran enviar cartas al extranjero tendrán que traerlas en canoa a la casa flotante. Pero las cartas que lleguen para los habitantes de Fantippo se entregarán a la puerta de las casas en la forma habitual. ¿Qué os parece esto?

—Estoy de acuerdo —dijo el rey—. Pero todos los sellos tienen que llevar mi hermosa cara, ninguna otra.

—Muy bien —replicó el doctor—. Eso puede arreglarse. Pero tiene que quedar claro que desde ahora, el correo con el extranjero lo manejarán mis propios carteros, a *mi* manera. Y después de que yo consiga organizar el correo interior de Fantippo como es debido, vos tenéis que cuidar de que siga funcionando bien. De ser así, creo que puedo prometeros que en muy pocas semanas vuestro reino tendrá el mejor servicio postal del mundo.

Después, el doctor pidió a Rauda que enviase recados por los pájaros a todos los rincones de la tierra. Y que pidiese a los jefes de las gaviotas, de

los carboneros, de las urracas, de los tordos, de los petreles, de los pinzones, de los pingüinos, de los buitres, de las calandrias, de los patos salvajes y demás, que viniesen a la Tierra de Nadie, porque John Dolittle quería hablar con ellos.

Y mientras tanto, volvió a la oficina de correos de Fantippo para continuar organizando el servicio interior.

La servicial Rauda envió mensajeros y se hizo correr la voz por todo el mundo, de pájaro en pájaro, de que John Dolittle, el famoso médico de los animales, quería ver a todos los jefes de todas las especies de aves, tanto de las

grandes como de las pequeñas.

Al poco tiempo empezaron a llegar a la gran hondonada que había en el centro de la Tierra de Nadie, y al cabo de tres días Rauda fue a ver al doctor y le dijo:

—Doctor, ya están esperándole.

Para entonces el rey había puesto a disposición del doctor una canoa muy buena y resistente, y también había mandado que se construyese la casa flotante de acuerdo con las instrucciones del doctor.

Así que John Dolittle se subió en la canoa y al fin llegó a la misma colina desde donde la otra vez había contemplado la hermosa hondonada del

paraíso de los animales. Y con la ligera posada en un hombro contempló lo que parecía un gran mar de aves —todas ellas con categoría de jefe— de todas las especies: desde un pájaro cantor a un albatros. Cogió entonces una hoja de palmera, la enrolló en forma de trompeta para que pudiesen oírle, y empezó su gran discurso de inauguración, dirigido a los jefes, con el que iba a ponerse en marcha el Correo de las Golondrinas.

Después de terminar el discurso y de explicar a los jefes lo que pretendía hacer, las aves del mundo le demostraron su entusiasmo silbando, gritando y batiendo las alas, por lo que

se armó un gran alboroto. Mientras tanto, en las calles de Fantippo, los indígenas se decían muy bajo unos a otros que en la Tierra de Nadie se estaban peleando los dragones.

Luego, el doctor bajó para pasar entre las aves y, cogiendo un cuaderno, se dirigió a cada uno de los jefes por turnos para averiguar los signos y el lenguaje de los signos que cada especie tenía por costumbre utilizar. Y el doctor lo apuntó todo en el cuaderno y se lo llevó a casa y trabajó sobre ello toda la noche, después de haber prometido volver a reunirse con los jefes al día siguiente.

Y al día siguiente volvió a cruzar a la isla y siguió hablando y planeando y organizando. Se acordó entonces que el Correo de las Golondrinas establecería su oficina principal allí, en la Tierra de Nadie, y que tendría sucursales en el cabo de Hornos, en Groenlandia, en la isla de Pascua, en Tahití, en Cachemira, en el Tíbet y en Puddleby-on-the-Marsh. La mayoría de los envíos se arreglaron de manera que las aves que migraban, o se iban a otras tierras en invierno, y que volvían de nuevo en verano, llevasen las cartas en sus viajes regulares anuales. Y como casi todas las semanas hay alguna especie de aves que pasa de un país a

otro, esto solucionaba el problema de casi todo el correo sin dificultad.



Pronunciando su gran discurso de inauguración

Allí estaban naturalmente también todas las aves que no se van de sus respectivos países durante el invierno, si no que se quedan en un mismo sitio todo el tiempo. Los jefes de estas aves habían acudido guiados por otros pájaros para honrar al doctor con su presencia en la gran reunión. Y prometieron que los suyos se ocuparían durante todo el año de entregar las cartas que fuesen llevadas a sus respectivos países. Así que con unas cosas y otras, buena parte de la planificación y organización quedó terminada en esas dos primeras reuniones.

Luego, el doctor y los jefes se pusieron de acuerdo sobre el tipo de escritura regular, sencilla y fácil, que habían de utilizar todas las aves para que los pájaros correo pudiesen leer y comprender las señas que figurasen en los sobres. Finalmente, John Dolittle les dijo que se volviesen a sus casas para que instruyesen a sus parientes en esta nueva forma de escribir y de leer, y para que explicasen a todas las aves de la tierra cómo iba a funcionar el servicio de correos. También les dijo que esperaba que este servicio fuese beneficioso para el progreso y la cultura del Reino Animal. Luego se volvió a

casa y se echó un buen sueño.

Al otro día se encontró con que el rey Koko le tenía preparada y terminada su casa flotante y que había quedado muy elegante. Se la llevaron remando y la anclaron cerca de la costa de la isla. Entonces Dab-Dab, Yip, Tu-Tu, Gub-Gub, el testadoble y el ratón blanco fueron trasladados hasta allí, y el doctor dejó su casa de la calle mayor de Fantippo y se instaló a vivir en la oficina del correo extranjero para el resto de su estancia.

Entonces, John Dolittle y sus animales se pusieron a trabajar con mucho ahínco para arreglar la oficina:

se ocuparon de los muebles, de los cajones para los sellos, de los cajones para las tarjetas postales, de las balanzas para pesar las cartas, de las sacas de clasificación y de todos los demás detalles. Dab-Dab era, por supuesto, quien, como siempre, llevaba la casa y se ocupaba de que la oficina se barriese debidamente todos los días. Yip era el vigilante y el encargado de cerrar por la noche y abrir por la mañana. A Tu-Tu, como tenía tanta facilidad para las matemáticas, se le encomendó la contabilidad, y llevaba la cuenta de los sellos que se vendían y del dinero que ingresaba. El doctor se

ocupaba de la ventanilla de información y contestaba las mil preguntas que la gente hace en las oficinas de correos. Y la fiel y bondadosa Rauda estaba aquí y allí, en todas partes.

Y así fue como se mandó la primera carta por el Correo de las Golondrinas: el rey Koko en persona llegó una mañana y, asomando su ancha cara por la ventanilla de información, preguntó:

—¿Cuál es el servicio postal más rápido del mundo?

—El servicio de correos británico presume ahora de que puede hacer llegar una carta de Londres a Canadá en catorce días —le contestó el doctor.

—Muy bien —dijo el rey—. He aquí una carta para un amigo mío que tiene un negocio de limpiabotas en Alabama. A ver lo que tarda en conseguirme una contestación.

Sin embargo, el doctor no tenía las cosas dispuestas para que el correo extranjero funcionase como es debido y, cuando estaba a punto de decírselo al rey, Rauda subió de un salto al mostrador y le susurró:



*El rey Koko asomó su ancha cara por la ventanilla
de información*

—Déme esa carta doctor. Le

demostraremos lo que somos capaces de hacer.

Entonces salió y llamó a Aguda la recadera.

—Aguda, lleva esta carta a las Azores lo más rápidamente posible. Allí alcanzarás por los pelos a los cerrojillos de cola blanca de Carolina, pues estarán a punto de emprender la travesía veraniega a los Estados Unidos. Entrégasela y diles que traigan la contestación a la máxima velocidad que les sea posible.

Aguda salió rápida como un rayo hacia el mar.

Eran las cuatro de la tarde cuando el

rey llevó esa carta al doctor. Y cuando Su Majestad se despertó por la mañana y bajó a desayunar tenía la contestación al lado del plato.

SEGUNDA PARTE

1

Una oficina de correos de lo más extraña

CUANDO se empezó a poner en marcha el Correo de las Golondrinas nadie pensó, ni siquiera el mismo John Dolittle, que aquello se iba a convertir en una organización tan grande y que iba a dar origen a tantos sucesos y a tantas ideas.

Claro que algo tan enteramente nuevo exigía mucho aprendizaje, y era preciso resolver muchas cuestiones

antes de conseguir que funcionase sin tropiezos. Todos los días surgía alguna novedad, algún problema inesperado. El doctor, que era siempre muy activo, aunque literalmente se mataba a trabajar, lo encontraba todo tan interesante que no le importaba. Sin embargo, el paternal Dab-Dab estaba seriamente preocupado por él, pues la verdad era que al principio no tenía tiempo ni para dormir.

HUGH LOFTING



*La casa flotante donde estaba situada la oficina
de correos*

El caso es que en toda la historia del

mundo no había habido nunca una oficina de correos como la del doctor. Por un lado, la estafeta estaba en una casa flotante; por otro, se servía el té a todo el mundo —a los empleados y a los clientes también— regularmente todas las tardes a las cuatro, los domingos acompañado de sandwiches de pepino. El ir en barca a la oficina de correos a tomar el té por la tarde se puso muy de moda entre los fantippones más elegantes. Sobre la puerta posterior se puso un gran toldo para formar una especie de terraza con muy buena vista, por cierto, sobre el océano y la bahía. Y si uno se dejaba caer hacia las cuatro,

para comprar un sello, a lo mejor se encontraba al rey y a todos los demás personajes de Fantippo tomando té.

Otro aspecto peculiar de la oficina de correos del doctor era el de las plumas de escribir. El doctor había encontrado que en la mayoría de las oficinas de correos las plumas eran siempre abominablemente malas, y que garrapateaban y raspaban y no escribían. De hecho, muchas estafetas, incluso actualmente, parecen tener a gala que sus plumas sean malas. Pero el doctor se cuidó de que *sus* plumas fuesen de la mejor calidad, aunque en aquellos tiempos no había bolígrafos

naturalmente. No se utilizaban más que plumas de ave. Y John Dolittle consiguió que los albatros y las gaviotas le guardasen las plumas de la cola que se les caían en la época de la muda. Y claro, con tantas plumas para elegir resultaba fácil que las de la oficina de correos fuesen muy buenas.

Y otra cosa más por la que la oficina del doctor resultaba diferente, era por la goma que se utilizaba en los sellos. La provisión de goma que el rey había utilizado para sus sellos se agotó y el doctor se tuvo que poner a descubrir y fabricar otra distinta. Y después de mucho experimentar, inventó una que se

hacía con regaliz, que se secaba muy pronto y que pegaba muy bien. Pero, como ya he contado, a los fantippones les gustaban mucho los caramelos. Y poco después de empezar a usar la nueva goma, la oficina se llenó de gente que compraba los sellos a centenares.

Al principio el doctor no comprendía este repentino agobio de trabajo que obligaba a Tu-Tu, la cajera, a trabajar horas extraordinarias todas las noches, para sumar los ingresos del día. En la caja fuerte de la oficina apenas cabía todo el dinero que entraba, y el sobrante había que ponerlo en un cacharro en el vasar de la cocina.

Pero, poco después, el doctor se dio cuenta de que después de haber chupado la goma de los sellos, los clientes los traían otra vez y querían que se los cambiasen por dinero. Es una regla general que si alguien quiere devolver un sello, las oficinas de correos tienen que dar a cambio lo que se ha pagado por él, y si no está roto o no tiene alguna marca no importa que se les haya quitado la goma. Así que el doctor comprendió que tendría que cambiar de goma si quería que sus sellos pegasen.

Y un día el hermano del rey acudió a la estafeta de correos con una tos tremenda y le pidió de golpe, aunque

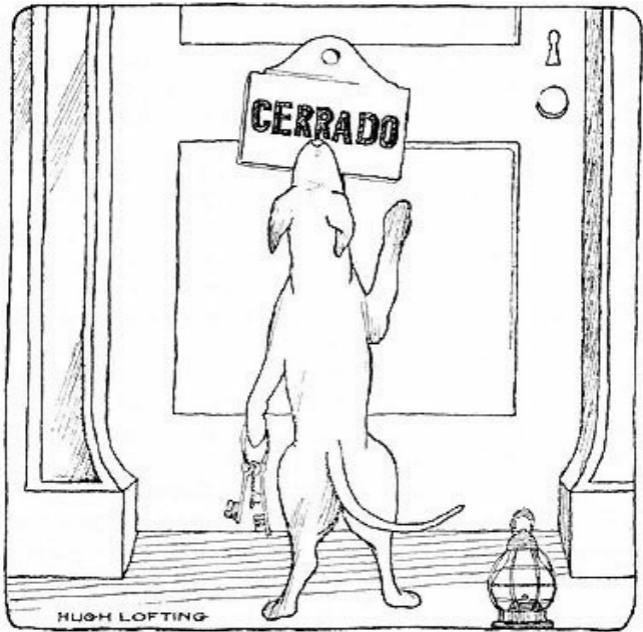
con poca voz, que le diese cinco sellos de cincuenta céntimos y algo para curar la tos. Esto le dio una idea al doctor, inventó otra goma que llamó *goma para la tos ferina*, que fabricó con un jarabe para la tos muy dulce y pringoso. Inventó también *goma para la bronquitis*, *goma para las paperas*, y varias otras. Y siempre que había una enfermedad contagiosa en la ciudad el doctor tenía cuidado de que se pusiese en los sellos la goma que la curase. Esto le evitó muchas molestias, pues la gente siempre le estaba dando la lata consultándole cómo curar los catarros, los dolores de garganta y otros males.

De manera que fue el primer director general de Correos que utilizó este sistema para curar enfermedades —es decir, el primero que distribuyó medicinas agradables en la parte de atrás de los sellos. Él lo llamaba *sellar* una epidemia.

Una tarde, a las seis, Yip cerró las puertas de la oficina como de costumbre, y colgó el cartel de «*cerrado*» como hacía siempre a esa hora. El doctor oyó correr los cerrojos y entonces dejó de contar tarjetas y sacó la pipa para fumar un rato.

El primer gran esfuerzo que había tenido que hacer para poner la oficina

totalmente en marcha había terminado. Y al oír cerrar las puertas John Dolittle pensó que al fin podía empezar a darse el lujo de hacer un horario más regular y no estar trabajando todo el tiempo. Y cuando Yip entró en la sala del correo certificado se encontró al doctor apoyado hacia atrás en una silla, con los pies encima de la mesa, mirando en torno suyo muy satisfecho.



Yip colgando el cartel de «cerrado»

—Bueno, Yip —le dijo con un suspiro—, ahora ya tenemos una oficina

de correos que funciona de verdad.

—Sí —dijo Yip, dejando en el suelo su farol—, y bien requetebuena que es. No hay otra como ésta en ninguna parte.

—Sabes —comentó el doctor— que aunque hace ya más de una semana que abrimos, yo no he escrito todavía ni una sola carta. ¡Fíjate, llevar una semana viviendo en una oficina de correos y no haber escrito una carta! Mira ese cajón. Normalmente el ver tantos sellos me habría impulsado a escribir docenas de cartas. Durante mi vida, siempre que de verdad quería escribir una carta no tenía sello. Y, ¡qué curioso!, ahora que vivo y duermo en una oficina de correos no se

me ocurre a quién escribir.

—Es una pena —dijo Yip—. ¡Usted que tiene una letra tan bonita y todo un cajón lleno de sellos! Pero no le importe, piense en todos los animales que están esperando tener noticias suyas.

—Claro que tengo a Sarah, mi hermana —prosiguió el doctor, chupando la pipa soñadoramente—. ¡Pobre Sarah! ¿Con quién se habrá casado? Pero, como no tengo sus señas, no puedo escribirle. Y no creo que a ninguno de mis antiguos pacientes les interesase tener noticias mías.

—¡Ya sé! —exclamó Yip—. Escriba al vendedor de carne para gatos.

—No sabe leer —dijo el doctor tristemente.

—Él no, pero su mujer sí —dijo Yip.

—Eso es verdad —murmuró el doctor—. ¿Pero qué le cuento?

Justo en ese momento entró Rauda la ligera y dijo:

—Doctor, tenemos que hacer algo para solucionar lo de los repartos urbanos de Fantippo. Mis pájaros correo no se dan mucha maña para encontrar las casas donde hay que entregar las cartas. Mire usted, nosotras las golondrinas, aunque anidamos en los edificios, no somos normalmente aves de ciudad. Por

regla general elegimos casas solitarias, en el campo. Para las golondrinas resulta difícil orientarse en las calles de una población. Algunas han vuelto a traer las cartas que se llevaron esta mañana para repartir. Dicen que no encuentran las casas a las que van dirigidas.

—¡Vaya! —exclamó el doctor—. Es una pena. Déjame que lo piense un momento. ¡Ah, ya sé! Mandaré a buscar a Baratorio.

—¿Quién es Baratorio? —preguntó Rauda.

—Un gorrión de Londres que me viene a ver todos los veranos a

Puddleby —contestó el doctor—. El resto del año se lo pasa alrededor de la catedral de San Pablo. Hace su nido en la oreja de San Edmundo.

—*¿Dónde?* —exclamó Yip.

—En la oreja izquierda de una estatua de San Edmundo que hay en la parte exterior del presbiterio de la catedral —explicó el doctor—. Baratorio es exactamente a quien necesitamos para el reparto urbano. Se las sabe todas en cuanto a casas y ciudades. Enviaré a buscarle ahora mismo.

—Mucho me temo —dijo Rauda— que a un ave correo, a no ser que sea un

pájaro de ciudad, le costaría mucho trabajo encontrar a un gorrión en Londres. Es una ciudad muy grande, ¿no le parece?

—Sí, eso es cierto —confirmó el doctor.

—Mire, doctor —dijo Yip—. Ahora mismo estaba diciendo que no sabía qué escribir al vendedor de carnes para gatos. Que Rauda escriba una carta a Baratorio en el garabateo de las aves y usted la adjunta una carta al vendedor de carnes para gatos, y cuando el gorrión vaya a Puddleby de veraneo, el vendedor se la puede entregar.

—¡Estupendo! —exclamó el doctor,

y cogió rápidamente un pedazo de papel del escritorio y empezó a escribir.

—Y puede decirle también —añadió Dab-Dab, que estaba escuchando—, que eche un vistazo a las ventanas de atrás de la casa por si se ha roto alguna. No sea que vaya a entrar la lluvia hasta las camas.

—Muy bien, se lo diré.

Así que el doctor escribió la carta y se la dirigió al *señor don Mateo Mug. Vendedor de carne para gatos, Puddleby-on-the-Marsh. Condado Chapotero, Inglaterra*, y fue enviada por Aguda la recadera.

El doctor no esperaba recibir

contestación inmediatamente, pues la mujer del vendedor de carne para gatos leía muy despacio y escribía todavía mucho más despacio. Y en cualquier caso, no era de esperar que Baratorio fuese a Puddleby hasta por lo menos una semana después. Siempre se quedaba en Londres hasta pasado el lunes de Pascua. Su esposa no le dejaba marcharse sin haber enseñado a las crías nacidas en primavera cómo encontrar las casas donde la gente tiraba migas; cómo coger granos de avena de debajo de las bolsas que ponían en el hocico a los caballos de tiro, sin que les pateasen con las herraduras; cómo moverse por

las calles llenas de tráfico de Londres, y muchas otras cosas más que los pipiolos de ciudad tienen que saber.

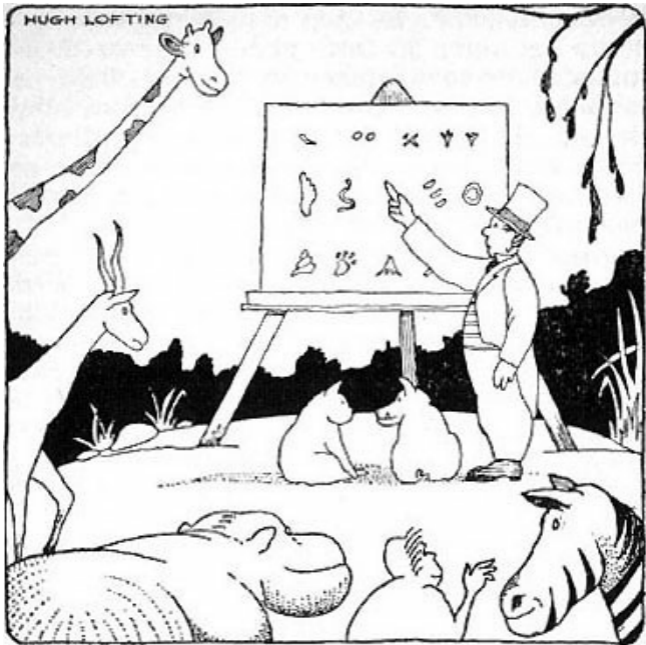
Entretanto, mientras Aguda estaba ausente, continuaba la vida atareada y alegre en la oficina de correos del doctor. Los animales, Tu-Tu, Dab-Dab, Gub-Gub, el testadoble, el ratón blanco y Yip encontraban que el vivir en una casa flotante era muy divertido. Cuando se cansaban de su hogar flotante se iban de excursión a la isla de la Tierra de Nadie, a la que ahora se llamaba con más frecuencia por el nombre que John Dolittle le había dado, el paraíso de los animales.

A veces también les acompañaba el doctor en estas giras. Y se alegraba de ello, pues le ofrecían la oportunidad de charlar con las muy diferentes especies de animales que allí había sobre los diversos signos que tenían la costumbre de utilizar.

Y basándose en estos signos, que cuidadosamente anotaba en unos cuadernos, creó un lenguaje escrito para los animales, que llamó *garabateo animal*, lo mismo que había hecho con las aves.

Siempre que disponía de tiempo libre organizaba por las tardes clases de garabateo para los animales en la gran

hondonada. Y la asistencia era muy numerosa. Encontró, naturalmente, que los monos eran los que aprendían más fácilmente, y como eran tan listos, nombró a algunos profesores adjuntos. Pero las cebras también eran muy listas. El doctor descubrió que estos inteligentes animales tenían un sistema de señales a base de retorcer hierbas para indicar dónde habían olido que había leones. Afortunadamente en el paraíso de los animales no tenía que valerse de este truco, pero lo habían traído con ellas cuando cruzaron a nado desde el continente africano.



El doctor organizaba clases de escribir para los animales

Los animales del doctor encontraban muy emocionante revisar el correo que

llegaba todos los días para ver si había alguna carta para ellos. Al principio, por supuesto, no había muchas.

Pero un día Aguda volvió de Puddleby con la respuesta del vendedor de carnes para gatos a la carta del doctor. Don Mateo Mugg escribía (a través de su mujer) que había colgado la carta para Baratorio en un manzano del jardín, donde sin duda el gorrión la vería cuando llegase. Las ventanas de la casa estaban bien, escribía; pero a la puerta de atrás no le vendría mal que le diesen una mano de pintura.

Y mientras Aguda esperaba a que escribieran esta carta había matado el

tiempo charlando con los estorninos y con los mirlos del jardín del doctor sobre la maravillosa oficina de correos para los animales de la isla de la Tierra de Nadie. Así que muy pronto todos los animales de Puddleby y de los alrededores se enteraron de su existencia.

Después de esto, naturalmente, empezó a llegar correspondencia a la casa flotante para los animales del doctor. Y una mañana, al distribuir el correo encontraron una carta para Dab-Dab de su hermana; otra para el ratón blanco escrita por un primo desde el cajón del escritorio del doctor; otra para

Yip del perro lobo que vivía en la casa de al lado en Puddleby, y otra para Tu-Tu contándole que tenía nueve sobrinas recién nacidas en las vigas del establo. Pero Gub-Gub no recibió ninguna. El pobre cerdito estuvo a punto de llorar por no tener carta. Y cuando el doctor fue a la ciudad esa tarde le preguntó si podía ir él también.

Al día siguiente las aves se quejaron de que el correo pesaba más que nunca y, después de haberlo distribuido, resultó que había diez cartas muy gordas para Gub-Gub, pero ninguna para los demás. Yip empezó a sospechar de esto y miró por encima del hombro de Gub-

Gub mientras las abría. En cada una había una peladura de plátano.

—¿Quién te ha enviado eso? — preguntó Yip.

—Me lo he enviado yo mismo ayer desde Fantippo —dijo Gub-Gub—. No veo por qué vais a ser vosotros los que recibáis toda la correspondencia. A mí no me escribe nadie, así que me escribo yo.

2

Baratorio

FUE un gran día en la oficina de correos del doctor cuando llegó Baratorio, el gorrión de Londres, para hacerse cargo de los repartos urbanos de Fantippo.

El doctor estaba almorzando —su comida consistía en unos sandwiches— cuando el pajarillo asomó rápidamente la cabeza por la ventana y dijo con su voz descarada y chulapona:

—Hola, doctor, ya estamos juntos otra vez. ¡Caray! ¡Vaya oficina! ¡Quién

nos iba a decir que iba a llegar a esto!

Baratorio era todo un tipo. Al verle por primera vez podía adivinarse sin lugar a dudas que había pasado la vida por las calles de una ciudad. Toda su expresión era diferente de la de los otros pájaros. Los ojos de Rauda, por ejemplo —aunque a nadie se le ocurriría pensar que era estúpida— tenían una expresión casi noble, de honradez campesina. Sin embargo, en los ojos de Baratorio, el gorrión de Londres, había una expresión descarada y desvergonzada y parecían decir: «No pienses ni por un momento que vas a poder aprovecharte de mí. Soy un pájaro

barriobajero de cuidado».

—¡Bueno, pero si es Baratorio! — exclamó John Dolittle—. Al fin has venido. Caramba, ¡qué gusto verte! ¿Hiciste buen viaje?

—No estuvo mal. Los hay peores — dijo Baratorio, mirando unas migas del almuerzo del doctor que había en el escritorio—. De tormentas, ni media. Fue un viaje bastante fetén. ¿De la calor? Bueno, más bien diría que sí, que pegaba bien. Lo suficiente como para caer frito... ¡Qué sitio más chupi tiene aquí! ¿... Una especie de gabarra?

Para entonces todos los animales habían oído llegar a Baratorio y entraron

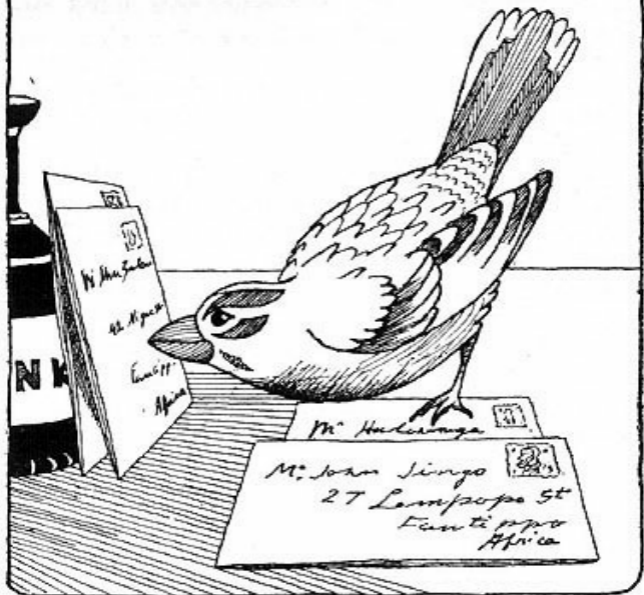
precipitadamente a fin de ver al viajero y oír lo que contaba de Puddleby y de Inglaterra.

—¿Cómo está el viejo caballo en el establo? —preguntó John Dolittle.

—Muy ágil para sus años —contestó Baratorio—, que ya son muchos los que tiene en la trastienda. Pero para un carroza está muy vivaracho. El gachí me pidió que le trajese a usted un ramo de unas trepadoras rojas que estaban en flor allí, sobre la puerta del establo. Pero yo le dije: «Oye, chico, ¿es que me has tomado por un camión?». ¡Imagínese a un tipo de mi edad transportando un ramo de rosas por todo el Atlántico! ¡La

gente iba a creer que me largaba de boda al Polo Sur!

—¡Querido Baratorio! —dijo el doctor riéndose—. Al oírte hablar con ese acento tan chulo me haces sentir nostalgia de Inglaterra.



Baratorio, el gorrión de Londres

—Y a mí también —suspiró Yip—.
¿Baratorio, había muchas ratas en el

cobertizo de madera?

—A miles —respondió el gorrión—, y tan grandes como conejos. ¡Y tan engreídas, que parecen las amas del lugar!

—Las pondré *en su sitio* en cuanto vuelva —dijo Yip—. Espero que volvamos pronto.

—¿Cómo está el jardín, Baratorio? —preguntó el doctor.

—Chanchi. Hay malas hierbas en todos los caminos, naturalmente. Pero los lirios de debajo de la ventana de la cocina estaban divinos, os lo juro.

—¿Hay alguna novedad en Londres? —preguntó el ratón blanco, que también

se había criado en la ciudad.

—Sí. En el viejo Londres siempre pasa algo. Hay un nuevo carricoche que tiene dos ruedas en vez de cuatro. Lo inventó un tipo que se llama Simón. La verdad es que corre más que los viejos coches de alquiler. Se ven a tutiplén. Y hay una verdulería nueva cerca de la Bolsa.

—Cuando sea mayor voy a poner una verdulería en Inglaterra, donde hay tan buenas verduras, ya estoy harto de África, y de ver aparecer durante todo el año las propias de cada estación — murmuró Gub-Gub.

—Siempre está hablando de eso —

comentó Tu-Tu—. ¡Vaya una ambición para la vida, el tener una verdulería!

—¡Ah, Inglaterra! —exclamó Gub-Gub con voz sentimental—. ¿Qué puede haber más hermoso en la vida que el corazón de una lechuga tierna en primavera?

—¡Qué chorradas dice! —dijo Baratorio arqueando las cejas—. ¡Vaya cochino tan poético! ¿Por qué no escribe una serie de sonetos a los ramilletes de coliflores de Griñón, señor Jamón?

—Bueno, mira, Baratorio —interrumpió el doctor—. Queremos que nos organices estos repartos en la ciudad de Fantippo. A nuestras aves

correo les cuesta mucho trabajo encontrar las casas a las que van dirigidas las cartas. Tú eres un pájaro que has nacido y te has educado en una ciudad. ¿Crees que puedes ayudarnos?

—Veré lo que puedo hacer por usted, señor médico —dijo el gorrión—, cuando haya echado una ojeada por esta ciudad de sus pecados. Pero primero quiero darme un baño. Estoy hecho un asco después de haber volado bajo un sol de justicia. ¿No hay por aquí algún que otro charco para un pájaro que quiere bañarse?

—No, éste no es clima en el que se den los charcos —respondió el doctor

—. Esto no es Inglaterra ¿sabes? Pero te traeré mi bacía y puedes bañarte en ella.

—Pero ¡ojo!, que no vaya a tener jabón, doctor, pues se me mete en los óculos.

Al día siguiente, después de que Baratorio se hubo echado un buen sueño para reponerse del largo viaje, el doctor se lo llevó para enseñarle la ciudad de Fantippo.

—La verdad, doctor —dijo Baratorio después de haber visitado lo que era digno de verse—, como ciudad no me parece nada del otro jueves, para serle franco. Es grande, eso sí que lo reconozco. No tenía ni la más remota

idea de que en África tuviesen ciudades tan grandes. ¡Pero las calles, caray, qué estrechujas son! Ya veo por qué no hay coches aquí. ¡Si apenas ni hay sitio para que transite una cabra, mucho menos aún para un cuatro ruedas! Y las casas..., pues parece que están hechas con las tripas de un colchón. Lo primero que hay que hacer es decirle a ese rey Cocotero que mande a sus súbditos que pongan llamadores en las puertas. Me gustaría saber cómo se las arreglan sin llamadores. Está claro como el agua que los carteros no pueden entregar las cartas si no hay llamadores para avisar.

—Me ocuparé de eso. Iré a

decírselo al rey esta tarde —dijo el doctor.

—Además no tienen buzones en las casas —dijo Baratorio—. Deberían tener una rendija en las puertas para echar las cartas. Los carteros no tienen más sitio para echar las cartas de estos condenados paganos que la chimenea.

—Muy bien —dijo el doctor—, también me ocuparé de eso. ¿Digo que pongan los buzones en medio de la puerta o a un lado?

—Que los pongan a los dos lados de la puerta, o sea, que quiero decir dos por cada casa.

—¿Y eso para qué? —preguntó el

doctor.

—Eso es una idea mía. Un buzón será para los avisos de cobro y otro para la correspondencia. Mire, las gentes se llevan una desilusión cuando oyen llamar al cartero y van a la puerta esperando encontrar la cariñosa carta de un amigo, o la noticia de que han heredado dinero, y con lo que se encuentran es con una cuenta del sastre. Pero si ponemos dos buzones en cada puerta, en uno que diga *Facturas* y en el otro *Cartas*, el cartero puede echar todas las facturas en uno y las cartas de verdad en el otro. Como queda dicho es una idea mía. No hay razón para que no

nos pongamos muy al día. ¿Qué le parece?

—Me parece una ocurrencia estupenda —dijo el doctor—. Así la gente no tendrá más que un disgusto: cuando vacíen el buzón de los avisos de cobro el día del vencimiento de las deudas.

—Eso es —dijo Baratorio—. Y diga a los pájaros correo que tan pronto como hayamos puesto los llamadores, que llamen una vez para las cuentas y dos para las cartas; así, los habitantes de la casa sabrán si tienen que salir a coger la correspondencia o no. ¡Oh, le aseguro que antes de que hayamos terminado,

estos desgraciados paganos habrán aprendido unas cuantas cosas nuevas! En Fantippo tendremos un servicio de correos que va a ser un servicio de correos de verdad. Y vamos a ver, ¿qué hay de los paquetes de Navidad? Los carteros esperan siempre que por Navidad se les dé un buen aguinaldo, como usted sabe.

—Bueno, la verdad es que esta gente no celebra la Navidad —respondió el doctor con poca convicción.

—*¿Que no celebran la navidad?* —gritó Baratorio con voz de asombro—. ¡Qué escándalo tan tremendo! Bueno mire, doctor, dígame al rey Cocotero que

si él y su gente no celebran las fiestas dándonos a nosotros, los pájaros correo, un aguinaldo de Navidad, en Fantippo no se repartirá correo entre Año Nuevo y Pascua de Resurrección. Y le puede contar que he sido yo quien lo ha dicho. Ya es hora de que alguien le saque de su ignorancia.

—Muy bien, también me ocuparé de eso —dijo el doctor.

—Dícales —añadió Baratorio— que la mañana del día de Navidad esperaremos encontrar dos terrones de azúcar en cada puerta para los pájaros correo. ¡Si no hay azúcar, no habrá cartas!

Esa tarde el doctor fue a ver al rey y le explicó todo lo que Baratorio quería. Y su Majestad cedió absolutamente en todo. En todas las puertas se atornillaron preciosos llamadores de metal muy ligeros para que los pájaros pudiesen levantarlos fácilmente. Resultaban muy elegantes, y eran la parte más moderna de las destartaladas viviendas. También se instalaron los dos buzones, uno para las facturas y otro para la correspondencia.

El doctor explicó también al rey Koko la significación de la Navidad, que debía ser una época de hacer regalos. Y entre los habitantes de

Fantippo se generalizó la costumbre de hacer regalos por Navidad, y no solamente a los carteros, sino también a los amigos y parientes.



Los buzones dobles de las casas de Fantippo

Por esa razón, varios años después de que el doctor se hubiese marchado

del país, unos misioneros, que visitaron esa parte de África, se encontraron con la sorpresa de que allí se celebraba la Navidad aunque la gente era pagana. Sin embargo, nunca supieron que la costumbre la había impuesto Baratorio, el descarado gorrión londinense.

Y Baratorio no tardó mucho en hacerse cargo de todo el reparto del correo en la ciudad de Fantippo. Como es natural, tan pronto como aumentó el correo y se hizo más pesado, porque la gente se acostumbró a escribir más a sus amigos y parientes, a Baratorio no le fue posible encargarse de todo. Así que envió recado por una golondrina para

que acudiesen cincuenta gorriones de las calles de Londres (que, como él, también estaban habituados a las costumbres urbanas) para que le ayudasen a repartir las cartas. Y en torno a las fiestas estacionales de los nativos, que eran la «Luna de la Recolección» y la «Llegada de las lluvias», tuvo que mandar a buscar a cincuenta más para ocuparse del correo.

Y si se pasaba por la calle Mayor de Fantippo a las nueve de la mañana o a las cuatro de la tarde se oía el *bat-tat-tat* de los gorriones correo que llamaban a las puertas —*tat-tat* si era una carta de verdad y únicamente *tat* si era una

factura.

Naturalmente, como eran unos pájaros tan pequeños no podían llevar más que una o dos cartas de cada vez. Pero no tardaban más que un momento en volver volando para coger otra remesa en la casa flotante, donde Tu-Tu les esperaba, en la ventanilla que decía *ciudad*, con montones de cartas distribuidas en cajas en las que figuraba escrito *Centro*, *Centro oeste*, *Centro sur*, según la parte de la ciudad a la que iban dirigidas. Esta fue otra idea de Baratorio: dividir la ciudad en distritos postales, como se hacía en Londres, para que el correo pudiese repartirse

deprisa sin tener que andar buscando las calles.

La ayuda de Baratorio fue, desde luego, de lo más valiosa para el doctor. El rey mismo dijo que el correo funcionaba divinamente. Las cartas llegaban con regularidad y no se dejaban en otras casas por equivocación.

Baratorio no tenía más que un defecto: que era un descarado. Siempre que discutía soltaba tacos barriobajeros horribles. Y aunque el doctor había repetido una y otra vez que esperaba que sus aves, tanto las empleadas en la oficina como las repartidoras, fuesen amables con el público, Baratorio

siempre estaba metido en algún jaleo que él mismo, generalmente, armaba.

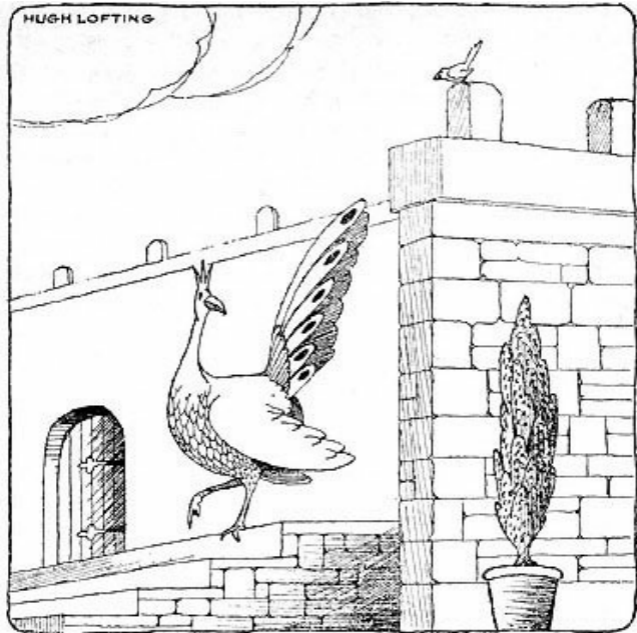
Un día en que el pavo real blanco, que era el animal favorito del rey, fue a ver al doctor y se quejó de que el chulangano gorrión le había hecho muecas por encima del muro del palacio, el doctor se enfadó mucho y echó un rapapolvo al jefe del correo urbano.

Entonces Baratorio reunió una pandilla de gorriones amigos de Londres, que eran todos unos bribones, y una noche entraron volando en el jardín del palacio, atacaron al pavo real blanco y le arrancaron tres plumas de su

bella cola.

Esta última gamberrada fue demasiado para John Dolittle que llamó a Baratorio y le despidió en el acto, aunque sintió mucho el tener que hacerlo.

Pero al marcharse el gorrión, se fueron con él todos sus amigos y la oficina de correos se quedó sin pájaros de ciudad para hacer los repartos urbanos. Las golondrinas y otras aves hicieron todo lo posible para que las cartas llegasen a las casas debidamente. Pero no lo consiguieron. Y pronto empezaron a recibirse quejas de la gente de la ciudad.



El pavo real blanco se quejó de que el gorrión le había hecho burla

Entonces el doctor sintió haber despedido a Baratorio, que parecía ser

el único capaz de hacer que esa parte del correo funcionase adecuadamente.

Sin embargo, un día, con gran regocijo por parte del doctor, aunque trató de parecer enfadado, entró Baratorio tranquilamente en la oficina con una paja en la comisura de la boca como si no hubiera pasado nada.

John Dolittle había creído que él y sus amigos se habían vuelto a Londres. Pero no era así. Sabían que el doctor los iba a necesitar y se habían quedado esperando por los alrededores de la ciudad. Entonces el doctor, después de volver a sermonear a Baratorio sobre la buena educación, le restituyó en su

puesto.

Pero al día siguiente el pendenciero gorrioncillo tiró un frasco de tinta sobre el blanco pavo real cuando llegaba a la casa flotante, con el rey, para tomar el té. Entonces el doctor volvió a despedir a Baratorio.

El hecho es que el doctor le despedía por mal educado prácticamente una vez al mes. Y poco después el correo de la ciudad se atascaba. Pero, para alivio del doctor, el jefe del correo urbano retornaba invariablemente justo cuando el jaleo llegaba a su peor momento y lo volvía a poner todo en marcha.

Baratorio era un pájaro estupendo. Pero no parecía ser capaz de pasar un mes sin soltarle una fresca a alguien. El doctor decía que era parte de su modo de ser.

3

Las aves que ayudaron a Colón

DESPUÉS de escribir su primera carta al vendedor de carne para gatos, el doctor empezó a acordarse de todas las demás personas a las que no había escrito desde hacía muchos, muchos años. Y muy pronto, en cuanto tenía un momento libre, se dedicaba a escribir a amigos y conocidos de todas partes.

Y claro, también enviaba y recibía

cartas de las aves y de los animales de toda la tierra. Primero escribió a los jefes de las aves que estaban al frente de las sucursales del cabo de Hornos, del Tíbet, de Cachemira, de Tahití, de la isla de Pascua, de Groenlandia y de Puddleby-on-the-Marsh. A éstos les dio detalladas instrucciones de cómo llevar las estafetas de correos, insistiendo siempre en que los funcionarios fuesen amables; también contestaba a todas las preguntas que los jefes de correos le hacían, así como a sus peticiones de consejo.

Escribió además a varios colegas naturalistas que conocía en diferentes

países, dándoles gran cantidad de datos sobre los vuelos o migraciones anuales de las aves. Porque, como es lógico, con el asunto del correo de las aves aprendió sobre este tema mucho que los naturalistas no habían averiguado hasta entonces.

A la entrada de la oficina colocó un tablón de anuncios en el que se informaba de los correos que salían y que entraban. Los anuncios solían ser algo así:

El próximo miércoles, 18 de julio, los chorlitos de plumas rojas saldrán de esta oficina en

dirección a Dinamarca y lugares próximos al Skajerrak. Se ruega que echen sus cartas pronto. Todas las cartas deberán ser franqueadas con un sello de cuatro peniques. En este vuelo también se llevarán paquetes pequeños para Marruecos, Portugal y las islas del Canal.

Cuando se esperaba un nuevo vuelo en la Tierra de Nadie, el doctor siempre preparaba antes de su llegada una buena cantidad de comida adecuada para la especie de aves de que se tratase.

Durante la reunión con los grandes jefes había anotado en su cuaderno todas las fechas de los vuelos anuales de las diferentes aves, de dónde salían, y a dónde se dirigían. Y este cuaderno se guardaba con mucho cuidado.

Un día en que Rauda se había posado en lo alto de la balanza mientras el doctor distribuía un montón de cartas que salían, la golondrina exclamó:

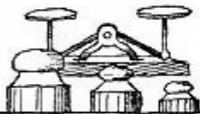
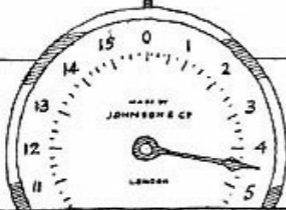
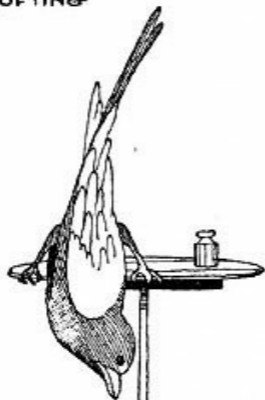
—¡Cielo santo, doctor, he engordado doscientos cincuenta gramos! ¡No podré volver a presentarme en las carreras! ¡Vea, dice un kilo y cuarto!

—No, Rauda —respondió el doctor—. Mira, es que eso incluye la cazoleta,

que pesa un cuarto de kilo. Así que tú solamente pesas un kilo.

—¡Ah! —exclamó Rauda—. ¿Es eso lo que pasa? Nunca se me dieron bien las matemáticas. ¡Qué alivio! ¡Menos mal que no he engordado!

RUGH LOFTING



¡Santo Dios, doctor, he engordado veinticinco gramos!

—Oye, Rauda, en esta recogida tenemos muchas cartas para Panamá.

¿Qué correos salen mañana?

—No lo sé seguro —contestó Rauda—. Voy a mirarlo en el tablón de anuncios. Creo que son los arrendajos... Sí —dijo al volver al momento—, eso es, los arrendajos mañana martes 15, si el tiempo no lo impide.

—¿Hacia dónde se dirigen? —preguntó el doctor—. Tengo el cuaderno en la caja fuerte.

—Van de Dahomey a Venezuela —contestó Rauda, levantando la pata derecha para contener un bostezo.

—Muy bien. Entonces podrán llevarme estas cartas a Panamá. No tendrán que desviarse mucho de su

camino. ¿Qué comen los arrendajos?

—Les gustan mucho las bellotas —
dijo Rauda.

—Perfectamente —dijo el doctor—.
Por favor dile a Gub-Gub de mi parte
que pida a los jabalíes que cojan un par
de sacos de bellotas. Quiero que todas
las aves que trabajan para nosotros se
den una buena panzada antes de
marcharse de la oficina principal para
emprender un vuelo.

A la mañana siguiente, al
despertarse, el doctor oyó un gran
alboroto en torno a la oficina, por lo que
supuso que los arrendajos habían
llegado durante la noche. Y después de

vestirse, salió a la oficina y, efectivamente, allí estaban —millares de muy hermosos pájaros de color dorado y negro— pululando por todas partes, sin parar de hablar y engullendo las bellotas que les habían dejado a toneladas.

El jefe, que naturalmente ya conocía al doctor, se adelantó para recibir instrucciones y para ver cuánto correo había que llevar.

Después de arreglarlo todo, el jefe, que había decidido que durante las próximas veinticuatro horas no eran de esperar tornados y que, el tiempo sería bueno, dio la voz de mando. Entonces

todos los pájaros emprendieron el vuelo despidiéndose del director general de Correos y de la Oficina Central a base de silbidos.

—Oh, a propósito, doctor, ¿ha oído usted hablar alguna vez de un hombre llamado Cristóbal Colón? —preguntó el jefe volviéndose un momento.

—Naturalmente que sí —contestó el doctor—. Descubrió América en 1492.

—Pues quería decirle —dijo el arrendajo—, que de no haber sido por un antepasado mío, no se habría descubierto en 1492, más tarde quizá, pero no en 1492.

—¿De verdad? —exclamó John

Dolittle—. Cuéntame algo más. —Y sacó el cuaderno del bolsillo y empezó a escribir.

—Bueno, pues la historia me la contó mi madre, que a su vez se la oyó contar a su abuela, que se la oyó contar a mi bisabuela, etc., hasta llegar a una antepasada nuestra que vivía en América en el siglo XVI. En aquellos tiempos nuestra especie no cruzaba el Atlántico ni en verano ni en invierno. Pasábamos de marzo a septiembre en las Bermudas, y el resto del año en Venezuela. Y cuando íbamos hacia el Sur en otoño, solíamos pararnos en las islas Bahamas para descansar.

»Durante el otoño de 1492 hubo muchas tormentas. Había galernas y soplaban fuertes ráfagas de aire todo el tiempo, por lo que no emprendimos la travesía hasta la segunda semana de octubre. Mi antepasada había sido la jefa de la bandada desde hacía mucho tiempo. Pero como estaba vieja y algo pachucha eligieron en su lugar a un pájaro más joven para conducir ese año a los arrendajos a Venezuela. El nuevo jefe era un jovenzuelo muy presumido que se creía que se las sabía todas sobre navegación, el tiempo y las travesías marítimas.

»Poco después de salir, los pájaros

vislumbraron, muy sorprendidos, una serie de buques que iban rumbo a occidente. Esto era más o menos a mitad de camino entre las Bermudas y las Bahamas. Los barcos eran mucho mayores que los que habían visto hasta entonces. Hasta la fecha no estaban acostumbrados a ver más que pequeñas canoas tripuladas por indios.

»El nuevo jefe se asustó mucho enseguida, y dio la orden a los arrendajos de que girasen un poco más hacia tierra para que no los viesan los hombres que tripulaban esos grandes buques. Era supersticioso y se apartaba de todo lo que no entendía. Pero mi

antepasada no siguió a la bandada, sino que se fue derecha hacia los barcos.

»No estuvo ausente más que unos veinte minutos, y luego se volvió a dirigir hacia los otros pájaros y le dijo al nuevo jefe: “Allí, en aquellos barcos, hay un hombre valeroso que está en gran peligro. Vienen de Europa en busca de nuevas tierras. Los marineros, que no saben lo cerca que están de tierra se han amotinado contra su almirante. Soy un pájaro viejo y conozco a este valiente navegante. Una vez, cuando estaba haciendo una travesía, la primera que hacía en mi vida, estalló una tormenta y quedé separada de mis compañeros.

Tuve que volar contra el embravecido viento durante tres días. Finalmente, el viento me empujó hacia el Este, hasta cerca del Viejo Mundo. Justo cuando estaba a punto de caer al mar exhausta vislumbré un buque. No tenía más remedio que descansar. Las inclemencias del tiempo me habían destrozado y estaba muerta de hambre. Así que me dirigí hacia el barco y caí medio muerta sobre cubierta. Los marineros iban a encerrarme en una jaula, pero el capitán del barco —ese mismo navegante cuya vida está amenazada por la tripulación rebelde en aquel barco que hay allí— me alimentó

con migas de pan y me cuidó hasta que reviví. Luego me dejó en libertad para volver a Venezuela cuando el tiempo mejorase. Nosotras somos aves terrestres. Salvemos la vida de este hombre bueno yendo al barco para que nos vean los marineros. Entonces sabrán que hay tierra cerca y obedecerán a su capitán”.

—Sí, sí —dijo el doctor—. Continúa. Recuerdo que Colón escribe sobre las aves terrestres en su diario. Continúa.

—Así —continuó el arrendajo—, toda la bandada se dio la vuelta y se dirigió hacia la flota de Colón. Llegaron

justo a tiempo. Pues los marineros estaban a punto de matar a su capitán que, decían, les había embarcado en una aventura inútil para descubrir nuevas tierras donde no las había. Si no daba la vuelta para volver a España, decían, le matarían.

»Pero cuando los marineros vieron pasar una gran bandada de aves terrestres por encima del barco en dirección sudoeste, en vez de oeste, cobraron nuevos ánimos, ya que comprendieron que, con toda seguridad, tenía que haber tierra cerca en esa dirección.

»Así que les condujimos hacia las

Bahamas y, al séptimo día, por la mañana muy temprano, al grito de “¡Tierra! ¡Tierra!”, la tripulación se hincó de rodillas y dio gracias al cielo. La isla de Watling, una de las Bahamas pequeñas, aparecía a la vista sonriente en medio del mar.



Los marineros a punto de matar a su almirante

»Entonces, los marineros se congregaron en torno al almirante

Cristóbal Colón, a quien poco antes iban a matar, y le vitorearon y le proclamaron el navegante más grande del mundo, que ciertamente lo era.

»Pero ni el mismo Colón supo en toda su vida que quien le había llevado por el camino más corto a las tierras del Nuevo Mundo era el agotado pájaro que había ido a caer en su hospitalaria cubierta unos años antes.

»Así que, como ve, doctor — terminó el arrendajo, cogiendo sus cartas y disponiéndose a emprender el vuelo—, de no ser por mi antepasada, Cristóbal Colón hubiese tenido que dar la vuelta para complacer a sus

marineros, o le habrían matado. Si no hubiese sido por él, América no se hubiese descubierto en 1492. Más tarde, quizá, pero no en 1492. Hasta la vista. Tengo que marcharme. Gracias por las bellotas.

4

El faro del cabo Esteban

EN la costa de África occidental, a unas veinte millas al norte de Fantippo, había un cabo que se adentraba en el mar en el que se elevaba un faro llamado faro del cabo Esteban. El gobierno que controlaba esa zona de África lo mantenía cuidadosamente encendido para que los barcos lo viesen desde el mar y supiesen dónde se encontraban. Esa parte de la costa era

muy peligrosa, porque había muchas rocas y bajos cerca de la punta del cabo. Y evidentemente, si se apagase la luz por la noche, los barcos que navegaban por esa parte correrían el peligro de chocar contra el cabo y naufragar.

Una noche, no mucho después de haberse marchado los arrendajos dorados hacia occidente, se puso el doctor a escribir unas cartas en la oficina a la luz de una vela. Era tarde y todos los animales se habían ido a dormir hacía tiempo. Al cabo de un rato, mientras escribía, oyó a lo lejos un ruido que entraba por la ventana abierta que tenía a un lado. Dejó entonces la

pluma y se puso a escuchar.



*Habia muchas rocas y bajuras cerca de la punta
del cabo Esteban*

Era el sonido de un ave marina que gritaba a lo lejos en el mar. Sin embargo, en general, las aves marinas no gritan mucho, a no ser que sean muy numerosas, y este grito parecía el de un pájaro solo. El doctor se asomó a la ventana y miró.

La noche era oscura, negra como la tinta, y no veía nada, sobre todo porque tenía la vista acostumbrada a la luz de la vela. El misterioso grito se repetía una y otra vez, como una llamada de angustia procedente del mar. El doctor no comprendía lo que era. Pero pronto le pareció que se iba acercando, y cogiendo el sombrero, salió corriendo a

la terraza.

—¿Qué es? ¿Qué pasa? —gritó hacia la oscuridad que se cernía sobre el mar.

No obtuvo respuesta. Pero enseguida, con un fuerte batir de alas que casi le apagó la vela, una gran gaviota se posó bruscamente en la barandilla de la casa flotante.

—Doctor —jadeó—, la luz del cabo Esteban estaba apagada. No sé lo que pasa. Hasta ahora no se ha apagado nunca. Nosotras la utilizamos como punto de referencia cuando volamos de noche, sabe. La noche es negra como la tinta. Si hay algún barco chocará con el

cabo, así que he decidido venir y decírselo.

—¡Santo cielo! —exclamó el doctor—. ¿Qué puede haber ocurrido? Hay un torrero que vive allí para vigilarlo. ¿Estaba encendido a primeras horas de la noche?

—No lo sé —respondió la gaviota—. Yo volvía de coger arenques, pues están pasando justo ahora un poco más hacia el norte. Y como esperaba ver la luz, me perdí y me fui muchas millas más hacia el Sur. Cuando me di cuenta de mi error volví volando pegada a la costa y llegué al cabo Esteban, pero no estaba encendido. Estaba oscurísimo. Y

yo misma me hubiese estrellado contra las rocas si no hubiese ido con cuidado.

—¿A qué distancia está de aquí? — preguntó John Dolittle.

—Bueno, por tierra serían unos treinta kilómetros hasta dónde está el faro. Pero por mar me parece que no serían más de quince.

—Muy bien —dijo el doctor poniéndose a toda prisa la chaqueta—. Espera un momento a que despierte a Dab-Dab.

El doctor entró precipitadamente en la cocina y despertó al pobre pato que estaba profundamente dormido al lado del fogón.

—¡Oye, Dab-Dab! —dijo el doctor sacudiéndole—. ¡Despierta! ¡Está apagada la luz del cabo Esteban!

—¿Quéee? —dijo Dab-Dab abriendo los ojos soñoliento—. ¿Qué se ha apagado la estufa?

—No. El faro del cabo Esteban —contestó el doctor—. Acaba de venir una gaviota a decírmelo. La navegación está en peligro. Naufragios y esas cosas, ¿sabes? ¡Despierta y sé razonable, por amor de Dios!

Finalmente el pobre Dab-Dab, ya despierto del todo, comprendió lo que pasaba y en un momento se levantó dispuesto a actuar.

—Sé donde está doctor. Iré volando directamente allí... No, no necesito que la gaviota me indique el camino. Que se quede con usted para guiarle. Sígame inmediatamente en la canoa. Si averiguo algo volveré y le encontraré a mitad de camino. Si no le esperaré al lado de la torre del faro. ¡Menos mal que es una noche tranquila aunque esté muy oscura!

Dando un aletazo Dab-Dab salió volando por la ventana abierta y desapareció en la noche, mientras que el doctor cogía su pequeña bolsa negra de medicinas, y llamando a la gaviota para que le siguiese, fue corriendo hacia el extremo opuesto de la casa flotante,

desató la canoa y saltó a ella. Arrancó de un empujón y dio la vuelta a la isla de la Tierra de Nadie, remando con todas sus fuerzas hacia la parte del cabo que se adentraba en el mar.

Cuando estaba aproximadamente a mitad de camino de la larga lengua de tierra que avanzaba hacia el sombrío océano, salió Dab-Dab al encuentro de la canoa, aunque Dios sabe cómo pudo localizarla en la oscuridad, sin más ruido para guiarle que el de los remos.

—Doctor —dijo el pato—, si es que el torrero está ahí debe de estar enfermo o algo parecido pues llamé a la ventana y no contestó nadie.

—¡Dios mío! —musitó el doctor, remando con más ímpetu todavía—. ¿Qué puede haber sucedido?

—Y eso no es lo peor. Del otro lado del cabo, desde aquí no puede percibirse, se vislumbran las luces de un gran barco de vela que va rumbo al sur derecho hacia las rocas. No pueden ver el faro y no saben el peligro en que se encuentran.

—¡Dios mío! —gruñó el doctor, que casi estuvo a punto de romper el remo por batirlo a popa para hacer que la canoa fuese más deprisa todavía.

—¿A qué distancia de las rocas está ese barco ahora? —preguntó la gaviota.

—Yo diría que a un kilómetro y medio —contestó Dab-Dab—. Pero es un buque grande, a juzgar por la altura a que está la luz del mástil, y no tardará mucho en encallar en el cabo.

—Siga derecho en línea recta, doctor —dijo la gaviota—. Yo me voy a buscar a unos amigos.

Y la gaviota desplegó las alas y salió volando hacia tierra, emitiendo el mismo grito que el doctor había oído por la ventana de la oficina de correos.

John Dolittle no tenía ni idea de lo que debía hacer. La gaviota tampoco estaba segura de llegar a tiempo para poner en práctica el plan que se le había

ocurrido. Sin embargo, poco después, el pájaro marítimo tuvo la satisfacción de oír que respondían a su llamada desde las rocosas orillas envueltas en tinieblas. Y enseguida tuvo a cientos de gaviotas hermanas dando vueltas alrededor suyo en plena noche.

Entonces las condujo al gran buque, que seguía navegando tranquilamente hacia las rocas y hacia su destrucción. Y avanzando hacia el timonel, que tenía agarrados los radios del timón mientras observaba el movimiento de las agujas de la brújula a la luz de una pequeña y tenue luz, las gaviotas se precipitaron contra su cara y le taparon el cristal de

la brújula para impedir que dirigiese el barco.

Luchando contra las aves, el timonel lanzó un grito de socorro porque no podía gobernar la nave. Entonces los oficiales y los marineros subieron corriendo para ayudarle y trataron de espantar a las aves.

Mientras tanto el doctor había llegado en la canoa a la punta del cabo Esteban y, después de saltar a tierra, trepó a gatas por las rocas en dirección a la torre del faro, que se erguía hacia el firmamento sobre el oscuro y tenebroso mar. Buscándola a tientas, encontró al fin la puerta y la golpeó, gritando al

mismo tiempo que le dejaran entrar. Pero no respondió nadie. Entonces Dab-Dab le susurró con voz ronca que la luz del barco estaba más cerca, que ya estaba a menos de un kilómetro de distancia de las rocas.



Las gaviotas se precipitaron contra el timonel

Ante esto el doctor cogió carrerilla y se lanzó con todo su peso contra la

puerta. Pero las bisagras y la cerradura estaban hechas para aguantar los golpes del mar y no se movieron lo más mínimo.

Finalmente, con un rugido de rabia, cogió del suelo una piedra del tamaño de una silla y la lanzó con todas sus fuerzas contra la cerradura de la puerta. Esta se abrió de repente con gran estruendo y el doctor entró de un salto.

En el barco los marineros seguían luchando contra las gaviotas. El capitán al ver que no había timonel capaz de gobernar el barco mientras miles de alas le revoloteaban ante los ojos, dio la orden de parar un rato y de sacar las

mangueras. Un fuerte chorro de agua fue lanzado contra las gaviotas que había en torno al timonel, por lo que les resultaba imposible volverse a acercar a él. Entonces el barco emprendió la marcha otra vez y empezó a avanzar de nuevo hacia las rocas.

Dentro del faro el doctor encontró que la oscuridad era aún más intensa. Con las manos extendidas avanzó precipitadamente y lo primero que hizo fue tropezar contra un hombre que yacía en el suelo justo ante la puerta. Sin detenerse a ver qué le pasaba, el doctor saltó por encima de su cuerpo y empezó a subir a tientas la escalera de caracol

de la torre que conducía a lo alto, donde estaba el gran fanal.

Entretanto Dab-Dab seguía abajo, ante la puerta, observando allá en el mar la luz del mástil que, después de un pequeño parón, se dirigía de nuevo hacia las rocas. Esperaba que de un momento a otro, tan pronto como el doctor consiguiese encenderlo, el potente rayo de luz del faro resplandeciese sobre el mar para advertir a los marineros del peligro que corrían. Pero en vez de esto al poco rato oyó la voz angustiada del doctor que gritaba desde lo alto de las escaleras:

—¡Dab-Dab! ¡Dab-Dab! No puedo

encender. *¡Nos hemos olvidado de traer las cerillas!*

—Bueno, pero ¿qué ha *hecho* usted con las cerillas, doctor? —contestó Dab-Dab—. Las lleva siempre en la chaqueta.

—Me las dejé al lado de la pipa en el mostrador de información —oyó decir al doctor desde lo alto de las oscuras escaleras—. Pero aquí en el faro tiene que haber cerillas en algún sitio. Hay que encontrarlas.

—Pero ¿cómo vamos a poder? —gritó Dab-Dab—. Aquí abajo la oscuridad es absoluta. Y el barco se está acercando por momentos.

—Busca en los bolsillos del hombre
—exclamó John Dolittle—. ¡Deprisa!

En un momento Dab-Dab registró los bolsillos del hombre que seguía inmóvil en el suelo.

—No lleva cerillas encima, ni una.

—¡Maldita suerte! —refunfuñó John Dolittle.

Entonces se hizo un solemne silencio en el faro mientras el doctor, arriba, y Dab-Dab, abajo, pensaban tristemente en el gran buque que avanzaba hacia un naufragio seguro porque ellos no tenían cerillas.

Pero, repentinamente, en medio del negro silencio surgió un dulce cántico

allí cerca.

—¡Dab-Dab! —susurró el doctor—.
¿Has oído eso? ¡Un canario! ¡Hay un
canario cantando en alguna parte,
probablemente en una jaula en la cocina
del faro!

En un santiamén bajó ruidosamente
la escalera.

—¡Vamos! Tenemos que encontrar la
cocina. Ese canario sabrá dónde se
guardan las cerillas. ¡Busca la cocina!

Entonces los dos empezaron a dar
trompicones en la oscuridad, y palpando
las paredes, al poco rato, llegaron a una
puerta pequeña: la abrieron y bajaron
precipitadamente un breve tramo de

escaleras que iba a dar a la cocina del faro. Era ésta una pequeña habitación subterránea, como una bodega, excavada en la roca sobre la que se elevaba el faro. Si en ella había algún tipo de fogón o de fuego hacía tiempo que se había apagado, pues estaba tan oscura como todo lo demás. Pero, tan pronto como se abrió la puerta, los trinos del pájaro cantor se hicieron más sonoros.

—Dime —gritó John Dolittle, en el lenguaje de los canarios— dónde están las cerillas. ¡Pronto!

—Oh, al fin has venido —dijo una vocecita aguda y amable que salía de la oscuridad—. ¿Te importaría ponerme

algo por encima de la jaula? Hay corriente y no puedo dormir. Nadie se ha acercado a mí desde el mediodía. No sé lo que le puede haber sucedido al torrero... Siempre me tapa la jaula hacia la hora de merendar. Pero esta noche no me ha tapado, así que he seguido cantando. Encontrará mi manta en...

—¡Cerillas! ¡Cerillas! ¿Dónde están las cerillas? —gritó Dab-Dab—. ¡La luz está apagada y hay un barco en peligro! ¿Dónde se guardan las cerillas?

—En la repisa de la chimenea, al lado de la caja de la pimienta —contestó el canario—. Ven aquí hasta mi jaula y vete palpando hacia tu izquierda

y hacia arriba y pondrás la mano justo en ellas.

El doctor cruzó la habitación de un salto, volcando una silla al moverse, y fue palpando la pared, tocó con la mano la esquina de una repisa de piedra, y, un momento después, Dab-Dab dio un suspiro de alivio, pues acababa de oír el alegre rascar de una caja de cerillas mientras el doctor trataba torpemente de encender un fósforo.

—Encontrarás una vela en la mesa..., ahí..., mira..., detrás de ti — dijo el canario cuando la luz de la cerilla iluminó levemente la cocina.

El doctor encendió la vela con

dedos temblorosos. Luego, protegió la llama con la mano, salió de la habitación y se precipitó escaleras arriba.

—¡Al fin! Esperemos que no sea demasiado tarde —murmuró.

En lo alto de la escalera de la cocina se encontró con la gaviota que entraba en el faro con dos amigas.

—Doctor —gritó la gaviota—, paramos el barco el mayor tiempo posible. Pero los estúpidos marineros no sabían que estábamos tratando de salvarles y nos enchufaron con las mangueras, por lo que tuvimos que dejarlo. El barco ya está terriblemente

cerca.



El doctor encendió la vela

Sin decir una palabra, el doctor subió a toda velocidad la escalera de caracol de la torre. Dio vueltas y más vueltas hacia arriba hasta que estuvo a punto de caerse mareado.

Finalmente, llegó a la cámara, en cuya parte más alta estaba el gran fanal de cristal, puso su vela en el suelo, encendió dos cerillas al mismo tiempo, cogió una con cada mano, y prendió la enorme mecha en dos sitios.

Mientras tanto Dab-Dab había vuelto a salir y oteaba el océano para ver el barco que se acercaba. Y cuando, finalmente, la intensa luz de la gran lámpara que había en lo alto de la torre

lanzó sus destellos sobre el mar, el casco del barco se hizo visible a no más de doscientos metros de los rocosos acantilados del cabo.

Entonces se oyó la voz de alarma del vigía, se oyó al capitán dando órdenes, y muchos silbatos y tañido de campanas. Y justo a tiempo de evitar una muerte segura en las aguas, el gran barco volvió la proa rumbo al mar abierto y continuó navegando completamente a salvo.

5

Las gaviotas y los barcos

CUANDO el sol de la mañana empezaba a dejarse ver por la ventana del faro, el doctor seguía tratando de reanimar al torrero en el sitio donde yacía, al pie de la escalera de la torre.

—Está volviendo en sí —dijo Dab-Dab—. Mire, empieza a parpadear.

—Tráeme más agua limpia de la cocina —dijo el doctor, que estaba

lavándole un gran chichón que tenía en un lado de la cabeza.

Al poco rato el hombre abrió los ojos y los fijó en la cara del doctor.

—¿Quién es? ¿Qué pasa? —murmuró atontado—. ¡La luz! ¡Tengo que ocuparme de la luz! ¡Tengo que ocuparme de la luz! —y trató débilmente de levantarse.

—No se preocupe —contestó el doctor—. Ya se ha encendido la luz y es casi de día. Tome, beba esto. Luego se sentirá mejor.

Y el doctor le llevó a los labios una medicina que había sacado de su bolsa negra.

Algo después el hombre se sintió lo suficientemente fuerte como para ponerse en pie. Entonces, con la ayuda del doctor, fue andando hasta la cocina, donde John Dolittle y Dab-Dab le sentaron cómodamente en una butaca, le encendieron el fuego y le hicieron el desayuno.

—Te estoy extraordinariamente agradecido, forastero, quien quiera que seas —dijo el hombre—. Generalmente estamos dos hombres aquí, yo y mi compañero Fred. Pero ayer por la mañana dejé a Fred que se marchase con el queche para coger ostras. Por eso estoy solo. Cuando bajaba la escalera al

mediodía, después de haber puesto mechas nuevas en la lámpara, se me resbaló un pie y caí rodando hasta abajo. Fui a dar con la cabeza contra la pared y perdí el sentido. No sé cuánto tiempo permanecí ahí tirado hasta que me encontraste.



El doctor y Dab-Dab le prepararon el desayuno

—Bueno, si las cosas terminan bien,
lo demás no importa un bledo —dijo el

doctor—. ¡Tome esto; debe de estar muriéndose de hambre!

Y le ofreció una gran taza de humeante café.

Alrededor de las diez de la mañana volvió de pescar ostras, en el pequeño barco velero, su compañero Fred, que se quedó consternado al enterarse del accidente que había tenido lugar mientras estaba ausente. Fred, como el otro torrero, era de Londres y hombre de mar. Resultaba un tipo simpático, y tanto él como su compañero (que ya se había repuesto casi del todo de su herida) estaban encantados con la visita del doctor, pues rompía la monotonía de su

vida solitaria.

Llevaron a John Dolittle por todo el faro para enseñarle su funcionamiento y fuera le mostraron con orgullo un diminuto jardín, cerca del pie de la torre, en el que habían plantado tomates y capuchinas.

Le contaron a John Dolittle que no tenían vacaciones más que una vez al año. Entonces venía un barco del gobierno, que anclaba cerca del cabo Esteban, y les llevaba a Inglaterra donde pasaban seis semanas de permiso, dejando a otros dos hombres en su lugar, para cuidar del faro mientras ellos estaban de permiso.

Le preguntaron al doctor si tenía noticias de su querido Londres, pero éste tuvo que admitir que él también llevaba mucho tiempo lejos de la ciudad. Sin embargo, mientras charlaban entró Baratorio en la cocina del faro para buscar al doctor. Al gorrión le entusiasmó saber que los torreros eran también londinenses de los barrios bajos. Y por mediación del doctor, les contó todos los últimos chismes de las zonas populares, de los muelles y de los barcos del río de Londres.

A los dos torreros les pareció que el doctor estaba loco de remate cuando le oyeron hablar con Baratorio a base de

gorjeos. Pero, por la respuesta que dio a sus preguntas, se percataron de que las noticias, que les daba el gorrión sobre la ciudad, eran verdad.

Baratorio dijo que la cara de los dos marineros londinenses era el mejor espectáculo que había presenciado desde que había llegado a África. Y después de esta primera visita, siempre que tenía tiempo libre, se iba volando al faro a ver a sus nuevos amigos. Naturalmente, no podía hablar con ellos porque ninguno de los dos sabía el lenguaje de los gorriones, ni siquiera el de los gorriones londinenses, pero de todas maneras a Baratorio le encantaba

estar con ellos.

—Es un cambio cristiano, sano y edificante —decía—, después de estar con estos paganos idólatras. ¡No sabe lo que es oír a Fred cantar himnos religiosos!

Los torreros lamentaron que el doctor tuviese que irse, y no le dejaron marchar hasta que les prometió que volvería a comer con ellos al domingo siguiente.

Entonces, después de haberle cargado la canoa con un montón de tomates bien rojos y un ramo de jacintos, el doctor, Dab-Dab y Baratorio emprendieron la vuelta a Fantippo,

mientras los torreros les decían adiós desde el faro agitando la mano.

No habían avanzado mucho en su camino de vuelta hacia la oficina de correos, cuando les alcanzó la gaviota que había llevado la noticia de la falta de luz.

—¿Qué tal va todo, doctor? — preguntó mientras planeaba en círculos airoso en torno a la canoa.

—Muy bien —contestó el doctor comiéndose a bocados un tomate—. El hombre se hizo un buen chichón en la cabeza al caerse. Pero se le pasará pronto. Sin embargo, si no hubiese sido por el canario que nos indicó dónde

estaban las cerillas, y por vosotras también, que detuvisteis a los marineros, no hubiésemos salvado ese barco.

El doctor tiró por la borda de la canoa un pellejo de tomate que la gaviota cogió habilidosamente en el aire antes de que tocase el agua.

—Bueno, me alegro de que hayamos llegado a tiempo —comentó el ave.

—Dime —dijo el doctor observando pensativamente cómo giraba, se balanceaba y daba vueltas al volar en torno a la diminuta embarcación—, ¿qué te impulsó a venir y darme la noticia del apagón de luz? Por regla general las gaviotas no se preocupan mucho de las

personas o de lo que les ocurre a los barcos, ¿no es verdad?

—Está usted en un error, doctor — dijo la gaviota cogiendo otro pellejo con tremenda puntería—. Los barcos, y los hombres que los tripulan, son muy importantes para nosotras, aunque no tanto aquí en el sur. Pero en el norte, si no fuera por los barcos, en invierno, muchas veces nos resultaría muy difícil encontrar suficiente comida. Mire usted, después que empieza a hacer frío, los peces y los alimentos marinos escasean bastante. A veces nos defendemos remontando los ríos hasta las ciudades y quedándonos cerca de los estanques de

los parques, donde hay aves acuáticas ornamentales. La gente va a los parques y tira galletas a los estanques para las aves. Pero si nosotras andamos por allí cogemos las galletas antes de que lleguen al agua, así... —y la gaviota atrapó un tercer pellejo de tomate con una embestida rápida como un rayo.



La gaviota atrapò un pellejo de tomate con gran rapidez

—Pero estabas hablando de los barcos —dijo el doctor.

—Sí —continuó la gaviota bastante incomprensiblemente, porque tenía la boca llena de pellejos de tomate—, encontramos que los barcos son lo mejor para alimentarnos en invierno. Mire usted, nosotras no consideramos que sea realmente justo el quedarnos con todo el condumio de las aves ornamentales de los parques. Así que únicamente lo hacemos cuando no nos queda más remedio. En invierno, generalmente, nos dedicamos a los barcos. Hace dos años, una prima mía y yo vivimos todo el año siguiendo barcos y cogiendo los restos de comida que los camareros tiran al mar por la borda. Cuanto peor tiempo

hace, más comida tenemos, porque entonces a los pasajeros no les apetece comer y se tira casi todo el alimento. Sí, mi prima y yo nos apuntamos, por así decirlo, a la «Línea Correo Transatlántico», cuyos buques van de Glasgow a Filadelfia, y cruzamos el océano de un lado para otro con ellos montones de veces. Pero más tarde nos cambiamos a la «Línea Barconada», que va de Tilbury a Boston.

—¿Por qué? —preguntó el doctor.

—Porque encontramos que la cocina de los pasajeros era mejor. Con la Barconada, que nos tiraba galletas a media mañana, la merienda por la tarde

y sandwiches para las últimas horas de la noche, además de tres comidas serias al día, vivíamos como reinas. Por poco no nos convertimos en marineros para siempre. Es una gran vida, no se hace más que llantar. A mí me parece que a las gaviotas les interesan, y mucho, las personas y los barcos. Vamos, que yo no quisiera por nada en el mundo que a un barco le pasase algo, especialmente a un barco de pasajeros.

—Vaya, esto es muy interesante —murmuró el doctor—. ¿Has visto muchos accidentes o pasar apuros a un barco?

—Oh, montones —contestó la gaviota—. Tormentas, choques por la

noche, barcos que embarrancan a causa de la niebla, y todo lo demás. Sí, ya lo creo que he visto a muchos barcos pasarlo mal en el mar.

—¡Ah! —comentó el doctor mirando hacia arriba—. Mira, ya estamos de vuelta en la oficina de correos. Y ahí está el testadoble tocando la campana para la comida. Llegamos justo a tiempo. Huelo a hígado y a bacon, y estos tomates irán divinamente con ello. ¿No quieres pasar y comer con nosotros? —preguntó a la gaviota—. Me gustaría mucho que me contases más cosas de tu vida y de los barcos. Me has dado una idea.

—Sí, gracias —dijo la gaviota—. Tengo algo de hambre... Es usted muy amable. Esta es la primera vez que como comida de barco *dentro* de un barco.

Y después de amarrar la canoa entraron en la casa flotante y se sentaron a comer en la mesa de la cocina.

—Bueno, vamos a ver —dijo el doctor a la gaviota tan pronto como se hubieron sentado—, hablabas de nieblas. ¿Qué hacéis vosotras cuando hace ese tipo de tiempo? Quiero decir que vosotras no veis mejor que los marineros cuando hay niebla, ¿verdad?

—No —dijo la gaviota—, no vemos mejor, eso es cierto. Pero ¡mecachis!, si

estuviésemos tan indefensas como los marineros en la niebla estaríamos siempre perdidas. Lo que hacemos, si vamos a algún sitio en especial y nos encontramos con que hay niebla, es subir volando por encima de la niebla, muy alto, donde el aire está limpio, entonces podemos orientarnos tan bien como siempre.

—Comprendo. Pero ¿y las borrascas? ¿Qué hacéis entonces para poneros a salvo? —preguntó el doctor.

—Bueno, naturalmente, cuando hay borrascas, o tormentas fuertes, ni siquiera los pájaros marítimos pueden ir donde quieren. Nosotras, las gaviotas,

no intentamos nunca abrirnos camino contra una tormenta de verdad. Los petreles a veces lo hacen, pero nosotras no. Es demasiado cansado, e incluso aunque se puede bajar y descansar de vez en cuando nadando en el agua, resulta un juego peligroso. Volamos con la tormenta, es decir, nos dejamos llevar donde sea. Entonces cuando el viento amaina bajamos y terminamos nuestro viaje.

—Pero eso lleva mucho tiempo, ¿no es así? —dijo el doctor.

—Oh, sí —respondió la gaviota—, se pierde algo de tiempo. Pero, sabe, nosotras muy raras veces nos dejamos

coger por una tormenta.

—¿Qué quieres decir? —preguntó John Dolittle.

—Antes de meternos en una tormenta, sabemos dónde está. Y la rodeamos. No hay ningún pájaro marítimo con experiencia que meta la nariz en una borrasca fuerte.

—¿Pero cómo sabéis donde están las tormentas? —inquirió el doctor.

—Bueno, supongo que dos de las ventajas que tenemos las aves marítimas, en comparación con los marineros en cuanto a saber cuándo y dónde hay mal tiempo, son nuestra buena vista y nuestra experiencia. Por un lado,

somos capaces de elevarnos muy alto en el aire y ver ochenta o noventa kilómetros de mar a la redonda. Entonces, si observamos que se aproxima una tormenta, damos la vuelta y nos alejamos de ella. Y podemos conseguir una velocidad que la borrasca más rápida jamás ha alcanzado. Y luego, la otra cosa es que tenemos mucha más experiencia que los marineros. Ellos, los pobres estúpidos, creen que conocen el mar, que han pasado la vida en él.

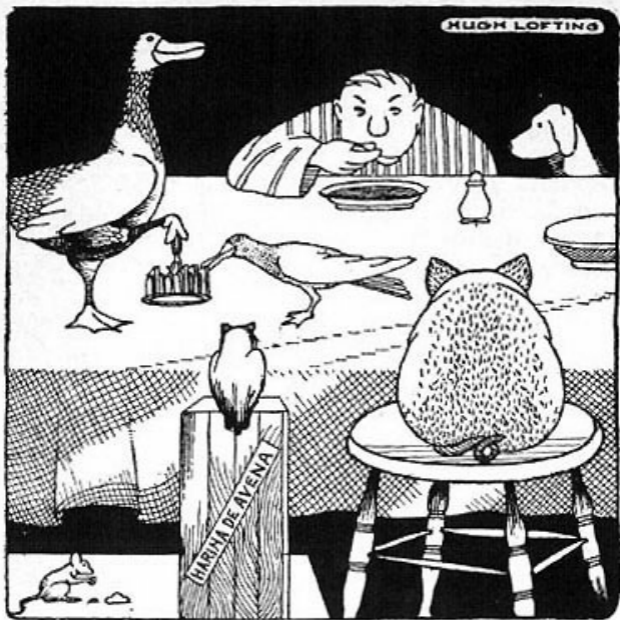
Y no es así, créame, no es así. La mitad del tiempo se lo pasan en un camarote, parte del tiempo lo pasan en tierra, y pasan mucho tiempo durmiendo.

Pero, incluso cuando están en cubierta, no están siempre mirando al mar. Juguetean con cuerdas y brochas de pintar, escobones y cubos. Muy rara vez se ve a un marinero *mirando* al mar.

—Supongo que es que los pobres se cansan de ello —comentó el doctor.

—Quizá. Pero, después de todo, si se quiere ser un buen marino lo que cuenta es el mar, ¿no le parece? Y eso es lo que hay que mirar y estudiar. Sin embargo, nosotras las aves marinas nos pasamos casi toda nuestra vida, noche y día, primavera, verano, otoño e invierno *mirando al mar*. ¿Y cuál es el resultado? —preguntó la gaviota

comiendo otro pedazo de pan tostado de la bandeja que le ofrecía Dab-Dab—. El resultado es éste: nosotras sí que *conocemos* el mar. Porque mire, doctor, si me encerrase en una caja pequeña sin ventanas y me llevase al centro del océano que le apeteciese, y luego abriese la caja y me dejase contemplar el mar, incluso sin que hubiese ni el menor rastro de tierra a la vista, yo podría decirle qué océano era y, casi exactamente, en qué parte de ese océano estábamos. Claro que tendría que saber qué fecha era.



La gaviota cogió otra tostada

—¡Maravilloso! —exclamó el doctor—. ¿Cómo lo sabéis?

—Por el color; por las pequeñas partículas que flotan en él; por las especies de peces y de seres marinos que nadan en él; por la forma en que se rizan las olas pequeñas y se ondulan las grandes; por el sabor y el grado de salinidad, y otros cientos de cosas más. Pero es que, sabe usted, en la mayoría de los casos, podría decirle donde estábamos con los ojos cerrados, tan pronto como saliese de la caja, solamente por el viento que soprase sobre mis alas.

—¡Cielo santo! ¿De verdad? — exclamó el doctor.

—Y eso es lo malo de los

marineros, doctor. No conocen los vientos como deberían. Saben distinguir el viento del nordeste del viento del oeste. Y un viento fuerte de uno flojo. Y poco más. Sin embargo, cuando se ha pasado la mayor parte de la vida como la hemos pasado nosotras, volando entre los vientos, valiéndonos de ellos para ascender, para descender precipitadamente, o para permanecer inmóviles, se llega a saber que en un viento hay muchas cosas más que su dirección y fuerza. Cuántas veces sopla hacia arriba o hacia abajo, cuántas veces se hace más fuerte o más flojo, le servirá para saber, si conoce la ciencia

de los vientos, montones de cosas.

6

El servicio para pronosticar el tiempo

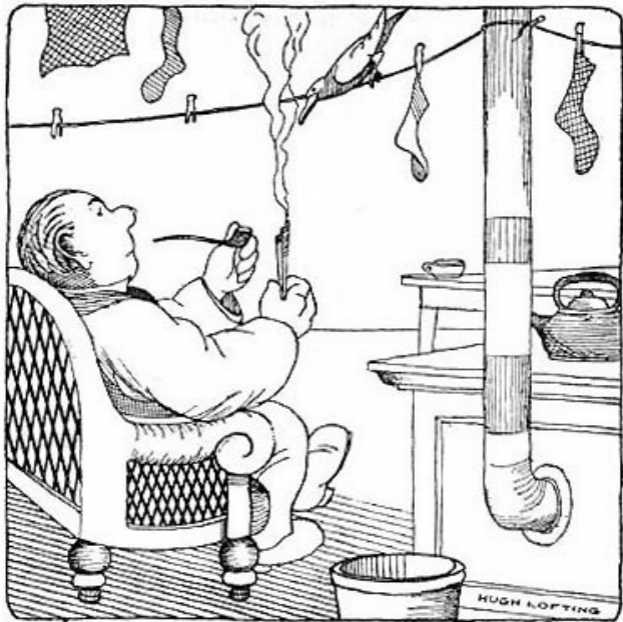
CUANDO terminaron de comer el doctor se sentó en una butaca junto al fuego de la cocina y encendió la pipa.

—Estoy pensando —dijo a la gaviota— en crear un departamento nuevo en mi oficina de correos. Muchas de las aves que me han ayudado en este asunto del correo son, según parece, muy buenas pronosticadoras del tiempo.

Y con lo que me acabas de contar sobre vuestro conocimiento del mar y de las tempestades se me ha ocurrido la idea de abrir un servicio para pronosticar el tiempo atmosférico.

—¿Qué es eso? —preguntó Yip, que estaba quitando las migas de la mesa a fin de echarlas después en la cubierta de la casa flotante para los pájaros.

—Un servicio para pronosticar el tiempo atmosférico es algo muy importante, especialmente para la navegación y para los agricultores —dijo el doctor—. Es un servicio para predecir el tiempo que va a hacer.



El doctor se sentó junto al fuego de la cocina

—¿Cómo lo hacen? —interrogó
Gub-Gub.

—No lo hacen —respondió el doctor—, o, por lo menos, solamente lo hacen algunas veces. Pero la mayoría de las veces está equivocado. Lo hacen con unos instrumentos: termómetros, barómetros, higrómetros y manómetros para el viento y otras cosas. Pero hasta ahora, la mayoría de los servicios meteorológicos han sido muy malos. Creo que yo podría hacerlo mucho mejor con mis aves, que muy pocas veces se equivocan al pronosticar el tiempo.

—Bueno, pero ¿para qué partes de la tierra quiere saber el tiempo, doctor? —preguntó la gaviota—. Si no es más

que para Fantippo o para África occidental será coser y cantar. Aquí no hay nunca más que tornados. El resto del año se asa uno de calor. Pero si quiere pronosticar el tiempo de los estrechos de Magallanes o de Nueva Zembla, o de todos esos países donde el tiempo varía continuamente será una cuestión diferente. Incluso el pronosticar el tiempo de Inglaterra le va a costar lo suyo. Personalmente siempre me pareció que en Inglaterra ni el tiempo mismo sabía lo que iba a hacer inmediatamente después.

—El tiempo en Inglaterra está pero que muy bien —interrumpió Baratorio,

encrespándosele las plumas en actitud de lucha—. No se te ocurra torcer tu larga y náutica nariz al hablar de Inglaterra, amiguito. ¿Cómo llamáis a esto de aquí? ¿El clima? Pues yo lo llamaría un baño turco. En Inglaterra nos gusta que nuestro clima sea variable. Y por eso es así. Y por eso los ingleses tienen la cara tan sonrosada y simpática. Aquí los desgraciados se ponen negros.

—A mí me gustaría poder pronosticar el tiempo en todo el mundo —dijo el doctor—. Y no veo razón para no hacerlo. Esta oficina, junto con mis sucursales, está en comunicación con aves que van a todos los rincones de la

Tierra. Podrían mejorar la horticultura y la agricultura de toda la raza humana. Pero también, y muy en especial, quiero tener un servicio para pronosticar el tiempo en el mar a fin de ayudar a los barcos.

—Ah, para el tiempo de tierra yo no podría ayudarle mucho —dijo la gaviota—. Pero para el marino, conozco un pájaro que sabe más del tiempo en el mar que cualquier servicio.

—Oh, ¿y quién es? —preguntó el doctor.

—Le llamamos el Tuerto —dijo la gaviota—. Es un albatros muy, muy viejo. Perdió un ojo luchando con un

águila por una especie de platija. Pero es el más maravilloso profeta del tiempo que jamás ha existido. Todos los pájaros marinos respetan al máximo sus opiniones. No se sabe que se haya equivocado nunca.

—¿De verdad? Me gustaría mucho conocerle —comentó el doctor.

—Yo se lo traeré —dijo la gaviota—. Vive cerca, en una roca próxima a la costa de Angola. Se ha quedado a vivir allí porque hay abundancia de crustáceos en el peñón, y como tiene mal la vista, no puede pescar otras clases de peces más vivarachos. Ahora, en su vejez, lleva una vida bastante aburrida

después de todo lo que ha viajado. Estará sumamente satisfecho de saber que usted quiere que le ayude. Voy a decírselo ahora mismo.

—Será estupendo. Me parece que tu amigo puede sernos muy útil.

Así que después de dar las gracias al doctor y a Dab-Dab por haberla invitado a una comida tan exquisita, la gaviota cogió un par de tarjetas postales que había para Angola y salió volando en busca del albatros, del Tuerto.

Ya avanzada la tarde volvió la gaviota acompañada por el gran Tuerto, la más anciana de las aves profetas del tiempo.

El doctor comentó después que jamás había visto un ave que le recordase tanto a un marinero. Al andar se balanceaba y se espatarraba como los hombres del mar; olía fuertemente a pescado; y siempre que hablaba del tiempo tenía un tic muy curioso que consistía en mirar de soslayo, con su único ojo, hacia el cielo, como hacen muchas veces los marineros viejos.

Estuvo muy de acuerdo con el doctor en que un servicio para el tiempo, llevado por las aves, era una idea muy factible y que así se harían pronósticos mucho mejores de los que hasta entonces se habían conseguido. Luego se pasó

hora y media instruyendo al doctor sobre los vientos. John Dolittle anotó en un cuaderno todo lo que dijo.

El viento es el principal agente en los cambios de tiempo. Y si, por ejemplo, se sabe que a la hora de merendar está lloviendo en las islas del Canal un jueves, y sopla viento del nordeste, puede darse por seguro que la lluvia llegará a Inglaterra durante la noche del jueves.

A continuación, el doctor escribió a todos los directores de las sucursales de correos para que fijasen, con las diferentes especies de aves, el momento exacto en que habían de emprender las

migraciones anuales. No quería que fuese algo tan impreciso como decir que saldrían la segunda semana de noviembre, por ejemplo, o algo parecido, sino que quería que fuesen un día y una hora exactos. Entonces, sabiendo a qué velocidad vuela cada especie de ave, podía calcular casi al minuto a qué hora llegarían a su destino. Y si llegaban tarde, entonces sabría que el mal tiempo les había hecho retrasarse en el camino o que habían retrasado la salida hasta que se aplacasen las tormentas.

El doctor, la gaviota, el Tuerto, Dab-Dab, Baratorio, Rauda la ligera y Tu-Tu

el matemático se pusieron manos a la obra y se quedaron hablando hasta muy entrada la noche, a fin de planificar otros muchos aspectos y detalles necesarios para poner en marcha el servicio del tiempo. Unas pocas semanas después apareció un segundo tablón de anuncios, completamente nuevo, en la pared de la oficina de correos del doctor, al lado del que anunciaba la salida y la llegada de los correos.

En la parte superior del nuevo tablón de anuncios decía *Información del tiempo*, y en él estaba escrito un aviso más o menos así:

Las garzas reales verdes llegaron con tres horas y nueve minutos de retraso al cabo de Buena Esperanza procedentes de las islas Sandwich. Se aproxima un viento del sur-sureste. Puede esperarse tiempo tormentoso a lo largo de la costa occidental de Chile y vendavales ligeros en el océano Antártico.

Y luego, las aves terrestres, especialmente las que se alimentan de bayas, resultaron muy útiles para el doctor, pues le comunicaban por carta si

el invierno iba a ser frío, o no, en sus respectivos países. Y él escribía a los agricultores de todo el mundo informándoles si debían esperar fuertes heladas, una primavera húmeda o un verano seco, lo cual, como es natural, les resultaba muy útil para sus cultivos.

Y los fantippones, que hasta entonces habían sido muy tímidos en cuanto a aventurarse a salir al mar a causa de las tormentas, como tenían un buen servicio meteorológico y sabían el tiempo que iba a hacer, empezaron a construir barcos de vela más grandes, en lugar de sus frágiles canoas, con lo que se convirtieron en lo que se llama un

país mercantil. Y comerciaron de arriba abajo por la costa de África occidental, e incluso llegaron tan al sur como el cabo de Buena Esperanza, y se internaron en el océano índico, para intercambiar sus mercancías con gentes de países extranjeros.

Esto, naturalmente, contribuyó a que el reino de Fantippo se hiciese mucho más rico y más importante. Y el rey hizo una importante donación de dinero a la oficina del correo extranjero que el doctor invirtió en construir una casa flotante más grande y mejor.



*John Dolittle le vio deambulando en torno a la oficina
de correos*

Pronto empezó a conocerse en otros

países el servicio para pronosticar el tiempo de la Tierra de Nadie. Los agricultores de Inglaterra, que habían recibido del doctor tan buena información del tiempo, fueron a Londres y dijeron al Gobierno que su información no servía para nada, que un tal John Dolittle, médico, les enviaba muchos mejores informes desde un lugar de África.

Y el Gobierno se preocupó mucho por esto, y enviaron al meteorólogo real, un viejo hombre del tiempo de pelo gris, a Fantippo para ver cómo lo hacía el doctor.

John Dolittle le vio un día

deambulando en torno a la oficina de correos mirando los anuncios y tratando de averiguar algo. Pero no averiguó nada. Y cuando volvió a Inglaterra dijo al Gobierno:

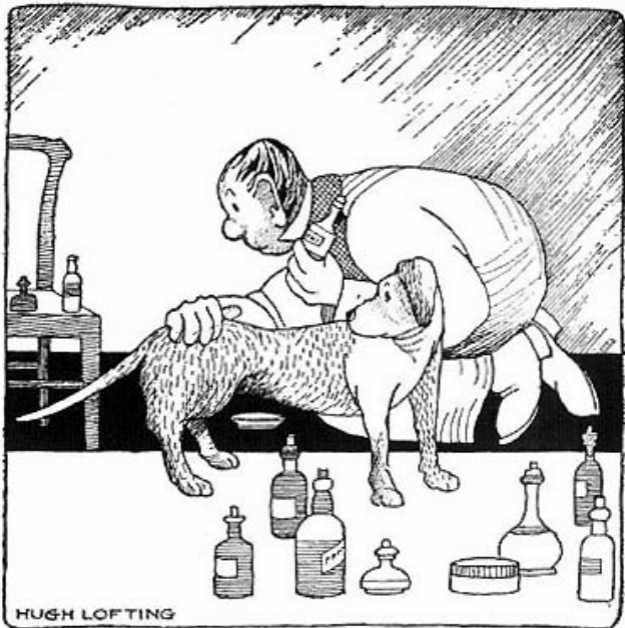
—No tiene ningún instrumento nuevo. Ese hombre es un farsante. Allí no tiene más que una vieja barcaza y un montón de pájaros sucios volando alrededor.

Cursos por correspondencia

EL aspecto educativo de la oficina de correos del doctor era muy importante, y fue incrementándose constantemente. Como había manifestado a la ligera al principio, tan pronto como las aves y los animales se dieron cuenta de lo útil que era tener un servicio de correos propio, cada vez lo utilizaban más y más.

Y por supuesto, como Rauda había

previsto, la mayor parte de la correspondencia iba dirigida al doctor. Muy pronto, el pobre hombre se vio desbordado por las cartas en que le pedían consejos médicos. Los perros que tiraban de los trineos de los esquimales le escribían, nada menos que desde el continente ártico, preguntándole qué debían hacer para que no se les cayese el pelo. El pelo —que era lo único que tenían los pobres animales para protegerse de los vientos polares— era, evidentemente, muy importante para ellos.



El doctor experimentó en Yip varios tónicos para el pelo

Y John Dolittle se pasó todo un sábado y un domingo experimentando en

Yip tónicos para el pelo, a fin de encontrar la manera de curar su mal. Yip tuvo mucha paciencia pues sabía que el doctor lo hacía para bien de sus camaradas los perros. Y no protestó, aunque sí le dijo a Dab-Dab que se sentía como una droguería a causa de todos los diferentes aceites para el cabello que el doctor le había aplicado. Dijo también que le habían estropeado su agudo sentido del olfato por lo menos para dos semanas, así que no olía nada.

Además de las cartas solicitando consejos médicos, el doctor recibió peticiones de todo tipo de diferentes animales de toda la tierra: le solicitaban

información sobre la alimentación que debían dar a sus recién nacidos, sobre los materiales para hacer nidos, y mil cosas más. En su nuevo deseo de instruirse, los animales hacían todo tipo de preguntas, algunas de las cuales ni el doctor, ni nadie, sabía contestar. Por ejemplo: ¿De qué estaban hechas las estrellas? ¿Por qué subía y bajaba la marea?, y ¿no podrían evitarse esos cambios?

Entonces, a fin de poder atender la enorme demanda de información que le había llegado por correo, John Dolittle creó, por primera vez en la historia, cursos por correspondencia para

animales.

Y mandó imprimir unos folletos que se llamaban: «Cosas que un conejo pequeño debe saber», «El cuidado de las patas cuando hiela», etc. Estos folletos los distribuyó a miles por correo.

Y luego, como recibía tanta correspondencia relacionada con la buena educación y los buenos modales, escribió un *Manual de etiqueta para animales*, que todavía es una obra muy famosa, aunque ahora es difícil encontrar ejemplares. Cuando lo escribió, el doctor hizo una primera edición de cincuenta mil ejemplares que

envió entera por correo en una semana. Fue por esa época, también, cuando escribió y distribuyó otro libro muy conocido llamado *Comedias de un acto para los pingüinos*.

Pero, desdichadamente, en vez de disminuir el número de cartas que tenía que contestar, el doctor se encontró con que, al enviar estos libros de información, se multiplicaba por cien la correspondencia que tenía que despachar.

Esta es la carta que recibió de una cerda de Patagonia:

Querido doctor, he leído su

Manual de etiqueta para animales y me ha gustado mucho. Voy a casarme muy pronto. ¿Sería correcto que pidiese a los invitados que trajesen a mi boda rábanos en vez de flores?

¿Si salgo a cenar con mi novio, que está muy bien criado, sería correcto que pidiese una chuleta de cerdo o sería mejor que la pidiese de ternera?

Le saluda atentamente

Berta Tocino

P. D. Siempre he llevado mi

*sortija de petición en la nariz.
¿Es ahí donde debe llevarse?*

Y el doctor le contestó:

Querida Berta: si sales con tu novio a cenar yo evitaría pedir chuletas de cerdo. El salir a comer está muy bien. Pero recuerda que el objetivo de la etiqueta y de los buenos modales debería ser que la gente se sienta cómoda, no incómoda.

Me parece muy bien lo de los rábanos para la boda.

Podrías indicar a los invitados que no quitasen la parte de arriba, así se parecerían más a un ramo de flores.

Te saluda atentamente
John Dolittle

TERCERA PARTE

1

La revista de los animales

LO que voy a contaros ahora es lo del concurso para el premio de cuentos. La tertulia de Puddleby en torno al fuego, en la que el doctor entretenía a sus animales contándoles cuentos muy interesantes, se había convertido en una institución muy famosa. Tu-Tu había hablado de ella, Gub-Gub, Yip y el ratón blanco habían presumido de ella (porque se sentían orgullosos de poder

decir que pertenecían al círculo familiar del gran hombre). Y al tener una oficina de correos propia, los animales de toda la tierra no tardaron en comentarla y hablar de ella por carta. Después, al doctor le empezaron a pedir cuentos por correo. Era ya tan famoso como educador de animales y como autor de historias para animales que como médico de animales.

Del lejano norte llegaban a docenas cartas de los osos polares, de las morsas y de los zorros pidiendo que les enviase lecturas ligeras y entretenidas, además de sus folletos médicos y de sus libros sobre etiqueta y protocolo. Las noches

invernales (que duraban semanas y semanas allí) se hacían muy monótonas, decían, después de haber agotado sus propios cuentos. Como no se podía estar durmiendo *todo* el tiempo, había que hacer algo para entretenerse en los solitarios témpanos de hielo, y en las guaridas y escondrijos cubiertos por la nieve que la ventisca barre de un lado para otro. Durante algún tiempo el doctor estuvo tan ocupado con cosas más serias que no pudo complacerles. Pero lo tuvo en cuenta en espera de tener tiempo para pensar la mejor manera de solucionar el problema.

El caso es que, una vez que el

trabajo en la oficina de correos estuvo organizado y se regularizó, los animales encontraban a menudo algo difícil entretenerse al atardecer. Una noche, en que estaban todos sentados en la terraza de la casa flotante pensando a qué podían jugar, Yip dijo repentinamente:

—Ya sé lo que podemos hacer, vamos a pedir al doctor que nos cuente un cuento.

—Oh, pero si ya os he contado todas mis historias. ¿Por qué no jugáis al *pañuelo escondido*?

—No hay bastante sitio en esta casa —dijo Dab-Dab—. La última vez que jugamos a eso Gub-Gub se quedó

enganchado en los cuernos del testadoble. Usted sabe muchos cuentos. Cuéntenos alguno, doctor, uno cortito.

—Bueno, pero ¿qué os puedo contar? —preguntó John Dolittle.

—Algo sobre un campo de nabos —contestó Gub-Gub.

—No, eso no vale —dijo Yip—. Doctor, por qué no hace lo que hacía a veces al lado de la chimenea en Puddleby: vaciar los bolsillos sobre la mesa hasta que encuentre algo que le recuerde alguna historia, ¿no se acuerda?

—Muy bien —dijo el doctor—, pero...

Entonces se le ocurrió una idea.

—Mirad, ya sabéis que me han pedido cuentos por correo. Los animales de cerca del Polo Norte quieren algo ligero para leer durante las largas noches de invierno. Voy a fundar una revista para ellos y la voy a llamar *Revista mensual para el Ártico*. Se enviará por correo y la distribuirá la sucursal de Nueva Zembla. Hasta aquí no hay pega, pero el problema está en conseguir suficientes cuentos, dibujos, artículos y material para llenar una publicación mensual. Eso no es fácil. Pero escuchad, si os cuento un cuento esta noche tenéis que hacer algo para

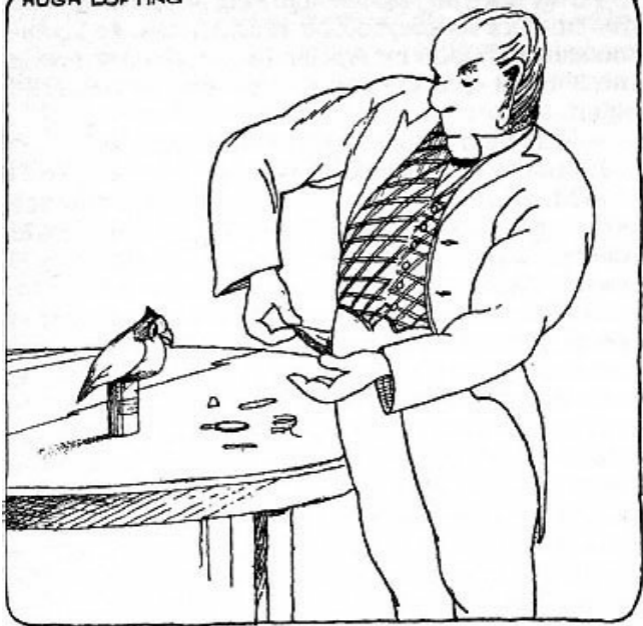
ayudarme con mi revista. Cada noche, cuando queráis entreteneros, contaréis una historia cada uno, por turnos. Eso nos proporcionará inmediatamente siete cuentos. No se publicará más que una historia al mes; en el resto de la revista habrá noticias del día, una columna sobre consejos médicos, una página dedicada a las madres y a los niños y otras cosas sueltas. Luego, organizaremos un concurso de cuentos. Los lectores decidirán cuál es el mejor y, cuando nos escriban y nos lo digan, entregaremos un premio al ganador. ¿Qué os parece?

—¡Qué idea tan maravillosa! —

exclamó Gub-Gub—. Yo contaré mi cuento mañana por la noche. Sé uno muy bueno. Ahora empiece usted, doctor.

Entonces John Dolittle se puso a sacar todo lo que llevaba en los bolsillos de los pantalones y a dejarlo sobre la mesa para ver si había algo que le recordase alguna historia. Y lo que sacó resultó ser una maravillosa colección de objetos de todo tipo. Había pedazos de cuerda y de alambre, cabos de lápiz, navajas con las hojas rotas, botones de varias clases, una lupa, una brújula y un sacacorchos.

HUGH LOFTING



*Se sacó de los bolsillos una maravillosa colección
de objetos*

—No parece que haya nada útil aquí

—comentó el doctor.

—Busque en los bolsillos del chaleco —dijo Tu-Tu—. Era siempre donde había cosas más interesantes. No se los ha vaciado desde que se fue de Puddleby. Debe de haber muchas cosas en ellos.

Así, el doctor sacó todo lo que llevaba en los bolsillos del chaleco. Y aparecieron dos relojes de bolsillo (uno que funcionaba y otro que no), un metro de cinta, un pedazo de cera de la que usan los zapateros, una moneda con un agujero en el centro y un termómetro clínico.

—¿Qué es eso? —preguntó Gub-

Gub señalando el termómetro.

—Eso es para tomar la temperatura a la gente —respondió el doctor—. Y eso me recuerda...

—¿Algún cuento? —preguntó Tu-Tu.

—Estaba seguro —añadió Yip—.

Un chisme como ese tiene que tener alguna historia. ¿Cómo se llama el cuento, doctor?

—Bueno —dijo el doctor repantigándose en la silla—, me parece que lo voy a llamar «La huelga de los inválidos».

—¿Qué es una huelga? —preguntó Gub-Gub.

—¿Y qué demonios quiere decir eso

de inválidos? —añadió el testadoble.

—Una huelga es cuando la gente deja de trabajar para conseguir que alguien les conceda lo que quieren. Y un inválido es una persona que está siempre... bueno, más o menos, enferma.

—¿Pero qué tipo de trabajo desempeñan los inválidos? —preguntó el ratón blanco.

—Su trabajo consiste..., bueno..., en seguir estando enfermos. Pero no hagáis más preguntas pues si no, no empezaré nunca esta historia.

—Espere un momento, que se me ha dormido un pie —dijo Gub-Gub.

—¡Oh, vete a la porra con tu pie! —
gritó Dab-Dab—. Deja que el doctor
empiece su cuento.

—¿Es un cuento bonito? —preguntó
Gub-Gub.

—Bueno, os lo voy a contar y luego
decidís si os ha gustado. Y ahora estad
tranquilos y dejadme empezar. Se está
haciendo tarde.

2

El cuento del doctor

TAN pronto como el doctor encendió bien la pipa empezó:

—Hace muchos años, cuando compré este termómetro, yo era un médico joven, lleno de ilusión, que empezaba a desempeñar mi profesión. Yo me creía que era un médico muy bueno, pero me encontré con que el resto de la gente no parecía pensar lo mismo. Y hasta muchos meses después de empezar no tuve ni un solo paciente. Y no tenían en quien probar mi termómetro

nuevo. Así que me lo ponía yo con mucha frecuencia, pero estaba siempre tan bien de salud, que nunca tenía fiebre. Traté entonces de resfriarme. Sin embargo, no es que quisiese coger un resfriado, ¿comprendéis?, lo que quería era estar seguro de que mi termómetro funcionaba. Pero no podía ni coger un resfriado. Y estaba muy triste; triste, pero sano.

»Bueno, pues por entonces conocí a otro médico joven que estaba en la misma situación que yo: tampoco tenía pacientes. Y me dijo: Escucha lo que podemos hacer, vamos a poner un sanatorio.

—¿Qué es un sanatorio? —preguntó Gub-Gub.

—Un sanatorio —dijo el doctor— es una especie de mezcla entre un hospital y un hotel, un sitio adonde van a vivir los inválidos... Bueno, pues me pareció una buena idea. Entonces, yo y mi joven amigo, que se llamaba Fips, el doctor Cornelio Fips, alquilamos una bonita casa en medio del campo y la amueblamos con sillas de ruedas, y botellas de agua caliente, y trompetillas para sordos, y todo lo que les gusta a los inválidos. Y muy pronto empezaron a llegar enfermos a cientos, y el sanatorio se llenó, y mi termómetro estaba

siempre en funciones. Naturalmente ganábamos mucho dinero, pues todas esas personas nos pagaban bien. Fips estaba muy contento.

»Pero yo no estaba tan contento. Había observado algo extraño: ninguno de los enfermos parecía mejorar como para marcharse. Y, finalmente, hablé de esto a Fips.

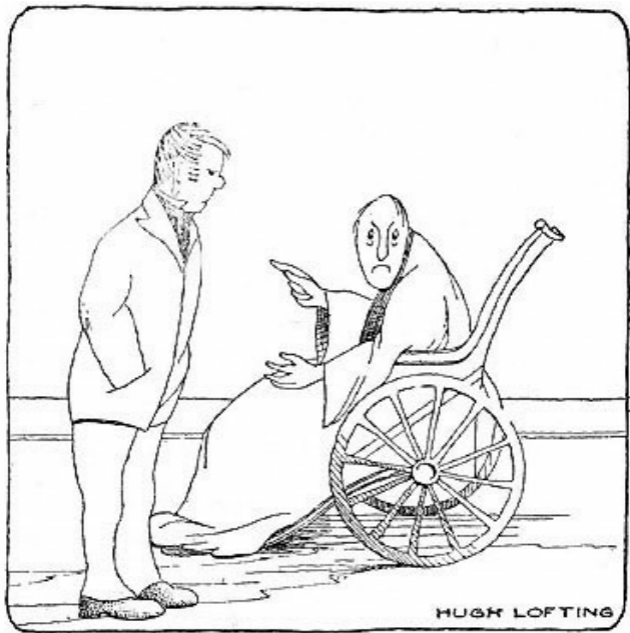
»“—Querido Dolittle, *¿marcharse?* ¡Claro que no! No nos interesa que se marchen. Nos interesa que se queden aquí, para que sigan pagándonos — contestó.

»”—Fips —le dije—, no me parece que eso sea honrado. Yo me hice médico

para curar a la gente, no para mimarles”.

»Bueno, pues en ese momento reñimos y nos peleamos. Yo me enfadé mucho y le dije que dejaría de ser su socio, que recogería mis cosas y que me iría al día siguiente. Al salir de su habitación, muy enfadado todavía, pasé al lado de uno de los inválidos en su silla de ruedas. Era don Timoteo Quisby, nuestro enfermo más importante y rico. Al pasar me pidió que le tomase la temperatura, pues creía que volvía a tener fiebre. La verdad es que yo nunca había encontrado que a don Timoteo le pasase nada, y había llegado a la conclusión de que el estar enfermo era

una especie de entretenimiento para él. Así que, como todavía estaba furioso, en vez de ponerle el termómetro, le dije muy groseramente: —“¡Oh, váyase al diablo!”.



Don Timoteo Quisby, el enfermo más rico

»Don Timoteo se puso indignado y llamó al doctor Fips, y exigió que yo le

pidiese perdón. Yo dije que no lo haría. Entonces don Timoteo dijo a Fips que si yo no lo hacía, organizaría una huelga de inválidos. A Fips le preocupó esto mucho y me imploró que le pidiese perdón a este enfermo tan especial, pero yo me seguí negando.

»Entonces ocurrió algo extraño. Don Timoteo, que hasta entonces parecía estar demasiado débil para andar, se levantó de la silla de ruedas y enarbolando su trompetilla frenéticamente, echó a correr por todo el sanatorio arengando a los demás enfermos, contándoles lo vergonzosamente que había sido tratado,

y exhortándoles a que se declarasen en huelga para reivindicar sus derechos.

»Y por supuesto que se declararon en huelga. Esa noche a la hora de la cena se negaron a tomar sus medicinas ni antes ni después de comer. El doctor Fips discutió con ellos, les rogó, les imploró que se portasen como verdaderos enfermos y que cumpliesen lo que el médico les mandaba. Pero ni le escuchaban. Comieron de todo lo que se les había prohibido y, después de cenar, a los que se les había mandado que fuesen de paseo se quedaron en casa, y a los que se les había recomendado que guardasen reposo salieron corriendo

calle abajo. Y terminaron la velada organizando una batalla con las bolsas de agua caliente cuando debían haber estado en la cama. A la mañana siguiente cada uno hizo su baúl y todos se marcharon. Y ése fue el final de nuestro sanatorio.

»Pero lo más extraño de todo fue esto: yo averigüé después que absolutamente todos los enfermos se habían puesto buenos. El levantarse de las sillas de ruedas y el declararse en huelga les había sentado tan bien que dejaron de estar enfermos. Como médico de un sanatorio me parece que no tuve mucho éxito, aunque... no lo sé.

Lo cierto es que curé a muchos más enfermos *abandonando* el negocio del sanatorio, que Fips ocupándose de él.

3

El cuento de Gub-Gub

A la noche siguiente, cuando se sentaron de nuevo en la terraza después de cenar, dijo el doctor:

—¿Bueno, quién va a contarnos un cuento esta noche? ¿No dijo Gub-Gub que tenía uno preparado para nosotros?

—Huy, no se lo deje contar, doctor —dijo Yip—. Seguro que será una chorrada.

—Es demasiado pequeño para contar un buen cuento. No tiene la menor experiencia —comentó Dab-Dab.

—Lo único que le interesa en la vida, de todos modos, es comer —añadió Tu-Tu—. Que sea otro el que cuente un cuento.

—No, esperad un momento —gritó el doctor—. No os metáis todos con él de esta forma. Todos hemos sido jóvenes. Que nos cuente su cuento. A lo mejor gana el premio, ¿quién sabe? Vamos, Gub-Gub. Cuéntanos tu cuento. ¿Cómo se llama?

Gub-Gub movió nerviosamente las patas, se puso colorado hasta las orejas y, finalmente, dijo:

—Es una especie de historia fantástica. Pero es buena. Es..., un...

cuento de hadas porcino. Se llama *El pepino mágico*.

—¡Caray! —gruñó Yip.

—¡Más comida! —murmuró Tu-Tu —. ¿Qué os he dicho?

—¡Tii-jii-jii! —se rió disimuladamente el ratón blanco.

—Continúa, Gub-Gub —dijo el doctor—. No les hagas caso. Yo te estoy escuchando.

—Érase una vez —empezó Gub-Gub — un cerdito que se internó en el bosque con su padre para sacar trufas de debajo de la tierra. A papá cerdo se le daba muy bien lo de desenterrar trufas, y con sólo oler el suelo sabía con mucha

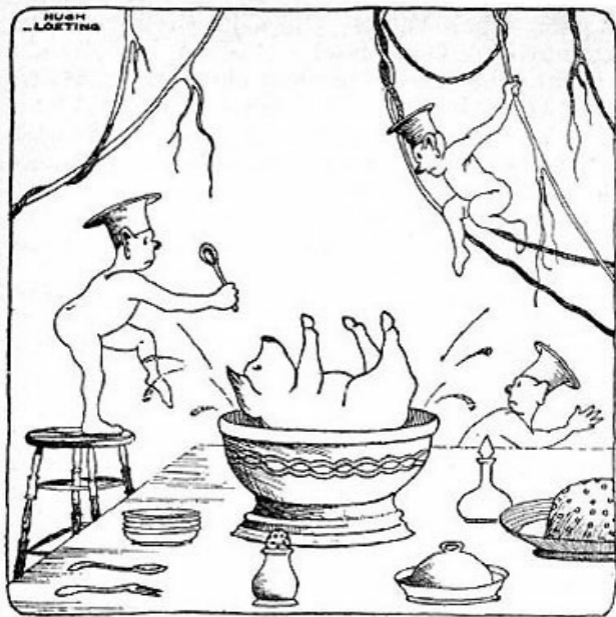
exactitud donde las había. Bueno, pues ese día, llegaron a un lugar debajo de unos alcornoques muy grandes y empezaron a escarbar en el suelo. Al poco rato, después de que papá cerdo había sacado una trufa enorme y los dos se la estaban comiendo, oyeron, muy sorprendidos, un ruido de voces que salía del agujero del que habían sacado la trufa.

»Papá cerdo se marchó precipitadamente con su hijo, porque no le gustaban las cosas mágicas. Pero esa noche, cuando el padre y la madre estaban profundamente dormidos, el cerdito salió de la cochiguera sin hacer

ruido y se fue al bosque. Quería averiguar el misterio de esas voces que salían de debajo del suelo.

»Así que al llegar al agujero de donde su padre había sacado la trufa, se puso a cavar. No había cavado mucho cuando se hundió la tierra que tenía debajo y sintió que se caía, se caía, se caía. Finalmente se paró porque estaba patas arriba en medio de una mesa de comedor. La mesa estaba puesta para comer, y se había caído en la sopa. Miró en torno suyo y vio sentados alrededor de la mesa muchos hombrecillos diminutos. Ninguno abultaba ni la mitad que él y todos eran de color verde

oscuro.



El cerdo se había caído en la sopa

»“—¿Dónde estoy? —preguntó el cerdito.

»”—Estás en la sopa —dijeron los hombrecillos”.

»El cerdito se asustó muchísimo al principio. Pero cuando vio lo pequeños que eran los hombres que estaban a su alrededor se le pasó el susto. Y antes de salir de la sopera se bebió toda la sopa. Entonces preguntó a los hombres qué eran, y dijeron:

»“—Somos los *Gnomos de la Buena Mesa*. Vivimos bajo tierra y pasamos la mitad del tiempo inventando manjares nuevos para comer y la otra mitad del tiempo comiéndolos. El ruido que oíste,

que salía del agujero, lo hacíamos nosotros cantando nuestros himnos culinarios. Siempre cantamos himnos culinarios cuando preparamos algún plato especialmente bueno.

»”—¡Qué bien! —exclamó el cerdo—. He caído en muy buen sitio. Sigamos comiendo”.

»Pero justo cuando iba a empezar a comer el pescado (de la sopa como habéis visto ya no quedaba nada), se oyó un gran estruendo fuera del comedor y otros muchos hombrecillos, con la cara muy colorada, entraron precipitadamente. Estos eran los *Duendes de las Setas Venenosas*,

enemigos muy antiguos de los *Gnomos de la Buena Mesa*. Y entonces se entabló una lucha tremenda en la que unos utilizaban los palillos de dientes como espadas y los otros los cascanueces como porras. El cerdo se puso del lado de sus amigos, los *Gnomos de la Buena Mesa* y, como era más grande que todos los enemigos juntos, consiguió muy pronto que los *Duendes de las Setas Venenosas* saliesen corriendo para salvarse.

»Después de terminar la lucha y de ordenar el comedor los Gnomos estaban muy agradecidos al cerdito por su valiosa ayuda. Le nombraron héroe

conquistador y, coronándole con una corona de perejil, le invitaron a que se sentase a la mesa en el sitio de honor. Y siguieron la comida.

»El cerdo jamás había disfrutado tanto comiendo como en aquella ocasión. Encontró que estos Gnomos, además de inventar manjares nuevos y muy sabrosos, habían inventado también muchas cosas nuevas para la mesa. Por ejemplo, con el pescado servían acericos para clavar las espinas de los peces en vez de dejarlas en el plato. Los abanicos eran otra de sus novedades: los utilizaban para enfriar la comida en vez de tener que soplar. Tenían tendederos

para la nata del cacao: eran unos tendedores de juguete para colgar la nata limpiamente, pues ya sabéis lo sucio que hace cuando se queda pegada en el borde de la taza. Y cuando llegó la fruta, repartieron también raquetas de tenis. Y si alguien al otro lado de la mesa pedía una manzana, en vez de tener que hacer el esfuerzo de pasar un frutero muy pesado, se cogía la manzana y se lanzaba como una pelota de tenis, que cogía el que la había pedido, al otro lado de la mesa, con la punta de un tenedor.

»Estas cosas hacían que la comida resultase más divertida, y algunas de

ellas eran inventos muy ingeniosos. Hasta tenían un tubo para hablar en el que contaban las cosas de las que está prohibido hablar en la mesa.

—¡Un tubo para hablar! — interrumpió el ratón blanco—. ¿Cómo se usaba? No lo entiendo.

—Bueno —continuó Gub-Gub—, ya sabes que los mayores siempre están diciendo: de eso no se debe hablar en la mesa. Bueno, pues los Gnomos tenían un tubo en la pared que la atravesaba de lado a lado. Y siempre que se te ocurría decir algo de lo que está prohibido hablar en la mesa, te levantabas y lo decías por el tubo; luego te volvías a tu

sitio. Era un gran invento... bueno, como iba diciendo, el cerdito lo pasó en grande. Y cuando terminó la comida dijo que tenía que marcharse, porque quería llegar a la cochiguera antes de que su papá y su mamá se despertasen.

»A los Gnomos les dio mucha pena que se tuviese que ir. Y como regalo de despedida, y en agradecimiento por la ayuda que les había prestado contra sus enemigos, le entregaron el Pepino Mágico. Y ese pepino tenía el don de que si cortabas un pedazo, por pequeño que fuera, y lo plantabas, salía inmediatamente un campo entero de la fruta o de la verdura que quisieras. No

había que hacer más que pronunciar el nombre de la verdura que querías. El cerdo dio las gracias a los Gnomos, les dio un beso de despedida a cada uno y se marchó a su casa.

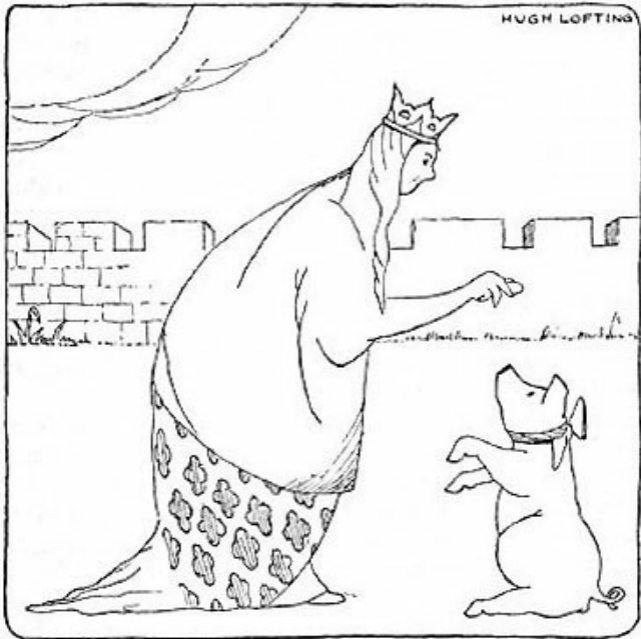
»Al volver encontró que su papá y su mamá seguían durmiendo. Así que después de esconder cuidadosamente su Pepino Mágico bajo el suelo de la vaquería, entró sin hacer ruido en la cochiguera y se durmió profundamente.

»Pero sucedió que, unos días después, un rey del país vecino declaró la guerra al rey que reinaba en el país donde vivía la familia de los cerdos. Las cosas iban muy mal para el rey de

los cerdos y, viendo que el enemigo se acercaba, ordenó que todo el ganado y los animales domésticos y la gente entrasen dentro del recinto de las murallas del castillo. Y a la familia de los cerdos la condujeron también al recinto del castillo. Pero antes de marcharse, el cerdito cortó con los dientes un pedazo de su Pepino Mágico y se lo llevó consigo.

»Al poco tiempo el ejército enemigo cercó el castillo y trató de asaltarlo y permaneció allí durante muchas semanas sabiendo que, antes o después, al rey y sus gentes les escasearían los alimentos y tendrían que rendirse.

»Pero sucedió que la reina se había fijado en el cerdito que había dentro del recinto del castillo y, como era una princesa irlandesa, le cogió mucho cariño y le puso una cinta verde alrededor del cuello, convirtiéndole en su mascota, aunque a su marido el rey le daba mucho asco.



La reina le convirtió en su mascota

»Bueno, pues a la cuarta semana de la llegada del enemigo ya no quedaba

comida en el castillo y el rey ordenó que se comiesen todos los cerdos. La reina protestó mucho y pidió que respetasen a su mascota, pero el rey se mantuvo muy firme.

»“—Mis soldados están hambrientos —dijo—. Es preciso, Señora, convertir a vuestra mascota en salchichas”.

»Entonces el cerdito se dio cuenta de que había llegado la hora de utilizar el obsequio de los Gnomos. Y saliendo precipitadamente al jardín del castillo, hizo un agujero en el suelo y plantó su pedazo de pepino justo en medio del mejor macizo de rosas del rey.

»“—¡Chirivías! —gruñó, mientras

rellenaba el agujero—. ¡Que salgan en grandes cantidades!”.

»Y efectivamente, apenas había pronunciado esas palabras, empezaron a salir chirivías muy tupidas y muy deprisa por todo el jardín del rey. Cubrían hasta los caminos de grava.

»Entonces el rey y su ejército tuvieron de sobra para comer y, fortaleciéndose con las chirivías, que son tan nutritivas, salieron impetuosamente del castillo, golpearon duramente al enemigo y le hicieron huir.

»Y la reina pudo quedarse con su cerdito, que se benefició de su tierno corazón, ella que era de sangre real

irlandesa. Y se convirtió en un gran héroe en la corte, donde le dieron una cochiguera abarrotada de joyas en el centro del jardín, en el mismo sitio donde había plantado el Pepino Mágico. Y todos vivieron felices. Y este es el final del cuento de hadas porcino.

4

El cuento de Dab-Dab

A HORA los animales esperaban con ilusión que llegase el momento de la noche de contar cuentos, como les ocurre a las personas que hacen algo agradable con regularidad. Y para la noche siguiente acordaron entre ellos, de antemano, que le tocaría a Dab-Dab el contar un cuento.

Después de haberse sentado todos en la terraza, el encargado de la casa se arregló las plumas con el pico y con voz solemne empezó:

—En las afueras de Puddleby-on-the-Marsh vive un agricultor que sigue jurando hasta el día de hoy que su gato comprende todo lo que él dice. Pero no es verdad, aunque el agricultor y su mujer lo crean. Y ahora os voy a relatar cómo llegaron a esa conclusión.

»Una vez en que el doctor se encontraba en Escocia buscando fósiles, me dejó a mí encargado del cuidado de la casa. El viejo rocín del establo me presentó una noche la queja de que las ratas se estaban comiendo todo su grano. Mientras yo andaba por el establo pensando cómo solucionar el problema, divisé una gran gata persa de color

blanco paseándose por el lugar. Debo decir que a mí, personalmente, no me agradan los gatos. Por un lado, se comen a los patitos; por otro, me parecen unos seres que hacen todo a hurtadillas, sin dar la cara. Así que ordené a esta gata que abandonase la finca del doctor. Para sorpresa mía, se comportó con mucha cortesía: dijo que no sabía que había entrado en una propiedad privada y se dio la vuelta para marcharse. Entonces me sentí algo culpable, pues sabía que al doctor le gustaba ser hospitalario con los animales y que, después de todo, el felino no estaba haciendo nada malo. Así que salí detrás y le dije que si no

mataba a nadie en aquel lugar, podía entrar y salir siempre que lo deseara.

»Bueno, pues, con este motivo nos pusimos a charlar, como hacen las personas normales, y averigüé que la gata vivía en casa de un agricultor, a unos cuatrocientos metros, en la carretera de Oxenthorpe. Entonces recorrí con ella parte del camino de su casa, sin dejar de conversar, y encontré que se trataba de un ser de trato muy agradable. Le conté lo de las ratas del establo y lo difícil que me resultaba que se comportasen como era debido, porque el doctor no permitía que nadie las matase. Y me dijo que, si me parecía

bien, podía pasar un par de noches en el establo y las ratas probablemente se marcharían tan pronto como oliesen que ella andaba por allí.

»Así lo hizo, y los resultados fueron altamente satisfactorios. Todas las ratas se marcharon y el cubo de grano del viejo rocín no volvió a sufrir el más ligero menoscabo. Luego desapareció y pasaron varias noches sin que volviese a verla. Entonces, una tarde, pensé que sería un detalle por mi parte ir a visitarla en la granja de la carretera de Oxenthorpe para darle las gracias.

»Me dirigí a su granja y me la encontré en el patio. Le expresé mi

agradecimiento por lo que había hecho y le pregunté por qué no había vuelto por mi casa últimamente.

»“—Acabo de tener gatitos —me dijo—. He tenido seis, y no he podido dejarlos solos ni un momento. Ahora están en el salón del agricultor. Entra y te los enseñaré”.

»Efectivamente, entramos. Y en el suelo del salón, en un cesto redondo, estaban los seis gatitos más preciosos que pueda uno imaginarse. Mientras los estábamos contemplando oímos al granjero y a su mujer bajar del piso superior. Así que, pensando que quizá no les agradase encontrar a un pato en el

salón (ya sabéis que hay personas muy *snobs* y quisquillosas, no como el doctor), me escondí detrás de la puerta de un armario en el momento en que el granjero y su mujer entraban en la estancia.

»Se inclinaron sobre el cesto en el que estaban los gatitos, acariciaron a la gata blanca y empezaron a hablar. Pero la gata, naturalmente, no entendía ni una palabra de lo que decían. Sin embargo, yo, como he estado tanto tiempo con el doctor y hemos hablado de las diferencias existentes entre la gramática de los patos y la de los seres humanos, comprendí hasta la última palabra que

pronunciaron.

»Y esto es lo que oí que el agricultor decía a su mujer:



Liza, nos quedaremos con el gatito blanco y negro

»“—Liza, nos quedaremos con el gatito blanco y negro. Y mañana por la

mañana ahogaré a los otros cinco. No es posible tener tanto gato dando la lata por aquí —su gramática era pésima”.

»Tan pronto como se hubieron marchado, salí del armario y dije a la gata:

»“—Espero que eduques a estos gatos de manera que no incordien a los patos pequeños. Y ahora escucha: esta noche, después de que el agricultor y su mujer estén en la cama, coge a todos tus gatitos, a excepción del blanco y negro, y escóndelos en el desván. El agricultor tiene la intención de ahogarlos y de quedarse con uno solo”.

»La gata hizo lo que yo le aconsejé,

y a la mañana siguiente, cuando el granjero fue para coger los gatitos, no encontró más que el blanco y negro que tenía la intención de quedarse. No comprendía lo que había pasado. Algunas semanas después, sin embargo, un día en que la esposa del granjero estaba haciendo limpieza general, se encontró con los otros gatos en el desván, donde la madre los había escondido y criado en secreto. Pero, para entonces, ya eran lo bastante grandes como para escapar por la ventana y buscarse otro hogar ellos solos.

»Y ésta es la razón por la que hasta

el día de hoy ese agricultor y su mujer juran que su gato les entiende, pues aseguran que debió de oírles cuando estaban hablando al lado del cesto. Y siempre que la gata está en la habitación y ellos chismorrean de los vecinos lo hacen en voz muy baja, a fin de que no pueda oírles. Pero, entre nosotros, la verdad es que la gata no entiende ni una palabra de lo que dicen.

5

El cuento del ratón blanco

¿A quién le toca contarnos una historia ahora? —preguntó el doctor la noche siguiente, cuando las cosas de la cena ya estaban recogidas.

—Creo que el ratón blanco debería contarnos la suya —dijo Yip.

—Muy bien. Os voy a contar una historia de los días de mi juventud. El doctor la sabe, pero a los demás no os la he contado nunca —dijo el ratón.

Y después de alisarse hacia atrás las patillas blancas y de enroscar el rabo en torno a su pequeño y lustroso cuerpo, parpadeó dos veces y empezó:

—Cuando nací yo era uno de siete gemelos. Pero todos mis hermanos y hermanas eran del color de un ratón corriente, mientras que yo era el único blanco de la familia. Mi color preocupaba mucho a mi padre y a mi madre. Decían que era tan llamativo que, tan pronto como saliese del nido, me cazaría el primer gato, o la primera lechuza, que pasase.

»Nosotros éramos gente de ciudad, es decir, lo era mi familia, y a mucha

honra. Vivíamos bajo el suelo de una tahona. Enfrente, en la misma calle donde vivíamos, había una carnicería, y en la casa de al lado una tintorería, donde teñían las telas antes de llevarlas al sastre para hacer trajes.

»Cuando nosotros, los niños, fuimos lo suficientemente mayores para andar solos, nuestros padres nos dieron toda clase de sabios consejos en cuanto a huir de los gatos, de los hurones, de las comadreas y de los perros. Pero al dirigirse a mí, pobre de mí, sacudieron la cabeza. Estaban realmente convencidos de que no había muchas esperanzas de que fuese a llevar una

vida pacífica con mi pelo blanco, que podía vislumbrarse desde un kilómetro de distancia.

»Y la verdad es que realmente tenían razón. Mi color me causó serias dificultades desde la primera semana en que me lancé a buscar fortuna, pero no de la manera que ellos habían imaginado. El hijo del propietario de la tienda en que vivíamos me descubrió una mañana en una tinaja de avena.

»“—¡Ah, ja, ja! —exclamó—. ¡Un ratón blanco! ¡Justo lo que quería!”.

»Y me cazó con una red de pescar y me metió en una jaula para conservarme como mascota.

»Al principio estaba muy triste. Pero al cabo de algún tiempo me acostumbré, en cierto sentido, a aquella vida. El chico, que no tenía más que ocho años, me trataba muy bien y me daba de comer regularmente todos los días. Incluso casi me llegué a encariñar con el gracioso chaval, de nariz respingona, y me volví tan manso que, a veces, me dejaba salir de la jaula y yo subía y bajaba por su brazo. Pero no tuve nunca la oportunidad de escaparme.

»Al cabo de unos meses empecé a aburrirme de la vida tan tonta que llevaba. Y además, los ratones salvajes se portaban muy mal conmigo. Solían

venir por la noche y me señalaban entre los barrotes de la jaula y me decían:

»“—¡Mirad al ratón amaestrado! ¡Tii-jii-jii! ¡Un juguete para niños! ¡Pobrecito ratoncito! ¡Vamos a lavarle la carita!”.

—¡Los muy idiotas!

»Bueno, pues, finalmente, me puse a trabajar, pues discurrí un plan inteligente para escaparme. Hice con los dientes un agujero en el suelo de madera de la jaula y lo cubrí con paja para que el niño no pudiese verlo. Y una noche, cuando estaba roncando, pues siempre ponía mi jaula a la cabecera de la cama, me deslicé por el agujero y me escapé.

»Tuve muchos incidentes con diferentes gatos. Era invierno y la tierra estaba cubierta por una espesa capa de nieve. Y me puse en camino para explorar el mundo, regocijándome de mi libertad. Dando la vuelta por la parte de atrás de la casa pasé del patio del molinero al del tintorero, que estaba al lado. En el patio había una nave para los tintes, donde advertí que había dos lechuzas posadas en la parte superior a la luz de la luna.

»Al entrar en la nave me encontré con una rata muy vieja y muy delgada que me dijo:

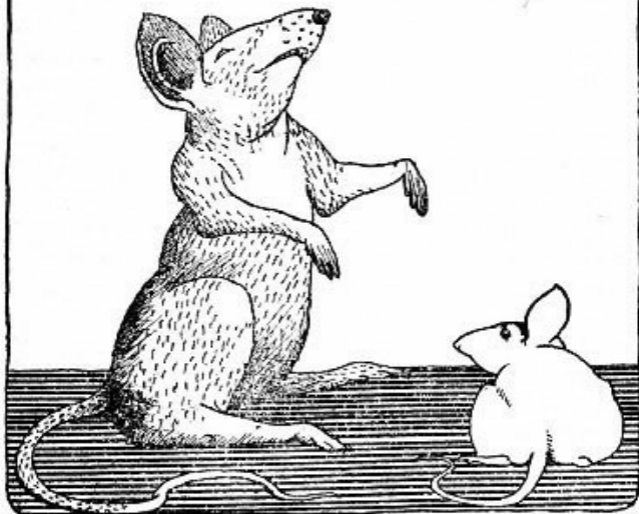
»“—Soy la rata más vieja de esta

ciudad, y sé muchas cosas. Pero dime, ¿por qué vienes aquí, a la nave de los tintes?”.

»“—Estoy buscando comida — contesté”.

»La vieja rata se echó a reír con una sonrisa burlona y temblorosa en la que no había la menor alegría.

»“—Aquí no hay comida — respondió—. No hay más que tintes de diferentes colores. Y señaló las grandes tinajas de tinte, que estaban colocadas en fila, y que se elevaban por encima de nuestras cabezas en la semioscuridad.



La vieja rata se echó a reír con una risa burlona

»”—Todo lo que había para comer
ya me lo he comido yo —dijo

tristemente—, y no me atrevo a salir para buscar más porque las lechuzas están esperando en el tejado. Verían mi oscuro cuerpo contra la nieve y no tendría la menor oportunidad de escapar. Estoy muriéndome de hambre. —Y se balanceó débilmente sobre sus viejas patas—. Pero ahora que tú has venido es diferente. Debe de ser alguna hada buena quien te ha enviado. Llevo aquí un sinfín de días y de noches esperando a ver si venía algún ratón blanco. Con tu blanca piel, comprendes, las lechuzas no pueden verte tan bien contra la nieve. Eso es lo que se llama *colorido preventivo*, sé mucho de historia natural,

pues ya ves que soy muy vieja, y por eso has podido entrar aquí sin que te hayan cazado. Sal ahora, por lo que más quieras, y tráeme la primera cosa de comer que encuentres. Las lechuzas de noche y los gatos de día me han obligado a permanecer aquí encerrada desde que cayó la nieve, sin nada que llevarme a la boca. Has llegado justo a tiempo para salvarme la vida”.

»Así que salí a la nieve iluminada por la luna y las parpadeantes lechuzas que había en el tejado de la nave no me vieron. Contra la blancura de la nieve era casi invisible y me sentí muy orgulloso. Al fin, mi piel blanca estaba

resultando útil.

»Encontré un cubo de basura del que cogí unos trozos de corteza de bacon y se los llevé a la hambrienta rata. La pobre vieja me lo agradeció mucho. Comió y comió, ¡caray, cómo comió! Finalmente dijo:

»“—¡Ah! Ahora me encuentro mucho mejor”.

»Yo le dije:

»—Sabes, he estado cautivo y acabo de escaparme. Me tenía encerrado un chico como mascota. Hasta ahora el ser blanco no ha sido más que un inconveniente para mí. Los gatos me veían tan bien que la vida no valía la

pena de ser vivida.

»“—Bueno, mira, te voy a explicar lo que vamos a hacer —dijo—, quédate a vivir en esta nave conmigo. No es mal sitio: está caliente y muy abrigado debajo de los suelos, y los cimientos están totalmente plagados de agujeros, pasadizos y escondrijos. Y mientras hay nieve, como no se te ve bien, puedes salir a buscar comida para los dos. Y cuando pase el invierno y la tierra se ponga oscura de nuevo, *yo* buscaré la comida fuera y *tú* te quedarás en casa. Por otra parte, este es un buen sitio para vivir, pues no hay nada que puedan estropear las ratas y los ratones, así que

la gente no se preocupa de ellos. En otros lugares, como las casas, las tahonas y las tiendas de comestibles, la gente coloca cepos o envía hurones para capturarnos. Pero a nadie le importa que haya ratas en una nave para tintes, ¿comprendes? Las ratas y los ratones jóvenes son estúpidos pues se van a vivir donde hay mucho alimento. ¡Pero ése no es mi caso! Yo soy mucho más lista, de verdad te lo digo”.

»Bueno, pues acordamos ese arreglo y viví todo un año en la tintorería con la astuta y anciana rata. ¡Y vivimos a lo grande, de eso no hay duda! Nunca nos molestó nadie. En invierno yo hacía el

aprovisionamiento, y cuando llegaba el verano mi anciana compañera, que sabía dónde encontrar los mejores manjares de la ciudad, mantenía nuestra despensa provista de los alimentos más exquisitos. Ah, fueron muy numerosas las alegres comilonas que me di bajo el suelo del almacén con la vieja veterana, sofocando la risa cuando oíamos a los tintoreros por encima mezclar los tintes en las grandes tinajas y comentar las noticias de la ciudad.

»Pero, como sabéis, no hay nadie que se sienta satisfecho durante mucho tiempo, somos tan tontos como para eso. Y cuando estaba a punto de llegar el

segundo verano, yo anhelaba convertirme en un ratón libre, recorrer el mundo y todas esas cosas. Y además, también quería casarme. Tal vez fuese la primavera lo que hacía que me hirviese la sangre. Así que una noche dije a la anciana rata:

»Rata, estoy enamorado. Durante todo el invierno, cuando por la noche iba a buscar pienso, he mantenido relaciones con una ratona, por cierto que muy bien educada y con muy buenas maneras. Tengo la intención de establecerme y de fundar una familia. Pero resulta que ya estamos en verano de nuevo y me veo obligado a

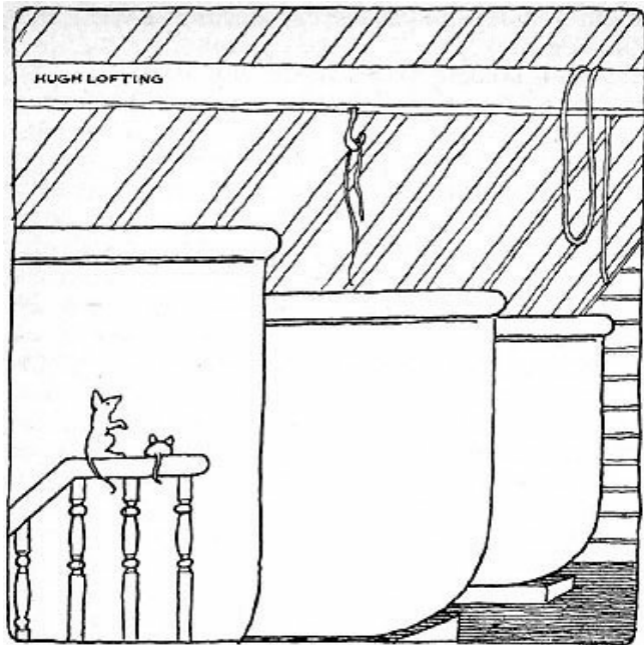
permanecer encerrado, a causa de mi maldito color, en esta inmunda nave.

»La anciana rata me miró pensativamente durante un momento y me di cuenta de que iba a decir algo especialmente juicioso.

»“—Oye, joven —dijo finalmente —, si tienes la intención de marcharte ya sé que no voy a poder impedirlo, aunque me pareces un joven muy ligero de cascos y completamente tonto. Y Dios sabe cómo me las voy a arreglar yo sola después de que te marches. Pero, en vista de lo útil que me has sido durante este último año, te voy a ayudar”.

»Nada más decir esto me lleva

arriba, donde estaban los tinajones de tinte. Estaba anocheciendo y los hombres se habían ido. Pero veíamos las oscuras siluetas de las grandes tinajas que sobresalían por encima de nuestras cabezas. Entonces coge un cordel que había en el suelo y, subiendo hasta la mitad de una tinaja, lo deja caer dentro.



Me llevó arriba donde estaban los tintes

»“—¿Para qué es eso? —pregunté.
»”—Para que salgas trepando por él

después de darte un baño. Si sales con esa piel en verano, será la muerte segura. Así que te voy a teñir de negro.

»”—¡Caray! —exclamé—. ¿Que me vas a teñir de negro?

»”—Eso es —dijo—. Es muy sencillo. Sube hasta el borde de esa tinaja de en medio y tírate dentro. No tengas miedo. Está el cordel para que salgas agarrándote a él”.

»Bueno, yo siempre tuve un carácter aventurero. Y haciendo de tripas corazón, escalé como pude la tinaja hasta el mismo borde. Estaba muy oscuro y no veía más que el tinte reluciendo tenebroso y sombrío en el

fondo.

»“—Vamos —dijo la anciana rata—. No tengas miedo y no dejes de sumergirte entero con cabeza y todo”.

»La verdad es que hacía falta mucho valor para zambullirse. Y si no hubiese estado enamorado, no creo que hubiese llegado a hacerlo. Pero lo hice: me sumergí en el tinte.

»Creí que no volvía a salir, pues estuve a punto de ahogarme mientras buscaba el cordel en la oscuridad. Por fin salí de la tinaja a trompicones luchando por respirar.

»“—Estupendo —exclamó la rata—. Ahora da unas cuantas carreras por la

nave para no resfriarte y luego vete a la cama y tápate. Por la mañana, cuando sea de día, te encontrarás muy diferente”.

»Bueno, pues aún se me llenan los ojos de lágrimas cuando lo recuerdo. Al día siguiente, cuando me desperté, esperaba encontrarme de un elegante color negro, pero me encontré con que me había teñido de un *azul* brillante y chillón. ¡Aquella estúpida rata vieja se había equivocado de tinaja!

El ratón hizo una breve pausa en su relato, como sobrecogido de emoción. Luego siguió:

—Jamás en la vida me he puesto tan

furioso con nadie como con la vieja rata.

»“—¡Mira! ¡*Mira* lo que has hecho! —grité—. Ni siquiera es azul marino. ¡Me has convertido en un adefesio!

»”—No lo comprendo —susurró—. En la tinaja de en medio, sé que *solía* estar el negro. Han debido de cambiarlas. La del azul era siempre la de la izquierda.

»”—¡Eres una vieja necia e imbécil! —exclamé.

Y me marché de la nave en el colmo de la indignación, y no volví jamás”.

»Bueno, pues si antes había resultado llamativo ahora lo era cien veces más. Contra la tierra negra, o la

hierba verde, o la nieve blanca, o los suelos de color marrón, mi piel de color azul claro chillón resaltaba como un espantapájaros. En el momento en que salí de la nave saltó un gato en pos de mí. Le di esquinazo y salí a la calle. Allí me descubrieron unos malditos niños y, gritando a sus amigos que habían visto un ratón azul, me persiguieron por una alcantarilla. En la esquina de la calle se estaban peleando dos perros que dejaron de pelearse y se unieron a la cacería. Muy pronto tenía a toda la bendita ciudad detrás de mí. Era horrible. No conseguí ni un momento de paz hasta que se hizo de noche, y para entonces estaba

tan cansado de tanto correr que estuve a punto de derrumbarme.

»Hacia medianoche me reuní debajo de un farol con la ratona de la que estaba enamorado, y aunque os parezca mentira, no quiso dirigirme la palabra. Y hasta me negó el saludo.

»“—Ha sido por ti por lo que me he metido en este lío —le dije mientras pasaba de largo con cara de asco—. Eres una hembra ingrata, eso es lo que te pasa.

»”—¡Vaya, vaya, vaya! —dijo sonriendo afectadamente—. No irías a creer que una persona respetable fuese a ir en compañía de un ratón azul,

¿verdad?”.

»Más tarde, cuando estaba buscando un sitio para dormir, todos los ratones que me encontraba, cuando había algo de luz, me señalaban y se reían y burlaban de mí. Estuve a punto de romper a llorar. Entonces bajé al río esperando que lavándome se me quitaría el tinte y me volvería blanco de nuevo. Eso, por lo menos, sería mejor que quedarme como estaba. Pero me lavé y nadé y me restregué, y todo para nada. El agua no producía el menor efecto en mí.

»Así que allí, a la orilla del río, me quedé sentado tiritando y sumido en las

más atroz desesperación. Y al poco rato vi que el cielo empezaba a clarear por el este y supe que se acercaba la mañana y con ella la luz del día. Para mí eso significaba más persecuciones y carreras y burlas, pues con la luz del sol se haría visible mi ridículo color.

»Entonces tomé una triste decisión, quizá la más triste decisión que un ratón libre ha tomado jamás. Antes que sentirme perseguido y ridiculizado, decidí que era preferible volver a una jaula, volver a ser un ratón mascota. Sí, allí, por lo menos, el chaval de la nariz respingona me trataba y me alimentaba bien. Volvería y me convertiría en un

ratón cautivo. ¿Acaso no había sido rechazado por mi amada y convertido en el blanco de las burlas de mis amigos? Bueno, pues volvería la espalda al mundo y retornaría al cautiverio. Entonces mi amada lo sentiría, pero sería demasiado tarde.

»Así que, sacando fuerzas de flaqueza, salí hacia la tahona. En el umbral de la puerta me paré un momento. Era un paso terrible el que iba a dar. Oteé la calle tristemente pensando en lo dura que era la vida y en lo triste que podía ser el amor, cuando vi que mi hermano venía hacia mí con el rabo vendado.

»Al sentarse a mi lado en el escalón de la puerta rompí a llorar y le relaté todo lo que me había sucedido desde que nos marchamos del hogar paterno.

»“—Cuánto siento la mala suerte que has tenido —me dijo cuando terminé—. Pero me alegro de haberte cogido antes de volver al cautiverio porque me parece que puedo indicarte la manera de acabar con tus desdichas.

»”—¿Qué puedo hacer? Para mí la vida ha terminado —le dije.

»”—Vete a ver al doctor —dijo mi hermano.

»”—¿Qué doctor?

»”—No hay más que *un* doctor —

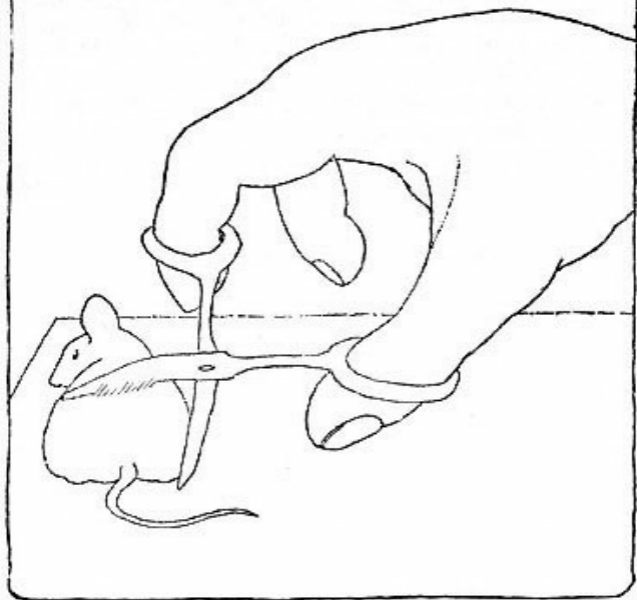
contestó—. ¿Pero es que no *has oído* hablar de él?”.

»Y entonces me habló del doctor Dolittle. Esto era por la época en que el doctor empezaba a hacerse famoso entre los animales. Pero yo, como vivía con la anciana rata en la nave de los tintes, no sabía nada.

»“—Acabo de estar en el despacho del doctor —me dijo mi hermano—. Me pillé el rabo en un cepo y él me lo ha vendido. Es un hombre maravilloso, es amable y honrado. Y habla el lenguaje de los animales. Vete a verle y estoy seguro de que sabrá la manera de quitarte el tinte azul. Sabe de todo”.

»Así es como llegué por vez primera a casa de John Dolittle, en Puddleby. Cuando le conté mis desgracias, el doctor cogió unas tijeras muy pequeñas y me cortó todo el pelo, de manera que me quedé tan calvo y sonrosado como un cerdo. Luego me frotó con una loción capilar especial para ratones, un invento patentado suyo. ¡Y pronto me volvió a salir el pelo completamente nuevo y tan blanco como la nieve!

HUGH LOFTING



El doctor me cortó todo el pelo

»Y entonces, sabiendo las

dificultades que había tenido con los gatos, me alojó en su propia casa, en realidad, en su piano. Y nada mejor para un ratón. Incluso se ofreció a mandar a buscar a mi amada que, sin duda, cambiaría de opinión sobre mí, al haberme vuelto blanco de nuevo, pero yo le dije:

“—No, doctor, déjela. He acabado con las mujeres para siempre”.

6

El cuento de Yip

LA noche siguiente pidieron a Yip que contase un cuento, y éste después de pensarlo un momento, dijo:

—Muy bien, os contaré la historia del *Perro del mendigo*.

Y todos los animales se instalaron cómodamente para escuchar con atención, pues Yip les había contado ya otros cuentos, en otras ocasiones anteriores, y les gustaba su forma de narrarlos.

—Hace algún tiempo —empezó Yip

—, yo conocí a un perro que era de un mendigo. Nos encontramos casualmente un día en que el carro de un carnicero tuvo un accidente y dio la vuelta de campana. El chico del carnicero, que conducía el carro, era un chaval muy estúpido, al que tenían mucha tirria todos los perros de la ciudad. Así que al chocar el carro contra un farol y volcar, dejando desperdigadas chuletas y piernas de cordero por toda la calle, los perros nos presentamos rápidamente en el lugar del suceso y nos largamos rápidamente con toda la carne antes de que pudiese reponerse y levantarse.

»Fue en esta ocasión, como ya he

dicho, cuando coincidí con el perro del mendigo. Le vi huir precipitadamente calle abajo con una chuleta de la mejor calidad ondeando entre sus orejas. Yo había birlado una cuerda de salchichas, y las malditas se me enredaban en las patas, hasta que él vino en mi ayuda y me enseñó a enrollarlas hábilmente para poder correr con ellas sin tropezar.

»Después de esto, ese perro y yo nos hicimos muy buenos amigos. Y me enteré que a su amo le faltaba una pierna y era muy viejo.

»“—Es terriblemente pobre —me dijo mi amigo—. Y es demasiado viejo para trabajar, incluso aunque tuviese las

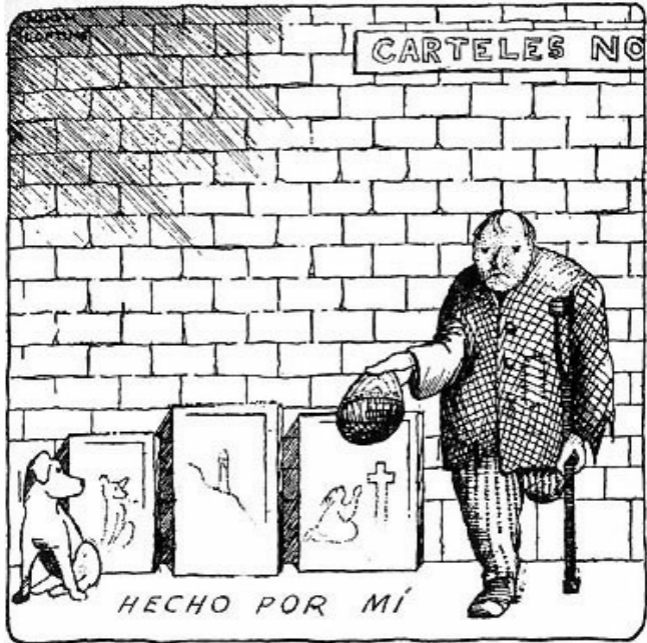
dos piernas para poderse mover. Ahora se ha convertido en un pintor callejero. ¿Sabes lo que es eso? Pinta cuadros en la acera, con tizas de colores, y escribe debajo: *Hecho por mí*. Y luego se sienta al lado con la gorra en la mano esperando que la gente le dé dinero.

»”—Ah, sí, ya sé. He visto otros pintores de esos.

»”—Bueno —dijo mi amigo—, pues mi mendigo no saca ni una peseta. Y sé la razón: sus cuadros son demasiado malos, incluso para estar pintados en el suelo. Menda no es que pretenda saber mucho de dibujo. Pero es que sus cuadros son una birria, una verdadera

birria. Una viejecita muy simpática se paró delante de nosotros el otro día; quería animarle, y señalando el cuadro, dijo:

»”—Oh, *¡qué árbol tan bonito!*



Sus cuadros son una verdadera birria

»”—Y el cuadro de marras lo que pretendía representar era un faro en el

océano en medio de una fuerte tormenta. Ese es el tipo de artista que es mi amo. No sé qué hacer con él.

»”—Pues mira —le dije—. Se me ha ocurrido una idea. Como tu amo no puede trabajar, ¿por qué no ponemos tú y yo un negocio de alquiler de huesos?

»”—¿Y qué demonios es eso?

»”—¿Acaso no alquila la gente bicicletas y pianos para ganar dinero? Pues no veo por qué tú y yo no vamos a poder alquilar huesos para que los muerdan los perros. No podrán pagarnos en pasta contante y sonante, naturalmente, pero les pediremos que, en vez de dinero, nos traigan objetos.

Entonces el mendigo los puede vender y sacar dinero.

»”—Eso es una idea fenomenal. Empecemos mañana —dijo”.

»Así que al día siguiente encontramos un campo, donde la gente solía tirar basura, y nos pusimos a cavar un enorme agujero que iba a ser nuestra tienda de huesos. Luego nos dedicamos a recorrer todas las puertas traseras de las casas de la gente rica por la mañana temprano, y cogimos los mejores huesos de los cubos de la basura. Incluso les birlamos algunos a otros perros, de los que están atados, y que no podían salir corriendo detrás de nosotros. Era una

mala faena, pero estábamos trabajando por una causa justa y no nos importaba. Luego llevamos todos esos huesos al agujero que habíamos hecho. Por la noche los cubrimos con tierra, no nos los fuesen a robar; además, hay algunos perros que prefieren que sus huesos estén enterrados un par de días antes de morderlos. Se ponen algo más a punto. Y durante el día nos quedábamos junto a nuestra mercancía pregonándola a todos los perros que pasaban:

»“—¡Huesos para alquilar! ¡Huesos de vaca, huesos de jamón, huesos de cordero, huesos de pollo! ¡Muy jugosos! ¡Vengan, acérquense caballeros, elijan

lo que más les guste! ¡Se alquilan *huesos!*”.

»Bien, pues desde el principio hicimos un negocio estupendo. Todos los perros de muchos kilómetros a la redonda oyeron hablar de nosotros y venían a alquilar huesos. Y nosotros les cobrábamos de acuerdo con el tiempo que se los iban a quedar. Por ejemplo, se podía alquilar un buen hueso de jamón para un día, a cambio de una palmatoria o un cepillo de pelo; para tres días, a cambio de un violín o un paraguas. Y si se quería el hueso para una semana entera había que traer como pago un traje completo.

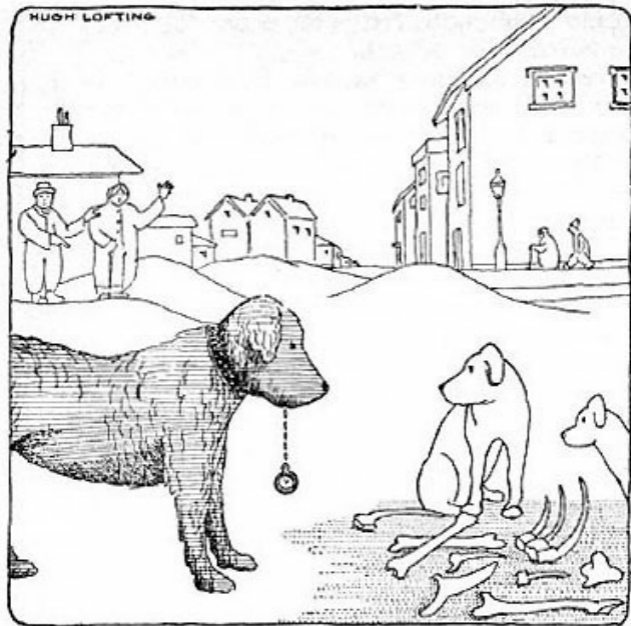
»Bueno, pues durante algún tiempo, nuestro plan funcionó espléndidamente. El mendigo vendía los objetos con que nos pagaban los perros y tenía dinero para vivir.

»Pero no se nos ocurrió pensar de dónde sacaban los perros todos esos objetos que nos traían. La verdad es que, en realidad, no nos preocupamos de ello. En todo caso, al final de la primera semana de nuestro floreciente negocio observamos que había mucha gente por las calles como buscando algo, y al poco tiempo, al ver nuestra tienda en el descampado, se reunieron alrededor nuestro y empezaron a hablar entre ellos,

y mientras hablaban, se me acercó un perdiguero con un reloj y una cadena de oro en la boca que quería cambiar por un hueso de jamón.

»¡Bueno, pues tendríais que ver el jaleo que se lió entonces entre la gente! El dueño de la cadena y del reloj estaba allí y armó una bronca fenomenal. Y entonces salió a la palestra que estos perros habían estado cogiendo cosas de las casas de sus amos para alquilar huesos. La gente se enfureció. Y nos cerraron la tienda de huesos y nos echaron del negocio. Pero jamás descubrieron que el dinero que habíamos ganado había sido para el

mendigo.



*Se me acercó un perdiguero con un reloj y una cadena
de oro*

»Como es lógico no habíamos hecho bastante dinero como para sostenerle adecuadamente durante mucho tiempo, y muy pronto tuvo que volver a pintar en las aceras y se volvió más pobre que nunca, y los cuadros que pintaba eran, si cabía, peores que antes.

»Bueno, pues un día en que yo andaba vagando por el campo a las afueras de la ciudad, me encontré con un perro de aguas de lo más presumido. Pasó junto a mí con la nariz hacia arriba y dándose tanta importancia que le dije:

»“—Anda, pero ¿de qué presumes tanto?

»”—A mi amo le han pedido que

pinte el retrato de un príncipe —dijo, dándoselas de elegante.

»”—¿Y quién es tu amo? —pregunté —. Ni que fueses tú el que va a pintar el retrato del príncipe.

»”—Mi amo es un artista muy famoso —dijo.

»”—¿Cómo se llama? —pregunté.

»”—Jorge Morland —contestó el perro de aguas.

»”—¡Jorge Morland! —exclamé—. ¿Está por aquí ahora?

»”—Sí —contestó—. Estamos en el Hotel Real. Mi amo está pintando unos paisajes de esta zona y la semana que viene vuelve a Londres para comenzar

el retrato del príncipe”.

»Resulta que daba la casualidad que yo conocía a Jorge Morland, que era, y lo es todavía, el más famoso pintor de animales domésticos que jamás ha habido en el mundo. Me siento orgulloso de poder decir que le conocía. Era especialista en pintar caballos en el establo, cerdos en las cochiqueras, gallos y perros en las puertas de las cocinas, y cosas de ese estilo.

»Así que procurando que el perro de lanas no se diese cuenta de que le seguía, me fui detrás de él para ver a dónde iba.

»Se dirigió hacia una granja solitaria

que estaba en las montañas. Y escondiéndome detrás de unos matorrales, vi al célebre Morland pintando una de sus famosas escenas campestres.

»Al poco rato dejó los pinceles y murmuró para sí:

»“—Necesito un perro allí, al lado del abrevadero, para completar el cuadro. A ver si consigo que ese estúpido de perro se tumbe y se quede quieto durante cinco minutos... ¡Aquí Spot, Spot! ¡Ven aquí!”.

»Su perro, Spot, se acercó a él. Jorge dejó de pintar un momento, colocó al perro al lado del abrevadero, le hizo

tumbarse y le dijo que se estuviese quieto. Me di cuenta de que lo que Jorge quería era que pareciese que estaba dormido al sol. Le encantaba pintar animales dormidos al sol.

»Bueno, pues el imbécil del perro no se estaba quieto ni un minuto. Primero trató de espantar las moscas que le picaban en el rabo; luego se rascó una oreja; después ladró al gato: total que no se quedaba tranquilo. Y como es natural, Jorge no le podía pintar, así que acabó poniéndose tan furioso que le tiró el pincel.

»Entonces se me ocurrió una idea, una de las mejores ideas que jamás he

tenido. Salí de los matorrales y me acerqué trotando y moviendo la cola. ¡Y qué tremendamente orgulloso me sentí cuando el gran Morgan me reconoció! Pues, tengo que confesar, que no me había visto más que una vez, allá en el otoño de 1802.

»“—¡Pero si es Yip! —exclamó—. Mi buen perro, ven aquí. Tú eres justamente lo que necesito”.

»Entonces, mientras recogía las cosas que había tirado al perro de aguas, siguió hablándome, pero ya sabéis, de la forma en que los humanos hablan a los perros. Naturalmente no esperaba que yo comprendiese lo que decía, pero yo

entendí hasta la última palabra.

»“—Yip, quiero que vengas aquí, al lado del abrevadero —dijo—. Y lo único que tienes que hacer es estarte quieto. Puedes dormirte si quieres. Pero ni te muevas ni juguetees durante diez minutos. ¿Crees que podrás aguantar?”.



Quiero que te pongas aquí, al lado del abrevadero

»Me condujo hacia el abrevadero donde me tumbé y me quedé totalmente

quieto mientras me pintaba en el cuadro. Ese cuadro está ahora colgado en la Galería Nacional. Se llama *Atardecer en la granja*. Miles de personas van a verlo todos los años. Pero nadie sabe que ese perro de aspecto tan elegante que está dormido bajo el abrevadero soy yo; excepto el doctor a quien llevé a verlo un día que fuimos a Londres de compras.

»Bueno, pero, como ya os he dicho, todo esto respondía a una idea que yo tenía. Yo esperaba que si hacía algo para Jorge Morland, a lo mejor, conseguía que él hiciese algo por mí. Claro que, naturalmente, como él no

sabía el lenguaje de los perros era un poco difícil que llegase a comprenderme. Sin embargo, cuando estaba recogiendo sus bártulos de pintar desaparecí un rato, como si me marchase. Entonces volví precipitadamente hacia él en un estado de gran nerviosismo, ladrando, tratando de indicarle que pasaba algo y que quería que me siguiese.

»“—¿Qué te pasa, Yip? —dijo—. ¿Es qué se está quemando la casa?”.

»Entonces ladré algo más y salí corriendo un poco en dirección a la ciudad, pero volviéndome a mirarle para mostrarle que quería que viniese

conmigo.

»“—¿Qué le ocurre a este perro? —murmuró para sí—. No puede ser que se esté ahogando alguien porque no hay ningún río cerca... Bueno, bien, Yip, iré. Espera un momento a que limpie estos pinceles”.

»Entonces le conduje a la ciudad. Durante el camino, de vez en cuando, se decía:

»“—Qué puede ocurrir. Ocorre algo malo, eso es seguro, si no el perro no insistiría tanto”.

»Le llevé por la calle principal de la ciudad, hasta que llegamos al sitio donde el mendigo tenía sus cuadros. Y

tan pronto cómo los vio comprendió *lo que ocurría...*

»“—¡Dios nos bendiga! —exclamó—. ¡Qué exposición más horrenda! No me choca que el perro estuviese tan nervioso”.

»Bueno, pues resulta que cuando nos acercamos, el mendigo cojo, con el perro a su lado, estaba pintando otro cuadro. Sentado en la acera, trataba de representar en un lienzo, con un pedazo de tiza, un gato bebiendo leche. Mi idea era que el célebre Morland que, aunque la gente diga lo que quiera, ha sido siempre un hombre de muy buen corazón, pintase algún cuadro bueno

para el mendigo en lugar de las birrias que hacía él. Y mi plan dio resultado.

»“—¡Pero hombre! —dijo Jorge, señalando el cuadro que el mendigo estaba pintando— la columna vertebral de un gato no se inclina así. Vamos, déme la tiza y déjeme que lo haga yo”.

»Entonces, Jorge Morland borró todo y lo volvió a dibujar a su manera. Y se parecía tanto a la realidad que casi podía oírse al gato lamiendo la leche.

»“—¡Vaya! Ya quisiera yo dibujar así —dijo el mendigo—. ¡Y lo hace tan deprisa y con tanta facilidad como si no fuese nada!

»”—Bueno, me sale con facilidad —

dijo Jorge—. Quizá no tenga tanto mérito por esa razón. Pero, dígame, ¿saca usted mucho dinero con este juego?

»”—Poquísimo —contestó el mendigo—. No he sacado más que unos peniques en todo el día. Supongo que la razón es que no dibujo muy bien”.

»Yo observé la cara de Morland mientras el mendigo decía esto. Y la expresión que se reflejó en ella me dio a entender que no había traído en vano al gran hombre.

»“—Mire —dijo al mendigo—, ¿quiere que le vuelva a pintar todos los cuadros? Claro que los que ha hecho en

la acera, no podría venderlos, así que podemos borrarlos. Y yo tengo otros lienzos aquí, en mi bolsa. Quizá vendiese algunos. Mis cuadros se venden en Londres cualquier día de la semana. Pero no he sido nunca un pintor callejero. Será muy divertido ver lo que pasa”.

»Entonces Morland empezó a trabajar lleno de ilusión, como si fuese un colegial. Quitó los dibujos del mendigo de la pared y después de borrarlos los volvió a dibujar como es debido, y se ensimismó tanto haciendo esto, que no se dio cuenta de que en torno suyo se estaba congregando una

gran multitud de gente. Su trabajo era tan estupendo que la gente se quedaba embelesada ante la belleza de los gatos, de los perros, de las vacas y de los caballos que dibujaba. Y empezaron a preguntarse unos a otros en voz baja quién sería el desconocido que estaba pintándole los cuadros al artista callejero.

»La multitud fue aumentando y aumentando, y al poco rato, alguno de los presentes que había visto otros cuadros de Morland reconoció la obra del gran artista. Entonces corrió la voz y la gente susurraba “es Morland, el gran Morland en persona”. Y alguien fue y le

dijo a un marchante de cuadros, es decir una persona que compra y vende cuadros, el cual tenía una tienda en la calle principal, que Jorge Morland estaba dibujando en la plaza del mercado para un mendigo cojo.

»Y apareció el marchante. Y vino también el alcalde, y vinieron todos los ricos y todos los pobres. Y cuando toda la ciudad estaba congregada allí, la gente empezó a querer comprar los cuadros y preguntaron al mendigo cuánto pedía por ellos. El viejo estúpido los iba a vender por cien peniques cada uno, pero Morland le susurró:

»—Cuatro mil libras, no venda ni

uno por menos de cuatro mil libras. Que se las darán.

»Y, por supuesto, el marchante y algunas de las personas más ricas de la ciudad compraron todos a cuatro mil libras el cuadro.

»Y al volver a casa esa noche yo iba con la impresión de que había hecho algo bueno ese día. Pues el amo de mi amigo, el mendigo cojo, ya se había hecho lo suficientemente rico como para vivir cómodamente el resto de su vida.

El cuento de Tu-Tu

TODOS los animales habían contado ya su historia excepto Tu-Tu, la lechuza, y el testadoble. Y la noche siguiente, que era viernes, acordaron echar a cara o cruz (con la moneda del doctor que estaba agujereada) para ver a cuál de los dos le tocaba relatar un cuento. Si salía cara sería el testadoble, y si era cruz le tocaría el turno a Tu-Tu.

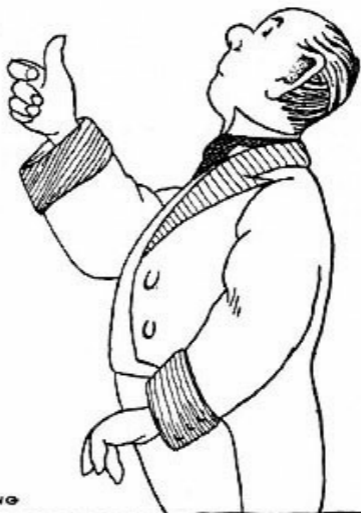
El doctor tiró la moneda y salió cruz.

—Está bien —dijo Tu-Tu—.

Entonces supongo que me toca a mí. Os voy a contar cómo una vez, la única vez en mi vida, me tomaron por un hada. ¡Fijaos, yo un hada! —dijo la pequeña y rechonchita lechuza sofocando la risa.

»Bueno, pues así es como sucedió la cosa: un día de octubre, hacia el anochecer, yo andaba por el bosque. Había un fuerte olor invernal en el aire y los pequeños animales que tienen el cuerpo cubierto de pelo buscaban afanosos entre las secas y crujientes hojas nueces y semillas, a fin de guardarlas para comer durante la época de las nieves que ya se acercaba. Yo

había salido para coger musarañas, un manjar que me gustaba mucho entonces, pues mientras están ocupadas buscando alimentos son presas fáciles de cazar.



El doctor tiró la moneda al alto y salió cruz

»En mi paseo por los bosques oí las voces de unos niños y el ladrido de un

perro. Normalmente me hubiese internado más en el bosque para alejarme de esos ruidos. Pero en los días de mi juventud yo era un pájaro curioso, y mi curiosidad con frecuencia me deparaba toda clase de aventuras. Así que, en vez de echar a volar, fui hacia donde se oían los ruidos, saltando cautelosamente de árbol en árbol para poder ver sin ser vista.

»Al poco rato fui a dar con un grupo de niños que iban de excursión; eran niños y niñas que estaban merendando en un pequeño robledal. Un chico mayor que los demás hacía rabiar a un perro. Y otros dos chavales, un niño y una niña,

estaban protestando de su crueldad y le pedían que se estuviese quieto. Pero el bravucón no hacía caso. Entonces el niño y la niña se lanzaron contra él, y a base de patadas y puñetazos le dieron una buena paliza que le sorprendió mucho. El perro se marchó entonces corriendo, y al poco rato, el niño y la niña, que como averigüé después eran hermanos, se separaron del resto del grupo para coger setas.

»Yo había admirado mucho su valentía por haberse atrevido a pegar a un chico mucho mayor que ellos. Y cuando se alejaron solos, movida de nuevo por la curiosidad, los seguí.

Bueno, pues para ser tan pequeños se dieron una buena caminata; al poco rato se puso el sol y la oscuridad empezó a invadir el bosque poco a poco.

»Entonces los niños decidieron reunirse de nuevo con sus amigos y emprendieron el camino de vuelta. Pero como no tenían costumbre de andar por los bosques, se fueron en dirección contraria. A medida que pasaba el tiempo la oscuridad iba en aumento, y muy pronto, los dos jovencuelos empezaron a caerse, porque tropezaban con las raíces que no podían ver, y se sentían perdidos y cansados.

»Durante todo este tiempo yo iba

siguiéndoles por encima en secreto y sin hacer ruido. Finalmente se sentaron y la niña dijo:

»“—¡Grilli nos hemos perdido! ¿Qué hacemos? Se nos echa la noche encima y a mí me da tanto miedo la oscuridad...

»”—A mí también —contestó el niño—. Desde que tía Emilia nos contó aquel cuento de fantasmas de “El duende en el armario” me muero de miedo en la oscuridad”.

»Bueno, pues estuve a punto de caerme de la impresión. Tenéis que daros cuenta de que aquella era la primera vez que oía que a alguien le

daba miedo la oscuridad. A todos vosotros os parecerá extraño, supongo, pero a mí, que siempre había preferido la fresca y tranquila oscuridad a la deslumbrante y vulgar luz del día, me resultaba increíble que alguien tuviese miedo sencillamente porque el sol se había acostado.

»Ahora bien, hay gente que cree que los murciélagos y las lechuzas ven en la oscuridad por tener unos ojos especiales. Pero no es así. Son especiales nuestros oídos, pero no nuestros ojos. Vemos en la oscuridad porque lo practicamos. Todo es cuestión de entrenamiento, como tocar el piano o

cualquier otra cosa. Nosotras nos levantamos cuando otros seres se acuestan, y nos acostamos cuando se levantan porque preferimos la oscuridad; y os sorprendería cuánto más agradable es si se acostumbra uno a ello. Por supuesto, a nosotras las lechuzas nos enseñan nuestros padres y nuestras madres a ver en las noches muy oscuras cuando somos muy pequeñas. Por eso nos resulta más fácil. Pero cualquiera podría hacerlo hasta cierto punto si lo practicase.

»Bueno, pero volviendo a los niños: allí estaban tontamente preocupados y atemorizados, sentados en el suelo,

llorando y sin saber qué hacer. Entonces, recordando al perro y sabiendo que eran buenos con los animales, decidí ayudarles. Así que crucé rápidamente el árbol bajo el cual se encontraban y dije con una voz muy dulce y muy suave:

»“—Tu-uit, Tu-ju”.

»Que, como sabéis, en el lenguaje de las lechuzas quiere decir: ¡Qué buena noche hace! ¿Cómo estáis?

»Tendríais que haber visto qué salto dieron entonces aquellos niños.

»“—¡Huy! —exclamó la niña, agarrándose al cuello de su hermano—. ¿Qué ha sido eso, un fantasma?

»”—No lo sé —contestó el niño—.

¡Dios mío, qué miedo tengo! ¡Qué horrible es la oscuridad!”.

»Luego hice uno o dos intentos más para tranquilizarles, hablándole muy amablemente en el lenguaje de las lechuzas. Pero sólo conseguí que se asustasen más y más. Primero creyeron que yo era un duende; luego un ogro; luego me tomaron por un gigante de los bosques, ¡a mí, que podían haberme metido en uno de sus bolsillos! ¡Caray, en qué ignorancia educan a sus niños los seres humanos! Si ha habido alguna vez en los bosques o fuera de ellos un duende, un ogro o un gigante, aún no lo he visto.

»Entonces pensé que, a lo mejor, si atravesaba los bosques gritando tu-uit y tu-ju quizá me siguiesen, y así podría hacerles salir del bosque y mostrarles el camino hasta su casa. Por lo tanto hice la prueba, pero no me siguieron los muy tontos, pues creyeron que yo era una bruja o algún otro ser maléfico por el estilo. Lo único que conseguí con mis gritos fue despertar a otra lechuza que estaba a cierta distancia y que creyó que la estaban llamando.



¿Qué ha sido eso?

»En vista de que no estaba ayudando en nada a los niños, me marché a buscar

a la otra lechuza para ver si se le ocurría algo. La encontré posada en el tronco de un abedul hueco, frotándose los ojos porque acababa de levantarse de la cama.

»“—Buenas tardes. ¡Qué buen tiempo hace! —dije.

»”—Así es —me contestó—. Pero no está bastante oscuro todavía. ¿Para qué has armado todo ese jaleo hace un momento? ¡Mira que despertarla a una antes de que se haya hecho de noche por completo!

»”—Lo siento —dije—, pero es que hay dos niños allí, en la hondonada, que se han perdido. Los muy estúpidos están

sentados en el suelo sollozando porque se ha ido la luz del día y no saben qué hacer.

»”—¡Dios mío!, ¡qué cosa tan curiosa! ¿Por qué no les enseñas el camino para salir del bosque? Probablemente vivirán en alguna de las granjas que hay al lado del cruce de carreteras.

»”—Lo he intentado, pero están tan asustados que no me siguen. No les debe gustar mi voz. Me toman por un ogro malvado y toda esa clase de bobadas.

»”—Bueno, pues lo que tienes que hacer es imitar a algún otro animal, a alguno del que no tengan miedo. ¿Se te

dan bien las imitaciones? ¿Sabes ladrar como un perro?

»”—No —contesté—. Pero sé imitar el maullido de un gato. Me lo enseñó un pájaro-gato americano que estaba en una jaula en el establo donde pasé el verano pasado.

»”—Estupendo. ¡Intenta eso a ver qué pasa!”.

»Entonces volví adonde estaban los niños y los encontré llorando mucho más, así que, manteniéndome escondida cerca del suelo entre los arbustos, empecé:

»“—¡Miau-miau! —igual que un gato.

»” —Oh, Grilli —dijo la niña a su hermano—. ¡Estamos salvados! (“salvados...” fijos, cuando los muy tontos no corrían el menor peligro). ¡Estamos salvados! —dijo la niña—. Ahí está Tafi, nuestra gata, que ha venido a buscarnos y que nos enseñará el camino para volver a casa. Los gatos saben siempre volver a casa, ¿verdad Grilli? ¡Vamos a seguirla!”.

Durante unos momentos a Tu-Tu se le empezaron a mover sus regordetas caderas, pues al recordar la escena se puso a reír silenciosamente.

—Entonces —continuó—, avancé un poco más, teniendo todavía mucho

cuidado de que no me viesen, y volví a maullar.

—¡Ahí está! —dijo la niña—. Nos está llamando. Ven, Grilli.

»Bueno, pues de esa manera, yendo delante de ellos y maullando como un gato, saqué finalmente a los niños del bosque. Tropezaron muchas veces y a la niña con frecuencia se le enganchaba en los matorrales el largo cabello. Pero yo siempre les esperaba si se quedaban rezagados. Al fin, cuando llegamos a campo abierto, vimos la silueta de tres casas recortada en el cielo. En la de en medio estaban todas las luces encendidas y había gente que corría de

un lado para otro con faroles buscando en todas direcciones.

»Cuando hube llevado a los niños hasta esa misma casa, su madre y su padre organizaron un gran jaleo: lloraban sobre ellos como si acabasen de librarse de un gran peligro. A mi entender los seres humanos adultos son peor que los niños. Por la forma en que se comportaron ese padre y esa madre podría haberse pensado que los niños habían naufragado en una isla desierta o cosa parecida, en vez de que, total, no habían hecho más que pasar un par de horas en un bosque muy agradable.

»“—¿Cómo habéis podido encontrar

el camino, Grilli? —preguntó la madre, enjugándose las lágrimas y sonriendo entusiasmada.

»”—Tafi nos trajo a casa —dijo la niña—. Vino a buscarnos y nos condujo hasta aquí maullando delante de nosotros.

»”—¡*Tafi!* —exclamó la madre sorprendida—. Pero si el gato está dormido delante del fuego en el salón, y ahí ha estado toda la tarde.

»”—Bueno, pues era un gato —dijo el niño—. Debe de andar por aquí, pues nos trajo casi hasta la misma puerta”.

»Entonces el padre levantó el farol en busca de un gato y, antes de que me

diera tiempo a marcharme de una salto, proyectó toda la luz sobre mí, que estaba posada en una mata de salvia.

»“—¡Pero si es una lechuza! —gritó la niña.

»”—¡Miau! —exclamé yo para lucirme—. ¡Tu-uit, tu-ju! ¡Miau, miau! Y despidiéndome con un movimiento rápido de las alas, desaparecí en la noche por encima del tejado del granero. Sin embargo, al marcharme oí a la niña decir muy emocionada:

»”—¡Oh, mamá, un hada! ¡Fue un hada quien nos trajo a casa! ¡Tiene que haber sido un hada disfrazada de lechuza! ¡Al fin! ¡Al fin he visto a un

hada!”.

»Bueno, pues esa fue la primera vez que se me tomó por un hada, y supongo que la única. Pero llegué a conocer a aquellos niños muy bien. Eran un par de chavales realmente simpáticos, aunque la niña siguiese insistiendo que yo era un hada disfrazada. Yo solía andar por las noches en torno a su granero buscando ratas y ratones. Pero siempre que esos chiquillos me echaban la vista encima, me seguían a todas partes. Después de haberles devuelto sanos y salvos a su casa, podría haberles hecho atravesar el desierto del Sáhara y me habrían seguido. Estaban seguros de que

yo era la mejor de las hadas buenas y que les apartaría de todo mal. Me traían chuletas de cordero, y quisquillas, y todos los mejores bocados de la mesa de sus padres. Y viví como una gran señora, y me puse tan gorda, y me volví tan perezosa, que no hubiese sido capaz de coger un ratón aunque fuese con muletas.

»Ya no volvieron a tener miedo de la oscuridad. Porque, como le dije al doctor un día que estábamos hablando de las tablas de multiplicar y de otros asuntos filosóficos, el miedo es generalmente ignorancia. Una vez que se conoce una cosa, ya no da miedo. Y los

niños llegaron a familiarizarse con la oscuridad, y entonces se percataron, como es natural, de que era tan inofensiva como la luz del día.

»Yo les llevaba a los bosques de noche, y del otro lado de las montañas, y les llegó a entusiasmar, pues les gustaban las aventuras. Y pensando que sería una buena cosa que algún ser humano tuviese suficiente sentido común como para andar de noche, les enseñé a ver en la oscuridad.

Y lo aprendieron pronto, pues se dieron cuenta de que yo me protegía siempre los ojos del brillo de los faroles para que no se acostumbrasen a

las luces intensas. Bueno, pues esos niños llegaron a ser verdaderos expertos, no tan buenos como una lechuga o un murciélago, pero sí llegaron a ver bastante bien en la oscuridad para no haber sido educados de esa manera.

»Y a ellos, la verdad es que les resultó muy útil. Esa parte del país se inundó una primavera en plena noche y no había en ninguna parte ni una cerilla seca ni una luz. Entonces los niños, que habían recorrido toda esa zona montones de veces conmigo por la noche, salvaron muchas vidas. Hicieron de guías, comprendéis, y llevaron a muchas

personas a lugar seguro, porque sabían cómo valerse de los ojos mientras que los demás no eran capaces de ello.

»Tu-Tu bostezó, y guiñando los ojos somnolienta dirigió la mirada hacia el farol que colgaba sobre su cabeza.

»Ver en la oscuridad —concluyó—, es cuestión de práctica, como tocar el piano o cualquier otra cosa.

8

El cuento del testadoble

FINALMENTE le tocó el turno de contar un cuento al testadoble. Pero era muy tímido y modesto, y cuando los animales se lo pidieron a la noche siguiente, dijo muy cortésmente:

—Lamento muchísimo desilusionaros, pero es que no sé ningún cuento; por lo menos, ninguno que sea lo bastante bueno como para que os sirva de entretenimiento.

—Vamos, Testa —dijo Yip—. No seas tan vergonzoso. Todos hemos contado uno. No querrás decir que habiendo vivido toda la vida en la selva, no has visto nada que valga la pena. Tiene que haber montones de anécdotas que puedas contarnos.

—Pero es que generalmente he llevado una vida muy tranquila —dijo el testadoble—. Mi gente siempre se ha mantenido muy apartada.

No nos ocupamos más que de nuestras cosas y no nos gusta vernos mezclados en escándalos, jaleos y aventuras.

—Oh, pero piénsalo un momento —

dijo Dab-Dab—. Algo se te ocurrirá... No le agobiéis —susurró a los demás—. Dejadle tranquilo y dejadle pensar, tiene dos cabezas para pensar, así que ya se le ocurrirá alguna cosa. Pero no le azaréis, por lo que más queráis.

Durante unos momentos el testadoble estuvo piafando por la terraza con sus delicadas patas como si se hubiese sumergido en una profunda meditación. Luego levantó una de sus cabezas y empezó a hablar con voz suave, mientras que con la otra cabeza, que había agachado por debajo de la mesa de tomar el té, tosía como para excusarse.

—Bue... no, esto no es en realidad

una historia. Pero... a lo mejor sirve para pasar el rato. Os voy a hablar de los cazadores de avestruces de Badamochi. Debéis saber que los pueblos negros tienen diferentes métodos para cazar animales salvajes. Y la forma en que lo llevan a cabo depende del tipo de animal que quieren cazar. Por ejemplo, si quieren cazar jirafas cavan unos hoyos muy profundos y los tapan con ramas muy ligeras y hierba. Después esperan a que venga la jirafa, pise en el hoyo y se caiga en él. Entonces se acercan corriendo y la cogen. Para ciertas especies de ciervos, bastante estúpidos por cierto, hacen una

pequeña pantalla con ramas y hojas como del tamaño de un hombre. Y el cazador se tapa con la pantalla a modo de escudo, avanza despacio con mucha cautela hasta que está cerca del ciervo y entonces le dispara la lanza o el arco. Lo que ocurre es que el estúpido ciervo cree que las hojas que se mueven no son más que árboles mecidos por el viento, y no se preocupa de ellas si el cazador tiene cuidado de acercarse sin hacer ruido.

»Tienen otros varios trucos, más o menos solapados y engañosos, para cobrar la caza. Pero el inventado por los cazadores badamochis consistía en esto:

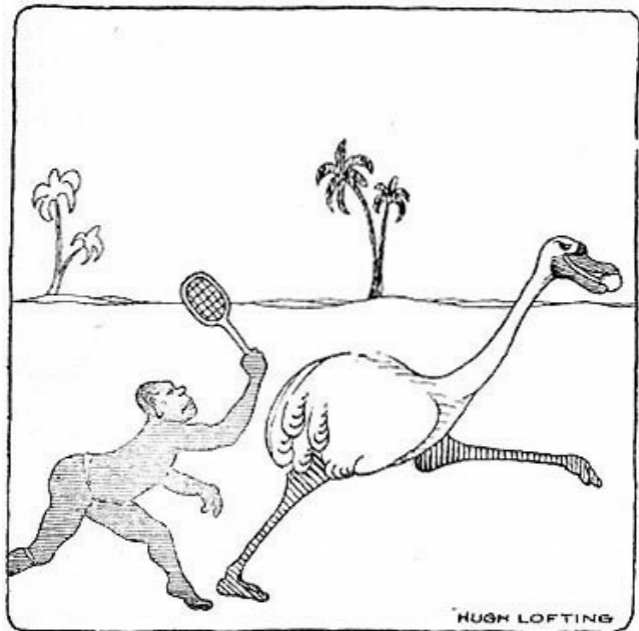
como sabéis los avestruces van generalmente de un lado para otro en pequeñas manadas, como el ganado. Y son bastante bobalicones. Ya habéis oído contar que meten la cabeza en la arena cuando ven venir a un hombre porque creen que, como no pueden verle, el hombre no les ve a ellos tampoco. Eso no dice mucho en favor de su inteligencia, ¿verdad? Bueno, pues en el país de los badamochis no había mucha arena para que los avestruces escondiesen la cabeza, lo cual en cierto sentido era una buena cosa para ellos ya que allí, cuando veían a un hombre, lo que hacían era correr, supongo que para

buscar arena. En todo caso, el salir huyendo les salvaba la vida. Así que los cazadores badamochis tuvieron que inventar un truco para poder acercarse a los avestruces, meterse en la manada y matarlos. Y lo que se les ocurrió estaba muy bien pensado. Yo me enteré casualmente, pues un día me tropecé en los bosques, con un grupo de estos cazadores que estaban ensayando su nuevo truco. Tenían la piel de un avestruz que cogían uno a uno para ponérsela por encima de la cabeza. Entonces procuraban andar y parecerse a un avestruz de verdad, haciendo que el largo cuello se mantuviese erguido con

un palo. Yo permanecí escondido para observarles y, al momento, me di cuenta de en qué consistía el juego. Su intención era disfrazarse de avestruz, meterse en la manada y matarles con el hacha que llevan escondida debajo de la piel.

»Ahora bien, los avestruces de aquella zona eran muy amigos míos, lo habían sido desde que inutilizaron la pista de tenis de los badamochis. Unos años antes el jefe de la tribu encontró una bella pradera, que daba la casualidad de que era mi sitio preferido para pastar, hizo quemar la hermosa hierba y convirtió el lugar en un campo

de tenis. Había visto a los hombres blancos jugar a ese juego y decidió que a él también le gustaría practicarlo. Pero los avestruces creían que las pelotas de tenis eran manzanas y se las comían, pues ya sabéis que no son muy exigentes para el alimento. Lo que hacían era deambular furtivamente por la selva al borde del tenis, y siempre que salía una pelota fuera del campo se la llevaban y se la zampaban. Y como se comieron todas las pelotas del jefe, dejaron inutilizada la pista, y en mi maravillosa pradera pronto salió de nuevo la alta hierba y yo volví a ella. Así es como me hice amigo de los avestruces.



Se llevaban las pelotas de tenis y se las zampaban

»Entonces, viendo que estaban amenazados por un peligro secreto, fui y

se lo conté al jefe de la manada. Era muy estúpido y sudé tinta para metérselo en la cabeza.

»—Bueno, recuerda —le dije cuando me iba— que podéis distinguir fácilmente al cazador cuando se mezcle entre vosotros por el color y la forma de las piernas. Los avestruces tienen las patas de una especie de color grisáceo, como puedes ver por las tuyas, pero las piernas de los cazadores son negras y más gordas.

»Pues la piel que iban a utilizar los badamochois no les cubría las piernas a los cazadores.

»—Por lo tanto —le dije—, debes

decir a todos tus compañeros que cuando vean un avestruz con las piernas negras tratando de hacerse amigo, se echen sobre él y le propinen una buena paliza. Eso les servirá de lección a los cazadores.

»Bien, pues después de esto era de suponer que todo marcharía sobre ruedas. Pero es que yo no había contado con la estupidez de los avestruces. El jefe, al volver a su casa esa noche, se metió por unos parajes pantanosos y cenagosos y se llenó las largas y estúpidas piernas de barro negro que al endurecerse se le quedó pegado. Luego, antes de acostarse, dio a los otros

avestruces las cuidadosas instrucciones que yo le había dado.

»A la mañana siguiente se levantó tarde, y la manada ya había salido por delante para pastar en un agradable lugar en la ladera de una colina. Entonces, ese majadero de jefe, el avestruz más estúpido de todos, no se molestó en quitarse el barro negro que se le había pegado la noche anterior a las patas, y apareció tranquilamente en el campo abierto como un rey que espera que le hagan una gran recepción al llegar. Y tuvo, efectivamente, una gran recepción, el pedazo de ignorante. Tan pronto como los demás le vieron las

patas negras, hicieron correr la voz rápidamente, y a una señal convenida, se lanzaron contra el pobre jefe y casi le matan a golpes. Los badamochis que no habían aparecido todavía, llegaron al lugar del suceso en aquel momento. Y los estúpidos avestruces estaban tan ocupados zurrando a su jefe, a quién habían tomado por un cazador disfrazado, que los negros se acercaron hasta ellos y hubiesen capturado a todos si yo no llego a gritar a tiempo para advertirles del peligro.

»Así que, después de esto, como es natural, comprendí que si quería evitar la destrucción de mis buenos, pero

estúpidos, amigos tendría que hacer algo por mi propia cuenta.

»Y esto fue lo que se me ocurrió: cuando los cazadores badamochis estuviesen dormidos yo iría y les quitaría la piel de avestruz, que era la única que tenían, y ese sería el final de su magnífico arte de caza.

»Así, a altas horas de la noche, salí sigilosamente de la selva y me fui al lugar donde estaban las cabañas de los cazadores. Tuve que acercarme a ellas a sotavento, para que los perros no percibiesen mi olor por el viento, pues yo tenía más miedo de los perros de los cazadores que de los mismos cazadores.

De los hombres podía huir muy fácilmente, pues era más rápido que ellos; pero de los perros, con su sentido del olfato, era mucho más difícil escapar aunque llegase al abrigo de la selva.

»Bueno, pues entonces, acercándome a sotavento, empecé a buscar por las cabañas la piel de avestruz. Al principio no la encontraba por ninguna parte y empecé a pensar que debían de haberla escondido en algún sitio. Ahora bien, los badamochis, como hacen muchas otras razas negras, cuando se acuestan por la noche dejan siempre a uno de sus hombres fuera como vigilante, haciendo guardia. Yo vi a este vigilante nocturno

al final de la hilera de las cabañas, y como es natural, tuve cuidado de que él no me viese. Pero, después de buscar largo rato la piel de avestruz, advertí que el guardián no se había movido en absoluto, si no que había permanecido todo el tiempo sentado en cuclillas en un taburete. Entonces supuse que probablemente se había dormido. Así que me acerqué más, y vi horrorizado que se había puesto la piel de avestruz a modo de manta, pues la noche era fresca.

»El problema ahora era cómo cogerla sin despertarle. Me acerqué de puntillas y conteniendo la respiración,

empecé a quitársela de los hombros suavemente. Pero el maldito individuo se la había remetido en parte por debajo y yo no podía arrebatársela estando sentado.

»Me entró entonces una gran desesperación y estuve a punto de dejarlo. Pero recapacitando sobre la suerte que con seguridad esperaba a mis pobres y estúpidos amigos si no conseguía esa piel, decidí actuar a la desesperada. Repentina y rápidamente pinché al vigilante con uno de mis cuernos donde la espalda pierde su casto nombre. Salió despedido hacia arriba con un «¡Ay!» que podía oírse a

un kilómetro de distancia. Entonces, arrebatándole la piel, salí a toda velocidad hacia la selva, mientras que los badamochis, sus mujeres, los perros y todo el pueblo se despertaba con gran alboroto y salían tras de mí como una manada de lobos.



Di un pinchazo al vigilante

»Bueno —suspiró el testadoble,
mientras mecía su airoso cuerpo al

compás del balanceo de la casa flotante —, espero no tener que volver a correr en mi vida como lo hice esa noche. Todavía me dan escalofríos por la espalda cuando pienso en ello: en los ladridos de los perros, en los gritos de los hombres, en los chillidos de las mujeres, y en el estrépito de los arbustos cuando mis perseguidores rompían la selva enérgicamente siguiendo mis huellas de cerca.

»Fue un río lo que me salvó. Era la estación de las lluvias y los arroyos se habían desbordado. Jadeando de terror y de fatiga llegué a la orilla de un torrente lleno de remolinos. Tenía más de tres

metros de ancho. El agua bajaba enfurecida. Tratar de cruzarlo a nado era una locura. Al volver la vista atrás veía y oía a mis perseguidores pisándome los talones. Una vez más tuve que actuar a la desesperada. Retrocediendo un poco para poder coger carrerilla y, sujetando la maldita piel de avestruz con la boca, me precipité al río a toda velocidad y crucé de un salto —saltando como no lo he hecho en mi vida— a la otra orilla, al caer hecho un revoltijo me di cuenta que había llegado justo a tiempo, pues ya mis enemigos habían alcanzado el otro lado del río. Amenazándome con los puños a la luz de la luna, trataban de

encontrar la manera de cruzar hasta mí. Algunos de los perros, que eran los más impacientes de todos, intentaron echarse a nadar, pero las rápidas y embravecidas aguas les barrieron río abajo como si fuesen corchos, y los cazadores tuvieron miedo de correr la misma suerte.



Crucé el río de un enorme salto

»Emocionado por el triunfo, tiré la preciada piel de avestruz, ante sus

mismos ojos, al río, donde pronto desapareció de la vista. Los badamochis lanzaron un alarido de rabia.

—Luego hice algo de lo que me he arrepentido toda mi vida. Ya sabéis que mi gente ha insistido siempre en las buenas maneras y en la cortesía, así que me ruborizo al recordarlo. Con la emoción del momento les saqué las dos lenguas a los perplejos enemigos que estaban al otro lado del río. No había disculpa para ello, no la hay nunca para ser descortés deliberadamente. Pero no había más luz que la de la luna, y confío en que los badamochis no lo vieran.

»Sin embargo, aunque estaba a salvo

por el momento, mis dificultades no habían terminado ni mucho menos. Durante algún tiempo los badamochis dejaron tranquilos a los avestruces y dedicaron toda su atención a cazarme a mí. Me hicieron la vida imposible. Tan pronto como me había marchado de una parte del país para huir de su continuo acoso, averiguaban dónde me encontraba y me seguían allí. Me pusieron todo tipo de trampas, me echaron los perros para que me persiguiesen. Y aunque me las arreglé para escapar durante todo un año, el constante esfuerzo era muy agotador.

»Ahora bien, los badamochis, como

muchos otros pueblos primitivos son muy supersticiosos y tienen mucho miedo, como Tu-Tu nos explicaba anoche, de todo lo que no pueden comprender. Casi todo lo que no pueden comprender creen que es un demonio.

»Bueno, pues después de haber sido perseguido y acosado durante mucho tiempo, pensé que les iba a pagar con la misma moneda, por decirlo así, y jugarles la misma mala pasada, o algo parecido, que ellos habían tratado de jugar a los avestruces. Con esta idea en la mente me puse a buscar algo para disfrazarme. Un día, al pasar al lado de un árbol, encontré la piel de un buey

salvaje que unos cazadores habían puesto a secar. Esto, decidí, era justamente lo que necesitaba.

Tiré de ella, y agachando una de mis cabezas, eché uno de mis dos pares de cuernos hacia atrás, sobre la espalda — así— me cubrí con la piel por encima, de manera que solamente se me viese una de mis cabezas.

»Esto cambió mi aspecto completamente. Al moverme entre la alta hierba parecía un ciervo corriente. Así que, disfrazado de esta manera fui andando lentamente a un campo abierto donde me puse a pastar en espera de que apareciesen mis queridos badamochis.

Lo cual sucedió poco después.

»Yo les vi —aunque ellos no lo sabían— deslizándose furtivamente entre los árboles al borde del campo, tratando de acercarse sin asustarme. Ahora bien, su manera de cazar los ciervos pequeños es ésta: se suben a un árbol y se tumban en una rama baja donde permanecen muy quietos. Y cuando el ciervo pasa debajo del árbol se tiran sobre sus cuartos traseros y le derriban de un golpe.

»Al poco rato me dirigí hacia el árbol en el que había visto esconderse al jefe en persona; pasé lentamente por debajo como si estuviese paciando,

simulando que no sospechaba nada en absoluto. Entonces, cuando el jefe se dejó caer en lo que creía que eran mis cuartos traseros, levanté con fuerza mis otros cuernos, que iban escondidos bajo la piel, y le di un pinchazo que recordará mientras viva.

»Con un alarido de miedo supersticioso gritó a sus hombres que le había pinchado el demonio.

Y todos salieron corriendo campo a traviesa a la velocidad de la pólvora, y nunca más volvieron a perseguirme ni a molestarme.

Todos habían contado ya un cuento, y se declaró clausurado el concurso para

el *Premio de Cuentos de la Revista mensual para el Ártico*. El primer número de la primera revista para animales que jamás se ha publicado salió poco tiempo después, y la distribuyó entre los habitantes del gélido norte el Correo de las Golondrinas. Tuvo un éxito enorme. Pronto empezaron a llegar cartas de agradecimiento y votos de las focas, de los leones marinos, de los caribús y de todas las especies de animales polares. Tu-Tu, la matemática, era la directora de la publicación; Dab-Dab se encargaba de la página dedicada a las madres y a los niños pequeños; mientras que Gub-Gub

escribía notas sobre jardinería y la columna sobre alimentación natural. Y la *Revista mensual para el Ártico* llevó mucha felicidad a los hogares, a las guaridas y a los icebergs mientras existió el servicio de correos del doctor.

CUARTA PARTE

1

El servicio de paquetes postales

UN día Gub-Gub se acercó al doctor y le dijo:

—Doctor, ¿por qué no organiza un servicio para enviar paquetes por correo?

—¡Santo Dios, Gub-Gub! —exclamó el doctor—. ¿No crees que ya tengo bastante que hacer? ¿Para qué quieres organizar el servicio de paquetes postales?

—Me apuesto lo que sea a que esto tiene relación con algo de comer — comentó Tu-Tu, que estaba sentada en un taburete al lado del doctor haciendo cuentas.

—Bueno, pues estaba pensando en pedir que me enviaran de Inglaterra hortalizas frescas —dijo Gub-Gub.

—¡Ya lo ve! —dijo Tu-Tu—. Es un vegetariano obseso.

—Pero los paquetes pesarían demasiado para ser transportados por las aves, Gub-Gub —dijo el doctor—, a no ser que se enviaran paquetes pequeños y que los llevaran las aves grandes.

—Sí, ya lo había pensado — contestó el cerdo—. Pero es que este mes entran en sazón las coles de Bruselas. Y ya sabe, son mi verdura favorita después de los nabos. Y como he oído decir que hay un tipo especial de tordos que sale de Inglaterra la semana próxima para venir a África, a lo mejor no sería mucho pedir que cada uno trajese una col de Bruselas. En ese vuelo habrá cientos de pájaros, y si cada uno trae una tendríamos para muchos meses. No he probado ni una verdura inglesa fresca desde el otoño pasado, doctor. ¡Y estoy tan harto de estas batatas y boniatos y demás porquerías

africanas!

—Muy bien, Gub-Gub, veré qué puedo hacer. Mandaremos una carta a Inglaterra por el próximo correo que salga y pediremos a los tordos que te traigan tus coles de Bruselas.

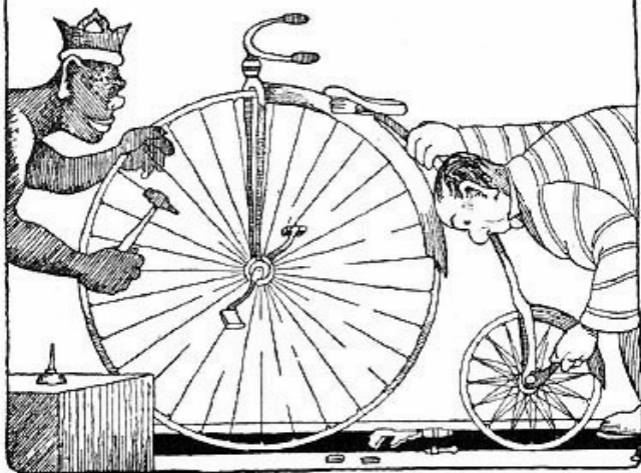
Bueno, pues así fue como se añadió otro servicio, el de los paquetes postales, a la oficina del correo extranjero de Fantippo. Llegaron las coles de Gub-Gub (a toneladas, porque era un vuelo muy numeroso) y después de esto, muchos otros animales acudieron al doctor para pedirle que les hiciese llegar alimentos del extranjero cuando los suyos empezaban a escasear.

De esta manera, es decir trayendo semillas y plantas de otras tierras, el doctor hizo también una serie de experimentos agrícolas, y lo que se llama aclimatación, con frutas y verduras, e incluso flores.

Y muy pronto tuvo en la oficina de correos de la casa flotante unas cajoneras a la antigua, llenas de geranios, caléndulas y rascamoños, que procedían de las semillas y esquejes que sus pájaros le traían de Inglaterra. Y esta es la razón de que muchas de las verduras que se cultivan en Inglaterra puedan encontrarse todavía en un apartado estado de África. Llegaron allí

gracias a la afición de Gub-Gub por los alimentos con los que se había criado.

Algún tiempo después de esto, valiéndose para el transporte de los paquetes de las aves más grandes, los fantippones pudieron contar con un servicio regular de paquetes postales cada dos meses. Y llegaron despertadores y toda clase de objetos de Inglaterra.



El doctor armando la bicicleta del rey

El rey Koko incluso encargó que le
enviasen una bicicleta nueva y se la

trajeron desarmada: dos cigüeñas trajeron las ruedas, una cada una; un águila, el cuadro; y los grajos las partes más pequeñas, como los pedales, la llave y la aceitera.

Cuando trataron de volverla a montar en la oficina de correos, encontraron que faltaba una pieza, una tuerca. Sin embargo, no por culpa del servicio de correos, es que se les había olvidado a los fabricantes que la enviaron desde Birmingham. Pero el doctor envió una carta de reclamación por el correo siguiente y llegó enseguida otra tuerca. Entonces, el rey cruzó las calles de Fantippo en bicicleta

triunfalmente, y se declaró día de fiesta para celebrar el acontecimiento. Y el rey regaló la bicicleta vieja a su hermano, el príncipe Vola-Bola. Y el servicio de paquetes postales, que había sido idea de Gub-Gub, fue considerado un gran éxito.

Algunas semanas después el doctor recibió la siguiente carta de un agricultor del condado inglés de Lincolnshire:

Distinguido señor: Muchas gracias por su magnífica información sobre el tiempo. Gracias a ellos este año he

tenido la mejor cosecha de coles de Bruselas que jamás se ha conocido en esta región. Pero la noche antes de recogerlas para llevarlas al mercado, desaparecieron todas; no quedó ni una. Cómo, no lo sé. Quizá pueda usted explicarme algo sobre ello.

*Le saluda atentamente
Nicolás Scroggings*

—¡Santo Dios! ¡Qué puede haber ocurrido con ellas! —exclamó el doctor.
—Se las ha comido Gub-Gub —dijo

Tu-Tu—. No cabe duda de que esas son las coles que los tordos trajeron aquí.

—¡Dios mío! —dijo el doctor—. ¡Qué horror! Bueno, quizá encuentre la manera de compensar al agricultor.

Dab-Dab, siempre tan afectuoso, llevaba mucho tiempo tratando de que el doctor se tomase unas vacaciones para descansar de su trabajo en la oficina de correos.

—Sabe usted, doctor —dijo—, es que se va a poner malo. Eso es lo que le va a pasar, sin duda alguna. No hay quien aguante trabajar como lo está haciendo usted los últimos meses sin pagarlo luego. Ahora que la oficina

funciona como es debido, ¿por qué no se la encomienda a los carteros del rey para que se ocupen de ella y se toma un descanso? Y en todo caso, ¿es que no va a volver nunca más a Puddleby?

—Oh, claro que sí —dijo John Dolittle—. Pero cada cosa a su tiempo, Dab-Dab.

—Pero *no tiene más remedio* que tomarse unas vacaciones —insistió el pato—. Márchese de la oficina por algún tiempo. Remonte la costa en canoa para cambiar, si no quiere volver a casa.

Bueno, pues el doctor siguió diciendo que se marcharía pero no acababa de irse, hasta que ocurrió algo

relacionado con la historia natural, de suficiente importancia como para alejarle de su oficina de correos. Y así es como sucedió:

Un día estaba el doctor abriendo la correspondencia que venía dirigida a él cuando tropezó con un paquete del tamaño y de la forma de un huevo grande. Le quitó el envoltorio exterior, que estaba hecho de algas marinas y dentro encontró una carta y un par de conchas de ostra atadas como una caja.

Algo sorprendido leyó primero la carta, mientras Dab-Dab, que seguía dándole la lata sobre lo de las vacaciones, miraba por encima de su

hombro. La carta decía:

Querido doctor: Adjunto le envío unas piedrecitas muy bonitas que encontré el otro día al abrir unas ostras. Nunca había visto piedras de ese color, aunque vivo en la costa y me he pasado la vida partiendo mariscos. Mi marido dice que son huevos de ostra. Pero a mí no me lo parecen. ¿Podría usted decirme lo que son? Y no deje de devolvérmelas porque mis niños juegan con ellas y les he prometido que se las regalaré.

Entonces el doctor dejó la carta y, cogiendo la navaja cortó muy cuidadosamente las algas con que, a modo de cuerdas, venían atadas las conchas de las ostras. Y al separar éstas sofocó un grito de asombro.

—Oh, Dab-Dab, ¡qué bonitas! ¡Mira! ¡Mira!

—¡Son perlas! —exclamó Dab-Dab, con una voz que implicaba cierto respeto reverencial, mirando la palma de la mano del doctor—. ¡Perlas de color rosa!

—¡Caramba! ¡Qué bonitas son! —murmuró el doctor—. ¿Las has visto alguna vez tan grandes? Cada una de

estas perlas vale una fortuna, Dab-Dab.
¿Pero quién demonios puede ser quien
me las envía?

Y volvió a mirar la carta.



Dab-Dab se puso a mirar la carta por encima del hombro del doctor

—Es de una espátula —dijo Dab-

Dab—. Conozco su forma de escribir. Las espátulas son unas aves zancudas, una mezcla entre los zarapitos y las agachadizas. Les gusta deambular por las costas solitarias buscando crustáceos, gusanos marinos y cosas así.

—Bueno, ¿pero desde dónde está escrita la carta? ¿Qué te parecen esas señas, ahí en la parte de arriba de la carta?

Dab-Dab entornó los ojos y la miró más de cerca.

—Me parece que dice Rocas de Harmattan.

—¿Dónde está eso? —preguntó el doctor.

—No tengo la menor idea. Pero Rauda lo sabrá —contestó Dab-Dab.

Y se fue para buscar a la ligera.

La golondrina dijo que sí, que sabía donde era. Las Rocas Harmattan eran un grupo de islas pequeñas cerca de la costa de África occidental, a unos cien kilómetros en dirección norte.

—Qué curioso —comentó el doctor—. No me hubiese sorprendido tanto si procediesen de las islas de los Mares del Sur; pero es muy poco corriente encontrar perlas en estas aguas. Bueno, pues éstas hay que volvérselas a enviar a los niños de la espátula, pero como paquete certificado, naturalmente.

Aunque la verdad es que me da mucha pena deshacerme de ellas, ¡son tan bonitas! En todo caso no pueden salir hasta mañana. No sé dónde guardarlas mientras tanto. Hay que tener muchísimo cuidado con cosas de tanto valor. Mejor será que no hables de ellas con nadie, Dab-Dab, excepto con Yip, el vigilante, y con el testadoble. Esta noche que hagan turnos de guardia durante todo el tiempo. Los seres humanos son capaces de hacer cualquier cosa por unas perlas. Lo mantendremos en secreto y las devolveremos a primera hora mañana por la mañana.

Mientras estaba hablando el doctor,

advirtió una sombra sobre la mesa al lado de la cual se encontraba. Levantó la vista y allí, en la ventanilla de información, había un hombre, con la cara más fea que jamás había visto, mirando fijamente las preciosas perlas que todavía tenía en la palma de la mano.

El doctor, molesto y desconcertado, se olvidó, por primera vez en su carrera de director general de Correos, que había que ser amable.

—¿Qué es lo que quiere *usted*? — preguntó metiéndose las perlas en el bolsillo.

—Quiero hacer un giro de mil libras

—dijo el individuo—. Voy a enviar dinero a mi mujer que está enferma.

El doctor relleno el impreso y cogió el dinero que el hombre le entregó por la ventanilla.

El individuo se fue de la estafeta y el doctor le observó mientras se iba.

—Vaya tío más raro que era ese cliente, ¿no te parece? —le dijo a Dab-Dab.

—Ya lo creo —comentó el pato—. No me choca que su mujer esté enferma con un marido con esa cara.

—¿Quién será? —dijo John Dolittle—. No es muy frecuente que vengan aquí hombres blancos. No me gusta nada su

aspecto.

Al día siguiente volvieron a empaquetar las perlas de la misma forma en que habían llegado y, después que el doctor hubo escrito una carta explicando a la espátula lo que en realidad eran las «piedrecitas», las enviaron a las Rocas Harmattan como paquete certificado.

El pájaro elegido fue uno de los tordos que había traído las coles de Bruselas de Inglaterra. Estos pájaros estaban todavía por allí cerca. Y aunque el tordo era un pájaro algo pequeño para llevar paquetes, éste no era nada grande y el doctor no tenía otra manera de

enviarlo. Así que, después de explicar al tordo que los carteros tienen que llevar el correo certificado con mucho cuidado, el doctor mandó las perlas.

Luego, fue a visitar al rey, como hacía de vez en cuando y, durante la conversación, John Dolittle preguntó a Su Majestad si sabía quién podía ser el forastero que había acudido a la casa flotante para hacer un giro.

Después de oír que aquel hombre era bizco y feísimo el rey dijo que sí, que le conocía muy bien. Que era un pescador de perlas que pasaba la mayor parte del tiempo en el océano Pacífico, donde la pesca de las perlas era más

corriente. Pero el rey añadió que, a veces, andaba por esta zona donde se sabía que era un gran tunante capaz de hacer cualquier cosa por conseguir perlas o dinero. Se llamaba Jack Wilkins.

Al escuchar esto, el doctor se alegró de haber enviado ya por correo certificado las perlas de color de rosa a su propietaria. Luego, le dijo al rey que esperaba irse pronto de vacaciones porque estaba agotado de tanto trabajar y necesitaba tomarse un descanso. El rey le preguntó adonde pensaba ir, y el doctor le dijo que estaba pensando hacer una excursión en canoa por la costa, de

una semana de duración hacia las Rocas Harmattan.

—Bueno, pues si va en esa dirección —dijo el rey— puede ir a visitar a un viejo amigo mío, el jefe Nyam-Nyam. Es el amo de aquella zona, incluidas las Rocas Harmattan. Sin embargo, él y su gente son terriblemente pobres. Pero él es un hombre honrado y me parece que le caerá bien.

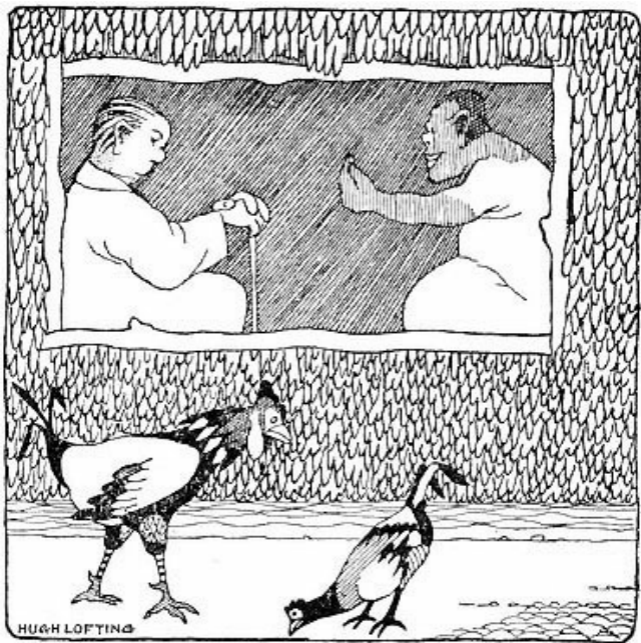
—Muy bien —dijo el doctor—. Le visitaré de vuestra parte.

Al día siguiente, después de dejar a Rauda, a Baratorio y a Yip encargados de la oficina de correos, el doctor se embarcó en su canoa con Dab-Dab y se

marchó de vacaciones. Al marcharse vio que había una goleta, que era el barco de Jack Wilkins, el pescador de perlas, anclada a la entrada del puerto de Fantippo.

Al atardecer el doctor llegó a un pequeño poblado de cabañas de paja que era el pueblo del jefe Nyam-Nyam. Como llevaba una presentación del rey Koko, cuando visitó al jefe éste le recibió muy bien. Sin embargo, encontró que el país sobre el que gobernaba este jefe estaba ciertamente en muy mala situación. Durante muchos años los vecinos, de uno y otro lado, que eran más poderosos, le habían hecho la

guerra y le habían arrebatado las tierras más fértiles, por lo que ahora sus gentes se veían reducidas a una estrecha franja de tierra muy rocosa de la costa, donde apenas podía cultivarse nada y que estaba superpoblada. Al doctor le apenó la delgadez de las pocas gallinas que picoteaban por las calles. Le recordaban los macilentos caballos de los coches de punto de antaño.



*Las gallinas le recordaban los macilentos caballos
de los coches de alquiler*

Mientras charlaba con el jefe (que le

pareció un anciano muy amable) en su cabaña, entró repentinamente Rauda en un estado de gran excitación.

—Doctor —gritó— han robado el correo. El tordo ha vuelto a la oficina de correos y dice que durante el camino le han arrebatado el paquete. *¡Las perlas han desaparecido!*

2

El gran robo del correo

¡SANTO cielo! —exclamó el doctor, poniéndose de pie de un salto—. ¿Que han desaparecido las perlas? ¡Y eso que iban certificadas!

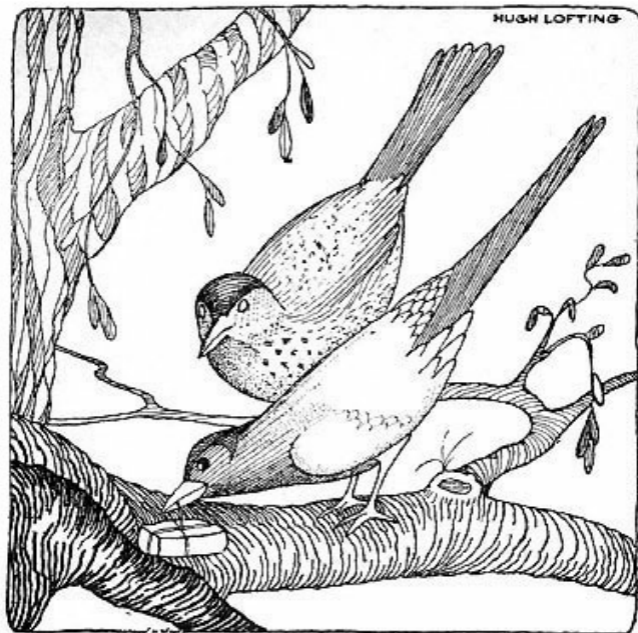
—Sí. Y aquí está el tordo en persona —dijo Rauda—. Él se lo contará todo.

Y dirigiéndose a la puerta llamó al pájaro que había llevado el paquete certificado.

—Doctor —dijo el tordo, que

también estaba muy acongojado y jadeante— no fue culpa mía. No perdí nunca de vista las perlas. Salí volando directamente a las Rocas Harmattan. Pero, para atajar, tenía que hacer parte del viaje volando sobre tierra. Y en el camino vi a una hermana mía con la que no me reunía desde hacía mucho tiempo, posada en un árbol de la selva debajo de mí. Entonces bajé y se puso muy contenta al verme. Sin embargo, como no podía hablar bien con la cuerda del paquete en la boca, dejé el envoltorio en la rama de un árbol detrás de mí, comprende, justo a mi lado, y seguí charlando con mi hermana. Y cuando me

volví para cogerlo de nuevo había desaparecido.



Uno de los tordos se posó en el árbol con un paquete

—A lo mejor se resbaló del árbol y se cayó en la maleza —dijo el doctor.

—No era posible —dijo el tordo—. Lo había metido en un agujerito en la corteza de la rama. Sencillamente no podía ni resbalarse ni caer rodando. Tuvo que cogerlo alguien.

—Dios mío —dijo John Dolittle—, robar el correo es algo muy serio. ¿Quién habrá podido ser?

—Me apuesto algo a que fue Jack Wilkins, el pescador de perlas bizco —cuchicheó Dab-Dab—. Un tío con esa cara es capaz de robar cualquier cosa. Y era la única persona, aparte de nosotros y de Rauda, que sabía que las perlas

iban a ir por correo. Es Wilkins, me apuesto cualquier cosa.

—Quizá —dijo el doctor—. Efectivamente dicen que es un individuo sin el menor escrúpulo. Bueno, creo que lo único que puedo hacer es volver en la canoa a Fantippo ahora mismo y tratar de encontrarle. El servicio de correos es responsable de los certificados y, si el señor Wilkins cogió las perlas, las voy a recuperar. Pero después de esto vamos a implantar la regla de que los que lleven el correo certificado no pueden hablar ni con sus hermanas ni con nadie mientras están de servicio.

Y a pesar de lo tarde que era, John

Dolittle se despidió precipitadamente del jefe Nyam-Nyam y partió hacia el puerto de Fantippo a la luz de la luna.

Entretanto, Speedy y el tordo fueron volando por tierra, que era el camino más corto, a la oficina de correos.

—¿Qué va a decirle a Wilkins, doctor? —preguntó Dab-Dab, mientras la canoa se deslizaba silenciosamente por el mar iluminado por la luna—. Es una pena que usted no tenga una pistola o algo así. Parece un tipo violento y no es probable que vaya a entregar las perlas sin defenderse.

—No sé lo que le voy a decir. Ya veré cuando llegue allí —dijo John

Dolittle—. Pero debemos tener mucho cuidado al acercarnos para que no nos vea llegar. Si levase el ancla y zarpase nunca podríamos alcanzarle con la canoa.

—Le voy a proponer una cosa, doctor —dijo Dab-Dab—, déjeme ir volando por delante para espiar un poco al enemigo. Luego vuelvo a contarle lo que he averiguado. A lo mejor ahora ni siquiera está en su goleta y tenemos que ir a buscarle a otra parte.

—Muy bien —dijo el doctor—. Haz eso. A esta velocidad yo voy a tardar por lo menos otras cuatro horas en llegar a Fantippo.

Así que Dab-Dab salió volando por el mar y John Dolittle continuó remando enérgicamente en su canoa.

Al cabo de aproximadamente una hora oyó un suave y leve graznido en lo alto que le indicaba que su fiel pato estaba de vuelta. Poco después, con un crujir de plumas, Dab-Dab se posó a sus pies. Y por la expresión de la cara supo que tenía noticias importantes.

—Está allí, doctor, ¡y desde luego tiene las perlas! —dijo—. Miré furtivamente por la ventana y le vi cómo las contaba a la luz de una vela al sacarlas de una caja para meterlas en otra.

—¡Vaya bribón! —gruñó el doctor acelerando el máximo posible—. Esperemos que no se escape antes de que lleguemos a Fantippo.

Ya empezaba a amanecer cuando apareció a la vista el barco que buscaban. Esto hacía muy difícil acercarse a la goleta sin ser vistos. Y el doctor dio toda la vuelta a la isla de Tierra de Nadie para abordar al barco desde el otro lado, por donde el trecho de mar que tenía que atravesar al descubierto no era tan grande.

Remando muy suavemente consiguió llegar con la canoa bajo la proa del buque, y después de atar su propia

embarcación para que no se le marchase, trepó rápidamente por la cadena del ancla de la goleta y llegó a cubierta a cuatro patas.

Todavía no había amanecido del todo, y por la escalera que conducía al camarote subían los débiles destellos de la luz de una lámpara. El doctor avanzó deslizándose como una sombra, bajó de puntillas la escalera y miró por la puerta que estaba entreabierta.

El bizco Wilkins seguía sentado a la mesa, como Dab-Dab le había descrito, contando perlas. El doctor abrió la puerta de golpe y entró de un salto. Wilkins se incorporó al instante, cogió

una pistola del cinturón y apuntó a la cabeza del doctor.

—¡Si te mueves un centímetro te mato! —gruñó.

El doctor, a quien le cogió por sorpresa en el primer momento, miró la boca de la pistola sin saber qué hacer. No apartando ni un minuto la vista del doctor, Wilkins cerró la caja de las perlas con la mano izquierda y se la metió en el bolsillo.

Sin embargo, mientras hacía esto, Dab-Dab se deslizó debajo de la mesa sin ser visto por nadie.

Y de repente mordió al pescador de perlas en la pierna con su potente pico.

Con un alarido Wilkins se agachó para apartarle de un golpe.

—¡Aproveche ahora, doctor! —gritó el pato.

Y en un segundo, aprovechando que la pistola apuntaba hacia abajo, el doctor se lanzó contra el individuo por la espalda, le agarró por el cuello, y con un gran estruendo los dos hombres salieron rodando por el suelo de la cabina.

HUGH LOFTING



Wilkins le apuntó a la cabeza con una pistola

Entonces empezó una frenética
lucha. Dieron vueltas y más vueltas por

el suelo, derribando objetos por todas partes. Wilkins trataba de soltarse la mano en la que tenía la pistola, y el doctor trataba de mantenerla sujeta a su cuerpo. Mientras tanto, Dab-Dab saltaba, volaba, brincaba y aleteaba para morder en la nariz al enemigo siempre que se presentaba la oportunidad.

Finalmente, John Dolittle, que a causa de su tamaño era un luchador muy duro, agarró al pescador de perlas tan fuerte que no podía moverse. Pero, justo cuando el doctor estaba forcejeando para quitarle la pistola de la mano, uno de los otros hombres que se había

despertado a causa del ruido producido por la refriega, se inclinó desde su litera por detrás del doctor y le asestó en la cabeza un fuerte golpe con una botella. Atontado y sin sentido, John Dolittle cayó como un fardo y se quedó inmóvil en el suelo.

Entonces los tres hombres saltaron sobre él con cuerdas, en un minuto le ataron los brazos y las piernas y se acabó la lucha.

Cuando volvió en sí, el doctor se encontró tumbado en su propia canoa, mientras Dab-Dab tiraba de las cuerdas con que le habían atado las muñecas, tratando de liberarle.

—¿Dónde está Wilkins? —preguntó algo aturdido y somnoliento.

—Se las piró —dijo Dab-Dab—, y las perlas se fueron con él, ¡el muy canalla! En cuanto le tiraron a usted en la canoa levaron el ancla, izaron las velas y zarparon. Tenían mucha prisa y no hacían más que mirar hacia el mar con los telescopios y hablar del guardacostas. Me imagino que el Gobierno les está buscando por unas cuantas fechorías. En mi vida he visto un grupo de hombres de aspecto más rudo. Mire, ya le he quitado la cuerda que le sujetaba las manos; lo demás lo hará usted mejor solo. ¿Le duele mucho la

cabeza?

—Todavía estoy algo mareado — dijo el doctor mientras manipulaba las cuerdas que tenía en los tobillos.

Al poco rato, cuando ya se había desatado la cuerda con que tenía atados los pies, John Dolittle se puso de pie y oteó el océano. Y en lontananza, en el horizonte, vio desaparecer las velas del barco de Wilkins rumbo a oriente.

—¡Malvado! —fue lo único que dijo apretando los dientes.

3

Perlas y coles de Bruselas

DESILUSIONADOS y tristes, Dab-Dab y el doctor emprendieron la vuelta remando.

—Me parece que voy a ir a la oficina de correos antes de volver al país del jefe Nyam-Nyam —dijo el doctor—. No creo que pueda hacer nada más en el asunto de las perlas. Pero quiero ver si todo lo demás marcha bien.

—A Wilkins todavía le puede coger

el Gobierno —dijo Dab-Dab—. Y si le cogen a lo mejor todavía podemos recuperar las perlas.

—Me temo que no hay muchas probabilidades de eso —comentó el doctor—. Seguramente que las venderá en la primera oportunidad que se le presente. Sólo las quiere por eso, por el dinero que le pueden reportar. Mientras que las pequeñas espátulas apreciaban su belleza. Es una pena que se vayan a quedar sin ellas y precisamente cuando estaban a mi cuidado. Bueno, no vale la pena lamentar lo que no tiene remedio. Han desaparecido y no hay más que hablar.

Al acercarse a la casa flotante advirtieron que había en torno a ella muchas canoas. Ese día ni salían ni entraban correos y al doctor le intrigó el motivo de tanto jaleo.

Después de amarrar su canoa entró en la oficina, donde había una gran multitud. Él y Dab-Dab se abrieron camino entre el gentío y en la sala del correo certificado encontró a todos los animales reunidos alrededor de una pequeña ardilla negra. El pobrecito animal tenía las piernas atadas con cinta adhesiva roja, de la que se utiliza en correos, y parecía muy asustada y abatida. Rauda y Baratorio montaban

guardia a su lado, uno a cada lado.

—Pero ¿qué pasa aquí? —preguntó el doctor.

—Hemos cogido a quién robó las perlas, doctor —dijo Rauda.

—Y también tenemos las perlas —gritó Tu-Tu.

—Están en el cajón de los sellos y Yip las está vigilando.

—Pues no lo entiendo. Yo creí que Wilkins se había largado con ellas —dijo el doctor.

—Ésas deben ser otras perlas robadas, doctor —dijo Dab-Dab—. Vamos a ver las que tiene Yip.

El doctor abrió el cajón de los

sellos y allí dentro estaban, efectivamente, las tres beldades de color rosa que él había enviado por correo certificado.

—¿Cómo las encontrasteis? — preguntó volviéndose hacia Rauda.

—Bueno, pues después de marcharse usted en la canoa, el tordo y yo, al volver hacia aquí, nos paramos en el árbol donde se había perdido el paquete. Estaba demasiado oscuro entonces para encontrarlo, así que pasamos toda la noche en el árbol con la intención de buscarlo por la mañana. Justo al romper el alba vimos a esta maldita ardilla saltar por las ramas con

una enorme perla de color rosa en la boca. Yo me lancé inmediatamente sobre ella y la sujeté mientras el tordo le arrebatava la perla. Entonces la obligamos a que nos dijera dónde estaban las otras dos. Después de haber recuperado las tres arrestamos a la ardilla y la trajimos aquí.

—¡Válgame Dios! —exclamó el doctor mirando a la desgraciada culpable, que estaba atada y bien atada con la cinta adhesiva roja—. ¿Por qué robaste las perlas?

Al principio la ardilla parecía estar demasiado asustada para hablar. Así que el doctor cogió unas tijeras y cortó las

ligaduras que la sujetaban.

—¿Porqué lo hiciste? —repitió.

—Creí que eran coles de Bruselas
—contestó la ardilla tímidamente—.

Hace unas semanas estábamos sentados en un árbol mi marido y yo y de repente nos llegó un fuerte olor a coles de Bruselas. Como a los dos nos gusta mucho esa verdura nos intrigó de dónde podía venir ese olor. En ese momento, al mirar hacia arriba, vimos miles de tordos que pasaban volando cada uno con una col de Bruselas en la boca. Tuvimos entonces la esperanza de que se parasen para poder coger unas pocas. Pero no se pararon. Así que pensamos

que a lo mejor venían más a los pocos días. Y acordamos quedarnos cerca de ese árbol y esperar. Y efectivamente, esta mañana vi a uno de esos mismos tordos posarse en el árbol con un paquete.



¡Pchs!, susurré a mi marido

—*¡Pchs!* —susurré a mi marido—.

Más coles de Bruselas. Vamos a birlar

ese paquete cuando no nos vean.

—Y fui y lo mangué. Pero cuando lo abrimos no encontramos más que esas malditas canicas. Al verlas pensé que serían algún tipo nuevo de caramelo, y cuando iba a buscar una piedra para cascarlo, este pájaro me agarró por el pescuezo y me arrestó. Yo no quería para nada las malditas perlas.

—Bueno —dijo el doctor—, siento que hayas sufrido estas molestias. Haré que Dab-Dab te lleve otra vez con tu familia. Pero, sabes, robar el correo certificado es algo que está muy mal. Si querías unas coles de Bruselas deberías haberme escrito a mí. Después de todo

no puedes culpar a los pájaros por haberte arrestado.

—La fruta robada es la que sabe mejor —dijo Baratorio—. ¡Si le hubiese obsequiado con una tonelada de uvas de moscatel, no le hubiesen sabido ni la mitad de bien que algo que hubiese mangado! Yo, en su lugar, la condenaría a un par de años de trabajos forzados para que aprenda a no tocar el correo.

—Bueno, qué le vamos a hacer, procuraremos olvidarlo —dijo el doctor—. ¡No ha sido más que un pecado de juventud!

—¡Sí, chorradas de juventud! —gruñó Baratorio—. Es madre de familia

numerosa y una ratera nata. Todas las ardillas son así. ¡Como si yo no me las conociese de los parques de las ciudades, donde se hacen las refinolis para que la gente crea que son muy listas! Son las tías más carotas que hay: te birlan una migaja en tus narices y se meten con ella en un agujero antes de que te hayas dado cuenta. ¡Pecado de juventud eso!

—Vamos —dijo Dab-Dab, cogiendo a la desgraciada culpable entre sus patas palmeadas—. Te llevaré a tierra firme. Y ya puedes estar agradecida a tu buena sombra, a la suerte que tienes de que sea el doctor el jefe de esta oficina. Porque

es a chirona donde realmente deberías ir.

—Ah, y vuelve pronto Dab-Dab — gritó el doctor mientras el pato emprendía el vuelo saliendo por la ventana hacia el mar con su carga—. Voy a marcharme al país del jefe Nyam-Nyam tan pronto como estés dispuesto a ello.

—Esta vez yo mismo llevaré las perlas —dijo a Rauda—, y se las entregaré personalmente a la espátula. No quiero que haya más accidentes con ellas.

Hacia mediodía emprendió el doctor su segundo viaje de vacaciones, y como

Gub-Gub, Yip y el ratón blanco le pidieron que les llevase, la canoa iba muy cargada.

Llegaron al pueblo de Nyam-Nyam hacia las seis de la tarde y el anciano jefe preparó una cena para sus invitados. Sin embargo, había muy poco que comer. Y el doctor se volvió a dar cuenta de lo pobre que era esa gente.

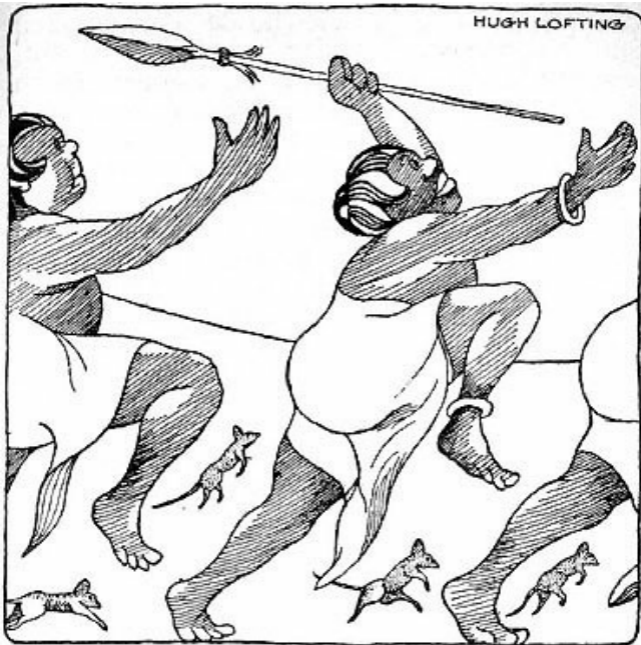
Al hablar con el jefe, el doctor se enteró de que el peor enemigo de aquel país era el reino de Dahomey. Según le dijo, el poderoso y fuerte vecino hacía continuamente la guerra al jefe Nyam-Nyam y le arrebatava las tierras, con lo que la gente era cada vez más pobre. Sin

embargo, los soldados de Dahomey eran amazonas, es decir mujeres soldados. Y aunque se trataba de mujeres, eran muy grandes y fuertes y muy numerosas. Así que siempre que atacaban al pequeño país vecino, ganaban fácilmente y se llevaban lo que querían.

Y dio la casualidad que organizaron un ataque esa misma noche, mientras el doctor estaba allí, en casa del jefe. Y hacia las diez todo el mundo se despertó al grito de «¡La guerra, la guerra! ¡Las amazonas están aquí!».

Se produjo entonces una gran confusión. Y hasta que salió la luna la gente tropezaba, y se pegaban unos con

otros por todas partes en la oscuridad,
sin poder distinguir al enemigo del
amigo.



La derrota de las amazonas

Cuando fue posible ver, el doctor se encontró con que la mayoría de las

gentes del jefe Nyam-Nyam habían huido a la selva, y las amazonas, que eran miles, no tenían más que pasar por el pueblo y coger lo que se les antojaba. El doctor trató de discutir con ellas pero no hicieron más que reírse de él.

Entonces, el ratón blanco que presenciaba el espectáculo desde el hombro del doctor, le susurró al oído:

—Como éste es un ejército de mujeres, creo que sé la manera de acabar con ellas. A las mujeres les dan mucho miedo los ratones, como usted sabe. Me iré al pueblo a reunir unos pocos y veremos lo que podemos hacer.

Así que el ratón blanco se marchó y

reunió un ejército propio de unos doscientos ratones que vivían en los muros de hierba y en los suelos de las cabañas. Y de repente atacaron a las amazonas y empezaron a mordisquearles las piernas.

Gritando y chillando, las gruesas mujeres soldados dejaron caer las cosas que habían robado y salieron corriendo a la desbandada hacia su tierra. Y esa vez las famosas amazonas de Dahomey *no* se salieron con la suya.

El doctor le dijo a su animalillo que podía sentirse orgulloso, pues era seguramente el primer ratón del mundo que había ganado una guerra.

4

Los pescadores de perlas

A la mañana siguiente el doctor se levanto temprano. Después de tomar un desayuno ligero (no era posible conseguir otro en aquel país tan mísero), preguntó a Nyam-Nyam el camino de las Rocas Harmattan y el jefe le dijo que desde allí no podían verse pero que, remando mar adentro en línea recta, estaban más o menos a una hora y media de distancia.

Así que el doctor pensó que era preferible que le acompañase un ave marina para guiarle. Entonces Dab-Dab encontró un zarapito que andaba por la playa sin hacer nada. El pájaro dijo que conocía el sitio muy bien, y que consideraría un honor actuar de guía de John Dolittle. En vista de esto el doctor se embarcó en la canoa y salió hacia las Rocas Harmattan acompañado de Yip, Dab-Dab, Gub-Gub y el ratón blanco.

Hacía una mañana muy hermosa y disfrutaron mucho del paseo en barca, aunque Gub-Gub estuvo a punto de hacer volcar la canoa más de una vez por asomarse para atrapar las algas que

flotaban y que había visto comer al zarapito. Finalmente, por precaución, le hicieron tumbarse en el fondo de la canoa, donde no podía ver nada.

Alrededor de las once divisaron un grupo de pequeñas islas rocosas que el guía les dijo que eran las Rocas Harmattan. Al llegar a ese punto de su travesía, el continente africano empezaba a desaparecer de la vista en la línea del horizonte que quedaba atrás. En las rocas hacia las que se dirigían parecían vivir miles de diferentes especies de aves marinas. A medida que la canoa se acercaba aparecían gaviotas, golondrinas de mar, alcatraces, albatros,

cormoranes, mérgulos marinos, petreles, patos salvajes, e incluso ánsares, que llenos de curiosidad, querían examinar al forastero. Cuando supieron por el zarapito que aquel hombrecillo gordo y tranquilo era nada menos que el gran doctor Dolittle en persona, corrieron la voz por todas las rocas. Y muy pronto el aire en torno a la canoa se cubrió literalmente de alas destellando al sol. Y la bienvenida que las aves le dieron al doctor al llegar fue tan efusiva y ruidosa que uno no se podía entender.

Era fácil comprender por qué habían elegido las aves este sitio para vivir. Las orillas estaban protegidas por rocas

medio hundidas sobre las que rugían y rompían las olas de forma muy peligrosa. Así que no era probable que ningún barco llegase nunca hasta allí para perturbar la tranquila vida de las aves. Incluso en su ligera canoa, que podía navegar en aguas poco profundas, al doctor le hubiese resultado verdaderamente difícil llegar a tierra. Pero las aves que le esperaban le condujeron muy hábilmente hacia la parte posterior de la isla más grande, donde había una bahía de aguas poco profundas que era como una especie de puerto de juguete muy bonito. El doctor comprendió entonces por qué le habían

dejado al pobre jefe la posesión de estas islas: a ningún vecino le hubiese parecido que valía la pena conquistarlas. Dificiles de llegar, con muy pocas tierras cultivables, llanas y abiertas a todos los vientos y borrascas del cielo, áridas y solitarias, no constituían una tentación para ninguno de los enemigos del jefe. Y por eso, durante muchos años, habían sido propiedad de Nyam-Nyam y sus gentes, aunque incluso ellos, por supuesto, casi nunca las visitaban. Pero al final las Rocas Harmattan resultaron ser de más valor que todas las demás tierras que la tribu había perdido.

—¡Huy!, esto me parece un sitio horrible —dijo Gub-Gub, mientras se bajaban de la canoa—. No hay más que olas y rocas. ¿Para qué ha venido aquí, doctor?

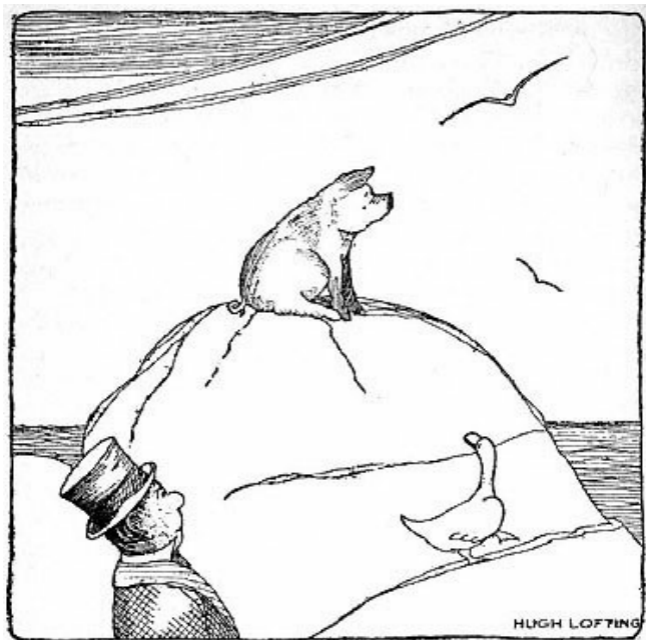
—Espero practicar un poco la pesca de perlas —dijo John Dolittle—. Pero antes tengo que encontrar a la espátula y darle su paquete certificado. ¿Dab-Dab quieres hacer el favor de buscarla? Con tantos miles de aves marinas alrededor, yo no sabría por dónde empezar para encontrarla.

—Muy bien —dijo Dab-Dab—. Pero puedo tardar algún tiempo. Hay varias islas y bastantes espátulas.

Tendré que hacer averiguaciones para saber cuál es la que le envió las perlas.

Así que Dab-Dab partió para llevar a cabo su encargo. Mientras tanto, el doctor charló con varios jefes de las aves marinas, que ya le habían conocido en la gran conferencia celebrada en la hondonada de la Tierra de Nadie. Éstos se le acercaban constantemente para presumir ante sus compañeros de que conocían personalmente al gran hombre. Y una vez más el doctor no dejó ni un momento su cuaderno, a fin de anotar los nuevos descubrimientos que iba haciendo sobre el transporte del correo por parte de las aves que viven en el

mar.



Uy, esto me parece un sitio horrible

Éstas, que al principio seguían al doctor en tropel por toda la isla principal, al poco rato, una vez que ya se había pasado la novedad, volvieron a sus quehaceres normales. Y cuando Dab-Dab regresó de su búsqueda y le dijo que la espátula vivía en una de las islas más pequeñas, el doctor se embarcó de nuevo en la canoa y se trasladó a la roca que el pato le había indicado.

Allí le estaba esperando la espátula al borde del agua, y lo primero que hizo fue excusarse por no haber ido personalmente a recibirle. La razón era, según dijo, que le daba miedo dejar

solas a sus crías, porque había águilas marinas por las cercanías. Estaban con ella los dos polluelos, achaparrados y grasientos, que sabían andar, pero no volar. El doctor abrió el paquete y les devolvió sus valiosos juguetes, y chillando de alegría, empezaron a jugar a las canicas sobre las planas rocas con las enormes perlas de color de rosa.

—Qué hijos más encantadores tienes —dijo el doctor a la espátula madre, que los contemplaba llena de orgullo—. Me alegro que vuelvan a disfrutar de sus juguetes. No estaba dispuesto a que los perdiesen por nada del mundo.

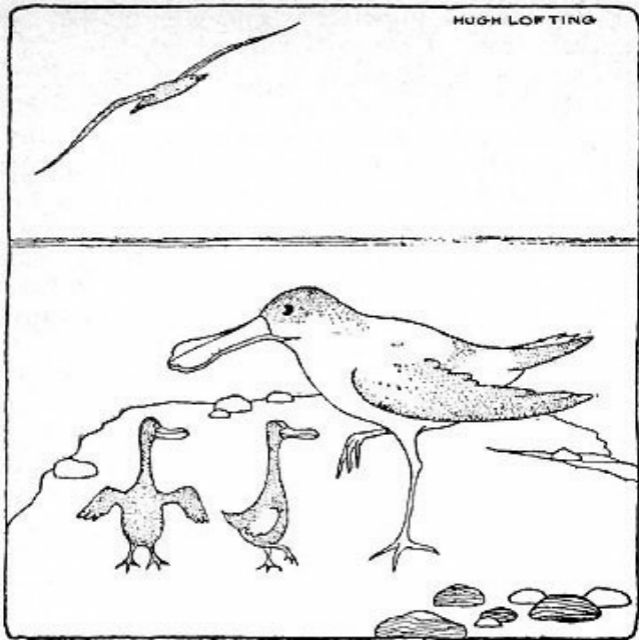
—Sí, les entusiasmaban estas

pedrecitas —dijo la espátula—. A propósito, ¿sabría decirme qué son? Como le decía en mi carta, las encontré dentro de una ostra.

—Son perlas. Y valen muchísimo. Las señoras de las ciudades las llevan alrededor del cuello.

—Ah, vaya —dijo el ave—. ¿Y por qué no las llevan también las señoras del campo?

—La verdad es que no lo sé —respondió el doctor—. Supongo que porque son demasiado caras. Con una sola de esas perlas se podrían comprar una casa y un jardín.



La espátula estaba con sus polluelos

—Bueno, entonces ¿no le gustaría quedarse con ellas? —le preguntó la

espátula—. Yo podría buscar cualquier otra cosa para que jueguen los niños.

—Oh, no —respondió el doctor—, gracias. Ya tengo una casa y un jardín.

—Sí, doctor —interrumpió Dab-Dab—, pero usted no tendría que comprar necesariamente una segunda casa con el dinero que sacase. Sin embargo le vendría muy bien para otras cosas.

—Las espatulitas las quieren —dijo el doctor—. ¿Por qué habría yo de quitárselas?

—Unas bolas de pasta de color rosa les servirían lo mismo —gruñó Dab-Dab.

—La pasta puede ser venenosa —

dijo el doctor—. Y aprecian la belleza de las perlas. Que se queden con ellas. Pero —añadió dirigiéndose a la espátula madre— si sabes dónde pueden encontrarse más me gustaría mucho que me lo dijeras.

—No lo sé —dijo ella—. Ni siquiera sé cómo llegaron a la ostra que me comí.

—Las perlas salen siempre en las ostras, cuando salen —indicó el doctor—, pues no es frecuente que ocurra. Éste es el punto que a mí más me interesa, la historia natural de las perlas. Dicen que se forman alrededor de un grano de arena que entra accidentalmente en la

ostra. Esperaba que, si tienes por costumbre comer ostras, pudieses darme alguna información.

—Me temo que no —dijo la espátula—. Para decir la verdad, yo cogí esas ostras de un montón que otro pájaro había dejado en una roca. Supongo que después de haber comido lo que le apetecía se fue. Quedan todavía muchas. Vamos al montón y podemos abrir unas pocas. A lo mejor todas tienen perlas dentro.

Así que cruzaron al otro lado del islote y empezaron a abrir ostras. Pero no encontraron ninguna perla.

—¿Dónde están los bancos de ostras

por aquí? —preguntó el doctor.

—Entre esta isla y la siguiente —dijo la espátula—. Personalmente yo no las cojo porque no pesco en las aguas profundas. Pero he visto a otras especies de aves marítimas pescar en ese sitio, justo a mitad de camino entre esta isla y aquella otra pequeña.

—Me voy a ir con ella, doctor —dijo Dab-Dab—, para pescar un poco por mi cuenta. Yo sé tirarme y bucear bien, aunque normalmente no soy un pato buceador. A lo mejor puedo encontrarle algunas perlas.

Así que Dab-Dab se fue con la espátula y se puso a pescar ostras, y

durante más de media hora el fiel pato sacó ostra tras ostra, que luego llevaba al doctor que estaba en la isla. Él y los animales encontraron muy divertido abrirlas, pues no se sabía lo que podría descubrirse en ellas. Pero no encontraron más que ostras gordas y ostras menos gordas.

—Me parece que voy a probar suerte en esto de tirarse —dijo el doctor—, si no hay demasiada profundidad. Yo hacía muy bien lo de recoger monedas del fondo de la piscina cuando era niño.

Se desnudó, se embarcó en la canoa y se fue remando con sus animales hasta que estuvo encima del banco de ostras.

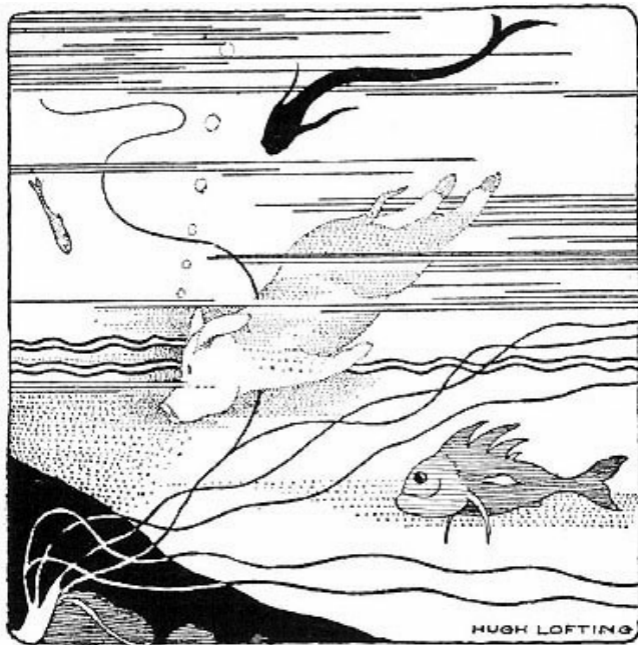
Entonces se zambulló en las aguas transparentes y verdosas mientras Yip y Gub-Gub le observaban con gran interés.

Pero cuando volvió a salir, resoplando como una ballena, ni siquiera había cogido una sola ostra. No sacó más que un puñado de algas.

—Vamos a ver lo que puedo hacer yo —dijo Yip. Y otro pescador de ostras se tiró de la canoa.

Entonces Gub-Gub se puso muy nervioso, y antes de que nadie pudiese impedirlo, se tiró. El cerdo bajó tan deprisa y tan en línea recta que se le hincó el hocico en el barro del fondo, y

el doctor, que todavía no había recobrado el aliento, tuvo que tirarse detrás de él y sacarle. Para entonces todos los animales estaban tan divertidos que incluso el ratón se hubiese lanzado, a no ser por el accidente de Gub-Gub, que le hizo cambiar de idea.



Gub-Gub tirándose a pescar perlas

Yip consiguió sacar unas pocas ostras pequeñas, pero no tenían perlas.

—La verdad es que somos muy malos pescadores —dijo John Dolittle—. Claro que es muy posible que no haya más perlas.

—No, pues yo no estoy satisfecho todavía —dijo Dab-Dab—. Estoy completamente seguro de que ahí hay muchas perlas, los bancos son enormes. Me parece que me voy a ir con las aves marinas para tratar de averiguar quién cogió las ostras en las que la espátula encontró las perlas. El pájaro que sacó ese montón de ostras era un experto en la pesca.

Así que mientras el doctor se vestía y Gub-Gub se lavaba para quitarse el

barro de las orejas, Dab-Dab se fue a dar una vuelta por las islas para hacer indagaciones.

Al cabo de unos veinte minutos volvió con un ave negra que parecía un pato y que tenía una cresta en la cabeza.

—Es este cormorán quien pescó ese montón de ostras —dijo.

—Ah —exclamó John Dolittle—, a lo mejor podemos averiguar algo ahora. ¿Puedes decirme cómo se consiguen las perlas? —preguntó al cormorán.

—¿Perlas? ¿Qué quiere decir?

Entonces Dab-Dab se fue a pedir a las crías de la espátula que le prestasen los juguetes.

—Ah, esas cosas —dijo el cormorán—. Eso viene en las ostras que están malas. Cuando pesco ostras nunca cojo de éstas, a no ser alguna vez por equivocación, y entonces ni me preocupo de abrirlas.

—Pero ¿cómo distingues esa clase de ostras de las otras? —preguntó el doctor.

—Oliéndolas —contestó el cormorán—. Las que tienen esas cosas dentro no huelen frescas. Soy extraordinariamente exigente con las ostras.

—¿Quieres decir que, incluso cuando estás en el fondo del agua,

puedes distinguir por el olor una ostra que tiene perla de una que no la tiene?

—Por supuesto. Y cualquier otro cormorán podría hacerlo.

—Ya lo ve doctor —dijo Dab-Dab—. Ya tenemos el truco. Ahora puede usted conseguir todas las perlas que quiera.

—Pero estos bancos de perlas no me pertenecen —dijo John Dolittle.

—¡Vaya por Dios! —suspiró el pato—. ¿Ha habido jamás un hombre que ponga tantas pegas para enriquecerse? ¿A quién pertenecen entonces?

—Al jefe Nyam-Nyam y a su gente, naturalmente. Él es el dueño de las

Rocas Harmattan. ¿Te importaría sacarme algunas de esas ostras para verlas? —preguntó el doctor volviéndose hacia el cormorán.

—Con muchísimo gusto.

Entonces salió volando hacia los bancos de ostras y se lanzó al agua como un proyectil. Al minuto estaba de vuelta con tres ostras, dos en las patas y otra en la boca. Los animales se congregaron conteniendo la respiración mientras el doctor las abría. En la primera había una pequeña perla gris; en la segunda una de tamaño medio de color rosa, y en la tercera dos negras enormes.

—¡Caray, qué bonitas! —murmuró

Gub-Gub.

—Las perlas antes que los cochinos
—rió entre dientes el ratón—. ¡Tii, jii!

—¡Qué mal educado eres! —gruñó
el cerdo, levantando el hocico con cara
de asco—. ¡Las damas antes que los
caballeros, los *cochinos* antes que las
perlas!

5

La sublevación de Obombo

A última hora de esa misma tarde el doctor volvió al pueblo del jefe Nyam-Nyam. Y además de Dab-Dab y sus otros animales se llevó al cormorán.

Al llegar al pequeño grupo de casas de paja vio que había cierto revuelo. Todos los habitantes del poblado estaban reunidos en torno a la cabaña del jefe; se estaban pronunciando discursos y todo el mundo parecía muy

excitado. El anciano jefe en persona estaba de pie a la puerta, y cuando vio a su amigo el doctor, que se acercaba bordeando al gentío, le hizo una seña para que entrase en la cabaña.

—Son muy grandes las adversidades que estoy sufriendo en la vejez, oh, hombre blanco —dijo—. Hace cincuenta años que soy el jefe de esta tribu y siempre me han respetado, reverenciado y obedecido. Ahora mi joven yerno, Obombo, pretende que le hagan jefe a él y muchas personas le apoyan. No tenemos pan; escasean toda clase de alimentos. Y Obombo ha declarado a los miembros de la tribu

que yo tengo la culpa, que si le hacen jefe, él traerá bienestar y prosperidad. No es que yo no esté dispuesto a dejar la jefatura, pero sé que este joven intruso, al ocupar mi lugar, tiene la intención de llevar a la gente a la guerra. ¿Qué va a conseguir con la guerra? ¿Acaso puede llenar así los estómagos de la gente? En las guerras siempre hemos sido derrotados. Nuestros vecinos son pueblos poderosos, mientras que nosotros somos la tribu más pequeña de toda África occidental. Por eso nos han saqueado una y otra vez, y ahora hemos llegado al punto en que las madres y los niños vienen a pedir pan a mi puerta.

¡Ay! ¡Ay de mí! ¡Qué tristeza haber llegado a ver este día!

Al terminar, el jefe se desplomó en una silla y rompió a sollozar. El doctor se le acercó y le dio un golpecito en la espalda.

—Jefe Nyam-Nyam —le dijo—, creo que hoy he descubierto algo que podría haceros ricos para el resto de vuestros días a vos y a vuestro pueblo. Salid ahora y dirigíos a vuestra tribu. Prometedles en mi nombre, y recordadles que vengo recomendado por el rey Koko que si permanecen pacíficamente bajo vuestra jefatura una semana más, el país del jefe Nyam-

Nyam se hará famoso por su riqueza y prosperidad.

Entonces el anciano jefe abrió la puerta y pronunció un discurso ante la vociferante multitud. Pero cuando terminó, Obombo, su yerno, se levantó y empezó otro discurso en el que pedía a la gente que se llevasen al viejo a la selva. Sin embargo antes de haber llegado a la mitad, los allí reunidos empezaron a decirse los unos a los otros:



El doctor le dio un golpecito en la espalda

—No hagamos caso a este joven insolente. Sería mucho mejor aceptar las

promesas del hombre blanco y ver lo que pasa. Es un hombre de acción, no de palabras. ¿Acaso no ahuyentó a las Amazonas con un ratón mágico que lleva en el bolsillo? Pongámonos de parte del hombre blanco y del venerable Nyam-Nyam que nos gobierna con benevolencia desde hace tanto tiempo. Obombo no haría más que llevarnos a la guerra y esto nos empobrecería todavía más.

Pronto empezaron a oírse siseos y silbidos entre la multitud y, cogiendo piedras y barro, la gente empezó a lanzárselos a Obombo para que no pudiese continuar hablando. Finalmente

fue él quien tuvo que salir corriendo hacia la selva para huir de la furia de la gente.

Entonces, cuando los ánimos se hubieron calmado y los habitantes del poblado se fueron tranquilamente a sus casas, el doctor contó al anciano jefe la riqueza que le esperaba en las ostras de las Rocas Harmattan. Y el cormorán accedió, para complacer al doctor, a que unos cuantos de sus parientes se dedicasen a pescar perlas para estas gentes que tanto necesitaban dinero y alimentos.

Y durante la semana siguiente el doctor llevó en la canoa dos veces al

día al anciano jefe a las rocas. Los cormoranes pescaban gran cantidad de ostras, y el doctor distribuía las perlas en unas cajitas que mandaba a vender. John Dolittle le dijo al jefe que guardase secreto sobre este asunto y que no confiase el envío más que a hombres de confianza.

Y muy pronto empezó a entrar dinero en grandes cantidades en el país como consecuencia del negocio de la pesca de ostras que el doctor había creado, y la gente empezó a disfrutar de gran prosperidad y tenía todo lo que quería para comer.

Al final de esa semana el doctor

había cumplido su promesa, y el país del jefe Nyam-Nyam se hizo famoso por su riqueza en toda la costa de África occidental.

Pero donde se hace dinero en grandes cantidades y hay buenos negocios, siempre acuden forasteros en busca de fortuna. Y muy pronto el pequeño poblado, que antes era pobre e insignificante, se llenó de comerciantes de los reinos vecinos que compraban y vendían en los atestados y animados mercados. Y naturalmente, la gente empezó en seguida a preguntarse cómo este país se había hecho tan rico de repente. Y aunque el jefe había cumplido

las órdenes del doctor, y únicamente había confiado el secreto de las pesquerías a unos pocos hombres escogidos, la gente comenzó a observar que había canoas que iban y venían con suma frecuencia entre las Rocas Harmattan y el pueblo del jefe Nyam-Nyam.

Entonces empezaron a aparecer entre las rocas canoas con espías de los países vecinos que habían saqueado y atacado a esta tierra. Y como es lógico, el secreto se averiguó muy pronto.

Y el emir de Elebubu, que era uno de los grandes y poderosos vecinos, reunió a su ejército y lo envió en canoas de

guerra para apoderarse de las Rocas Harmattan. Al mismo tiempo atacó al pueblo, expulsó a todo el mundo y llevándose al doctor y al jefe los encarceló en su propio país. Entonces el pueblo de Nyam-Nyam acabó por no tener tierra alguna.

Y en la selva, adonde habían huido los asustados habitantes del pueblo para esconderse, Obombo hacía discursos secretos a pequeños grupos diseminados de los hombres de su suegro, y les decía que habían sido tontos por fiarse del hombre blanco que era un loco, en vez de escucharle a él, que les habría llevado a la opulencia.

Ahora bien, cuando el emir de Elebubu encarceló al doctor, se negó a que fuesen con él Dab-Dab, Yip o Gub-Gub. Yip armó una bronca y mordió al emir en una pierna. Pero lo único que consiguió con esto fue que le atasen con una cadena muy corta.

La cárcel en la que encerraron al doctor no tenía ventanas. Y John Dolittle, aunque ya había estado en otras prisiones africanas, se sentía muy desgraciado, pues era muy exigente en cuanto a tener aire puro. Además, le habían atado las manos a la espalda con una gruesa cuerda.



En la selva Obombo pronunciaba discursos

—Dios mío —dijo tristemente
mientras estaba sentado en el suelo a

oscuras, sin saber qué demonios iba a poder hacer no teniendo para ayudarle a ninguno de sus animales—, verdaderamente qué vacaciones tan malas estoy pasando.

Pero al poco rato oyó que algo se movía en su bolsillo, y qué alegría no sentiría cuando salió el ratón blanco, que se había dormido profundamente y al que el doctor había olvidado por completo, y se posó en su regazo.

—¡Qué buena suerte! —exclamó el doctor—. Eres justamente quien necesito. ¿Me harías el favor de dar la vuelta por detrás de mí y roer esta maldita cuerda? Me está haciendo daño

en las muñecas.

—Por supuesto —dijo el ratón poniéndose manos a la obra inmediatamente.

—¿Por qué está tan oscuro? ¿Es que he estado durmiendo hasta la noche?

—No —contestó el doctor—. Me parece que no es más que mediodía. Pero estamos cautivos. Ese estúpido de emir de Elebubu declaró la guerra a Nyam-Nyam y me cogió prisionero. ¡Vaya lata! ¡Siempre me están metiendo en la cárcel! Lo peor es que no ha dejado que Dab-Dab y Yip viniesen conmigo. Me fastidia muy especialmente no tener a Dab-Dab. ¡Ojalá se me

ocurriese la manera de enviarle un recado!

—Bueno, espere a que le haya soltado las manos —dijo el ratón blanco—. Entonces verá lo que se puede hacer. ¡Vaya! Ya he mordido un cabo. Ahora dé un tirón con las manos y se desatará toda la cuerda.

El doctor retorció las muñecas y los brazos y se soltó las manos.

—¡Menos mal que te tenía en el bolsillo! —dijo—. La postura en que estaba era de lo más incómoda. Me intriga en qué tipo de prisión estará Nyam-Nyam. Esta es la peor en que yo he estado.

Mientras tanto el emir, que estaba celebrando la victoria en su palacio, decretó que las Rocas Harmattan, que ahora se llamarían Reales Pesquerías de Perlas Elebubu, pasarían desde ese momento a ser propiedad privada suya exclusivamente y no se permitiría entrar a nadie en ellas.

Y envió a seis hombres especiales con la orden de que ocupasen las islas y de que le llevasen a él todas las perlas.

Ahora bien, los cormoranes no sabían que se había declarado la guerra, ni tampoco se habían enterado de las desgracias del doctor. Y cuando llegaron los hombres del emir para llevarse las

ostras de las perlas que habían pescado, creyeron que eran los hombres de Nyam-Nyam y se las dejaron coger. Sin embargo, afortunadamente, sucedió que en la primera tanda de ostras las perlas que había eran muy pequeñas y de muy poco valor.

Yip y Dab-Dab seguían conspirando para encontrar la manera de llegar al doctor. Pero no se les ocurría nada.

Dentro de la prisión el doctor movía los brazos porque se le habían quedado muy agarrotados.

—Usted dijo algo de un recado que tenía para Dab-Dab, me parece —pió la vocecita del ratón desde un rincón

oscuro.

—Sí —dijo el doctor—, y es muy urgente. Pero la verdad es que no sé cómo hacérselo llegar.

Este sitio está construido de piedra, y la puerta es muy gruesa, lo observé al entrar.

—No se preocupe, doctor, yo se lo haré llegar —dijo el ratón—. Acabo de encontrar un viejo agujero de ratón aquí, en la esquina. Me he metido por él y va por debajo del muro y sale al lado de la raíz del árbol que hay en la calle enfrente de la cárcel.

—¡Oh, qué maravilloso! —exclamó el doctor.

—Déme el recado —dijo el ratón—, y yo se lo comunicaré a Dab-Dab en menos que canta un gallo. Está posado en el árbol donde va a salir el agujero.

—Dile que vaya volando inmediatamente a las Rocas Harmattan y que ordene tajantemente a los cormoranes que dejen de pescar ostras al momento.

—Muy bien —dijo el ratón y se deslizó por el agujero.

Tan pronto como recibió el mensaje, Dab-Dab se marchó a las pesquerías de perlas y dio a los cormoranes las instrucciones del doctor.

Llegó justo a tiempo, pues los seis

hombres elegidos especialmente por el emir estaban a punto de desembarcar en las islas para llevarse otra carga de perlas. Dab-Dab y los cormoranes volvieron a tirar rápidamente al mar las ostras que se habían pescado, y cuando llegaron los hombres del emir se encontraron con que no había ninguna.

Después de deambular durante un rato, volvieron y dijeron al emir que no habían encontrado más ostras de perlas en las rocas. Entonces les mandó mirar de nuevo, pero volvieron diciendo lo mismo.

Ante esto el emir se quedó perplejo y se puso furioso. ¿Si Nyam-Nyam podía

encontrar perlas en las Rocas Harmattan por qué no podía él? Y uno de sus generales dijo que seguramente el hombre blanco tenía que ver algo en ello, puesto que era él quien había descubierto y puesto en marcha las pesquerías.

Al oír esto el emir llamó a sus porteadores y les hizo llevarle a la cárcel.

—¿Qué demonio ha hecho usted, so ladrón de cara blanca, a mis pesquerías de perlas?



¿Cómo se atreve a hablarme de esa manera?

—No son tuyas las pesquerías de perlas, so tunante de cara negra —

contestó el doctor—. Usted se las robó al pobre Nyam-Nyam. Las perlas las sacaban las aves pescadoras. Pero las aves no trabajan más que para gente honrada. ¿Por qué no tiene ventanas en la cárcel? ¿No le da vergüenza?

Entonces el emir montó en cólera.

—¿Cómo se atreve usted a hablarme de esa manera? Soy el emir de Elebubu.

—Usted lo que es, es un canalla sin escrúpulos —dijo el doctor—, y no quiero hablar con usted.

—Si no hace que los pájaros trabajen para mí mandaré que no le den de comer —dijo el emir—. Le dejaremos morir de hambre.

—Ya le he dicho —añadió el doctor — que no deseo seguir conversando con usted. No conseguirá nunca ni una sola perla en las Pesquerías Harmattan.

—Pues no comerá usted ni un bocado hasta que las consiga —gritó el emir.

Entonces se volvió hacia los guardianes de la cárcel y dispuso que al doctor no se le diese nada de comer hasta nueva orden. La puerta se cerró de un portazo con un lúgubre estruendo, y después de haberle llegado una bocanada de aire fresco, el doctor se quedó otra vez a oscuras en la mal ventilada mazmorra.

6

La liberación del doctor

EL emir de Elebubu volvió a su palacio completamente seguro de que después de dejar sin comer a John Dolittle un par de días le obligaría a hacer todo lo que él quisiera. Ordenó que tampoco se sirviese agua al cautivo, para estar doblemente seguro de que le forzaría a obedecer.

Pero inmediatamente después de marcharse el emir, el ratón blanco salió

por el agujero del rincón. Y no paró ni en todo el día ni en toda la noche; iba y venía para traer migas de diferentes alimentos que cogía de las casas de la ciudad: migas de pan, migas de queso, migas de batata, migas de patata y migas de carne que roía de los huesos que encontraba. Todo eso lo almacenaba cuidadosamente en el sombrero del doctor, que estaba en un rincón de la celda y, al final de cada día conseguía reunir suficientes migas como para una comida abundante.

El doctor dijo que nunca tuvo la menor idea de lo que comía pero que, como la mezcla alimenticia era muy

digestiva y nutritiva, no veía razón para que le importase. A fin de abastecer de agua a su amo, el ratón recogía nueces, y después de hacer con los dientes un agujero diminuto en un extremo, picaba todo lo que había dentro y lo sacaba por el agujero sacudiendo la nuez. Luego, llenaba la cáscara vacía con agua y la cerraba con goma arábica que cogía de los árboles. Las nueces llenas de agua le resultaban un poco pesadas para poderlas transportar, así que Dab-Dab las traía del río hasta la entrada del agujero, y el ratón las echaba a rodar por el agujero hasta la celda.

Contando con la ayuda de sus

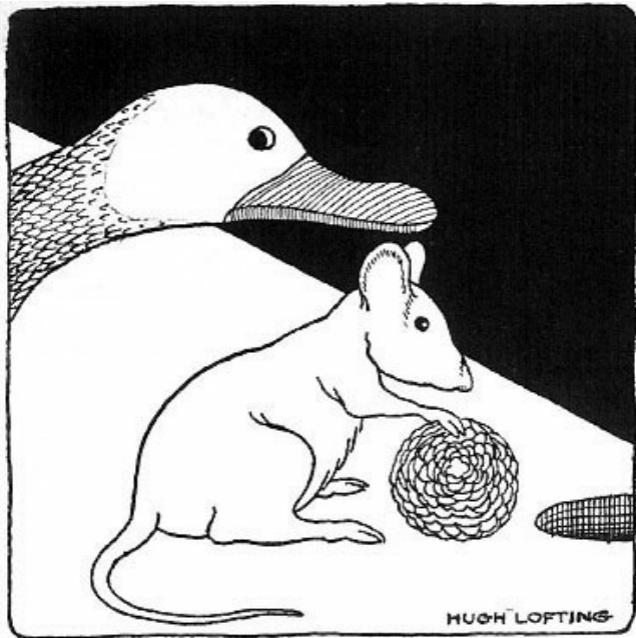
amigos, los ratones del pueblo, en la preparación de estas nueces, pudo conseguirlas a centenares. Entonces, cuando el doctor quería beber, no tenía más que metérselas en la boca, cascarlas con los dientes, y una vez que el agua le había bajado por la garganta, escupía las cáscaras rotas.

El ratón blanco también cogía migas de jabón para que su amo se pudiese afeitarse, pues el doctor, incluso en la cárcel, daba mucha importancia a esta faceta de su aspecto personal.

Bueno, pues al cabo de cuatro días el emir de Elebubu envió a un mensajero a la cárcel para averiguar si el doctor

estaba ya dispuesto a hacer lo que se le ordenaba. Los guardianes, después de hablar con John Dolittle, llevaron la noticia al emir de que el hombre blanco seguía igualmente obstinado en no decir nada, y que no tenía la menor intención de ceder.

—Muy bien —dijo el emir dando una patada en el suelo—, pues vamos a dejarle que se muera de hambre. Dentro de diez días se habrá muerto. Entonces yo iré y me reiré sobre su cadáver. ¡Que se mueran todos los desgraciados que se oponen a los deseos del emir de Elebubu!



El ratón blanco echaba a rodar las nueces por el agujero

Y a los diez días fue a la cárcel, tal como había anunciado, para recrearse

contemplando la terrible suerte del hombre blanco. Muchos de sus ministros y generales le acompañaron para regocijarse con él. Pero cuando abrieron la puerta de la cárcel, en vez de ver el cadáver del hombre blanco tirado en el suelo, el emir se encontró al doctor en el quicio de la puerta sonriendo cordialmente, afeitado y perfectamente aseado. La única diferencia en su aspecto era que, al no haber podido hacer ejercicio en la cárcel, se había puesto algo más gordo y rechoncho.

El emir miró fijamente al cautivo con la boca abierta y enmudeció de asombro. Ahora bien, el día antes había

oído por primera vez la historia de la derrota de las amazonas y el emir se había negado a creerlo. Pero ahora empezaba a pensar que, todo lo que se contase sobre este hombre, podía ser verdad.

—Mire —le susurró al oído uno de sus ministros—, el hechicero incluso se ha afeitado sin agua ni jabón. Majestad, aquí hay algo mágico de mala índole. Ponga en libertad a este hombre antes de que nos acontezca alguna desgracia. Lo mejor sería dejarle marchar.

Y el asustado ministro retrocedió, mezclándose entre la gente, para que no le diese en la cara el mal de ojo del

doctor.

Entonces el mismo emir empezó a sentir un gran terror, y ordenó que liberasen al doctor en el acto.

—No me marcharé de aquí —dijo John Dolittle rotundamente, de pie ante la puerta— hasta que no ponga ventanas en esta cárcel. Es una vergüenza encerrar a una persona en un sitio sin ventanas.

—Abran ventanas en la cárcel inmediatamente —dijo el emir a los guardias.

—Y después de esto tampoco me voy —añadió el doctor— hasta que no ponga en libertad al jefe Nyam-Nyam, y

hasta que haya ordenado a su gente que se retire de su país y de las Rocas Harmattan, y hasta que le haya devuelto las tierras de labranza que le ha robado.

—Todo se hará —contestó el emir rechinando los dientes—, pero ¡váyase!

—Me voy —dijo el doctor—. Pero si se mete otra vez con sus vecinos, volveré. ¡Mucho cuidado!

Entonces cruzó de una zancada la puerta de la cárcel y salió a la soleada calle, mientras las asustadas gentes se apartaban a uno y otro lado y se tapaban las caras susurrando:

—Todo esto es mágico. ¡Que no os eche mal de ojo!

Y dentro del bolsillo del doctor el ratón blanco se cubría la cara con las patas para no soltar la carcajada.

Entonces el doctor emprendió la marcha, junto con sus animales y el anciano jefe, hacia el país de Nyam-Nyam desde la tierra donde le habían tenido cautivo. En el camino fueron encontrando grupos de las gentes del jefe que seguían escondidos en la selva. Les contaban las buenas nuevas de la promesa del emir, y al enterarse de que su país había sido liberado, y era seguro de nuevo, la gente se unía al grupo del doctor para el viaje de vuelta, y mucho antes de que apareciese ante su vista el

pueblo, John Dolittle parecía un general triunfante que volvía a la cabeza de su ejército, tantos eran los que se le habían unido por el camino.

Esa misma noche hubo grandes celebraciones en el pueblo del jefe, y la gente proclamó al doctor el hombre más grande que jamás había visitado su tierra. Ya no había nada que temer de dos de sus peores enemigos: el emir estaba comprometido por una promesa, y Dahomey no era probable que volviese a molestarles después del susto que las amazonas se habían llevado durante su último ataque. Las pesquerías les fueron devueltas y en el país volvían

a reinar la paz y la prosperidad.

Al día siguiente el doctor se trasladó a las Rocas Harmattan para visitar a los cormoranes a fin de agradecerles la ayuda que le habían prestado. El anciano jefe le acompañó en este viaje y con él cuatro hombres de su confianza. Para que no se volviesen a producir errores en el futuro, se mostraron esos hombres a los cormoranes, y se les comunicó que era a ellos y no a otros, a quienes habían de proporcionar ostras de perla.

Mientras el doctor y su grupo estaban en las Rocas pescaron una ostra que contenía una perla enorme y muy bonita: la mayor y más bella que se

había pescado hasta entonces con gran diferencia. Era perfecta de forma, no tenía ninguna mancha y era de una tonalidad muy poco frecuente. Después de pronunciar un breve discurso, el jefe se la regaló al doctor como recompensa por los servicios que había prestado, tanto a él como a su pueblo.

—¡Gracias a Dios! —susurró Dab-Dab a Yip—. ¿Te das cuenta de lo que esa perla significa para nosotros? El doctor estaba a la última pregunta, más pobre que las ratas. De no ser por esto habríamos tenido que ponernos a viajar de nuevo de circo en circo con el testadoble. ¡Cuánto me alegro! Pues,

personalmente, ya tengo ganas de regresar a casa y de estar tranquilo por algún tiempo una vez que volvamos.

—¡Huy!, no sé... A mí me encantan los circos —dijo Gub-Gub—. Y no me importa viajar con tal de que sea por Inglaterra y con un circo.

—Bueno, sea lo que sea —dijo Yip—, es bonito que al doctor le hayan dado la perla. Siempre está mal de dinero. Y como tú decías, Dab-Dab, con esto se hace rico cualquiera para el resto de su vida.



*¿Te das cuenta de lo que esa perla significa
para nosotros?*

Pero mientras el doctor estaba todavía dando las gracias al jefe por el

valioso regalo, llegó volando Aguda la recadera con una carta para él.

—Venía con la indicación «urgente» en tinta roja, doctor —dijo la golondrina—, así que Rauda pensó que lo mejor sería entregársela a usted en un envío especial.

John Dolittle abrió el sobre.

—¿De quién es? —preguntó Dab-Dab.

—¡Ay! —exclamó el doctor mientras la leía—. Es de ese agricultor del condado de Lincolnshire cuyas coles de Bruselas fueron importadas aquí para Gub-Gub. Me olvidé de contestar su carta. ¿No recuerdas que me escribió

preguntándome que podía haber pasado? El caso es que yo he estado tan ocupado que se me olvidó del todo. Vaya por Dios, tengo que compensar al pobre hombre de alguna manera. No sé... ¡Ah, bueno, pero si tengo esto! Puedo enviarle la perla. Con eso se le pagarán las coles y aún le quedará algo. ¡Qué buena idea!

Y ante la consternación de Dab-Dab, el doctor cogió un trozo de la carta del agricultor, garrapateó una respuesta, envolvió la perla en ella y se la entregó a la golondrina.

—Dile a Rauda —dijo— que envíe esto inmediatamente por correo

certificado. Vuelvo a Fantippo mañana. Adiós y gracias por este servicio especial.

Cuando Aguda la recadera desapareció a lo lejos con la valiosísima perla, Dab-Dab se volvió hacia Yip y murmuró:

—Ahí se esfuma la fortuna de Dolittle. ¡Caray! Es impresionante, parece que a este hombre le quema el dinero en las manos.

—¡Ay! No cabe duda de que lo nuestro es el circo.

—Se nos va con la misma facilidad con que nos viene —murmuró Gub-Gub—. No os importe. Yo no creo que sea

tan divertido ser rico. La gente
acaudalada se comporta con muy poca
naturalidad.

Una carta misteriosa

A HORA hemos llegado a un hecho insólito en la historia del servicio de correos del doctor, y que posiblemente fue el más fabuloso entre los extraños acontecimientos que tuvieron lugar con motivo de la creación del Correo de las Golondrinas.

Al llegar a la casa flotante después de sus breves pero ajetreadas vacaciones, el doctor fue recibido con gran alegría por parte del testadoble, de Tu-Tu, de Baratorio y de Rauda la

ligera. También el rey Koko acudió a dar la bienvenida a su amigo cuando vio que llegaba la canoa del doctor, gracias a los prismáticos (cuyo precio había sido ciento cincuenta libras) que recientemente había recibido de Londres por el servicio de paquetes postales. Y los fantippones ilustres, que durante la ausencia del director general de Correos habían echado de menos el té de la tarde y el chismorreo social, se embarcaron en sus canoas y siguieron al rey hacia la oficina del correo extranjero.



El rey vio llegar la canoa del doctor

Así que, durante las tres horas siguientes a su llegada, en realidad hasta

que anocheció, el doctor no hizo otra cosa que estrechar manos y responder cuando le preguntaban si lo había pasado bien durante sus vacaciones, dónde había estado y qué había hecho. La recepción que le hicieron a su regreso y el encontrarse de nuevo en su cómoda casa flotante, tan alegre, con las estanterías llenas de flores, hizo que el doctor tuviese la impresión de que realmente volvía a casa, como después le diría a Dab-Dab.

—Sí —dijo el pato—, pero no se olvide que tiene otro hogar, el de verdad, en Puddleby.

—Eso es cierto —comentó el doctor

— Me parece que pronto voy a tener que regresar a Inglaterra. Pero los fantippones estaban realmente contentos de vernos, ¿no te parece? Y después de todo, ¿acaso no es África ahora un país agradable?

—Sí —dijo Dab-Dab—, es un país lo suficientemente agradable para pasar una vacaciones cortas y tomar unas cuantas bebidas refrescantes.

Después de haber cenado y de haber contado de nuevo a su propio círculo familiar la historia de las pesquerías de perlas, el doctor se puso finalmente a ver el enorme montón de cartas que le esperaban. Como siempre, procedían de

todos los rincones del mundo, de todas las especies de aves y animales concebibles, y pasó muchas horas leyéndolas con paciencia y contestándolas sobre la marcha. Rauda actuaba de secretaria y escribía en el garabateo de las aves y de los animales las contestaciones que el doctor despachaba de un tirón. A veces, John Dolittle dictaba tan deprisa que la pobre ligera llamaba a Tu-Tu (que tenía una memoria prodigiosa) para que le ayudase a escuchar, a fin de que no faltase nada por no haberlo escrito con suficiente rapidez.

Hacia el final del montón el doctor

encontró un sobre muy extraño y grueso, todo él de barro. Durante un buen rato ninguno de ellos pudo entender ni una sola palabra de la carta que iba dentro, ni siquiera de quién era. El doctor sacó de la caja fuerte todos sus cuadernos, comparó la escritura, la miró cuidadosamente y la estudió atentamente durante muchas horas. Se había utilizado barro a modo de tinta y los signos estaban hechos tan torpemente que podían ser cualquier cosa.

Pero finalmente, después de un arduo trabajo: de copiarla en limpio, de hacer toda clase de conjeturas y de intercambiar múltiples impresiones, fue

descifrado el significado de la extraña carta, y esto era lo que decía:

Querido doctor Dolittle: he oído hablar de su servicio de correos y escribo ésta lo mejor que puedo, pues es la primera carta que he escrito. También he sabido que tiene usted un servicio para pronosticar el tiempo en relación con su oficina de correos y que un albatros tuerto es su principal profeta del tiempo. Le escribo para decirle que soy el profeta del tiempo más viejo del mundo.

Yo profeticé el Diluvio y resultó cierto hasta en la hora y el día que yo predije. Ando muy despacio, si no iría a verle, y quizá pudiese usted hacer algo para remediar mi gota que, en los últimos cientos de años, me ha dado mucha lata. Pero si usted está dispuesto a venir a verme le enseñaré muchas cosas sobre el tiempo atmosférico. Y le contaré la historia del Diluvio que vi con mis propios ojos desde la cubierta del Arca de Noé.

Le saluda atentamente

Carabarro

P. D. Soy una tortuga.

Al terminar de leer el embarrado mensaje la emoción y el entusiasmo del doctor eran inconmensurables. Y al momento empezó a hacer los preparativos necesarios para ir al día siguiente a visitar a la tortuga.

Pero, desgraciadamente, cuando volvió a coger la carta para ver dónde vivía la tortuga no encontró la menor indicación de su paradero. ¡La misteriosa escritora, que había

presenciado el Diluvio, que había visto a Noé y el Arca, se había olvidado de poner sus señas!

—Mira, Rauda —dijo el doctor—, tenemos que tratar de seguirle la pista a esto. No vamos a dejar títere con cabeza hasta que averigüemos de dónde vino este documento tan valioso. Primero preguntaremos a todos los de la oficina de correos a ver si saben quién lo trajo.

Bueno, pues Rauda y el doctor interrogaron por turnos al testadoble, a Baratorio, a Tu-Tu, a Aguda la recadera, a todas las golondrinas, a todas las aves que vivían dispersas por allí cerca, e incluso a un par de ratas que se habían

instalado a vivir en la casa flotante.

Pero nadie había visto llegar la carta; nadie sabía ni qué día ni a qué hora la habían traído; nadie tenía ni la menor idea de cómo había ido a parar al montón de cartas del doctor; nadie sabía nada de ella. Era uno de esos asuntos misteriosos que surgen de vez en cuando, incluso en los servicios postales mejor organizados.

El doctor estaba realmente desconsolado. Cuando se dedicaba a pensar en la historia natural, a menudo se hacía toda clase de preguntas relacionadas con el Arca y había llegado a la conclusión de que Noé,

después de terminar su memorable viaje debía haberse convertido en un gran naturalista. Ahora le había surgido inesperadamente la oportunidad de que le contase la gran historia un testigo ocular, alguien que realmente había conocido a Noé y había navegado con él, y a causa únicamente de un pequeño descuido, como es el de no poner las señas, iba a perderse tan importante ocasión.

Al fracasar todos los intentos de localizar a la escritora, el doctor se dio por vencido, y al cabo de dos días volvió a su trabajo de siempre, el cual le mantuvo tan ocupado durante toda la

semana siguiente que acabó olvidándose por completo de la tortuga y de su misteriosa carta.

Pero una noche en que se había quedado trabajando hasta tarde para poner al día el correo, el cual se había multiplicado durante su ausencia, oyó un ligero golpecito en la ventana de la casa flotante. Se apartó entonces de la mesa y fue a abrirla. Nada más hacerlo apareció de sopetón la cabeza de una enorme culebra con una carta en la boca, una carta gruesa y llena de barro.

—¡Santo cielo! —exclamó el doctor—. ¡Qué susto me has dado! Entra, entra y ponte cómoda.

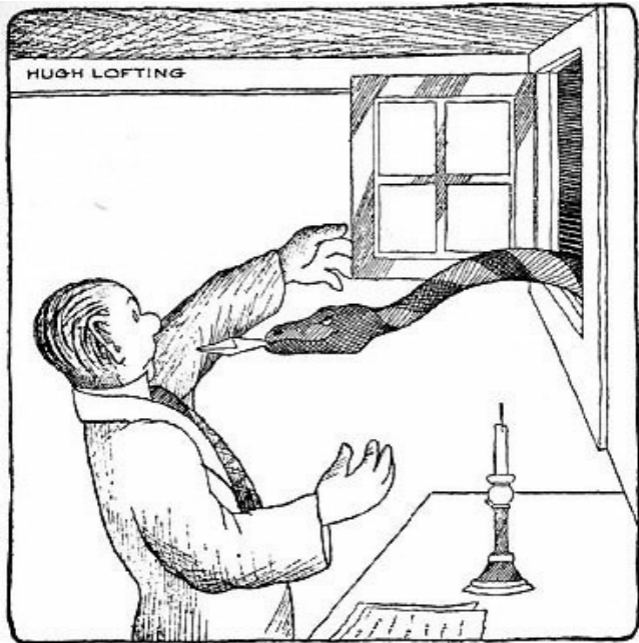
La culebra entró deslizándose suavemente por el alféizar de la ventana hasta el suelo. Eran muchos, muchos, los metros de culebra que iban entrando y que se enrollaban ordenadamente a los pies de John Dolittle, como las amarras en las cubiertas de un barco.

—Perdona, pero ¿has entrado ya del todo? —preguntó el doctor.

—No —contestó la culebra—, todavía me queda fuera la mitad.

—Entonces abriré la puerta para que puedas terminar de enroscarte en el pasillo —dijo el doctor—. Esta habitación es un poco pequeña.

HUGH LOFTING



Al abrir la ventana apareció la cabeza de una enorme culebra

Quando al fin ya estaba dentro toda

la enorme culebra, los gruesos anillos cubrían totalmente el suelo de la oficina del doctor y buena parte salían fuera, al pasillo.

—Bueno —dijo el doctor cerrando la ventana— ¿en qué puedo servirte?

—Le he traído esta carta —dijo la culebra—. Es de la tortuga. No sabe por qué no recibió respuesta a la primera que le escribió.

—Es que no me puso las señas —dijo John Dolittle cogiendo el embarrado sobre que le daba la culebra—. Desde entonces he intentado por todos los medios averiguar dónde vivía.

—Ah... ¿fue por eso? —dijo la

serpiente—. Bueno, es que a Carabarro no se le da bien lo de escribir cartas. Y supongo que no sabía que tenía que ponerle las señas.

—Me alegra muchísimo volver a tener noticias tuyas —dijo el doctor—. Había perdido todas las esperanzas de verla. ¿Puedes indicarme cómo ir hasta donde se encuentra?

—Pues claro —dijo la gran culebra—. Vivo en el mismo lago que ella, en el lago Yunganyika.

—Tú eres entonces una culebra de agua, me imagino —dijo el doctor.

—Sí.

—Pareces estar cansada del viaje.

¿Puedo ofrecerte algo?

—Me gustaría un plato de leche —
contestó la culebra.

—Sólo tengo leche de cabras salvajes —dijo John Dolittle—. Pero está muy fresca.

Y se dirigió a la cocina y despertó al encargado de la casa.

—¿Qué te parece Dab-Dab? —dijo con la respiración entrecortada por la emoción—, ¡tengo una segunda carta de la tortuga y la mensajera nos va a llevar a verla!

Cuando Dab-Dab entró con la leche en la oficina del director general de Correos encontró a John Dolittle

leyendo la carta. Y al mirar hacia el suelo soltó un grito de asco.

—Es una suerte que Sara no esté aquí —gritó—. ¡Mire cómo está su oficina, *toda repleta de serpiente!*

La tierra de los manglares pantanosos

EL viaje que el doctor hizo desde Fantippo hasta el lago Yunganyika fue largo, pero de lo más interesante. Resultó que la tortuga vivía a muchas millas hacia el interior, en el corazón de una de las zonas más selváticas y salvajes de África.

Esta vez el doctor decidió dejar en casa a Gub-Gub, y no se llevó con él más que a Yip, Dab-Dab, Tu-Tu y

Baratorio, que dijo que deseaba tomarse unas vacaciones, y que sus amigas las golondrinas ya eran capaces de hacer muy bien los repartos urbanos aunque él se ausentase.

La gran culebra de agua empezó por llevar al grupo del doctor por la costa hacia el sur durante unos sesenta o setenta kilómetros. Allí se apartaron del mar, entraron por la desembocadura de un río y emprendieron el camino hacia el interior. La canoa (al lado de la cual iba nadando la serpiente) era el mejor medio de transporte para ese tipo de viaje mientras el río tenía agua. Pero, al poco tiempo, a medida que lo

remontaban se iba haciendo cada vez más estrecho hasta que al final, como ocurre con muchos ríos de los países tropicales, no era más que el cauce seco de un riachuelo, o una cadena de pequeños charcos separados por largas barras de arena.

Por encima la espesa selva se abovedaba formando un túnel de vegetación. Esto era bueno durante el día, pues protegía mejor que una sombrilla contra los rayos del sol. Y en los trechos secos del lecho del río, donde el doctor tenía que acarrear o tirar de la canoa con unos patines de fabricación casera, el trabajo era duro y

se agradecía de verdad la sombra.

Al final del primer día John Dolittle quiso dejar la canoa en un lugar seguro y terminar la excursión a pie. Pero la culebra dijo que la necesitarían más adelante donde había más agua y tenían que cruzar muchos pantanos.

A medida que avanzaban la selva parecía irse haciendo más y más densa a su alrededor. Pero a lo largo del cauce del río siempre tenían el paso libre. Y aunque el curso del arroyo daba muchas vueltas y revueltas, el camino era bueno.

El doctor vio muchas cosas nuevas: árboles con los que no se había encontrado nunca, orquídeas de

brillantes colores, mariposas, helechos, aves y monos extraños. Así que su cuaderno estaba siempre en funciones, pues no dejaba de dibujar, apuntar y añadir datos nuevos a sus ya vastos conocimientos de historia natural.

Al tercer día de viaje el lecho del río desembocaba en un tipo de terreno nuevo y completamente diferente. Si no se ha estado nunca en un manglar pantanoso resulta difícil imaginárselo. El paisaje era lúgubre. Era una tierra llana y cenagosa, llena de charcas y arroyuelos, salpicada con matojos de yerbas y yerbajos entrelazados con raíces retorcidas y zarzas enmarañadas.

Allí no había grandes árboles, como los que habían visto más abajo en la selva. Los mangles no sobresalían más de un par de metros por encima de la cabeza, y de sus delgadas ramas colgaban largos mechones de musgo que parecían ondeantes trapos grises.

La vida en derredor suyo era también muy diferente. A las aves de alegres colores del verdadero bosque no les gustaba este húmedo terreno, mitad agua y mitad tierra. En su lugar, toda clase de aves de pantano —de pico grande y cuello largo— les miraban desde los desgarrados arbolitos. Muchas clases de garzas reales,

garcetas, ibises, somormujos, avetoros —incluso unas aves majestuosas que pueden deslizarse entre las aguas— vadeaban las lagunas o anidaban en los islotes empenachados. Por los agujeros que formaban las retorcidas raíces entraban y salían extraños y curiosos animales acuáticos —medio peces medio lagartos— que huían de los cangrejos de brillantes colores o se peleaban con ellos.

A muchas personas les hubiese parecido un país horripilante y de pesadilla esta tierra poblada por mangles. Pero para el doctor, a quien cualquier tipo de vida animal le

resultaba simpática y bien intencionada, era un nuevo campo de exploraciones maravilloso.

Ahora se alegraban de que la serpiente no les hubiese permitido dejar la canoa. Ya que aquí, donde a cada paso que se daba se corría el peligro de hundirse en el lodo hasta la cintura, a Yip y al doctor les hubiese resultado muy difícil avanzar sin ella, pues incluso con ella se avanzaba despacio y con dificultad. Los mangles extendían sus largos brazos retorcidos y entrecruzados en todas direcciones para cerrar el paso, como si estuviesen decididos a guardar los secretos de esta tierra silenciosa y

lúgubre, donde el hombre no podría vivir y que muy rara vez visitaba.

Y ciertamente, de no haber sido por la gigante culebra de agua, para quien andar por los pantanos era la forma más fácil de viajar, no hubiesen podido abrirse camino. Pero su guía iba por delante, a cientos de metros de distancia para indicarles el camino por los pasos más despejados y para buscar los lugares donde el agua tenía la suficiente profundidad para que la canoa pudiese navegar. Y aunque la mayoría de las veces no se le veía la cabeza en la enmarañada distancia, en los trechos peores agarraba bien la canoa

enroscando la cola a la proa de la barca. Y siempre que se quedaba atascada en el fango contraía su largo y musculoso cuerpo y con una sacudida tiraba de ella hacia delante, como si no fuese más que una lata atada al extremo de un cordel.

Naturalmente, Dab-Dab, Tu-Tu y Baratorio no se molestaban en sentarse en la canoa. Encontraban que era una forma mucho más fácil de viajar volar de árbol en árbol. Pero en uno de los briosos tirones que dio la serpiente, a modo de sirga viviente, salió despedida la canoa, y el doctor y Yip se encontraron sentados en el cieno. Esto divirtió tanto al descarado de Baratorio,

que se había posado en lo alto de un mangle, que rompió repentinamente el solemne silencio del pantano soltando una estrepitosa carcajada.



Cuando se atascaban, la culebra daba un tirón a la canoa

—¡Caray, doctor, en vaya fregados tan cómicos se ve usted metido! ¡Quién

me iba a decir que acabaría viendo al eminente médico de Puddleby-on-the-Marsh, John Dolittle, doctor en medicina, arrastrado por el fango, en lo más oscuro de África, por un obeso gusano de varios cientos de metros de longitud! ¡No se hace ni la más remota idea de lo gracioso que resulta!

—¡Oh, cierra el pico! —gruñó Yip cubierto de barro negro desde la cabeza a los pies, y volviéndose a subir atropelladamente a la canoa—. Para ti es muy fácil porque puedes volar por encima de esta marranada.

—Qué campo de fútbol tan chipén se haría aquí —murmuró Baratorio—. Me

sorprende que a los africanos no se les haya ocurrido. Yo no tenía ni la menor idea de que pudiese haber tanto barro en ningún sitio. Me gustaría saber cuándo llegamos. Es como si nos dirigiésemos al fin del mundo o al centro de la tierra. No he visto ni un ser humano desde que nos apartamos de la costa. La tal tortuga debe de ser un tanto exclusivista. A menda no le extrañaría que nos topásemos de un minuto a otro con Noé en persona sentado en los restos del Arca... Yip, ayuda al doctor. Mira, se le ha enganchado la barbilla en una raíz.

Al oír el parloteo de Baratorio, la culebra comprendió que debía estar

sucediendo algo, así que volvió el extremo donde tenía la cabeza para ver qué pasaba. Entonces se hizo un alto en el camino mientras Yip y el doctor se limpiaban, y los valiosos cuadernos, que también habían salido despedidos al barrizal, fueron recuperados y guardados en lugar seguro.

—¿No vive ningún ser humano por aquí? —preguntó el doctor.

—Absolutamente nadie —dijo la guía—. Hace tiempo que dejamos atrás las tierras donde habitan los hombres. En estos pantanos no puede vivir nadie, a no ser ciertas especies de aves y algunos animales y culebras de agua.

—¿Cuánto nos queda todavía? — preguntó el doctor a la culebra, mientras quitaba el barro del sombrero en una charca.

—Alrededor de un día más de viaje —respondió la culebra—. El lago secreto de Yunganyika está rodeado por todas partes por un ancho cinturón de pantanos. La marcha resultará más fácil a medida que nos acerquemos a las aguas abiertas del lago.

—¿Entonces es que estamos ya realmente en sus orillas?

—Sí —dijo la serpiente—. Pero el lago secreto no puede decirse que tenga orillas propiamente dichas o, como

usted puede ver, unas orillas donde pueda permanecer un hombre.

—¿Por qué lo llamáis lago secreto?
—preguntó el doctor.

—Porque no lo ha visitado ningún hombre desde el Diluvio —explicó la culebra gigante—. Usted va a ser el primero en verlo. Nosotros, los que vivimos en él, presumimos de que nos bañamos a diario en el agua original del Diluvio. Pues antes de los cuarenta días del Diluvio dicen que no existía. Pero cuando pasó el Diluvio esta parte de la Tierra no se llegó a secar. Y así se ha conservado, protegida por estos pantanos.

—¿Entonces qué había aquí antes del Diluvio? —preguntó el doctor.

—Dicen que una tierra suave y fértil sembrada de ondulante trigo y soleadas colinas —contestó la culebra—. Eso es lo que yo he oído, pero yo no estaba aquí para verlo. Carabarro, la tortuga, se lo contará todo.

—¡Qué maravilloso! —exclamó el doctor—. Sigamos adelante. Estoy deseando verla y ver el lago secreto.

9

El lago secreto

DURANTE la etapa del siguiente día de viaje el terreno se hizo más fácil y abierto, tal como había anticipado la serpiente. Poco a poco iba disminuyendo el número de islas y los manglares no estaban tan enmarañados. En el monótono paisaje había más agua y menos tierra. Se avanzaba con más facilidad. El doctor podía remar sin la ayuda de la guía durante trechos de muchos kilómetros en aguas que parecían bastante profundas. Era

ciertamente un gran cambio, al levantar la vista, poder ver de vez en cuando un cielo despejado en vez de la red formada por los árboles del pantano. Los viajeros veían ahora algunas bandadas de patos y gansos salvajes que cruzaban el aire volando hacia oriente.

—Eso es señal de que estamos cerca de agua abierta —comentó Dab-Dab.

—Sí —afirmó la culebra—. Van a Yunganyika.

Es un lugar donde acuden a alimentarse grandes bandadas de patos salvajes.

Eran alrededor de las cinco de la tarde cuando llegaron al final de la zona

de islas y de bancos cenagosos. Y cuando la proa de la canoa empezó a deslizarse hacia delante con facilidad, surcando unas aguas completamente abiertas, se encontraron de repente frente a un mar interior.

Al doctor le impresionó grandemente su primera visión del lago secreto. Pero si el paisaje de los pantanos había sido solitario, éste lo era aún más. No se veía la otra orilla. Su límite era como el del océano, nada más que una línea en la que se juntaban el agua y el cielo. Hacia occidente, la parte más oscura a la hora del atardecer, apenas se veía ni siquiera esa línea,

porque entonces las turbias aguas y la sombría noche se unían desdibujadas hasta fundirse en una masa oscura. A la derecha y a la izquierda el doctor veía la franja de árboles que bordeaban todo el lago y que desaparecían en la lejanía hacia el norte y el sur.

En la parte más abierta grandes bancos de niebla gris se desplazaban de un lado a otro, y unas veces se unían y otras se separaban, siempre a merced del gimiente viento que les empujaba con impaciencia de aquí para allá sobre la superficie de las aguas.

—¡Caramba! —murmuró el doctor en voz baja—. ¡Aquí podría uno pensar

que la inundación del Diluvio no había terminado todavía!

—Vaya sitio tan alegre, ¿no le parece? —dijo la voz desvergonzada de Baratorio desde la popa de la canoa—. A mí que me den Londres cualquier día, aunque sea con mucha niebla. Éste es un país para condenados. Vea las sombras de la niebla patinando por el lago. Podía ser el viejo Noé con su familia jugando al corro en mangas de camisa, de verdad que lo parecen.

—Aquí siempre hay niebla —dijo la culebra—, y la ha habido siempre. Sobre ella apareció el primer arco iris.

—Bueno —dijo el gorrión—, si

fuese mío, yo vendería esta cacho terreno a precio de saldo con derecho a niebla y todo. A ver, ¿cuántos kilómetros de esta pequeñez de océano azul nos quedan por recorrer todavía para llegar a nuestra señora Carabarro?

—No muchos —dijo la culebra—. Vive en la orilla del lago, a unos pocos kilómetros hacia el norte. Vamos a darnos prisa para tratar de llegar a su refugio antes de que caiga la noche.

Una vez más se puso en camino el grupo con la guía delante, pero esta vez a mayor velocidad.

Al ir oscureciendo se empezaron a oír las llamadas de diferentes aves

nocturnas desde los mangles de la izquierda. Tu-Tu le dijo al doctor que muchas eran lechuzas, pero de unas especies que ella no había visto nunca y que no conocía.

—Sí, supongo que por aquí debe haber muchas especies diferentes de aves y animales que no se encuentran en ninguna parte de la tierra —dijo el doctor.

Finalmente, cuando todavía quedaba un poco de luz para ver, la culebra giró hacia la izquierda y volvió a dirigirse hacia el borde del pantano. Al doctor le resultaba difícil seguirla en la penumbra del anochecer, hasta que fueron a parar a

una profunda y transparente ensenada. Al llegar al fondo de ésta la proa de la canoa tropezó con algo duro. Cuando el doctor iba a asomarse para ver de qué se trataba, una voz baja y profunda, muy profunda, surgió a su lado de la oscuridad.

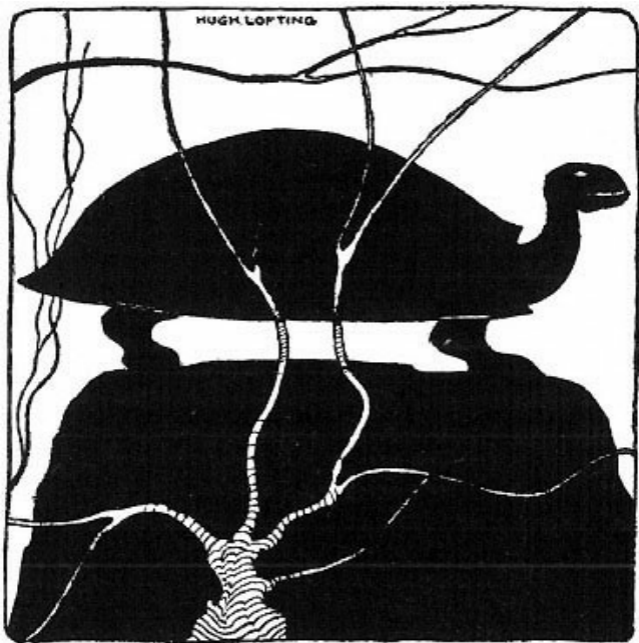
—Bienvenido, John Dolittle.
Bienvenido al lago Yunganyika.

Al levantar la vista el doctor vio en un islote parecido a un montículo la silueta de una enorme tortuga, cuyo caparazón tenía por lo menos cuatro metros de longitud, recortada contra el cielo negro azulado.

Finalmente el largo viaje había

terminado.

El doctor John Dolittle no era nunca partidario de viajar con mucho equipaje. Y para esta ocasión no había llevado más que unas pocas cosas envueltas en una sábana, y por supuesto, la pequeña bolsa negra de las medicinas. Sin embargo, por suerte, entre esas cosas había un par de velas. Y de no haber sido por ellas le hubiese costado mucho trabajo desembarcar de la canoa sin contratiempos.



El doctor vio la silueta de una enorme tortuga

Pero como el viento barría de un lado a otro el lago, el encenderlas no fue

tarea fácil. No obstante, para proteger las llamas, Tu-Tu tejió un par de pantallas con unas hojas muy delgadas a través de las cuales se tamizaba una luz de color verdoso lo suficientemente fuerte como para ver dónde se pisaba.

El doctor se quedó sorprendido al percibir que el montículo, o islote, sobre el que vivía la tortuga no era de barro, aunque había huellas de barro por todas partes. Era de piedra, pero hecho con piedras de sillería cortadas a cincel.

Mientras el doctor las examinaba con gran curiosidad la tortuga le dijo:

—Son las ruinas de una ciudad. A mí me bastaba con vivir y dormir en el

barro, pero desde que estoy tan mal de la gota decidí buscar un lugar firme y seco para reposar. Estas piedras son restos de la casa de un rey.

—¡Restos de una casa, de una ciudad! —exclamó el doctor oteando con curiosidad la húmeda y desolada oscuridad que rodeaba la isla—. Pero ¿de dónde proceden?

—Del fondo del lago —contestó la tortuga—. Por allí —Carabarro señaló con la cabeza la lúgubre y vasta extensión de agua— se elevaba hace miles de años la bella ciudad de Shalba. ¿Cómo no lo voy a saber si viví en ella bastante tiempo? En aquel entonces era

la más grande y la más bella ciudad que jamás haya construido el hombre, y el rey Mashtu de Shalba el monarca más orgulloso de la tierra. Y ahora yo, Carabarro, la tortuga, me he hecho un nido en el lago con las ruinas de su palacio. ¡Ja! ¡Ja!

—Parece que lo recuerdas con resentimiento —dijo el doctor—. ¿Te hizo algún daño el rey Mashtu?

—Vaya si me lo hizo —refunfuñó Carabarro—. Pero eso pertenece a la historia del Diluvio. Venís de muy lejos. Debéis de estar cansado y tener hambre.

—Bueno —dijo el doctor—, estoy muy impaciente por escuchar la historia.

¿Tardarías mucho en contarla?

—Calculo que tres semanas —susurró Baratorio—. Las tortugas hacen todo a cámara lenta. Me huele a que esa historia es la historia más larga del mundo, doctor. Primero vamos a echarnos un sueño y algo de comer. Mañana nos la puede contar igualmente.

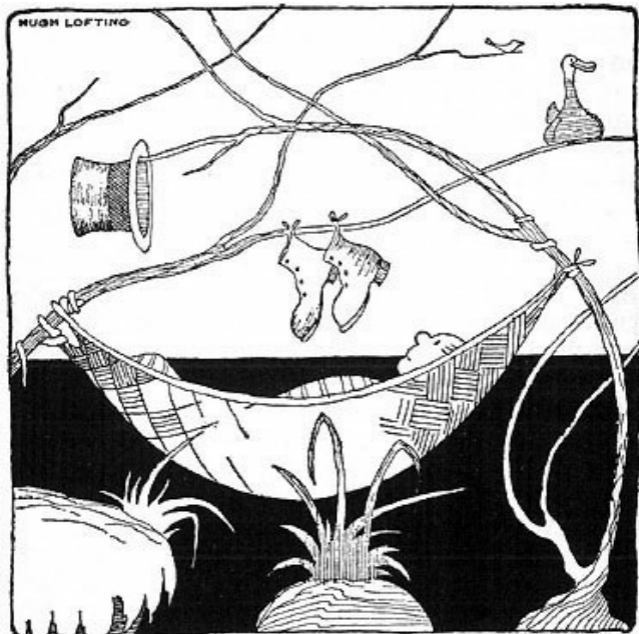
Así que, a pesar de lo impaciente que estaba John Dolittle, se dejó la historia para el día siguiente. Para la cena Dab-Dab consiguió reunir una buena cantidad de crustáceos de agua dulce, y Tu-Tu cogió unas cuantas bayas del lago que sirvieron muy bien como postre.

Luego se planteó la cuestión de cómo dormir. Esto no era fácil de resolver pues, aunque la base del montículo de la tortuga era de piedra, apenas quedaba en todo el islote un sitio seco para tumbarse. El doctor intentó hacerlo en la canoa, pero era un poco estrecha y resultaba incómoda para acostarse, además, ahora también la habían llenado de barro él y Dab-Dab con los pies. En este sitio el gran problema era librarse del barro.

—Cuando la familia de Noé salió del Arca —dijo la tortuga—, durmieron en unas camitas que colgaron de los troncos de los árboles sumergidos.

—¡Ah, hamacas! —exclamó el doctor—. ¡Naturalmente, justo lo que hace falta!

Entonces, con la ayuda de Yip y Dab-Dab, hizo una hamaca muy cómoda, entretejiendo varas de sauce, que luego ataron de un mangle grande a otro. El doctor se subió a ella tapándose después con las mantas. Aunque a causa del peso los árboles se inclinaron hacia el agua, eran suficientemente fuertes, y su flexibilidad hacía las veces de unos buenos muelles de cama.



Con el peso del doctor los árboles se inclinaban

Para entonces había salido la luna y
el extraño paisaje de Yunganyika

aparecía poblado de luces verdes y sombras azules. Cuando el doctor apagó las velas y Yip se enroscó a sus pies, la tortuga se puso a tararear una melodía con su voz baja y profunda mientras movía el largo cuello de un lado a otro a la luz de la luna.

—¿Qué es esa melodía que estás tarareando? —preguntó el doctor.

—Es la «Marcha de los elefantes» —dijo la tortuga—. Siempre la tocaban en el circo real de Shalba para la procesión de los elefantes.

—A lo mejor hay suerte y no tiene muchas estrofas —refunfuñó Baratorio somnoliento metiendo la cabeza debajo

del ala.

El sol no había salido todavía sobre las oscuras aguas del lago Yunganyika cuando Yip advirtió que el doctor se empezaba a mover en la hamaca dispuesto a levantarse.

Al poco rato se empezó a oír a Dab-Dab que trajinaba en el barro tratando valientemente de preparar el desayuno en condiciones poco propicias.

Después, Baratorio pió quejumbroso, aún medio adormilado, sacó la cabeza de debajo del ala, echó un vistazo al paisaje cenagoso, y la volvió a esconder.

Pero ya no valía la pena tratar de

seguir durmiendo. El campamento estaba en movimiento. John Dolittle, empeñado en escuchar el relato, ya se había levantado de la hamaca y se estaba lavando la cara ruidosamente en el lago. Baratorio se sacudió las plumas, soltó un par de tacos, y bajó volando de su árbol para ponerse al lado del doctor.



El doctor se lavó la cara en el lago

—Oiga, doctor —susurró—, este no es un sitio sano como para quedarse.

Estoy lleno de calambres del húmedo aire de la noche. Si permaneciese mucho tiempo en este lugar, se iba a volver usted un palmípedo. Mire, ándese con ojo cuando la vieja Carabarro empiece a contarnos su rollo. ¿Sabe a quién me recuerda? A los que fueron a la guerra de Crimea. Una vez que se ponen a contar su caso no hay tío que los pare. Y además, también se parece a ellos, con ese cuello tan largo y escuálido que tiene. Dígale que abrevie y que no se enrolle, que no nos dé más que el resumen de sus males, ¿no le parece? Cuanto antes nos limpiemos de los pies el barro de este sitio, y nos enfilemos

hacia Fantippo, tanto mejor para todos.

Bueno, pues en cuanto terminaron de desayunar, el doctor afiló el lápiz, sacó un cuaderno, y advirtiéndolo a Tu-Tu que escuchase atentamente por si él perdía algo de la narración, pidió a la tortuga que empezase la historia del Diluvio.

Baratorio había tenido razón. Aunque no duró quince días, si duró un día completo. Lenta y uniformemente el sol salió por el este, cruzó el firmamento, y desapareció por el oeste. Y Carabarro seguía contando sin interrupción las maravillas que había presenciado en aquellos tiempos remotos, mientras el lápiz del doctor

continuaba moviéndose rítmica e incansablemente sobre las páginas del cuaderno. No había más pausas que las que hacía la tortuga cuando se agachaba para remojarse el largo cuello en las turbias aguas del lago, o cuando el doctor la interrumpía para hacerle alguna pregunta sobre la historia natural de los tiempos antediluvianos.

Dab-Dab preparó el almuerzo y la cena y las sirvió lo más silenciosamente posible a fin de no molestar; pero para el doctor resultaban unas comidas muy escasas. Y la historia continuó hasta bien entrada la noche. Entonces John Dolittle tuvo que escribir a la luz de la

vela mientras todos sus animales, a excepción de Tu-Tu, ya cabeceaban adormilados.

Finalmente, hacia las diez, con gran alivio por parte de Baratorio, la tortuga pronunció las últimas palabras:

—Y esto, John Dolittle, es el final de la historia del Diluvio relatada por un ser que lo vio con sus propios ojos.

Nadie habló durante algún tiempo después de terminar la tortuga. Incluso el irreverente Baratorio permaneció en silencio. Pequeñas estrellitas, oscurecidas por la luz de la media luna, centelleaban como farolitos lejanos en la inmensa bóveda azul oscuro que

coronaba el lago. En la lejanía, en algún lugar del pantano, entre los enmarañados mangles, ululó una lechuza y Tu-Tu volvió rápidamente la cabeza para escuchar. El ahorrativo Dab-Dab encargado de las faenas domésticas, al ver que el doctor cerraba el cuaderno y guardaba el lápiz, apagó la vela.

Finalmente habló el doctor:

—Carabarro, no creo haber escuchado en mi vida una historia que me haya interesado tanto. Cuánto me alegro de haber venido.

—Yo también me alegro, John Dolittle. Ahora sois la única persona en el mundo que entiende el lenguaje de los

animales. Y si no hubieseis venido, mi historia del Diluvio no se hubiese podido relatar. Me estoy volviendo muy vieja y nunca me alejo mucho de Yunganyika.

—¿Sería pedirte demasiado que me sacases algún recuerdo de la ciudad que hay debajo del agua? —preguntó el doctor.

—En absoluto —dijo la tortuga—. Bajaré y trataré de conseguir algo ahora mismo.

Despacio y con tranquilidad, como un increíble monstruo de tiempos pasados, la tortuga cruzó con toda su mole el pequeño islote y entró en el lago

deslizándose sin salpicar y sin armar el menor alboroto. Un ligero remolino en el agua era lo único que indicaba por dónde había desaparecido.



Dab-Dab, siempre ahorrativo, apagó la vela

Todos esperaron en silencio, pues los animales ya se habían despertado del

todo y estaban muy interesados. El doctor se imaginaba a su colosal amiga moviéndose en el fondo del lago por el cieno de hacía muchos siglos, buscando algún recuerdo de la gran civilización que desapareció con el Diluvio. Esperaba que sacase algún libro o algún objeto con algo escrito.

Pero en vez de esto, cuando al fin reapareció, mojada y brillante a la luz de la luna, llevaba en la espalda el cerco de piedra tallada de una ventana que debía de pesar más de una tonelada.

—¡Bendito sea Dios! —murmuró Baratorio—. ¡Qué buen transportista de pianos podía haber sido! ¿Acaso piensa

que el doctor se va a colgar ese chisme de la cadena del reloj?

—Es lo más ligero que he podido encontrar —dijo la tortuga dejándolo rodar desde la espalda con un golpe sordo que agitó la isla—. Esperaba encontrar una vasija o un plato o algo que pudieseis llevaros. Pero todos los objetos más pequeños están cubiertos por grandes capas de lodo. Esto lo arranqué del segundo piso del palacio, de la ventana de la cámara de la reina. Pensé que, en todo caso, os gustaría verlo aunque fuese demasiado grande para llevároslo. Está bellamente tallado. Esperad a que lo lave para quitarle un

poco de barro.

Se volvieron a encender las velas, y después de haber limpiado la parte tallada, el doctor la examinó minuciosamente e incluso hizo algunos dibujos en el cuaderno.

Para cuando el doctor hubo acabado todos sus acompañantes se habían dormido, excepto Tu-Tu, y no se dio cuenta de lo tarde que era hasta que oyó repentinamente roncar a Yip en la hamaca. Cuando volvió a apagar las velas vio que estaba muy oscuro, pues la luna había desaparecido. Se subió a la cama y se echó las mantas por encima.

10

La última orden del director general de Correos

CUANDO Dab-Dab despertó al grupo a la mañana siguiente, el sol se tamizaba a través de la niebla que había sobre el lago como haciendo todo lo posible por alegrar el desolado paisaje que les rodeaba.

La pobre Carabarro despertó con un agudo ataque de gota. No le había molestado su mal desde que había

llegado el doctor. Pero ahora apenas podía moverse a causa del gran dolor que la aquejaba. Y Dab-Dab le llevó el desayuno a donde se encontraba.

John Dolittle se sentía algo culpable por haberle pedido que fuese a buscar recuerdos en el lago la noche anterior.

—Me temo que eso es lo que te ha producido el ataque —dijo el doctor, sacando su bolsa negra de la canoa y mezclando unas medicinas—. Pero la verdad es que deberías marcharte de esta zona tan húmeda a un clima más seco. Ya sé que las tortugas soportan muy bien la humedad. Pero a tu edad hay que tener cuidado.

—No hay sitio que me guste tanto — dijo Carabarro—. Es tan difícil encontrar un lugar donde no le molesten a uno en estos tiempos.

—Mira, bebe esto —ordenó el doctor, dándole una taza con una bebida de color marrón—. Me parece que esto te aliviará pronto la molestia de las patas delanteras.

La tortuga se lo bebió. Y al cabo de uno o dos minutos dijo que se encontraba mucho mejor y que podía mover las piernas sin que le dolieran.

—Es una medicina muy eficaz — dijo—. Sois ciertamente un gran médico. ¿Tenéis más?

—Voy a hacer varias botellas de esta mezcla y te las voy a dejar antes de marcharme —dijo John Dolittle—. Pero realmente deberías irte a algún sitio alto. Este montecillo lleno de barro no es un lugar adecuado para ti. ¿No hay una isla normal en el lago donde pudieras instalarte, si es que estás decidida a no marcharte de la tierra de Yunganyika?

—No, no hay ninguna —dijo la tortuga—. Todo es así, no hay más que kilómetros y kilómetros de barro y agua. Me gustaba, y en realidad me sigue gustando. No desearía otra cosa si no fuese por esta maldita gota.

—Bueno, pues si no tienes una isla tenemos que hacértela.

—¡Hacerla! —exclamó la tortuga—. ¿Pero, cómo os las arreglaréis?

—Te lo demostraré dentro de poco —dijo John Dolittle. Y llamó a Baratorio.

—Haz el favor de ir volando a Fantippo —dijo el jefe del correo urbano— y da este mensaje a Rauda la ligera. Y dile que se lo envíe a todos los jefes de correos de las sucursales: el Correo de las Golondrinas se va a clausurar muy pronto, al menos por algún tiempo. Tengo que volver a Puddleby y me resultará imposible

continuar con el servicio en su forma actual después de irme de la Tierra de Nadie. Deseo hacer llegar mi agradecimiento a todas las aves, a los jefes de correos, ayudantes y carteros, que tan generosamente me han ayudado en este trabajo. El último favor que les voy a pedir es muy grande, y espero que me den su incondicional apoyo. Deseo que construyan en medio del lago Yunganyika una isla para Carabarro, el animal viviente más viejo y que en tiempos pasados hizo mucho por los hombres y los animales, en realidad por todo el mundo, cuando la tierra pasaba por uno de los capítulos más tristes de

su historia. Di a Rauda que envíe el recado a todos los jefes de las aves de toda la Tierra. Comunícale que quiero que vengan inmediatamente la mayor cantidad posible de pájaros de todo el mundo para construir un habitáculo sano donde esta valiente tortuga pueda acabar en paz su larga vida. Es lo último que pido a mis aves correo y espero que hagan todo lo que puedan por mí.



HUGH LOFTING

El doctor mezclando unas medicinas para la tortuga

Baratorio dijo que el mensaje era tan largo que temía no acordarse de todo de

memoria. Así que John Dolittle le dijo que lo apuntase en el garabateo de las aves y se lo volvió a dictar todo de nuevo.

Esa carta, que era la última circular enviada por el gran director general al personal del Correo de las Golondrinas, la guardó Baratorio como un tesoro durante muchos años. La escondió bajo su desordenado nido en la oreja izquierda de San Edmundo, en el lado sur del presbiterio de la catedral de San Pablo, de Londres. Siempre abrigó la esperanza de que los pichones que vivían en el porche de la fachada principal del Museo Británico la

llevasen algún día al museo de su parte. Pero una mañana de mucho viento en que unos hombres estaban limpiando el exterior de la catedral, se voló de la oreja de San Edmundo, y antes de que Baratorio pudiese alcanzarla, salió por encima de las casas hasta el río y se hundió.

El gorrión volvió a Yunganyika a última hora aquella misma tarde. Informó que Rauda, nada más recibir el mensaje del doctor, lo había transmitido a los jefes de las sucursales con la orden de hacérselo llegar a todos los jefes de las aves de todas partes. Se esperaba que las primeras aves empezarían a

llegar a primeras horas de la mañana siguiente.

Fue Rauda en persona quien despertó al doctor al alba de la mañana siguiente. Y mientras desayunaban, explicó al doctor los arreglos que se habían hecho.

La ligera esperaba que el trabajo se hiciese en tres días. Se había ordenado a todas las aves que cada una cogiese una piedra o un canto o un poco de arena de la costa durante el camino y que lo trajese. Las aves grandes (que acarrearían piedras) vendrían primero; luego, las de talla mediana; y luego, los pájaros pequeños con arena.

Muy pronto, por encima del lago, el cielo empezó a llenarse de águilas pescadoras, garzas reales y albatros; entonces Rauda dejó al doctor y fue a reunirse con ellos. Situándose en el cielo, justo en el centro del lago, permaneció inmóvil en el aire para señalar dónde tenían que tirar las piedras. El trabajo había empezado.

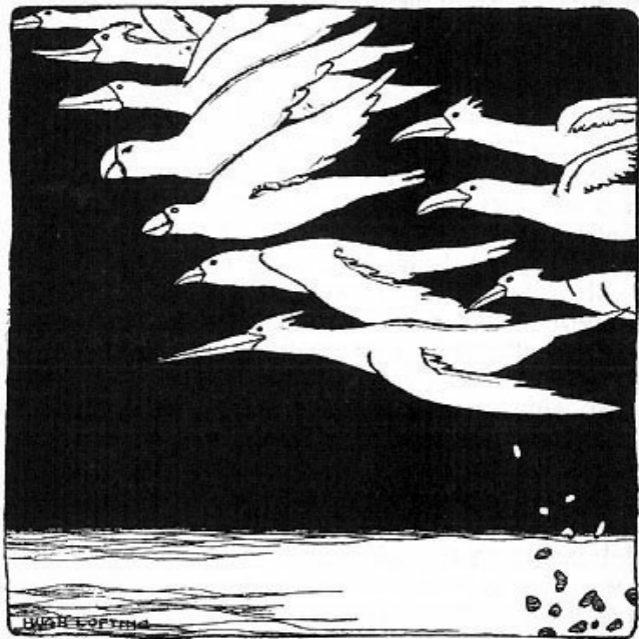
Durante todo el día una incesante oleada de aves grandes, de doce en fondo, fue despegando del mar camino del lago Yunganyika. Al volar formaban como una cinta negra tupida, pues las aves iban en filas compactas, apretadas unas junto a otras del pico a la cola. Y

cuando cada fila de doce llegaba al lugar en que Rauda permanecía inmóvil, doce piedras caían al agua. La procesión era tan continua e ininterrumpida que parecía que llovían piedras del cielo. Y el constante ruido que producían al hundirse en el agua, procedentes del cielo, podía oírse desde una milla de distancia.

Había mucha profundidad en el centro del lago y, como es natural, era preciso que cayesen toneladas y toneladas de piedras para que empezasen a sobresalir de la superficie del agua. Esta concentración de aves era aún mayor que la que se había reunido, y

a la que el doctor se había dirigido, en la hondonada de la Tierra de Nadie. Era la mayor concentración de aves que jamás se había visto. Pues ahora no habían acudido solamente los jefes, sino miles de millones de cada especie. John Dolittle se puso muy nervioso, saltó a su canoa y se puso a remar para aproximarse al lugar donde se estaba realizando el trabajo. Sin embargo, Rauda se empezó a impacientarse porque la parte superior del montón de piedras no acababa de sobresalir por encima del agua, y entonces ordenó que se duplicase la línea delantera, y luego que se volviese a doblar de nuevo a medida

que llegaban más aves de todos los rincones de la tierra. Y como caían miles de piedras cada fracción de segundo, el lago se puso muy pronto tan borrascoso que el doctor tuvo que volver al islote de la tortuga para que la canoa no zozobrase.



La ininterrumpida oleada de aves de gran tamaño

Esto continuó durante todo aquel día y toda aquella noche y la mitad del día

siguiente. Y finalmente, hacia el mediodía de la siguiente jornada, el ruido de las piedras que caían empezó a cambiar. El gran torbellino de agua blanca que parecía estar en ebullición, y que era como una fuente en medio del lago, desapareció y en su lugar empezó a verse una mancha negra. El sonido del agua al salpicar se transformó en el ruido que hace una piedra al chocar contra otra. Había empezado a hacerse visible la parte superior de la isla.

—Es como cuando las montañas empezaron a aparecer después del Diluvio —susurró Carabarro al doctor.

Entonces Rauda ordenó que entrasen

en juego las aves medianas y muy pronto el ruido volvió a cambiar —se hizo más agudo— al empezar a caer toneladas y más toneladas de guijarros y de grava.

Y pasó otra noche, y otro día, y al amanecer bajó para descansar la intrépida Rauda, que tenía las alas agotadas, pues los trabajadores ya no necesitaban un marcador. Por encima de la superficie del lago sobresalía una isla de buen tamaño y las aves podían arrojar su cargamento encima.

Muy pronto el nuevo habitáculo de fabricación casera de Carabarro se fue haciendo cada vez mayor, hasta que alcanzó varios cientos de metros de

diámetro. Llegó entonces otra orden de Rauda y, al poco rato, cambió otra vez el ruido: el traqueteo se convirtió en un suave siseo. El cielo estaba totalmente negro de aves y el chaparrón de guijarros había cesado; entonces llovía arena. Por último los pájaros trajeron semillas: simientes de hierba, de flores, bellotas y pepitas de palmera. La nueva residencia de la tortuga iba a tener césped y jardines salvajes con sombrías avenidas para protegerla contra el sol africano.

Cuando Rauda fue al islote y dijo:
—Doctor hemos terminado.

Carabarro miró fijamente hacia el

lago y murmuró.

—Ahora la orgullosa Shalba está enterrada: ¡Tiene una isla como lápida! John Dolittle, me habéis dado un magnífico lugar para vivir. ¡Ah, pobre Shalba! Mashtu el rey ha desaparecido. ¡Pero Carabarro la tortuga ha sobrevivido!

Adiós a Fantippo

LA llegada de Carabarro a su nuevo hogar fue todo un acontecimiento. El doctor fue remando a su lado hasta que llegaron a la isla, pero hasta que no pusieron el pie en ella, John Dolittle no se dio verdaderamente cuenta de lo grande que era.

Tenía más de cuatrocientos metros de diámetro. Era redonda, ascendía suavemente desde las orillas hasta el centro, que era llano y estaba a más de trescientos metros por encima del nivel

del lago.

Carabarro estaba tremendamente satisfecha, y mientras subía trabajosamente a la meseta central — desde la que había una amplia perspectiva de la llanura de alrededor— dijo que estaba segura de que su salud mejoraría rápidamente en este ambiente más seco.



Dab-Dab preparó la comida

Dab-Dab preparó una comida, lo mejor que pudo en aquellas condiciones,

para celebrar lo que llamó la inauguración de la casa de la tortuga.

Y todos se sentaron a comer y le pidieron al doctor que hiciese un discurso con motivo de aquella ocasión.

Baratorio tenía mucho miedo de que Carabarro se levantase para contestar con otro discurso y que éste durase hasta el día siguiente. Pero se le quitó un peso de encima cuando el doctor, inmediatamente después de terminar, se puso a hacer los preparativos para la partida.

Preparó las seis botellas de la medicina para la gota y se las regaló a Carabarro indicándole cómo debía

tomarla. Le dijo que aunque iba a cerrar la oficina de correos para los servicios regulares, siempre sería posible hacerle llegar alguna nota a Puddleby, y que pediría a varias aves de paso que hiciesen aquí un alto de vez en cuando. Y si le empeoraba la gota quería que Carabarro se lo hiciese saber por carta.

La anciana tortuga le dio las gracias una y otra vez, y la partida fue muy emotiva. Cuando finalmente se acabaron las despedidas, se embarcaron en la canoa y emprendieron el camino de vuelta.

Al llegar a la desembocadura del río, en la parte meridional del lago, se

pararon un momento antes de internarse en los manglares pantanosos y volvieron la vista atrás. Allá, en lontananza, vieron la silueta de la anciana tortuga en su nueva isla que les contemplaba. La dijeron adiós con los brazos y siguieron adelante.

—Se la ve lo mismo que la noche que llegamos, ¿se acuerda?, como una estatua en su pedestal recortada contra el firmamento —comentó Dab-Dab.

—¡Pobrecilla! —murmuró el doctor—. Espero que ahora se encuentre bien... ¡Qué vida más maravillosa! ¡Qué historia tan maravillosa!

—¿No le advertí yo, doctor —dijo

Baratorio—, que iba a ser la historia más larga del mundo? Tardó un día y media noche en contarla.

—Ah, pero es una historia que no podría contar nadie más que ella —dijo John Dolittle.

—Vaya suerte que sea así —comentó el gorrión—. Menudo rollazo si hubiese muchas como ella en este mundo tan ajetreado. Claro que menda no se cree ni una palabra de ese cuento. Se lo ha inventado todo. No tenía nada mejor que hacer ahí sentadita en el barro, siglo tras siglo, meditando.

Durante el viaje de vuelta a través de la selva no hubo ningún incidente

digno de mención. Pero al llegar al mar, y dar la vuelta a la proa de la canoa rumbo a occidente, vieron algo muy chocante. Era un enorme agujero en la playa, o más bien un sitio donde materialmente se habían llevado la playa, y Rauda explicó al doctor que era donde las aves habían cogido las piedras y la arena cuando se dirigían hacia Yunganyika. Habían acarreado literalmente cientos de kilómetros de la orilla a miles de kilómetros hacia el interior. Claro, que al cabo de unos pocos meses, la acción de las olas rellenó el agujero y el sitio volvió a tener el mismo aspecto que el resto de la

playa.

Pero ésa es la razón por la que, muchos años después, unos sabios geólogos, que visitaron el lago Yunganyika, dijeron que la arena de la playa que había en una isla era una clara prueba de que antaño el mar había llegado hasta allí. Lo cual era verdad — pero en tiempos del Diluvio—. El doctor era el único científico que sabía que la isla de Carabarro y las piedras que la componían tenían un origen diferente.

Al llegar a la oficina de correos el doctor fue recibido, como siempre, muy efusivamente por el rey y los dignatarios

de Fantippo, que fueron en barca desde la ciudad para darle la bienvenida.

Se sirvió el té inmediatamente, y el rey se mostró tan satisfecho de reanudar su vieja costumbre que a John Dolittle le fastidiaba el tener que darle la noticia de que, en breve, tendría que presentar la dimisión como director general de Correos y volver a Inglaterra. Sin embargo, mientras charlaban en la terraza de la casa flotante, entró en el puerto una flota formada por grandes navíos.

Eran estos barcos parte de la nueva marina mercante de Fantippo que ahora hacían el servicio de la costa

comerciendo con otros países africanos. El doctor indicó al rey que ahora el correo para el extranjero podían llevarlo fácilmente estos barcos a los puertos más grandes de la costa, donde todas las semanas hacían escala los buques procedentes de Europa.

A partir de esto el doctor explicó al rey que, aunque era mucho lo que quería a Fantippo y a sus habitantes, tenía muchas cosas de que ocuparse en Inglaterra y tenía que empezar a pensar en volver a su casa. Y claro, como ninguno de los indígenas hablaba el lenguaje de las aves, el Correo de las Golondrinas tendría que ser sustituido

por un servicio postal ordinario.

El doctor se encontró con que a Su Majestad le disgustaba mucho más la perspectiva de perder a su buen amigo blanco, así como su té de las tardes en la casa flotante, que nada de lo que el cambio podía suponer. Pero comprendió que el doctor tuviese que marcharse, y finalmente, cayéndosele las lágrimas en la taza de té, admitió la dimisión del director general de Correos de Fantippo.

Cuando se supo la noticia de que John Dolittle se volvía al fin a casa fue muy grande la alegría entre los animales del doctor y entre las pacientes golondrinas. Gub-Gub y Yip no podían

contener su impaciencia mientras tenían lugar las ceremonias y deberes inherentes al cierre al público de la casa flotante, y la transferencia de funciones del servicio del Correo Extranjero a la oficina de la ciudad. Dab-Dab iba y venía alegremente de la mañana a la noche, mientras Baratorio no cesaba de contar las maravillas de Londres, las comodidades de la vida en la ciudad, y todas las cosas que iba a hacer tan pronto como volviese a sus queridos rincones habituales.

Hubo un sinfín de actos oficiales organizados por el buen rey Koko y sus cortesanos en honor del doctor. Durante

muchos días antes de su marcha no cesaban de ir y venir canoas entre la ciudad y la casa flotante, portando regalos en señal de buena voluntad de parte de los fantippones. Durante todo esto, aunque no tenía más remedio que sonreír, el doctor estaba cada vez más triste por tener que separarse de sus buenos amigos. Y se sintió francamente contento cuando llegó el momento de llevar el ancla y zarpar.

Los que han escrito la historia del reino de Fantippo, todos dedican varios capítulos a un misterioso hombre blanco que en muy breve espacio de tiempo hizo enormes mejoras en el correo, las

comunicaciones, la navegación, la educación y el progreso general del país. Y fue ciertamente gracias a la callada labor de John Dolittle por lo que el reino del rey Koko fue considerado como la Edad de Oro de la historia de Fantippo. En la plaza del mercado sigue en pie una estatua de madera erigida en su memoria.

El servicio postal continuó siendo excelente después de la marcha del doctor. Los sellos con la efigie de Koko siguieron siendo igualmente variados y bonitos. Con motivo de la primera revista anual de la flota mercante de Fantippo se hizo un nuevo sello de dos

libras, muy bello, para conmemorarla, en el que Su Majestad aparece inspeccionando sus barcos a través de unos impertinentes de caramelo. El mismo rey se convirtió en un coleccionista de sellos, y el álbum al contener tantas efigies suyas hacía las veces de un álbum de familia. El único incidente desagradable en la historia del servicio de correos que el doctor tanto había hecho por mejorar, fue que unos aficionados a la filatelia que deseaban que los sellos modernos se hiciesen raros, organizaron una conspiración para asesinar al rey a fin de que las ediciones en curso se pasasen de moda. Pero

afortunadamente el complot fue descubierto antes de que sucediese nada irremediable.



*Aún sigue en pie una estatua de madera erigida
en su memoria*

Aun después de haber pasado

muchos años, las aves que visitaban Puddleby contaban al doctor que el rey seguía haciendo que cuidasen y regasen las flores de las estanterías de la vieja casa flotante en memoria suya. Su Majestad, decían, nunca había perdido la esperanza de que algún día volviese a Fantippo su buen amigo blanco con su bondadosa sonrisa, su instructiva conversación y sus alegres meriendas en la terraza de la oficina de correos.



HUGH LOFTING. Hijo de padres ingleses e irlandeses, nació en Maidenhead, Inglaterra, el 14 de enero de 1886. Su espíritu aventurero y su afición a viajar le llevaron a estudiar ingeniero civil, participando en la construcción de varios ferrocarriles en

África y Canadá.

Durante la primera guerra mundial fue oficial en el frente de batalla y allí, en las trincheras de Francia, descubrió que el escribir cartas ilustradas a sus hijos le ayudaba a soportar las tensiones de la guerra.

Cuando, en 1919, la familia se trasladó a América fueron precisamente sus hijos los que enseñaron esos valiosos manuscritos a un editor y la *Historia del doctor Dolittle* fue publicada en 1920. Desde entonces, como la popularidad de sus libros iba en rápido aumento, Lofting se dedicó exclusivamente a escribir e ilustrar

obras para la gente joven.

Y así, la famosa serie del doctor Dolittle fue creciendo, hasta convertirse en la lectura predilecta de los niños de muchos países. Lofting falleció el 27 de septiembre de 1947.

Todos los libros del doctor Dolittle están ilustrados por él mismo con deliciosos dibujos.

NOTAS

[1] El testadoble es un animal imaginario, inventado por el autor en La historia del doctor Dolittle (primer tomo de esta serie), que tiene dos cabezas y dos cuernos en cada cabeza.<<

[2] Este episodio se cuenta en La historia del doctor Dolittle.<<

[3] Este episodio se cuenta también en La historia del doctor Dolittle.<<

[4] En castellano «barco de su Majestad». Todos los buques de la Marina británica llevan esas iniciales (H. M. S.) delante del nombre del barco.

<<

[5] Inventor de los sellos de correos, que se implantaron en Inglaterra en 1840 y poco después en otros países de Europa y América.<<